

The background of the cover is a photograph of a vast, green, hilly landscape. The hills are covered in dense vegetation, and the scene is shrouded in a light mist or fog, particularly in the upper half. In the lower-left foreground, a small, dark figure, possibly a person or a dog, is visible, looking out over the landscape. The overall mood is serene and contemplative.

James Rebanks

La vida del pastor

La historia de un hombre,
un rebaño y un oficio eterno

DEBATE

La vida del pastor

La historia de un hombre,
un rebaño y un oficio eterno

JAMES REBANKS

Traducción de
María Serrano

DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Dedicado a la memoria de mi abuelo,
W. H. Rebanks,
y, respetuosamente, a mi padre,
T. W. Rebanks*

En el nacimiento de estos valles se asentaba la perfecta República de Pastores y Campesinos, en la que el arado de cada uno de los hombres se aplicaba en exclusiva al mantenimiento de su propia familia o al ocasional servicio a su vecino. Dos o tres vacas proveían de queso y leche a cada familia. La ermita era la única edificación que presidía sobre estas moradas, cabeza suprema de esta mancomunidad. Sus miembros pervivían en el seno de un poderoso imperio como una sociedad ideal o una comunidad organizada, cuya constitución hubiera sido dictada y regulada por las montañas que aseguraban su protección. No había aquí noble de alta cuna, caballero ni señor; por contra, muchos de estos humildes hijos de las colinas poseían la conciencia de que la tierra que hoyaban y labraban había pertenecido durante más de quinientos años a hombres de su mismo nombre y su misma sangre...

WILLIAM WORDSWORTH,
*A Guide Through the District of the
Lakes in the North of England*, 1810

Hefted



HEFT

Sustantivo: 1) (*Norte de Inglaterra*) Zona de pasto en tierras altas en la que un animal de granja está asentado. 2) Asimismo, animal que está asentado.

Verbo: *Trans.* (*Norte de Inglaterra y Escocia*). *De un animal de granja, especialmente un rebaño de ovejas*: Asentarse o desarrollar apego por un área de pasto en terrenos altos.

Adj.: *Hefted*: Dícese del ganado que ha desarrollado ese apego.

Etimología: del nórdico antiguo hefð, «tradición».

Comprendí que éramos distintos, muy distintos, una mañana lluviosa de 1987. Estaba en una asamblea en la escuela secundaria pública del pueblo, un precario edificio de cemento típico de la década de los sesenta. Yo tendría unos trece años y estaba allí, rodeado de un montón de otros malos estudiantes, escuchando a una vieja profesora derrotada darnos un sermón sobre el hecho de que debíamos aspirar a ser algo más que granjeros, carpinteros, albañiles, electricistas y peluqueros. Daba la impresión de haber soltado esa misma charla muchas otras veces ya. Era una pérdida de tiempo total y ella lo sabía. Todos aquellos chavales estábamos firmemente decididos, como nuestros padres y abuelos, madres y abuelas, a ser exactamente lo que éramos, lo que siempre habíamos sido. Muchos teníamos inteligencia de sobra, pero ni la más mínima intención de demostrarlo en la escuela. Eso hubiera sido peligroso.

Entre esa profesora y nosotros se abría un abismo de comprensión. Los chavales que habían mostrado mayor interés por los estudios ya se habían marchado el año anterior a la escuela selectiva de secundaria, y habían dejado a los «perdedores» pudrirse durante los tres años siguientes en un lugar en el que nadie quería estar. El resultado terminó siendo algo parecido a una guerra de guerrillas desatada entre unos maestros bastante desilusionados y algunos de los niños más aburridos y agresivos que pueda imaginarse. En clase «jugábamos» a destrozarnos material escolar valioso y hacíamos que pareciera un «accidente».

A mí ese tipo de cosas se me daban bien.

El piso estaba cubierto de microscopios rotos, muestras biológicas, taburetes dañados y libros destrozados. Una rana muerta hacía tiempo y conservada en formol yacía en el suelo nadando a braza. Las llaves del gas echaban fuego como una plataforma petrolífera y una de las ventanas estaba rota. La profesora nos miraba con las lágrimas corriéndole por el rostro, hecha polvo, mientras un técnico de laboratorio intentaba restablecer el orden. Una de las clases de matemáticas mejoró notablemente, a mi juicio, con una pelea a puñetazos entre un alumno y el profesor. Luego el chaval salió corriendo escaleras abajo, cruzó los campos de juego embarrados y fue derribado por el profesor cuando intentaba escapar al pueblo. Los demás lanzamos vítores como si se tratase de un gran placaje en un partido de rugby. De vez en cuando, alguien intentaba (sin demasiada maña) incendiar la escuela. Pocos años más tarde, un niño al que acosábamos se suicidó en su coche. Era como estar metido en una película de Ken Loach: si de pronto hubiera aparecido un niño flaco con un cernícalo, nadie se habría sorprendido.

En otra ocasión sostuve ante nuestro atónito director que en realidad la escuela era una prisión y constituía «una violación de los derechos humanos». Me miró con extrañeza y me dijo: «¿Y qué harías en casa?». Como si la pregunta fuera imposible de responder. «Trabajaría en la

granja», contesté, igual de sorprendido por que él no pudiera ver algo tan simple. Dándose por vencido, se encogió de hombros y añadió que me dejara de tonterías y que me largara. Cuando alguien se metía en serios problemas, lo mandaba a casa. Así que pensé en lanzar un ladrillo contra su ventana, pero no me atreví.

En aquella asamblea de 1987 yo me encontraba entonces soñando despierto, mirando la lluvia a través de las ventanas y preguntándome qué estarían haciendo los hombres de nuestra granja, y qué debería estar haciendo yo, cuando me di cuenta de que la reunión trataba de los valles del Distrito de los Lagos, las tierras donde trabajaban mi abuelo y mi padre. Así que reconecté. Después de atender durante unos minutos, reconocí que la maldita profesora creía que éramos demasiado bobos y carentes de imaginación como para llegar «a hacer algo con nuestras vidas». Nos pinchaba, instándonos a alzarnos por encima de nosotros mismos. Éramos demasiado tontos como para querer salir de aquel lugar de sucios trabajos sin futuro y costumbres provincianas de mente estrecha. No había nada allí para nosotros, debíamos abrir los ojos y verlo. A su juicio, dejar pronto la escuela para ponerse a trabajar con las ovejas era más o menos lo mismo que ser idiota.

La idea de que tanto nosotros como nuestros padres y madres podíamos ser gente inteligente, trabajadora y orgullosa que se dedicaba a algo que merecía la pena, algo que podía ser incluso admirable, se le escapaba. Para una mujer que creía que el éxito se demostraba a través de la educación, la ambición, el afán de aventura y la ostentación de los logros profesionales, nosotros debíamos de constituir un grupo bastante pobre. No recuerdo que nadie mencionara alguna vez la palabra «universidad» en aquella escuela; de todas formas nadie quería ir: quienes se marchaban dejaban de pertenecer a aquel lugar, cambiaban y nunca podían regresar del todo, eso lo teníamos bien claro. La escolarización era una «salida», pero ninguno queríamos tomarla, ya habíamos elegido. Más tarde llegaría a entender que las comunidades industriales modernas están obsesionadas con la importancia de «ir a alguna parte» y de «hacer algo en la vida». Lo que queda ahí implícito es una idea que he llegado a aborrecer: que permanecer en la comunidad local y desarrollar un trabajo físico no tiene mucho valor.

Escuché a la profesora cada vez más exasperado al darme cuenta de que, curiosamente, ella conocía y afirmaba amar nuestra tierra, pero hablaba y pensaba en ella en unos términos que no tenían nada que ver con mi familia ni conmigo. Lo que ella apreciaba era un paisaje «agreste», lleno de montañas, lagos, oportunidades de ocio y aventura, escasamente poblado por un tipo de gente que yo no había visto nunca. En su monólogo, el Distrito de los Lagos era un patio de recreo para una pandilla ambulante de escaladores, poetas, paseantes y soñadores, gente que, a diferencia de nuestros padres y de nosotros mismos, había «hecho algo de verdad». De vez en cuando pronunciaba un nombre en tono reverencial y nos miraba esperando, en vano, que reaccionáramos con interés. Uno de aquellos nombres era Alfred Wainwright, otro Chris

Bonington; y no dejaba de hablar de un tal Wordsworth. Yo jamás había oído hablar de ninguno de ellos. No creo que ninguno de los que estábamos en aquella sala, que no fuera profesor, lo hubiera hecho.

En esa asamblea me tropecé por primera vez con esta forma (sobre todo romántica) de contemplar nuestra tierra. Descubrí entonces, con cierta sorpresa, que sobre la tierra que yo amaba, que amábamos, y a la que habíamos pertenecido durante siglos, el lugar conocido como Distrito de los Lagos, pesaba una reclamación de propiedad que presentaban otras personas en función de unos principios que yo apenas entendía.

Más tarde leí algunos libros, contemplé el «otro» Distrito de los Lagos y empecé a entenderlo mejor. Me enteré de que hasta aproximadamente 1750 ningún habitante del mundo exterior había prestado demasiada atención a este rincón montañoso del noroeste de Inglaterra y que, cuando lo hicieron, les pareció un lugar pobre, improductivo, primitivo, inhóspito, feo y atrasado. Me molestó descubrir que parecía que nadie del exterior había pensado que este era un lugar hermoso o digno de visitar hasta aquel momento, y a la vez me fascinó comprobar cómo había cambiado todo eso en solo unas décadas. Se construyeron carreteras y después ferrocarriles, lo que hizo que llegar hasta aquí fuera mucho más fácil. Y los movimientos romántico y pintoresco modificaron la forma en la que muchas personas veían las montañas, los lagos y los paisajes salvajes como el nuestro. Nuestra tierra se convirtió de pronto en un tema central para los escritores y los artistas, más aún cuando las guerras napoleónicas frenaron a los primeros turistas que visitaban los Alpes y los obligaron a descubrir, en su lugar, los paisajes montañosos de Gran Bretaña.

Desde el principio la obsesión de los visitantes fue un paisaje de la imaginación, un paisaje mental idealizado. Se convirtió en el contrapunto de otras cosas como la Revolución Industrial, que había nacido a menos de 200 kilómetros hacia el sur, así como en un lugar que podía emplearse para ilustrar filosofías e ideologías. Desde su «descubrimiento», para muchos fue un sitio al que escaparse, un espacio donde la naturaleza y el paisaje agreste estimulaban sensaciones y sentimientos que otros entornos no conseguían despertar. Para mucha gente esta es una tierra que existe para caminar, observar, escalar, pintar, sobre la que se puede escribir o simplemente soñar. Es un lugar que muchos desean visitar o en el que aspiran a vivir.

Pero, sobre todo, descubrí que nuestra tierra había cambiado al resto del mundo. Aquí es donde se verbalizó por primera vez la idea de que todos tenemos un sentido de «propiedad» sobre algunos lugares o cosas, independientemente de los derechos legales, solo porque son hermosos o estimulantes o, simplemente, especiales. En 1810, William Wordsworth, poeta romántico del Distrito de los Lagos, propuso que esta tierra debía ser «una suerte de propiedad

nacional, sobre la que cada hombre que tenga ojos para ver y corazón para disfrutar posee derechos e intereses». Formulaba así algunos de los argumentos que hoy dan forma a los principios de la conservación del patrimonio en todo el mundo. Cada paisaje protegido de la tierra, cada una de las propiedades de la Fundación Nacional para los Lugares de Interés Histórico o de Belleza Natural, cada parque nacional y todos los lugares declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO llevan algo de esas palabras en su ADN.

En los años que transcurrieron después de dejar la escuela, crecí y entendí, sobre todo, que nosotros no somos los únicos que amamos este lugar. Para bien o para mal el resto de Gran Bretaña y un sinnúmero de personas de todo el mundo consideran este lugar un parque de recreo pintoresco. Para entender el alcance de lo que esto significa solo tengo que cruzar la colina hasta Ullswater y contemplar la riada de coches que recorren las carreteras o las multitudes que se pasean por la orilla del lago. Este hecho tiene consecuencias buenas y menos buenas. Hoy esta zona (que tiene 43.000 residentes) la visitan dieciséis millones de personas al año. Y anualmente gastan aquí más de mil millones de libras. Más de la mitad del empleo de la zona depende del turismo y muchas de nuestras granjas también dependen de él para complementar sus ingresos montando servicios de alojamiento y desayuno o mediante otros negocios. Pero en algunos de estos valles entre el 60 y el 70 por ciento de las viviendas son ahora segundas residencias o apartamentos vacacionales, por lo que gran parte de la población local no puede permitirse el lujo de seguir viviendo en su propia comunidad. Los residentes locales protestan y afirman que han sido «superados en número», y todos somos conscientes de que, en todos los sentidos, somos una pequeña minoría en esta tierra. Hay lugares que ya no parecen nuestros, como si los convidados se hubieran apoderado de la casa de invitados.

La imagen que tenía aquella profesora sobre el Distrito de los Lagos la había creado una sociedad urbana e industrializada a lo largo de los últimos doscientos años. Para esa amplia sociedad, habitada por gente sin conexión con la tierra, es un lugar de ensueño.

Sin embargo, ese sueño nunca fue nuestro, de las personas que trabajamos esta tierra. Nosotros ya estábamos aquí dedicándonos a lo que nos dedicamos.

Quise decirle a aquella profesora que lo había entendido todo al revés, expresarle que en realidad ella no conocía en absoluto ni este lugar ni a su gente. Pasaron unos cuantos años hasta que pude articular estos pensamientos con claridad, si bien, aunque en una forma burda e infantil, creo que estaban ahí desde el principio. También sabía ya, de alguna manera primitiva, que si los libros pueden definir los lugares, entonces escribir libros es importante, y pensé que necesitábamos libros escritos por nosotros acerca de nosotros mismos. Pero en aquella asamblea de 1987 yo tenía trece años y era incapaz de manifestar todo esto, así que lo único que hice fue una pedorreta con la mano. Todos se rieron. La profesora dejó de hablar y salió del escenario hecha una furia.

Aunque Wordsworth y demás amigos «inventaran» o «descubrieran» el Distrito de los Lagos, nuestra familia no se enteró de ello hasta 1987, cuando volví a casa y empecé a hacer preguntas sobre lo que había dicho aquella profesora. Aquello olía mal desde el principio. ¿Cómo podía ser que la historia de nuestra tierra no hablara de nosotros? A mí eso me parecía una imposición, un caso típico de lo que los historiadores llaman, como aprendería más tarde, «imperialismo cultural».

Lo que no supe entonces es que Wordsworth creía que esta comunidad de pastores y pequeños granjeros del Distrito de los Lagos constituía un ideal político y social cuya significación y valor tenían un gran alcance. Aquí la gente se autogobernaba, libre del control de las élites aristocráticas que dominaban la vida de las personas en otros lugares, lo que a ojos de Wordsworth ofrecía un modelo de buena sociedad. Para Wordsworth cobrábamos gran importancia como alternativa a la Inglaterra comercial, urbana y crecientemente industrial que iba emergiendo en otros sitios. Aquella era una visión idealista incluso en la época, pero el Distrito de los Lagos que describe el poeta era un paraje poblado por su propia cultura e historia. Wordsworth creía que el aprecio creciente por este paisaje conllevaba una gran responsabilidad para los visitantes, la de comprender de verdad la cultura local. De otro modo, el turismo sería una fuerza apisonadora que acabaría con gran parte de lo que hacía que este enclave fuera especial. Wordsworth supo reconocer también que la perspectiva que los pastores tenían de este lugar era diferente y guardaba interés por sí misma, observación que resulta notablemente moderna. Así puede leerse en unos versos desechados de un borrador de «Michael, a pastoral poem» (escrito en 1800):^[1]

*Sin duda, si en términos directos le preguntas
si ama las montañas, cierto es
que repitiendo huraño tus palabras
te miraría y diría que las montañas
al observarlas son aterradoras, pero si das
en conversar con él en modo alguno
de sus tareas y el discurrir de la tierra y el cielo,
llegarás de verdad a comprender
que sus cavilaciones guardan la oscuridad,
el asombro y la admiración, que forjan
nada menos que una religión en su alma.*

Pero durante mucho tiempo yo no supe nada de esto, y reprochaba a Wordsworth su incapacidad para vernos y el haber hecho de esta tierra un lugar de romántico deambular para otras personas.

Seamos o no conscientes de ello, todos estamos influidos directa o indirectamente por pensamientos y actitudes con respecto al medioambiente que proceden de fuentes culturales. La percepción que yo tengo de esta tierra no proviene de los libros, sino de otra fuente: es una idea más antigua que he heredado de las personas que vivieron aquí antes que yo.

Lo que sigue es, en parte, una explicación del trabajo que realizamos en el transcurso del año; en parte, un libro de memorias que habla de lo que supuso crecer en las décadas de los setenta, ochenta y noventa y de las personas que tenía a mi alrededor entonces, como mi padre y abuelo; y en parte, un relato sobre la historia del Distrito de los Lagos desde el punto de vista de la gente que vive allí tal como se ha hecho durante cientos de años.

Es la historia de una familia y de una granja, pero también narra un relato más extenso sobre los olvidados del mundo moderno. Nos invita a abrir los ojos para ver a los olvidados que habitan entre nosotros y cuyas vidas, a menudo, son profundamente tradicionales y están arraigadas en un pasado remoto. Si queremos entender a quienes viven en las montañas de Afganistán, quizá tengamos que intentar entender primero a quienes viven en las montañas de Inglaterra.

Verano



He vivido en el campo durante gran parte de mi vida, pero nunca he tenido sensación de pertenencia... Es extraño... Nunca he experimentado una atmósfera... como la que existe aquí... Lo comento por la simple razón de que es muy curioso. Es ese poder que tienen los niños para resistir a todos y a todo lo que viene de fuera del pueblo... Los niños del pueblo... están convencidos de que ellos tienen algo que ninguno de los recién llegados podrá poseer nunca, un tipo de vida misteriosa, tan perfecta que buscar cualquier otra cosa resulta una pérdida de tiempo.

Daphne Ellington, maestra,
citada en RONALD BLYTHE, *Akenfield*, 1969

No hay principio ni final. El sol sale y se pone todos los días, y las estaciones pasan. Los días, meses y años se van alternando, dejándonos sol, lluvia, granizo, viento, nieve y heladas. Las hojas caen en otoño y brotan de nuevo en primavera. La Tierra gira en la inmensidad del espacio. La hierba aparece y desaparece con el calor del sol. Las granjas y los rebaños duran más que la vida de una persona. Nacemos, vivimos nuestras vidas de gente trabajadora y morimos. Pasamos por aquí como las hojas de roble que vuelan por nuestra tierra en invierno. Cada uno de nosotros somos tan solo una pequeña parte de algo permanente, algo sólido, real y verdadero. Las raíces de nuestro sistema agrario y la forma de vida vinculada a él están hundidas en los campos de este paisaje desde hace más de cinco mil años.

Nací a finales de julio de 1974 en un mundo que giraba en torno a un viejo y a sus dos granjas. Era un granjero orgulloso llamado William Hugh Rebanks, Hughie para sus compañeros, abuelo para mí. Al darle el beso de buenas noches notabas su cara áspera y mal afeitada. Olía a ovejas y a vacas, y solo tenía un diente amarillo, pero con él podía dejar limpia una chuleta de cordero como si fuera un chacal.

El abuelo tuvo tres hijos: dos chicas que se casaron con buenos granjeros, y mi padre, que era el pequeño y el que debía continuar con la granja. Yo era su nieto menor, pero también el único que llevaba su nombre. Desde que tengo memoria y hasta el día de su muerte, para mí el sol salía por su trasero. Incluso siendo muy pequeño ya me daba cuenta de que él reinaba en su mundo como un patriarca bíblico. No se quitaba el sombrero ante ningún hombre. Nadie le decía lo que tenía que hacer. Llevaba una vida modesta, pero era orgulloso, libre e independiente, y su presencia dejaba claro que pertenecía a este lugar del mundo. Mis primeros recuerdos tienen que ver con mi abuelo y con la sensación de querer llegar a ser como él algún día.

Vivimos y trabajamos nuestra pequeña granja de las colinas en el extremo noroeste de Inglaterra, en el Distrito de los Lagos. Nuestra tierra se encuentra en un valle llamado Matterdale, entre las dos primeras colinas onduladas que se ven a mano izquierda cuando se viaja desde Penrith hacia el oeste por la carretera principal. Si miras al norte desde la cima de la colina que está detrás de nuestra casa, puedes ver Escocia a través del centelleo plateado del lejano estuario de Solway. Cada principio de verano le robo un momento a otras tareas para subir a esa colina, sentarme con mis perros pastores y darme media hora para contemplar el mundo. Hacia el este puede apreciarse la columna vertebral de Inglaterra, los Peninos, y la buena tierra del valle de Eden que se extiende bajo ellos. Sonríe ante la idea de que toda la historia de nuestra familia, al menos durante seis siglos y probablemente incluso más, se ha desarrollado en los campos y las aldeas albergados bajo esa colina, entre el Distrito de los Lagos y los Peninos. Hemos moldeado

este paisaje y, al mismo tiempo, él nos ha dado forma a nosotros. Mi gente ha vivido, ha trabajado y ha muerto aquí durante incontables generaciones. Este sitio es como es gracias a ellos y a otras personas como ellos.

Se trata, sobre todo, de un paisaje poblado. Cada uno de sus metros cuadrados responde a la acción que los hombres y las mujeres llevan desarrollando aquí desde hace diez mil años. Hasta las montañas terminaron plagadas de minas y salpicadas de canteras, y el bosque que se encuentra a nuestra espalda, aparentemente silvestre, fue en tiempos cosechado extensivamente y explotado mediante la técnica de producción de vástagos. Casi todas las personas con las que estoy emparentado y a las que quiero viven dentro del radio de visión de esa colina. Cuando hablamos de «nuestra» tierra, lo entendemos como una realidad física e intelectual. No es que lo hayamos elegido. Este paisaje es nuestro hogar y rara vez nos alejamos de él, ni permanecemos demasiado tiempo en otro lugar antes de volver. Podría parecer falta de imaginación o de sentido de la aventura, pero no me importa. Amo este lugar. Para mí es donde empieza y acaba todo, y cualquier otro sitio me da la sensación de no ser ninguna parte.

Desde esa colina, mi mirada se extiende sobre un espacio creado por gente trabajadora y en gran medida olvidada. Es un lugar único, hecho por el hombre, un paisaje que está dividido y delimitado por campos, muros, setos, diques, carreteras, riachuelos, desagües, graneros, canteras, bosques y caminos. Desde aquí puedo ver nuestros campos, y el centenar de labores que debería estar realizando ahora en vez de andar ganduleando en la colina. Observo que allí abajo algunas ovejas están saltando el muro que da al prado de heno, y sé que debería dejar de perder el tiempo soñando despierto como un maldito poeta o como un dominguero y ponerme a trabajar. Al oeste contemplo las grandes colinas del Distrito de los Lagos. A menudo están cubiertas de nieve durante la mitad del año y desde la más alta de ellas puede apreciarse el mar de Irlanda. Hacia el sur las colinas me tapan la vista, pero más allá está el resto de Inglaterra. El Distrito de los Lagos es relativamente pequeño, tan solo unos 2.000 kilómetros cuadrados. Y si vieras nuestra tierra desde el espacio exterior, te darías cuenta de que nos encontramos en el extremo oriental de un pequeño grupo de valles montañosos. El nuestro es pequeño, incluso para los estándares del Distrito de los Lagos, una cuenca de campos y prados cercados rodeados de colinas, salpicada de pequeñas granjas. En coche puedo recorrerlo de un extremo a otro en cinco minutos. Miro hacia donde están mis vecinos, al otro lado del valle, a un kilómetro y medio de distancia, y puedo oírlos recogiendo a las ovejas en las laderas de la colina. El valle en el que vivimos y trabajamos se extiende debajo de mí como las manos cóncavas de un anciano.

Hay algo en este paisaje que la gente adora. Durante el verano, a la mayoría de las personas de todo el mundo les parece excepcionalmente verde y exuberante. Es un «paisaje pastoral», «sosegado», de fuertes precipitaciones y veranos cálidos, un sitio excelente en definitiva para que crezca la hierba en verano. Como diversos escritores llevan señalando mucho tiempo, es un

paisaje íntimo, con una escala humana. Las granjas encaladas se abrazan a las laderas justo bajo el límite de la antigua tierra comunal de las colinas. Otras granjas, entre ellas aquella en la que vivió mi abuelo, salpican el suelo del valle alzadas sobre una especie de promontorios que aquí se conocen con el nombre de *riggs*, y se elevan entre los juncos despegándose de la tierra empapada del fondo del valle. Nosotros somos una de las aproximadamente trescientas familias de granjeros que mantienen este paisaje y su antigua forma de vida.

Mi abuelo nació en 1918, en una familia de granjeros bastante anónima y corriente. En aquel momento vivían y trabajaban la mayor parte del tiempo en el corazón del valle de Eden. Los registros escritos recogen que mi abuelo pertenecía a una familia agraria que llevaba generaciones luchando por su subsistencia: conseguían incorporarse de vez en cuando a las filas de los granjeros relativamente asentados para después hundirse de nuevo y volver a ser arrendatarios o trabajar como mano de obra en otras granjas, o depender de la beneficencia o cosas peores. La historia escrita se extingue en el siglo XVI, en una sarta ilegible de anotaciones sobre nacimientos, defunciones y matrimonios que proceden de los registros parroquiales de las pequeñas aldeas del entorno donde sus descendientes aún viven y trabajan. Mi abuelo fue, simplemente, uno de los miembros de esa gran mayoría silenciosa y olvidada de personas que vivieron, trabajaron, amaron y murieron sin dejar demasiado testimonio escrito de que alguna vez pasaron por aquí. Para el resto del mundo, mi abuelo fue en esencia un don nadie, y sus descendientes seguimos siéndolo. Pero de eso se trata. Los paisajes como el nuestro fueron creados y aún perviven gracias al esfuerzo de los don nadie. Por eso me quedé tan sorprendido cuando escuché en la escuela la versión del «varón blanco rico muerto» de esta historia. Esta es una tierra de gente modesta que sabe trabajar duro. La verdadera historia de nuestra tierra debe ser la historia de los don nadie.

El despertador vibra en la mesilla de noche. Mi mano se extiende hacia él y lo machaca: las cuatro y media. De todas formas, solo estaba medio dormido. La habitación está ya en penumbra con la luz del próximo amanecer. Veo el hombro de mi mujer, su pierna enrollada en torno a la sábana, y a mi hijo de dos años tumbado entre nosotros, en el hueco donde se ha colado durante la noche. Salgo en silencio de la habitación con un gurrño de ropa. El sol asomará pronto por la colina.

En la cocina bebo directamente del cartón de leche. Me pongo la ropa de manera mecánica, como un robot, despierto solo a medias. Me queda media hora para llegar a la cita en la puerta de

la colina. Vamos a recoger al rebaño de la colina para esquilarlo. Mi mente está en una especie de piloto automático repasándolo todo.

Ropa adecuada: sí.

Desayuno: sí.

Sándwiches: sí.

Botas: sí.

Según llego al granero, mis perros pastores, Floss y Tan, empiezan a dar saltos y vueltecillas, y gimotean hasta que los desato. Saben que vamos a la colina. Les doy de comer para que tengan energía cuando la necesiten más adelante. Allí arriba, sin uno o varios perros buenos, el pastor es un ser inútil. Las ovejas de las colinas son medio salvajes, huelen la debilidad, y sin buenos perros pastores se escaparían y armarían un buen caos. Además, hay muchos lugares a los que los hombres no pueden llegar en busca de las ovejas y los perros sí: a los riscos y las laderas rocosas llenas de derrubios. Cuando salgo, Tan corre hacia la puerta del granero y salta al quad. Floss le sigue.

Perros alimentados y cargados: sí.

Moto quad: sí.

Combustible: sí.

Las golondrinas salen en estampida por la puerta del granero, perturbadas por los perros. Echaron las plumas hace un par de días y huyen volando por encima de mi cabeza familias enteras en dirección a los campos donde revolotearán todo el día sobre la hierba y los cardos.

Por las laderas de la colina empiezan a extenderse unos dedos de luz rosa y naranja. Sale el sol.

Estos son los días más calurosos del verano. Al caminar por la carretera siento el calor elevarse desde el asfalto. Sol. Polvo. Moscas. Cielo azul. Durante las horas centrales, hace demasiado bochorno para mover a las ovejas, cosa que difícilmente hubiéramos creído posible durante los últimos ocho o nueve meses de tiempo frío y húmedo. Al mediodía estarán jadeando, o guarecidas en los recovecos y escondrijos buscando la sombra, y se nos despistarán un montón de ellas. Para los perros también hace demasiado calor. Si los pones a trabajar muy duramente en un ambiente de tanto calor y humedad, los puedes matar. Así que pretendemos empezar temprano y tener el trabajo listo antes de que el sol esté alto en el cielo.

Hasta ayer por la noche no supe nada acerca de la recogida de hoy. Estaba en el baño cuando sonó el teléfono. Me lo trajo mi mujer y disimulé haciendo como que no estaba ocupado. Era mi vecino Alan, un granjero muy respetado, mayor que yo, que tiene una gran cantidad de ovejas en la colina desde hace mucho más tiempo que yo. Él es el jefe, el ilustre veterano si se quiere, y es quien organiza el trabajo conjunto de los comuneros. Organizar a los pastores de la colina para hacer cualquier cosa colectivamente no es fácil, por lo que no envidio su trabajo ni una pizca.

Alan no malgasta palabras innecesariamente.

—Mañana recogemos la colina.

—De acuerdo.

—En la puerta de la colina, cinco de la mañana.

—Vale.

Y cuelga para llamar a otra persona.

Yo imaginaba que el asunto era inminente debido a la fecha en la que estábamos, y porque es la época del esquileo para las hembras. Pero esta es una labor comunal que además exige que se den unas condiciones meteorológicas determinadas y que los hombres estén liberados de otras tareas para llevarla a cabo. Así que es como estar esperando el día D, nunca se sabe cuándo es hasta que recibes la llamada telefónica u oyes gritar desde la carretera al pasar: «Vamos mañana».

La recogida es una antigua labor comunal que consiste en que todos aquellos pastores cuyos ovinos tienen derecho a pastar en la tierra comunal sin cercar de las colinas trabajan juntos, ellos y sus perros, para reunir los rebaños dispersos. En nuestra colina, una vasta extensión abierta de páramo y terreno montañoso, hay unos diez rebaños de ovejas diferentes. Como no tenemos grandes depredadores, a los animales se los deja pastar en libertad, pero los bajamos a las granjas varias veces al año: en la época de cría, en la del esquileo, y para otras actividades que son clave en la vida del rebaño. Más allá de nuestra tierra comunal hay otras extensiones de terreno montañoso sin cercar, colinas explotadas por otros comuneros. Por tanto, en teoría, nuestras ovejas podrían andar paseándose por todo el Distrito de los Lagos, pero no lo hacen porque saben cuál es su sitio en las montañas. Están «asentadas», lo que en esta tierra llamamos *hefted*. Cuando eran corderos, sus madres les inculcaron este sentido de pertenencia, en una cadena ininterrumpida de aprendizaje que se remonta miles de años atrás. Así que las ovejas no pueden venderse fuera de esta colina sin que se rompa ese vínculo ancestral. Según dicen, aquí tenemos la mayor concentración de tierra comunal que queda en toda Europa occidental; y con ella sobrevive un tipo de sistema agrario que es mucho más antiguo que la mayoría de los que se dan actualmente en el mundo.

El territorio que vamos a recoger hoy no nos pertenece a nosotros, sino a la Fundación Nacional para Lugares de Interés Histórico o de Belleza Natural. Otras colinas tienen otros propietarios, pero disfrutamos de un antiguo derecho legal que permite que un número determinado de ovejas pasten en ellas. Gran parte de estas extensiones de tierra montañosa fueron adquiridas por acaudalados benefactores, como Beatrix Potter, y cedidas después a la Fundación Nacional, en la confianza de que aseguraría la protección tanto del paisaje como de la

forma de vida única que este alberga. A menudo en estas donaciones se explicitaba que los rebaños de esas colinas debían obligatoriamente seguir siendo de ovejas de raza herdwick.

En un mismo terreno pueden convivir diferentes formas de propiedad de la tierra. En nuestra colina, los derechos de pastoreo están divididos en un sistema de lo que llamamos *stints*, que son como participaciones de los derechos comunes. Cada *stint* que posees o alquilas te confiere derechos de pasto para un número determinado de ovejas; en el caso de nuestra colina son seis animales por *stint*. Estas participaciones se pueden comprar, vender y alquilar, de modo que los granjeros de más edad puedan retirarse y la siguiente generación siga manteniendo sus rebaños y explotando los derechos de pastoreo. A veces el propietario de la colina no posee ningún *stint* y, por tanto, sus rebaños no pueden pastar en su propia tierra, a menos que haya derechos de pastoreo excedentes. La propiedad de los derechos de pastoreo se ostenta en común con los demás comuneros. «Comunero» no es un insulto, sino algo de lo que estar orgulloso. Significa que tienes derechos sobre algo que es valioso, que colaboras en la gestión de las colinas y que participas de nuestro modo de vida de igual a igual con los demás pastores. Si crías ovejas herdwick o swaledale asentadas en la tierra de pasto común de las colinas, entonces, por definición, perteneces a una asociación de comuneros. Todo esto es un raro vestigio de un pasado feudal en el que pagábamos al señor feudal cuotas, incluidas de armas, a cambio de tener derecho de pasto sobre las tierras pobres de la montaña. Pero hace mucho tiempo que ya no se pagan cuotas. Los aristócratas o bien han desaparecido o bien no se molestaron en disputarnos esos derechos, porque cuando nos enfadamos podemos ser problemáticos y obstinados. Era más esfuerzo de la cuenta, así que ganamos nosotros, los campesinos. Somos una pequeña parte de un antiguo sistema agrario y de una antigua forma de vida que de alguna manera han sobrevivido en estas montañas debido a su pobreza histórica y a su relativo aislamiento, y gracias a la protección del primer movimiento de conservación.

Mis ovejas y corderos llevan casi ocho semanas en las montañas. Son ovejas herdwick, una raza originaria de las colinas del Distrito de los Lagos que se ha criado durante siglos y está adaptada a este entorno, a este clima y a este sistema de pastoreo. Las ovejas tienen dos funciones que cumplir: sobrevivir a los duros inviernos y los tiempos difíciles, y, en los meses de primavera y verano, producir buenos corderos y criarlos en las montañas para que el rebaño se perpetúe y las granjas cuenten con un excedente de corderos para la venta.

En las ocho semanas que han pasado desde que los traje aquí, a muchos de ellos no los he visto. Se han criado solos con la abundante hierba del verano. Nuestro método de pastoreo incluye algunos períodos en los que las ovejas pastan libres en la tierra abierta de las colinas sin nuestra supervisión. Únicamente aquellas que han tenido gemelos permanecen en nuestros

campos cercados en zonas más bajas de las laderas, parcelas que aquí reciben el nombre de *intakes*,^[2] debido a que para criar dos corderos las ovejas deben tener garantizada una mejor nutrición que la que ofrecen las montañas. Así que estoy ansioso por volver a ver a mis corderos, estoy deseando comprobar que están vivos y bien. Sobre todo, lo que me interesa es constatar cuánto han crecido desde que los subí en mayo, cuando tenían solo un mes. Ahora estamos ya en la segunda semana de julio. Cuando me dirijo por la zona alta hasta la puerta de la colina, la niebla resiste en las hondonadas, pero ya está empezando a desaparecer al calor del sol naciente.

Llego a la puerta el segundo. Hay un pastor que siempre llega el primero. Sospecho que es insomne.

Llegar a la puerta a tiempo: sí.

Pronto se reúnen entre ocho y diez hombres y mujeres en la puerta de la colina. Un grupo variado de perros pastores y algunos chuchos animosos giran en círculo, excitados. De vez en cuando se apelotonan. Todos llevamos manga corta y botas, y una variedad de sombreros de ala ancha que, desde luego, nunca ganarán ningún premio de moda. De los hombros cuelgan viejas bolsas cutres para cebo repletas de sándwiches, refrescos y trozos de pastel. En los días que hace mal tiempo, miramos inquietos al horizonte y las nubes que abrazan las montañas. A veces, cuando las nubes están demasiado bajas, tenemos que darnos la vuelta y regresar más tarde. Es peligroso estar allí arriba con mal tiempo. Y la nieve hace que sea potencialmente letal. Pero hoy solo tenemos una preocupación: el calor. Uno de los pastores llega tarde y todo el mundo se muestra impaciente y frustrado. Empezamos a echar pestes de él.

—Siempre llega tarde.

—Es incapaz de levantarse, el cabrón.

—Vámonos sin él. Ya nos alcanzará.

—No, esperemos mejor.

—Ah, aquí está.

Por el camino de la colina sube una moto quad a toda velocidad. Un pastor un poco aturullado masculla unas disculpas. Ha estado recogiendo unos corderos un poco más abajo y se le han escapado a la carretera.

No importa. Debemos ponernos en marcha. Hay que moverse rápido. Las ovejas y los corderos están muy arriba en las colinas, donde se encuentran el cielo y la tierra.

El pastor más viejo hace las funciones de un general en el campo de batalla. En una escena de la película *Zulú* se describe la estrategia de guerra de los nativos como «los cuernos de un búfalo... que se aproximan como pinzas y te rodean». Ese es un poco el modo en que nosotros recogemos nuestra colina. Se necesitan unas seis u ocho personas con una docena de perros o más, conlleva horas de marcha (aunque esto se aligera si se usa un quad en los tramos que

permiten su conducción) y exige que todo el mundo trabaje más o menos en equipo. A medida que vas recorriendo la colina, intentas emplear tu buen criterio para ir recortando entre los rebaños de nuestra tierra comunal y los de la siguiente, fijándote en las marcas de color que identifican la pertenencia de las ovejas a una granja específica. Una persona que no conozca ni los rebaños ni sus marcas ni el terreno puede montar un lío terrible empujando a las ovejas hasta la tierra contigua y obligar a todo el mundo a trabajar innecesariamente. Vamos parlotando entre nosotros, pero esto es un asunto serio. Debemos hacer lo que se nos indica. Nada de tonterías.

A uno de los pastores más experimentados, de nombre Shoddy, lo envían a la cima de la colina para limpiar de ovejas algunos riscos lejanos, arriba del todo, donde se encuentran el verde y el azul. A los lugares más difíciles se manda a los mejores hombres con los mejores perros. Shoddy definirá dónde está el extremo de la recogida y hará de bloqueo cuando las ovejas traten de escaparse, obligándolas a bajar de vuelta desde allí arriba.

Joe, un pastor joven con muy buenos perros, es el encargado de despejar un barranco largo y profundo (nosotros aquí los llamamos *ghylls*, han sido excavados por los torrentes a lo largo de siglos) que señala la banda izquierda de la recogida, donde acaba nuestra tierra comunal y empieza la siguiente. Un perro bien enseñado sabe sacar con cuidado a las ovejas de entre los riscos, moviéndose hacia la izquierda o la derecha o deteniéndose en seco a la orden de un silbido. Un perro joven o mal entrenado jamás conseguiría hacerlas bajar, o peor aún, las espantaría peligrosamente empujándolas por los derrubios o hacia las caras rocosas.

Los de este grupo son buenos pastores de montaña con unos cuantos perros buenos. Desaparecen cada uno por un lado, uno en un quad, el otro a través del brezal.

A dos o tres de nosotros se nos envía detrás de Joe, al extremo de la colina por la izquierda, para empujar las ovejas hacia la derecha. Más o menos cada media milla alguno se va separando del grupo para controlarlas. Cada uno tenemos un punto de referencia al que debemos remitirnos.

Cada pastor es responsable de impedir que las ovejas pasen más allá del punto en el que estamos. Esto, si tienes un buen perro, es fácil, pero si no es inviable. Este sistema de pastoreo de las colinas solo es posible gracias al vínculo entre los hombres y los perros pastores.

Soy el último pastor por esta banda. Tengo que encontrarme con Shoddy en el otro extremo. «Espera a los demás en las peñas», me han dicho. Vale.

El pastor más viejo se lleva con él a otro par de hombres y se marchan por un antiguo camino polvoriento que sale a la derecha. Organizará la frontera con la próxima tierra comunal, empujando a sus ovejas para alejarlas y recogiendo a las nuestras: montará la banda derecha de la recogida.

Los hombres se desgañitan dando órdenes a sus perros, que con la excitación corren hacia los pastores equivocados. Nos encontraremos con ellos dentro de unas horas en el extremo más

alejado, más allá de la zona de las turberas donde los promontorios de turba se alzan entre la hierba del prado como islotes verdes o marrones que emergen suavemente de la tierra. Forman un mar de montículos, algunos de los cuales pueden tener unos seis u ocho metros de ancho y otros cubrir cerca de una hectárea. Los separan pequeñas hondonadas y vallecitos excavados por el agua que forman peligrosos acantilados de turba negra; pueden alcanzar la altura de un hombre, a veces son incluso más profundos y se puede caer en ellos fácilmente. Las ovejas se frotan el lomo contra las paredes de estos acantilados turbosos y el tono negro como el carbón que se le queda a la lana nos indica que es allí donde viven. En el terreno hundido al abrigo de los montículos de turba las ovejas se escapan de la vista y el quad puede volcar con facilidad, así que al deambular por esa zona cenagosa hay que prestar atención para asegurarse de que los perros sacan de allí a todo el rebaño y mandan a las ovejas de nuevo de camino a casa. Más allá de las turberas nos reunimos en la Peña del Lobo y nos dispersamos por el terreno formando una especie de lazo para encerrar dentro toda la colina y poder ir empujando así a las ovejas en la dirección deseada.

Después del follón que armamos todos juntos en la puerta de la colina, el día se vuelve una jornada de trabajo silenciosa y solitaria. La mayor parte se desarrolla lejos de los demás, faenando con ellos pero a mucha mayor distancia de la que alcanza la voz. En días como este se trabaja con los perros. Un perro de las colinas es algo especial, es resistente como unas botas viejas, listo y capaz de trabajar de forma semiindependiente, lejos de su dueño, por toda la montaña. Yo tengo la suerte de contar con dos buenos perros pastores «de campo», dos border collies. No hay demasiadas cosas que no sepan hacer en el fondo del valle. Se arrastran, reptan, salen corriendo como un rayo en todas direcciones y pueden dejar a las ovejas hechizadas con solo una mirada. Son mi tesoro, pero no son excelentes perros de las colinas (al menos aún no). Eso es algo totalmente distinto. Los perros de las colinas son muy particulares: tienen que ser fuertes y astutos, menos de echar miradas y más de seguir instrucciones o de usar su seso cuando están fuera del alcance de tus órdenes.

Según vamos recorriendo la colina, vemos algunas ovejas que deberían estar en nuestra tierra comunal pero se encuentran en la ladera del otro lado, más allá de un barranco profundo. Me temo que están demasiado lejos para que podamos recogerlas hoy. Doy por hecho que los pastores de la tierra comunal contigua las bajarán con sus rebaños y podremos recuperarlas más adelante. Pero Joe, que está limpiando ese barranco, ya ha mandado a sus perros a recogerlas. Desde donde él se halla apenas puede ver a las ovejas de lo lejos que quedan. Está más lejos que nosotros. El perro va dando bandazos: hacia atrás, adelante, subiendo y subiendo, cada vez más arriba hacia el lejano horizonte. Un silbido o dos le confirman que debe seguir adelante, en busca

de unas ovejas que aún no puede ver debido a la configuración del terreno. Pero en cuanto el perro descubre a las ovejas a por las que se le ha enviado, sabe lo que tiene que hacer. Las rodea por detrás y las va empujando para sacarlas de los peñascos. Van para un lado y para el otro, pero siempre bajando hacia nosotros y, de repente, desaparecen por el otro lado del torrente. Diez minutos después de que los perros han ido a por ellas, las ovejas aparecen subiendo por el barranco cerca de nosotros. Han sido derrotadas y lo saben. Trotan obedientes cruzando el páramo y se unen a la marea de ovejas que se dirige de vuelta a casa. El perro ve que ya las tenemos y vuelve hacia su amo, que está mucho más abajo. En la distancia, Joe nos hace un gesto con la mano y sigue su camino. Un perro como ese vale su peso en oro. Me he quedado boquiabierto del asombro cuando me he dado cuenta de lo lejos que había llegado en el horizonte. He tenido que obligarme a cerrar la boca para no parecer bobo. Mis perros, con todos sus méritos, jamás podrían haber hecho eso. No somos gente que se impresione fácilmente, pero ante lo que acabamos de vivir se produce una especie de respetuoso silencio.

Un viejo pastor se vuelve hacia mí y me dice:

—Ese sí que es un perro de colina como Dios manda.

—Sí —reconozco—, pero no se lo digas. Se le subirá a la cabeza.

Al llegar al final de la colina, me quedo esperando tal como me han dicho. No estoy seguro de si son segundos, minutos u horas los que transcurren mientras estoy allí, porque no hay noción del tiempo.

Veo pasar un goteo de ovejas formando pequeños regueros de camino a casa, empujadas por los hombres que caminan por detrás de mí. Joe casi ha despejado el barranco y me reúno con él para cruzar ese extremo de la colina. Nos detenemos para admirar un joven carnero semental de herdwick que cruza por delante de nosotros perseguido por los perros.

—Mira eso.

—Sí.

—Es de los tuyos.

—Lo sé.

—Acaba de pasar la madre hace un minuto sin él.

—Ese va a ganar más de un concurso.

—Quizá.

—El tiempo lo dirá.

Joe desaparece detrás de mí y empuja a las ovejas a través del brezal. Yo doy un rodeo por la línea del horizonte para despejar las turberas, empujando a las ovejas hacia abajo y enviándoselas a Joe. Ahora soy yo el que está en el punto más alejado de casa. Veo todo mi mundo desplegado

a nuestros pies, con los tres tipos de tierras que lo conforman: los prados (o *in-byes*), los *intakes* y las colinas. Aquí el año agrario gira en torno a los desplazamientos de las ovejas entre estos tres tipos de tierra.

Nuestro sistema de pastoreo en las colinas es, en el fondo, algo sencillo. Es una forma de explotación que ha ido evolucionando en función del aprovechamiento de la hierba que crece en verano en las montañas con el objetivo de producir cosas que los granjeros puedan o bien consumir ellos mismos, como modelo de subsistencia, o bien vender para ganarse un sustento.

Nada tiene sentido sin tener en cuenta lo que ha pasado antes y lo que viene después. Es literalmente como el fenómeno del huevo y la gallina (o de la oveja y el cordero, si se prefiere). Pero podría ser útil que explique brevemente la estructura básica de nuestro año agrícola. En su forma más sencilla funciona de la siguiente manera:

A mediados del verano nuestra labor consiste en mantener sanos a los corderos, recoger a las ovejas y los corderos de las colinas y los *intakes*, bajarlos para esquilarnos y hacer el heno para el invierno.

En otoño se nos puede ver bajando de nuevo a las ovejas de las colinas o de las tierras altas para las subastas y las ferias de otoño, separando a los corderos de sus madres (que así pueden empezar a recuperarse de sus esfuerzos) y preparando y vendiendo el excedente de corderos y ovejas de la «cosecha de las colinas». En estas pocas semanas obtenemos la mayor parte de nuestros ingresos anuales, que provienen de la venta tanto del excedente de hembras de cría a los granjeros de las tierras bajas, como del puñado de machos sementales lo bastante buenos como para que los adquieran otros criadores a un precio elevado.

A finales del otoño empieza el ciclo de reproducción: echamos los carneros a las ovejas, entre ellos los sementales recién comprados de otros rebaños. Es también en esta época cuando enviamos a pasar el invierno en las granjas de las tierras bajas a los corderos de reserva que no vendemos, que son los que van a garantizar el futuro del rebaño. Durante el final del otoño y el invierno nos dedicamos asimismo a engordar a los corderos sobrantes (capones) para venderlos para carne. Nuestro sistema está en su mayor parte orientado a la producción de ovejas de cría para su venta a otros ganaderos, quienes aprecian a las hijas de los rebaños de las colinas porque una vez en tierras bajas resultan resistentes y productivas, y a producir corderos para carne que engordan gracias a la abundancia de hierba que se da en las montañas entre mayo y octubre. En la venta de estos corderos hay un paso intermedio en el que quien los compra y los engorda antes de su venta final es un intermediario. A esta fórmula nosotros la llamamos venta a *store*. Nuestros ingresos provienen de estos dos tipos de producción.

En invierno nos dedicamos sobre todo a cuidar a los animales que conforman el núcleo reproductor del rebaño durante los días de peores condiciones meteorológicas del año, alimentándolo cuando es necesario. Nuestras ovejas comen hierba durante la mayor parte del

año, pero en los meses de invierno, cuando esta desaparece, hay que proporcionarles heno.

A finales del invierno y principios de la primavera atendemos a las ovejas que están preñadas y nos preparamos para la época de cría.

La primavera está dedicada al traslado de las ovejas a la mejor de nuestras tierras, esto es, los prados de los *in-byes*, de manera que paran allí. También cuidamos cientos de crías.

Para finales de la primavera y principios del verano estamos enfaenados marcando, vacunando y desparasitando a las ovejas y los corderos, y los subimos a las colinas o a los *intakes* aprovechando el crecimiento estival de la hierba. Así dejamos libres los prados de la cuenca de los valles y el heno que usaremos en invierno puede crecer otra vez.

Y después, volvemos a empezar y lo hacemos todo de nuevo, al igual que nuestros antepasados antes que nosotros. Es un patrón de explotación que se ha mantenido inalterado en esencia desde hace muchos siglos. Ha cambiado su escala a medida que las granjas se han ido amalgamando para sobrevivir, por lo que ahora somos menos, pero no su contenido fundamental. Si soltaras a un vikingo aquí conmigo sobre esta colina, entendería perfectamente cómo funciona lo que estamos haciendo y cuál es el patrón básico que sigue nuestro año agrario. El tiempo que lleva cada labor varía en función de los diferentes valles y las distintas granjas. Todo está sometido a las estaciones y a las imposiciones de la necesidad, nada depende de nuestra voluntad.

Hay ratos en los que te quedas solo en la montaña esperando a los demás, solo en el silencio. Las alondras alzan el vuelo y se elevan con su canción. De vez en cuando hay un momento en el que no queda a la vista ni una oveja ni un hombre. Allá lejos, en la distancia, puedes ver las carreteras principales y los pueblos. Nadie sabe exactamente desde hace cuánto tiempo se desarrolla esta labor de recogida de los rebaños de las colinas, pero es posible que sean hasta cinco mil años.

Bajo mis pies y a mi alrededor, la tierra agreste del pasto de la montaña. Tradicionalmente las granjas del Distrito de los Lagos como la nuestra tenían derechos de pastoreo sobre la tierra comunal, que pertenecía a su señorío para un número limitado de ovejas. Este número venía fijado por la costumbre y por una forma de gestión comunitaria que respondía tanto a la capacidad de pastoreo de la colina como a la que durante el invierno tuvieran las granjas situadas en su falda. Era, y es, un sistema que requiere de reglas y de costumbres para prevenir el abuso, el trampeo o la mala administración. Antes de que existieran los teléfonos móviles y el correo electrónico, la única manera de que la gente pudiera trabajar colectivamente para gestionar esta tierra era contar con tradiciones y prácticas acordadas en común que señalaran claramente lo que cada uno tenía que hacer, en qué momento y de qué forma. Existían incluso cortes señoriales que

sancionaban cualquier irregularidad imponiendo multas, práctica que aún se mantiene a través de las asociaciones y cofradías de comuneros. En noviembre celebramos una reunión en la que nos entregamos unos a otros las ovejas perdidas que hemos recogido. De otro modo, los demás comuneros nos impondrían una multa. El viaje por carretera de un extremo al otro del común para recoger a una oveja perdida pueden ser de 150 kilómetros entre ida y vuelta. Algunas granjas aún mantienen derechos en tierras comunales diferentes, por lo que los pastores se pasan media vida recogiendo sus rebaños en diversas colinas. Hay granjeros que se concentran en este tipo de labor como forma adicional de ganarse la vida, y tienen jaurías enteras de perros pastores especializados en la recogida.

Hay una especie de fantasía poética sobre la existencia aislada de pastores y granjeros a solas con la naturaleza. Wordsworth alentó esa idea, al transmitir al mundo la imagen que guardaba de su infancia de haber visto a un pastor solitario en las colinas, acompañado por sus perros y en comunión con la naturaleza. Algunas veces esta idea es real como la vida misma: los hombres como mi abuelo se quedaban a veces a solas con sus ovejas y el mundo natural. Pero no es menos cierto que los pastores no sobreviven solos, ni cultural ni económicamente. Mi abuelo tenía un terreno llamado «el campo de fútbol». En las granjas vecinas trabajaba la suficiente cantidad de hombres jóvenes como para formar dos equipos y jugar un partido. Y el trabajo de mi abuelo consistía sobre todo en tratar con otras personas y, en última instancia, en impresionarlas y ganarse su respeto.

Al parecer, los beduinos saben orientarse en el Sáhara porque poseen vastos conocimientos sobre las dunas y las crestas arenosas y, a pesar de que estas se desplazan lentamente a lo largo del tiempo, ellos pueden contar las crestas y saber con un cierto grado de exactitud dónde están y cómo llegar al lugar al que se dirigen. Nuestro sistema cultural de orientación, la forma en la que conocemos nuestra ubicación y la de los demás, funciona básicamente de una manera similar: si entiendes su estructura, puedes distinguir los detalles.

Mi abuelo y mi padre podían ir a casi cualquier lugar del norte de Inglaterra y, por lo general, sabían quién explotaba esa tierra y a menudo quiénes habían estado allí antes o quién trabajaba en la de al lado. Aquí todo el paisaje encierra una compleja red de relaciones entre granjas, rebaños y familias. Mi viejo apenas puede deletrear palabras comunes, pero tiene un conocimiento enciclopédico del paisaje. Creo que esto pone en cuestión las ideas convencionales sobre quiénes son «inteligentes» y quiénes no. Algunas de las personas más listas que he conocido en mi vida son semianalfabetas.

Con solo conocer dónde trabajaba alguien, de qué raza eran sus ovejas y el mercado de subastas que frecuentaba, mi abuelo podía encontrar rápidamente puntos en común con cualquier

granjero del norte de Inglaterra o incluso del resto del Reino Unido. Sabía lo que era probable que estuviera haciendo todo el mundo en cualquier momento dado del año. «No te molestes en ir a ver a los Wilson... Hoy estarán demasiado ocupados preparando a las borregas de cruza (las hermosas corderas que vendían cada otoño para que se criaran en las granjas de las tierras bajas)», decía. Y si te daba por ir hasta la finca de la que hablaba, al otro lado de la colina, comprobabas que tenía razón.

Mucho antes de que fuera posible comprobar la solvencia crediticia de nadie, aquí la gente podía descubrir rápidamente si alguien que llegaba nuevo a la comunidad era o no de fiar. Con hacer un par de preguntas en un mercado de subastas o en un concurso a un miembro de la comunidad anterior de esa persona te informabas de todo su pedigrí y de su trayectoria.

Por tanto, si alguien resulta acusado de robar ovejas, el asunto se convierte en un escándalo, un sucio rumor que se extiende por todos los valles. Hace poco una respetada familia de pastores de los Peninos fue acusada de haberles robado ovejas a muchos de sus vecinos. El caso aún no ha llegado a juicio, y no tengo manera de aventurar si terminará en condena o absolución, pero sus impactantes ondas de choque han recorrido toda la comunidad agropecuaria de las colinas. Un anciano que conocemos y que pertenece a la misma tierra comunal que esta familia nos habló del tema con lágrimas en los ojos, como si no se pudiera creer que alguien en quien confiaba hubiera podido cortarles las marcas auriculares a las ovejas y haberles aserrado los cuernos con la señal del rebaño marcada a fuego para, a continuación, robarlas.

Entre los pastores existe un código de honor no escrito. Recuerdo que mi abuelo me contó una vez que un amigo suyo le había comprado en venta directa unas ovejas a otro pastor por lo que pensaba que era un precio justo. Semanas más tarde asistió a algunas subastas y descubrió que había conseguido las ovejas muy baratas, en realidad demasiado baratas, alrededor de cinco libras por debajo de su valor de mercado cada una. Le pareció que la situación suponía una injusticia con el vendedor, que había confiado en él. No quería ser avaro o quizá, lo que es igual de importante, parecer avaro. Así que envió al pastor un cheque por la diferencia acompañado de sus disculpas. Pero el pastor que se las había vendido se negó cortésmente a cobrarlo y afirmó que el acuerdo original era honorable. Lo habían sellado con un apretón de manos. Tablas.

La única solución era volver el año siguiente, comprarle unas ovejas y pagar más de la cuenta para compensarle, y así lo hizo. A ninguno de los dos hombres les importaba un comino «maximizar el beneficio» a corto plazo, como le pasaría a un ejecutivo moderno de la ciudad. Ambos valoraban su buen nombre y la reputación de su integridad muy por encima de la posibilidad de ganar dinero rápidamente. Si has prometido algo, es mejor que lo hagas.

Mi abuelo y mi padre se esfuerzan enormemente para hacerles favores a sus vecinos, porque la buena voluntad es lo que cuenta. Si alguien nos compra una oveja y tiene la más mínima queja, nos la quedamos y le devolvemos el dinero, o se la cambiamos por otra. Y la mayoría de la gente

de aquí hace lo mismo.

Los nombres de los padres son intercambiables con los de sus hijos, y los apellidos con los nombres de las granjas. Aquí el nombre de tu granja les dice a los demás ganaderos tantas cosas sobre ti como tu apellido. A lo mejor hay veinte granjeros con el mismo apellido, por lo que este, para su aclaración, se sigue inmediatamente del nombre de la granja. A veces el nombre de la granja sustituye incluso al apellido en la conversación habitual.

Hace poco me encontré en un bar con un tipo que había conocido a mi abuelo. «Si llegas a ser la mitad de hombre que él, serás un buen hombre», dijo con tono severo, y luego me invitó a una copa como intereses devengados de algún favor que mi abuelo le habría hecho a él décadas atrás. Cualquiera que se incorpore de nuevas a la comunidad o a la tierra comunal será sometido a una cuidadosa observación hasta que haya demostrado tener integridad y ser capaz de seguir las reglas. Se dice que antes de ser considerado «de aquí» tienes que llevar en esta tierra tres generaciones. Se ríen al decirlo, pero la afirmación encierra una gran verdad.

Floss y Tan están trabajando duro. Corren haciendo recortes hacia atrás y hacia delante, guiando a las ovejas por los campos. A veces uno de ellos sale zumbando hacia una hondonada o una depresión del terreno y vuelve con algunos animales que quedaban fuera de la vista. Realizamos un barrido, empujando a todas las ovejas y los corderos que estaban dispersos por las turberas y las zonas de brezales hacia la Peña del Lobo. Veo a los perros del tipo con el que debo encontrarme. A él no puedo distinguirlo, pero los perros trabajan siguiendo las órdenes que les da desde algún lugar oculto, con lo que efectivamente nos hemos juntado. Él habrá divisado también a mis perros en la cima de la colina y sabrá que estoy aquí. Aparece por debajo de los riscos y se reúne con el viejo pastor que está dirigiendo el proceso. Los veo unos 30 metros por debajo, intercambiando observaciones sobre cómo vamos. De vez en cuando extienden un brazo para señalar una información u otra. Sus perros están desperdigados por una zona muy amplia, empujando a las ovejas hacia casa. Los riscos que quedan por debajo de mí son escarpados y peligrosos. Si doy cinco pasos hacia delante, podría caer fácilmente hacia una muerte segura. Puedo ver como unos 30 kilómetros a mi alrededor.

La primera vez que participé en la recogida de estos riscos fue junto con una pastora mayor con la que andaba en negociaciones para encargarme de su rebaño de la colina. Éramos amigos desde hacía muchos años, pero me tenía en observación para comprobar si podía manejar a las ovejas con mi perro una vez en la colina. Era una especie de examen tácito. Unos 90 metros por debajo de nosotros, en una cornisa cubierta de hierba a media altura de la pared del acantilado, se veía media docena de ovejas y corderos. Mandé a Mac, nuestro viejo perro, a que descendiera por la pared del acantilado siguiendo una pequeña bajada cubierta de hierba entre dos rocas. Se

abrió camino por la ladera y sacó a las ovejas, delicadamente pero con firmeza, por abajo. Me hizo quedar bien. La pastora dijo que había estado «bien», que viniendo de ella era el mayor de los elogios.

Una vez que hemos dejado limpios los riscos, tenemos a todas las ovejas en una masa arremolinada, como si hubiéramos extendido una alfombra de lana sobre la falda de la colina. La soga que forman los hombres y los perros se va estrechando y cientos de ovejas y corderos empiezan a marchar en formación delante de nosotros de camino a casa. Cuando hace mal tiempo, a veces perdemos de vista a un hombre y tenemos que esperar pacientemente a que reaparezca entre las nubes o la niebla. Así que en ocasiones nos detenemos y esperamos, sin perder la formación en línea. Cuando todo el mundo está listo, conducimos al enorme rebaño de cerca de cuatrocientas ovejas hacia los rediles que están desperdigados por las laderas más bajas de las colinas. Por lo general, consisten en poco más que una pared de piedra seca que delimita el redil general, y un par de corrales con vallas o con cercas de madera para separarlas.

Empujamos a las ovejas, separadas según sus rebaños, por la estrecha «manga» de clasificación, esto es, un callejón entre muros por el que va pasando la hilera de ovejas, con una puerta al final que se abre hacia la izquierda o la derecha y las envía hacia los diferentes corrales. Para «manguear» o hacer pivotar la puerta del final del callejón de un lado a otro, tienes que tener un gran ojo y manos rápidas, porque con suerte dispones de unos tres segundos para identificar la marca del rebaño de la oveja y hacer girar la puerta hacia el lado correcto. Yo las voy metiendo en la manga y voy avisando cuando aparecen corderos u ovejas mal marcados. De vez en cuando hay un cordero «blanco», es decir, un cordero sin marcar que ha nacido en la colina, y debemos encontrar a su madre y, con ello, a su propietario. Uno de los perros de otro pastor me muerde la mano cuando empujo a las ovejas. Suelto un aullido y amenazo con darle una patada al perro. Su dueño me grita y me pregunta qué demonios estoy haciendo.

—Tu maldito perro me ha mordido.

—Te lo mereces, el tuyo me mordió el otro día.

Nos reímos. Estamos en paz.

Pronto los rebaños están separados y controlados por los pastores y sus perros, para que no vuelvan a mezclarse. Las montañas, detrás de nosotros, deberían haber quedado vacías y silenciosas.

Cuando terminamos de clasificar a las últimas ovejas, los pastores las llevan caminando hasta su casa para esquilas.

Hay ruido por todas partes.

Los hombres vocean.

Silban.

Gritan.

Dan palmadas, agitan las manos.

Las ovejas llaman a sus corderos.

Los corderos las llaman a su vez.

Los perros ladran.

Los hombres se llevan a las ovejas a casa. Se dispersan, igual que las sombras de las nubes que atraviesan las faldas de las montañas.

Pasado y presente conviven en nuestra vida laboral, superponiéndose y entretejiéndose hasta que a veces es difícil saber dónde termina uno y empieza el otro. Cada una de las labores anuales encierra también la memoria de las muchas veces que las hemos emprendido antes y de la gente con la que lo hicimos. Mientras este trabajo siga existiendo, todos los hombres y las mujeres que una vez faenaron con nosotros siguen vivos también como una parte de aquello a lo que nos dedicamos, una parte de nuestras historias y de nuestra memoria, una parte del cómo y del por qué llevamos a cabo estas tareas.

En los meses de junio y julio, algún día convenientemente seco que no estuviéramos enfaenados en los prados de heno mi abuelo reunía a las ovejas en los corrales. Recuerdo uno de estos días, hace treinta años, como si fuera ayer. Los hombres separaban el rebaño por la puerta de manguear y enviaban a los corderos a un corral y a las ovejas con lana a otro. A continuación, conducían a estas ovejas a un edificio donde mi padre las esquilaba. Mi madre pisoteaba la lana para aplastarla dentro de las bolsas.

La camiseta de papá estaba empapada en sudor. De vez en cuando enderezaba la espalda como si le doliera. Agarraba las ovejas de un corral y les daba la vuelta con un giro del cuello, haciéndolas rodar sobre su pierna para sentarlas de culo. Extendía una mano hacia arriba y tiraba de la cuerda resplandeciente que arrancaba el motor. La otra mano metía la pata de la oveja detrás de su culo y sujetaba la esquiladora manual. Primero se esquilaba la zona del vientre, estirando con una mano hacia abajo para proteger los pezones o el pene del animal. Después se abría la lana de la pata trasera subiendo hasta la cola y el espinazo. En los movimientos sucesivos del brazo, la máquina iba desprendiendo el vellón de los cuerpos de las ovejas. Papá era como una máquina, sus movimientos hacían entrar a las ovejas en una especie de trance. Era una especie de danza absorbente que los envolvía a las ovejas y a él, un proceso cuidadosamente coreografiado en el que se giraba, arrastraba y volteaba a la oveja con una serie de ingeniosos movimientos estudiados para que cada pasada de la esquiladora se llevara un peine lleno de lana. La parte del cuerpo que se estaba esquilando se mantenía cuidadosamente estirada para que no hubiera hendiduras ni pliegues de piel susceptibles de ser pellizcados o cortados por la máquina. Las ovejas estaban en el momento perfecto para el esquila, por lo que el vellón se desprendía de

la piel, separándose del cuerpo cuando el peine de la esquiladora lo recogía y la cuchilla lo recortaba separándolo limpiamente del cuerpo. La oveja perdía el vellón sin trauma y volvía con sus corderos antes de darse cuenta de lo que estaba pasando.

Mi padre podía esquilar unas doscientas ovejas en un día. Llevaba unos mocasines confeccionados con una de las bolsas de arpillera que usábamos para guardar la lana, cosidos de cualquier manera en la parte superior de los pies. Con ellos podía sentir bien el cuerpo de las ovejas para enrollarlas entre sus piernas con cuidado y así sacar el peine de la máquina lleno de lana evitando los cortes en los pliegues de la piel. También podía usar unas botas para esquilar, pero así perdía tanto el tacto de las ovejas como la flexibilidad necesaria para doblarlas por los lugares adecuados.

El motor colgaba de una escalera que estaba enganchada entre dos vigas en el granero. De él salía un eje de transmisión que llevaba la electricidad hasta la esquiladora manual, que del uso estaba desgastada y brillantosa. Una o dos veces cada verano alguna oveja se revolvía y la máquina le hacía un corte. Si la herida era profunda mi abuelo la cosía con la misma aguja gruesa que utilizaba para coser los sacos de lana y, si era solo un pellizco, me enviaba al granero del heno para recoger telarañas que luego aplicaba sobre la herida para conseguir que la sangre se coagulara e hiciera costra.

Unos años más tarde, en mitad de mi adolescencia, mi padre me enseñó a esquilar. Me parecía algo imposible. Me sentía torpe y patoso, y parecía que la oveja luchaba contra mí. No tenía ningún aguante y no movía los pies cuando debía. No conseguía sincronizar la flexión de la rodilla, los pasos y los giros, no encontraba el ritmo necesario. Intenté imponerme a la oveja por la fuerza y lo único que hice fue empeorarlo todo.

Mi padre siempre fue más rápido y más ágil que yo.

Lo que quería era darme por vencido y largarme.

Era un trabajo cruel.

Me cansé. Las ovejas se dieron cuenta y se resistieron durante todo el proceso.

Sin embargo, cuando creces en lugares como el nuestro, el trabajo duro te saca la tontería a capones. Te enseña a endurecerte. O eso o te largas. Pronto se descubre quiénes son meros charlatanes: sentados aparte, autocompadeciéndose y agotados ya a media tarde, mientras que los hombres más mayores siguen trabajando con la misma fuerza que si acabaran de empezar.

De vez en cuando papá solía levantar la cabeza a media oveja, mirarme y preguntarme si estaba cansado para pincharme. Me daban ganas de darle un puñetazo. Durante años no fui capaz de mantener su ritmo. Odiaba que me pasara eso y cuando luché contra ello la paliza fue aún peor. Después dejé de echarle carreras. Y luego me fui dando cuenta de que a veces le ganaba. Se

estaba haciendo mayor. No soy el esquilador más rápido de estos pagos, pero tampoco se me da mal del todo, hago un trabajo limpio. Y después de unos días poniéndome en forma, llego a ser razonablemente rápido.

En la temporada de esquila, las ovejas están plagadas de moscas y no dejan de mover las orejas para espantarlas. Nuestra granja tiene una gran cantidad de árboles y de bosquecillos, por lo que también hay un montón de moscardones y moscas azules. En julio las moscas están en su plenitud y no vemos el momento de dejar las ovejas esquiladas y «bañadas» (caladas hasta los huesos de un «baño de ovejas», un repelente químico contra las moscas) para que puedan cuidarse mejor solas. Todos los veranos, un puñado de ovejas sufre una crisis de picaduras de mosca o infestaciones de larvas. Las pequeñas cabronas son arteras e insaciables, se hacen fuertes en alguna zona del vellón que esté sucia y de ahí pasan a la piel o a una pezuña. Lo detectamos cuando la oveja empieza a levantar una pata como si le doliera o desarrolla un tic, o intenta morderse todo el rato un costado, o simplemente se rinde de camino a casa y se tumba. Una pezuña «tocada» puede convertirse en una masa de larvas que se retuercen; cuando ocurre en la cola o una zona del vellón es más difícil de detectar y puede terminar propagándose por todo el cuerpo. Si no se tratan, estas infecciones pueden acabar con la vida de una oveja y dejarla limpia de carne hasta los huesos en solo un mes. Las moscas revolotean alrededor de la oveja afectada, el olor las vuelve locas. Esquilar a estas ovejas no es agradable, porque las moscas te pican en los brazos.

Un tábano dejó una roncha enrojecida e hinchada en el brazo de mi padre y este se puso a echar pestes como un demonio. Mi abuelo apartó a una oveja afectada y le echó por encima Battles Maggot Oil, un aceite contra las larvas. Al olor del potingue pernicioso los gusanos se escabulleron y abandonaron el barco. El suelo quedó moteado de larvas muertas o moribundas. En un costado estaban las ovejas de lana, a la espera de que las esquilaran. El cobertizo era una cacofonía de ruidos ovinos, pues las ovejas balaban para que las oyeran sus corderos que, a su vez, esperaban ruidosamente a que estas salieran a la luz del sol. Las ovejas esquiladas encontraban a sus corderos gracias a su balido, pero los corderos menudos parecían confundidos por la criatura escuchimizada y calva que salía a su encuentro, y se iban corriendo de nuevo para encontrar a una madre con la pinta correcta.

Un buen esquilador puede esquilar hasta cuatrocientas ovejas al día, incluso un poco más, pero doscientas es ya un cifra respetable que a la mayoría de la gente la dejaría rota. A veces mi padre ayudaba a los vecinos como parte de una cuadrilla. Un equipo de cuatro hombres puede esquilar más de mil ovejas al día. Para esto se necesita otro montón de personas que se dediquen a agrupar a las ovejas, separar a los corderos, meter a las ovejas en el remolque de esquila, empaquetar la lana, marcar a las ovejas una vez esquiladas, volver a llevarse a los grupos de ovejas, y que en general mantengan las cosas en movimiento. En esta época del año la paciencia

se convierte en un bien escaso, los edificios se llenan de vida con el zumbido de las máquinas de esquilas, el «beee» de las ovejas, los ladridos de los perros y las voces de los hombres. Algunos años resultan una maldita pesadilla para los esquiladores, pues las ovejas no deben esquilarse si están mojadas, así que hay que conseguir meterlas a todas en los graneros antes de que empiece a llover. Pero muchas de ellas están guardadas en unos corrales que se construyen en los campos especialmente para el esquila, que se lleva a cabo en remolques móviles, así que si hace mal tiempo se arruina el día. Hoy usamos máquinas eléctricas de esquila, pero el trabajo sigue siendo una matada y es buena idea contar con tantos ayudantes como sea posible. Hay muchos pastores jóvenes y no tan jóvenes que se ganan el sustento formando parte de las cuadrillas de esquiladores que van de granja en granja durante el verano. Y las mujeres de los granjeros siguen compitiendo entre sí por ver quién prepara el mejor té de la temporada de esquila (y nadie tiene ánimos para decirles que, cuando tienes que pasar la tarde doblado por la mitad, ponerse fino a pasteles y panecillos no es la mejor idea).

Lo único malo de toda la temporada de esquila es que la lana, uno de los grandes productos del mundo, se vende muy barata. En tiempos, la lana era el producto comercial básico de las granjas como la nuestra, una parte fundamental de nuestros ingresos. Se cuenta que hasta finales del siglo XIX había caravanas enteras de caballos o burros que transportaban los fardos de lana a través de las colinas hasta Kendal, que se fundó gracias al comercio de este producto. Gran parte de la riqueza de los monasterios que durante la Edad Media tenían en propiedad muchas de las tierras del Distrito de los Lagos provenía de la lana. Si hoy quisiéramos pagar a alguien para esquila a las ovejas, nos costaría alrededor de una libra por animal. El vellón se vende solo a unos 40 peniques. Esto supone solo un pago simbólico para hacer frente a los costes, no un beneficio.

Hay años en los que ni nos molestamos en venderla porque el precio es excesivamente bajo y simplemente la quemamos. La lana herdwick es áspera, dura y oscura, lo que la hace perfecta para las ovejas de las montañas y sirve para las chaquetas de tweed, como aislamiento o para hacer alfombras que duren mucho tiempo, pero es menos perfecta para competir con otros productos manufacturados. Si miras algunas fotos antiguas de ovejas herdwick, se puede observar que antes tenían más lana que en la actualidad. Esto se debe a que los granjeros, en respuesta a los incentivos del mercado, han ido criando ovejas con menos lana cada vez: las esquilamos por su bienestar y no para ganarnos la vida. Pero mi abuelo seguía regañándome si no arrancaba los «colgajos» de lana sucia o si dejaba sin recoger del suelo las «greñas», esto es, puñados de lana suelta.

Mi padre liberaba a la oveja ya esquilada y lanzaba el vellón a un lado. Mi abuelo lo barría rápidamente y lo tiraba como si se tratara de una red de pesca sobre la mesa de embalar. Durante

un segundo, el vellón se quedaba como un abrigo del revés. Mi abuelo le quitaba toda la suciedad y extraía cualquier pajita o ramita. Doblaban los extremos del vellón hacia dentro de modo que formara una alfombra de unos 30 centímetros. A continuación, lo enrollaba en una bola, empezando por el extremo de la cola y hasta llegar al cuello. Después daba un tirón, lo retorció y convertía la lana del cuello en una especie de cuerda. Con un solo movimiento enrollaba el fardo con esa cuerda y la remetía firmemente por debajo al otro lado de la bola. Una vez atado el vellón se lo lanzaba a mi madre, que lo encajaba en la esquina del saco de lana. De niño, cuando era demasiado pequeño para trabajar, me metía en ese saco de lana, que estaba grasiento por toda la lanolina. Me quedaba allí tumbado mientras el cobertizo zumbaba con el sonido del motor de la máquina de esquila y de las ovejas. Me acuerdo de estar ahí acostado, observando el ir y venir de las golondrinas desde el nido a la viga por encima de mí como si no pasara nada. De vez en cuando los polluelos se asomaban por el borde del nido para ver el follón. En ocasiones me quedaba dormido metido en ese capullo de lana, hasta que mi abuela me despertaba poniendo el grito en el cielo para atiborrarme después de galletas de mantequilla o alguna otra cosa que hubiera sacado del horno. Escupía en su pañuelo y me restregaba la cara para limpiarme. A medida que iban siendo liberadas, mi abuelo señalaba a las ovejas con la marca de nuestra granja. Nuestra marca consiste en una mancha de color azul delante de otra roja sobre los hombros de la oveja: esto le dice a todo el mundo que las ovejas son nuestras.

Unos días más tarde, bañábamos a las ovejas. Los animales empezaban a resistirse en cuanto olían el potingue. Así que teníamos que ir metiéndolas a mano en la tina del baño. Las lanzábamos a una sopa química de color grisáceo que repelía las moscas y ellas nadaban en la tina en busca de la salida. Uno de los hombres las iba empapando con un largo bastón con una horquilla de metal en su extremo. De niños solíamos ir hasta el río a observar los peces muertos que flotaban aguas abajo desde la zona donde se derramaba el baño, con los cuerpos panza arriba lanzando destellos de plata en la corriente. En aquella época nadie se preocupaba demasiado por esas cosas, pero lo que hacíamos, básicamente, era sumergir a las ovejas en unos agentes químicos que habían sido desarrollados para matar gente en la Primera Guerra Mundial.

Estos son días largos y duros. Empiezan temprano haciendo entrar a las ovejas en el corral. Los perros pastores se afanan por reunir las. Recuerdo a mi abuelo dando órdenes a su perro en los días de esquila. Le costaba moverse lo bastante rápido, pero tenía un magnífico perro pastor. Ben era un border collie precioso, negro y de huesos fuertes, un perro resistente que podía manejar él solo un rebaño grande de ovejas. Hasta lo tenía entrenado para que supiera atrapar a una oveja suelta a una orden suya sin hacerle daño. La sujetaba por la lana, sin pellizcarle la piel, y empleaba toda su fuerza para dejar a la oveja anclada hasta que el abuelo llegaba renqueando y

la agarraba. Pero Ben era juguetón, sabía que el anciano no podría atraparlo y le chinchaba dando saltos a un lado y a otro delante de él cuando iban de camino a alguna labor. Mi abuelo se ponía hecho una fiera: «Me c*** en esto, me c*** en lo otro», amenazándolo con el peor de los castigos si lo atrapaba.

Y Ben seguía dando saltos tan feliz.

Pero una vez que empezaba el trabajo, Ben se concentraba y juntos eran capaces de hacer casi cualquier cosa. Después de que hubiera trabajado bien, todas las jugarretas quedaban olvidadas para siempre, hasta el día siguiente, cuando repetían de nuevo todo el numerito. Más tarde, cuando mi abuelo era ya mayor y tuvo un derrame cerebral, le montamos una cama en la habitación delantera de nuestra casa. Le trajimos a Ben y se puso tan contento de ver a su querido perro que se echó a llorar.

Un cordero negro sale corriendo por delante de mí y se lanza a la carretera. Le grito a Tan para que vaya a buscarlo y lo traiga. Sale detrás de él dando largas zancadas y lo rebasa en unos pocos segundos. En el momento en que lo alcanza, cordero y perro quedan uno junto al otro. Tan le va dando empujoncitos con el hocico mientras corren y le hace perder el equilibrio, da una voltereta en la hierba y cambia de dirección. Vuelve con el rebaño, dejando atrás las dedaleras y los cardos que crecen al borde del camino. Respiro aliviado. Si un cordero entra en pánico y decide que su madre se ha quedado rezagada, puede darse la vuelta y recorrer todo el camino de regreso a la colina con la cabeza agachada, ignorando a los perros y a los hombres.

Me he comido ya mis sándwiches en la puerta de la colina y el día ha refrescado. Han aparecido unas nubes en el cielo por el oeste. Los jilgueros trinan con animación volando desde un grupo de vilanos de cardo al siguiente. La carretera, larga y recta, desciende delante de mí. Los caminos me llevan entonces por entre las parcelas o *intakes*. Las *intakes* son superficies de tierra de propiedad o usufructo privado situadas en las faldas de las colinas o en los páramos. Son parte de las tierras comunales que en tiempos fueron divididas para que cada uno de los comuneros tuviera una «parcela» propia de tierra. Generalmente es tierra rocosa y empinada, cubierta de brezal y matorrales. Esta zona de *intakes* tiene un aspecto similar a las colinas, pero está atravesada por serpenteantes muros de piedra seca que suben ladera arriba. Muchos de estos terrenos empezaron a cercarse en el siglo xvii y solían dedicarse al pastoreo de vacas. A diferencia de la tierra comunal, en estos campos agrestes faena un solo granjero.

Llevar a las ovejas por estos caminos es algo que ha hecho la gente de aquí desde que se asentaron por primera vez en esta tierra. Para eso sirven estos caminitos, para dar a las pequeñas granjas acceso al pasto de la montaña. Voy caminando sobre las huellas de mis antepasados y

vivo la misma vida que ellos.

La granja hacia la que me dirijo por estos caminos era, y en cierto sentido sigue siendo, la granja de mi abuelo. La compró en la década de los sesenta. Es asimismo la granja de mi padre. La mantuvo en funcionamiento, pagó por ella e incorporó más tierras entre las décadas de los setenta y los noventa. También es mi granja, porque he trabajado en ella con ambos desde que era un niño, y porque he construido una nueva alquería y otras dependencias y he llevado a mi familia a vivir allí. Y voy a pasar el resto de mi vida haciendo que siga en marcha.

La granja a la que estamos volviendo con el rebaño es ya también en parte de mis tres hijos, que ahora pasan allí su día a día. Tienen sus propias ovejas en el rebaño, para que puedan empezar a criarlas y conocer los pros y contras de esta vida. Se espera que trabajen conmigo como yo hice con mi abuelo y mi padre.

Sus ovejas se llaman Moss, Holly y Loopy Loo. ¿Y quién soy yo para decirles nada? Yo era igual, tenía dos ovejas llamadas Betty y Lettuce. Siempre es igual.

Las vidas de algunas personas son creación propia enteramente. La mía no lo es.

Las ovejas que traigo de vuelta caminando, compradas después de haber aprobado el examen de mi vecina, convierten ahora mi granja en una verdadera granja de las colinas con su propio rebaño de las colinas. Estas ovejas las adquirió esta pastora en la década de los setenta de manos de otro famoso criador y ahora me han sido entregadas a mí. Los rebaños permanecen; las personas cambian con el tiempo. Algún día yo se las pasaré a otra persona.

También puedes criar ovejas tal como lo hizo mi abuelo, en tu propia tierra de la cuenca del valle sin llevarlas a la tierra comunal de las colinas, dedicándote a las razas «mejoradas» que no tienen que ser tan resistentes. Mi abuelo criaba ovejas swaledale y corderos híbridos north country mule que vendía cada otoño en las grandes subastas de Lazonby, en el valle de Eden. La finca que él compró no incluía derechos de pastoreo en la colina. En realidad él no era un «pastor de las colinas». Estaba situado un escalón por debajo en la ladera de la montaña, compraba corderos a las granjas de la colina y les vendía carneros sementales para cría. Para él esto estaba bien, porque las tierras bajas de la colina eran mejores y un granjero de mentalidad progresista de mediados del siglo xx, como era su caso, podía criar allí mejores ovejas.

Las swaledale son ovejas resistentes de los páramos. Tienen vellones espesos que se mueven con el viento y vistosas manchas blancas y negras en la cara y en las patas. Como su nombre indica,^[3] son las ovejas originales de los Peninos, pero se han extendido por todas las tierras altas del norte de Inglaterra, porque cuando se cruzan con una bluefaced leicester, una raza de rostro inverosímil, pueden criar a una hija mestiza asombrosa llamada north country mule, una

oveja magnífica con la cara blanca moteada de marrón o negro y perfectos vellones que parecen enaguas. Estas ovejas se extienden hasta las tierras bajas y proveen de animales reproductores a los rebaños del resto del Reino Unido. En el Distrito de los Lagos se cría mucha oveja swaledale. Mi abuelo las tenía para producir los corderos que vendía cada mes de septiembre, pero como criaba a estos corderos mestizos todos los años tenía que comprar ovejas nuevas para oxigenar la sangre del rebaño de swaledales.

Si crías ovejas en una granja de las tierras bajas, estas hijas de las montañas son lo mejor que puedes comprar. Heredan la capacidad de resistencia y el instinto maternal de sus madres de las montañas, pero también la tasa de crecimiento y la complexión «mejoradas» y el buen vellón de sus padres de las tierras bajas. Tras pasar su juventud en la montaña se desarrollan de forma excelente en casi cualquier otro tipo de terreno del Reino Unido, porque cualquier otro sitio supone una mejora. Son la rica cosecha que producen estas montañas de cría. Así que los granjeros bajan a los pequeños mercados de subasta en tropel, hasta el punto de que los caminos que conducen a ellos quedan embotellados por el tráfico. El eco del estrépito estereofónico del subastador resuena por los rediles y los campos de los alrededores. El aire se llena de un olor que nos encanta, el aroma de ese tinte que riza los vellones y da a la lana el color parduzco como manchado de té que dicta la tradición. Limpiamos sus caras blancas y negras hasta que quedan relucientes, y de sus cuellos cuelgan pequeños cordeles de lana roja y azul que indican que han quedado «mejor rebaño» o «segundas» en la selección.



Durante muchos siglos, los ganaderos de todas partes han comprado los excedentes de animales de cría que se producen aquí, pues las colinas del norte funcionan como una especie de guardería del rebaño nacional. Cada otoño, mi abuelo vendía sus ovejas a granjas de lugares tan lejanos como Somerset o Kent. La nuestra ha sido, desde hace mucho tiempo, una economía basada en el comercio: hace mil años formábamos parte del mundo comercial vikingo, que se expandía hacia el norte por las costas del Atlántico.

Todos los otoños los pastores de las tierras bajas, donde las condiciones son menos duras, adquieren nuestro excedente de corderas para mejorar sus rebaños, y corderos macho para engordarlos y dedicarlos a producción cárnica. Estos movimientos del ganado responden también a la simple necesidad, porque las montañas pueden albergar a muchas más ovejas durante el verano que en invierno, cuando la hierba desaparece. Las montañas ofrecen una gran producción de ovejas de cría, de carne y de lana. Aparte de estos corderos que se venden porque son excedentes para las necesidades de los rebaños de las colinas, otros miles de ovinos de estos rebaños pasaban y aún pasan el invierno en las granjas de las tierras bajas, a las que sus dueños pagan semanalmente por su sustento. La primavera siguiente, estas ovejas vuelven a las colinas

para convertirse en el futuro del rebaño, a tiempo para ver como las montañas pasan de sus tonos azules y marrones al verde del verano.

A lo largo de aproximadamente la última década, mi padre y yo hemos ido adoptando deliberadamente un modelo más tradicional y anticuado para nuestro sistema de cría, y hemos vuelto a un patrón que minimiza los aportes externos y los gastos, porque esto nos ayuda a escapar de la espiral de costes que está acabando con las pequeñas granjas como la nuestra. Y porque poco a poco nos hemos ido dando cuenta de que los sistemas tradicionales aún funcionan.

Dar estos pasos ha supuesto todo un aprendizaje que nos ha acercado a la vida de la gestión comunitaria de las colinas y nos ha enseñado grandes cosas sobre el sistema que allí sobrevive. Nuestras tierras no están un milímetro más cerca de las colinas de lo que lo estaban hace treinta años, pero nuestra relación con ellas ha cambiado. Todavía sigo aprendiendo sobre este paisaje.

El último kilómetro hasta casa discurre por caminos flanqueados por muros de piedra seca y ribeteados de dedaleras rosas y helechos. Paso entre los prados de mis vecinos. Aquí abajo no hay tierra comunal. Las granjas del Distrito de los Lagos como la nuestra suelen tener una pequeña cantidad de tierras de pasto en propiedad o en usufructo privado en la cuenca de los valles (los *in-byes*), que están divididas por muros de piedra seca, vallas o setos de espino, lo que da al paisaje el aspecto de estar formado por retales de «verdes y felices tierras», como expresó William Blake. Esas tierras son nuestras, o bien son de nuestra propiedad o bien las tenemos alquiladas, y es donde cultivamos lo que necesitamos para el invierno y donde podemos criar mejor a los corderos jóvenes en primavera. Estos prados cercados son vitales en el funcionamiento de una granja de las colinas, y se crearon para que pudiéramos sobrevivir durante el invierno.

Para permitir la explotación de este paisaje hubo que invertir una enorme cantidad de trabajo, sobre todo durante los siglos XII y XIII: se limpiaron los campos de árboles y rocas; se canalizaron los arroyuelos para que la tierra drenara y la capa superior del suelo no fuera barrida con cada crecida; se levantaron los muros y las separaciones, ganándole poco a poco terreno al bosque y al matorral, y se drenaron las cuencas húmedas de los valles. En ausencia de los muros, los setos y las vallas, las ovejas habrían pastado en estas tierras todo el tiempo, sin permitir la producción de heno para el invierno. Habríamos tenido una abundancia espectacular en verano y una quiebra total en invierno. La falta de forraje habría traído la hambruna para el ganado y las ovejas y, en última instancia, para las personas.

Bajando por el camino veo un murete que ayudé a construir a mi abuelo.

Mi abuelo empezó a enseñarme a construir y reparar los muros cuando yo tenía unos ocho años. Yo rellenaba los huecos que quedaban entre las rocas con piedrecitas más pequeñas mientras él, con sus manos como de topo, levantaba el muro usando pesadas piedras azuladas. El verano es el momento de llevar a cabo las reparaciones y los trabajos de mantenimiento, de arreglar los desperfectos que se han ocasionado durante el invierno anterior.

Robert Frost, poeta y antiguo granjero americano, escribió un bonito poema que habla de reparar los muros:

*Algo hay que no es amigo de los muros,
que hincha la tierra helada a sus cimientos,
que arroja al sol las piedras desde el borde
y abre brechas por donde caben dos.*^[4]

En este caso, es cierto lo de «buen muro, buen vecino». Mi abuelo lo sabía y quería que yo lo entendiera también. Le observaba dar vueltas a las piedras entre sus manos, buscando el canto bueno para el muro, y colocarlas una a una en los huecos: el lado basto y feo hacia el interior del muro y la cara «de muro» hacia el exterior. También colocaba algunas «piedras de través» a lo largo del muro para que este no cediera con los años. Me indicaba cómo debía rellenar los espacios que quedaban debajo de ellas con piedras más pequeñas, empleando mis menudas manos para dar solidez y calzarlas con puñados de pizarra y rocas.

Reservaba con paciencia algunas de las mejores piedras para las esquinas de la parte superior del muro, y volvía a colocarlas tal como las había encontrado, con los musgos y líquenes plateados y amarillentos, quemados por el sol, mirando al cielo de nuevo.

Una vez unas personas detuvieron su coche para hacerle unas fotos y él se dio la vuelta y echó a andar alejándose de ellos y murmurando entre dientes: «Lárguense». Consideraba que las manadas de turistas que aparecían por allí los días soleados eran una irritación menor, como las hormigas: entorpecían el trabajo y tenían ideas raras, pero en cuanto empezaba a hacer un poquito de mal tiempo volvían a marcharse y nos dejaban tranquilos para que nos ocupáramos de lo importante. Le parecía que el «ocio» era un concepto extraño, moderno y problemático, la idea de que alguien pudiera subir una colina porque sí le parecía poco más que un disparate. Así que sufría a los turistas y a la vez le parecían incomprensibles. No creo que se diera cuenta de que aquella gente tenía una idea distinta sobre a quién pertenecía el Distrito de los Lagos. Le habría parecido tan extraño como plantarse en el jardín de una casa del Londres suburbano y declarar que, como le gustaban las flores, aquello era suyo «en cierto modo».

La mayor parte del trabajo cotidiano de una granja consiste en un montón de pequeñas labores insignificantes que son necesarias para la gestión de la tierra y los rebaños. Arreglar los muros. Cortar troncos. Poner setos (solo en los meses con «R», de otro modo la savia no fluye y el seto muere). Colocar puertas. Limpiar los canalones para el agua de lluvia de los edificios. Bañar a las ovejas. Recortarles las pezuñas. Rescatar a los corderos que se quedan enganchados en las vallas. Lavar a los perros. Recortar las guedejas sucias de las colas de las ovejas y los corderos. Si pasas en coche por nuestra tierra ni lo verás, pero con el tiempo suman. Los paisajes como el nuestro son la suma y la culminación de un millón de pequeños trabajos invisibles.

Las ovejas que caminan delante de mí se han parado al encontrarse con algunos paseantes que vienen en sentido contrario. Los visitantes se adentran en fila entre las ovejas con pinta de estar nerviosos y pasan a mi lado. Saludan. Yo también. Prosiguen su camino. Uno de ellos lleva una guía de Wainwright.

Me pregunto si alguno ha visto el muro que construyó mi abuelo, o si les importa que siga en pie o si se preguntan quién lo construyó.

Ya casi estamos en casa.

El rebaño lo siente. Algunas de las ovejas más viejas se han adelantado. Se desperdigan para pastar donde el camino se abre junto a un arroyo. Se resisten a cruzarlo y se detienen en las orillas. Mando a Floss con una orden seca: «Allí». La perra se abre paso entre los corderos, rebasa a las ovejas y salta el riachuelo. Le digo a Tan que se tumben para que mantenga cerrada la puerta que está detrás de nosotros. Paso entre el rebaño y abro la verja de madera que da a nuestra propiedad. Está sujeta con un trozo oxidado de alambre de espinos enrollado para que quede tirante. Lo desato y abro la puerta. Las ovejas más viejas saben que están de vuelta en nuestra granja, su otro hogar, y empiezan a saltar el arroyo y a adentrarse en nuestro campo. Buscan a sus corderos y se van a pastar.

Floss y Tan se tumban en el arroyo, holgazaneando, sumergidos por entero y dejando solo las cabezas fuera del agua, jadeantes. Sobre ellos revolotean libélulas de color azul verdoso.

De pequeño, mi abuelo estuvo a punto de quedarse inválido debido a una osteoporosis causada por una parálisis cerebral. Los médicos concluyeron que no volvería a andar. Durante meses fue en una silla de ruedas de madera. Pero después de pasar varias semanas en un sanatorio de Carlisle y de que lo trataran con algunos medicamentos milagrosos, se fue recuperando poco a poco. Cuando lo veía vestirse, miraba un agujero que tenía en una de sus piernas blancuchas,

donde la enfermedad le había comido unos nódulos. Dicen que después de que su madre, Alice, lo mimara y consintiera durante meses se «echó a perder del todo», y que era «imposible» y un «malcriado». De su madre sacó la seguridad en sí mismo y la enfermedad le salvó de ser adoctrinado para que fuera un hijo obediente. Después de aquello, siempre fue bastante improbable que aceptara jugar un papel secundario tras su padre. Igual que miles de jóvenes de lugares como este, mi abuelo tendría que encontrar su propia granja. Así pues, cuando tenía unos veinte años pidió prestado dinero a su madre y alquiló una granja propiedad del Lowther Estate en el valle de Eden.

El valle de Eden es una llanura extensa y fértil que se extiende desde su extremo oriental en los Peninos, la columna vertebral de Inglaterra, hasta las colinas del Distrito de los Lagos por el oeste, y desde la llanura de Solway y la ciudad de Carlisle en el norte, hasta las colinas de Howgill y los Yorkshire Dales por el sur. Tiene algunos de los mejores pastos de Gran Bretaña y es, y lo ha sido desde hace mucho tiempo, una zona famosa por sus fabulosas vacas y ovejas. En alguno de los pueblos de arenisca que se encuentran en la fecunda llanura de la cuenca del valle, podrías creer que estás simplemente en algún lugar de las tierras bajas, una zona perfecta para la agricultura y el ganado lechero, sin conexión con las montañas que se ven en la distancia. Pero no es así, el valle está unido a las montañas por los desplazamientos de los rebaños que bajan de ellas cada otoño. Las colinas y el rico valle del río son parte de un mismo sistema agropecuario interconectado.

La granja que alquiló mi abuelo estaba enclavada bajo una de las crestas calizas en las que las colinas del Distrito de los Lagos van decreciendo hacia el este. Era un terreno expuesto y ventoso. Trabajar allí te dejaba la cara roja y agrietada como si te la hubieran restregado con lija. Desde los campos más altos, a unos 300 metros sobre el nivel del mar, podías ver todo el valle extenderse kilómetros y kilómetros por debajo de ti. Estábamos a medio camino entre las colinas y la cuenca del valle. El viejo decía que la granja no era buena, puesto que se encontraba en un terreno demasiado empinado y montañoso que «agotaría a un buen caballo». No se sabe si fue un tonto con suerte o si fue muy listo, pero los caballos desaparecieron pronto sustituidos por los tractores, y aquella antigua limitación dejó de tener importancia.

Las granjas difíciles no eran un lugar para hacerse rico, pero ofrecían oportunidades a quienes estuvieran dispuestos a correr riesgos o se vieran obligados a ello por necesidad: los jóvenes, los entusiastas, los pobres, los orgullosos, quizá los locos. Si fueras propietario de una enorme granja lechera con buenas tierras en las zonas bajas, probablemente mirarías un poco por encima del

hombro a los granjeros de esta tierra marginal. Estas granjas difíciles van siempre dos meses por detrás en la temporada agraria y ni siquiera limpian los prados de ovejas hasta bien entrado mayo, momento en el que las granjas de las tierras bajas, a solo 15 kilómetros de distancia, están listas para cortar el pasto. El momento para llevar a cabo cualquier labor, desde los partos de las ovejas hasta hacer el heno, está determinado por el lugar donde trabajas y la calidad de tus tierras.

Mi abuelo trabajó muy duramente y le dio la vuelta a la situación. Complementaba los ingresos de su granja trabajando en otras granjas vecinas. Era un buen jinete. Comercia con ganado y era un oportunista, como muchos de sus colegas. Si los cerdos dan dinero, cría o engorda cerdos. Si dan dinero los pavos de Navidad, engorda pavos. Si lo que da dinero es vender huevos, compra gallinas. Si lo que se demanda es lana, cosecha lana. Si da dinero la leche, vacas lecheras. Si es engordar terneros, compra terneros. Ajústate, adáptate, cambia. Haz lo que tengas que hacer, porque te sostienes solo por tu propio pie, nadie va a levantarte si te caes. Las limitaciones geográficas de la granja son permanentes, pero dentro de ellas siempre estamos buscando un nuevo ángulo.

Su tesoro máspreciado era un hermoso caballo que tiraba de su carreta llamado Black Legged Boxer. Su color negro resplandecía al sol, sus músculos tremolaban, tal como él mismo describió años más tarde. Pero también hubo malos tiempos. Cuando sus caballos murieron de la enfermedad del pasto fue una catástrofe. Al contármelo cuarenta años después, aún se le veía destrozado. Iba a comprar ovejas hasta el pueblo de Mardale (ahora sumergido bajo las oscuras aguas azules del embalse de Haweswater, un valle que fue inundado para asegurar el suministro de agua al Gran Mánchester), o a las ferias de Ambleside o Troutbeck en el Distrito de los Lagos a adquirir ovejas de las colinas.

Para hacer negocio comprando ovejas tienes que ser listo y estar al tanto de sus precios en los distintos mercados. Mi abuelo aparecía en los rediles de una granja y se le invitaba a inspeccionar los corderos, palpaba sus lomos lanudos para comprobar cuánta carne les cubría los espinazos y las costillas, y así se hacía una idea de si crecerían bien o no. Después hacía su oferta. Tenía que detectar la oportunidad de sacarles un beneficio a estos granjeros de las colinas que no salían de su valle muy a menudo, pero también tenía que ser justo, porque de otro modo sería imposible volver. Debía saber cómo criar al ganado para llevarlo a los mercados en su momento de plenitud y cómo comprar ovejas de cría que «mejoraran» en su tierra: trasladar las ovejas a una tierra peor acabaría con ellas, y con su beneficio también.

Pronto la granja pintada de blanco estuvo ocupada por una familia completa y, para la década de los sesenta, había hecho crecer el negocio hasta el punto de que le fue posible pedir dinero

prestado para adquirir una granja propia. Pidió un préstamo de 14.000 libras y compró una granja medio en ruinas y mal vallada en un pequeño valle llamado Matterdale. La granja que compró, y que es ahora mi hogar, suponía en cierto modo un paso atrás si se comparaba incluso con la calidad de su anterior granja alquilada. Campos montañosos, parches marrones de juncos, cardos, prados pequeños y rodeada de unas colinas que parecían anclar las nubes de lluvia. No era en absoluto una granja eficiente para una época que demandaba que el trabajo fuera cada vez mayor y más «eficiente», pero es todo lo que mi abuelo se pudo permitir.

Esta tierra exigía un tipo de cría distinto, con otras razas de ovinos, porque era un lugar con una temporada de crecimiento más corta y mucha más lluvia. Pero mi abuelo sabía que era más seguro ser propietario de una pequeña granja de las colinas que tener una alquilada. Poseer hectáreas le daba libertad y le garantizaba un activo seguro, cuyo valor podía crecer. Un casero siempre podía «sacarte» de una granja alquilada. Así que mi abuelo hizo su apuesta y nos llevó a todos de vuelta a las colinas. Mantuvo también la granja alquilada y la trabajaba como una unidad con su nueva tierra de las colinas. Había también en venta una alquería, pero no podía permitirse comprarla, así que al principio vivía a distancia de la tierra que trabajaba y más adelante construyó un bungalow adosado a los viejos graneros y los rediles.

Es bastante normal tener varios terrenos desperdigados a kilómetros de distancia. Es muy raro que alguna vez llegue a venderse la tierra contigua a la tuya. Así que no es extraño que mi abuelo comprara tierras a veintitantos kilómetros de la granja que tenía alquilada.

Para la década de los ochenta mi abuelo había convertido su propiedad en una granja soberbia con buen ganado. Estaba orgulloso de ser un buen «criador» dedicado a su ganado, sabía vender y comprar con inteligencia, y era un buen juez de la pureza de raza. Con solo un vistazo detectaba el mínimo defecto en las ovejas o las vacas, por ejemplo si tenían gusanos o falta de minerales. Algunos de estos defectos le harían perder dinero si se quedaba con los animales, pero otros podían curarse fácilmente y convertirse en beneficios. Hay hombres como él que pueden juzgar el peso de un cordero a ojo y realizar el cálculo aproximado de lo que te va a costar engordar a un ternero en segundos. Y también sabía detectar cuándo las ovejas se estaban «viciando» y necesitaban un cambio de pasto.

Entre los granjeros, ser listo es algo extremadamente valioso. Vives las consecuencias de tus decisiones de forma muy pública, y a tu alrededor se te valora y se te juzga por ellas.

A veces pienso que si somos gente tan independiente es porque hemos visto lo suficiente del ancho mundo como para saber que lo que más nos gusta son nuestras viejas costumbres y nuestra autonomía. Mi abuelo fue una vez hasta París para asistir a una feria agrícola. Sabía lo que podían ofrecer las ciudades, pero también tenía la sensación de que hacían de ti un desarraigado,

un ser anónimo zarandeado por el mundo, en vez de darte cierta libertad y la impresión de control. Comparada con la sensación de pertenencia y propósito que existía en casa, la posible riqueza que proporcionaban las ciudades no contaba para nada.

Igual que ocurre en los minifundios escoceses, a menudo en nuestras granjas no contamos con un salario completo para que los hijos e hijas del granjero puedan empezar sus vidas, así que muchos de ellos se dedican a otros menesteres durante unos años hasta que en la granja familiar exista el salario suficiente como para que puedan vivir de él. También muchos de los granjeros de más edad trabajaron durante décadas fuera de sus tierras: en las minas o en las carreteras, cortando pizarra, levantando muros, esquilando ovejas o simplemente como mano de obra para otra persona. Aún es muy común que los granjeros más jóvenes realicen todo tipo de trabajos para llegar a fin de mes hasta que lleguen a convertirse en el «granjero», y los registros parroquiales certifican que esto siempre ha sido así. Las granjas eran demasiado pequeñas como para mantener a todo el mundo.

Lamentablemente para los granjeros como mi abuelo pedir dinero prestado era una práctica habitual. Era la forma en la que llegaban a comprar unas tierras que apenas podían permitirse («Bueno, como no van a fabricar más, más vale que tengamos un poco»), lo que significa que había unas tasas de interés que los mantenían vinculados a los bancos y al resto de la economía mundial. Por tanto, las olas de prosperidad y las dificultades que afectaban a la vida agraria local venían a menudo dictadas por acontecimientos globales como las guerras mundiales, la Revolución Industrial, la Gran Depresión o la expansión masiva de la ganadería por el oeste americano que se dio durante el siglo XIX. Es una lógica bastante triste, pero los viejos solían considerar que las contiendas bélicas eran «buenas para los granjeros». Los acontecimientos como las guerras napoleónicas o las guerras mundiales detenían el flujo de las importaciones que minaban nuestro modo de vida y recordaban a los políticos la importancia de producir alimentos en casa. Después volvían a olvidarse y las cosas iban empeorando gradualmente. Pero durante las últimas épocas también nosotros fuimos arrastrados por los acontecimientos que afectaban al resto del mundo.

En el Somme hay un pequeño cementerio lleno de muchachos de aquí, muchos de ellos hijos de granjeros, que se alistaron y murieron juntos en julio de 1916. Uno de los tíos de mi madre padeció neurosis de guerra, se recuperó lo suficiente como para volver a casa y trabajar en la granja, pero unos años después sufrió una crisis mientras estaba faenando en el campo con sus hermanos. Se quedó tirado en el suelo, llorando sobre la tierra parduzca, rodeado de hojas de nabos. Se lo llevaron de vuelta a casa y después lo ingresaron en un manicomio en Lancaster. Para él la guerra duró el resto de su vida. Cuando yo era niño se hablaba de él con cariño, porque visitarlo era aún un recuerdo reciente.

Las familias de algunos de mis amigos todavía trabajan en tierras que son propiedad del Lowther Estate, en el valle de Eden, cuyos bisabuelos obtuvieron de manos del «señorito» por haber luchado en sus Lonsdales (un batallón del Regimiento de Frontera) durante la Primera Guerra Mundial. Antes de la guerra lord Lonsdale era amigo del káiser Guillermo y cuando estalló la guerra los diarios contaban chascarrillos poniendo en duda su lealtad, así que se embarcó en una carrera de reclutamiento para demostrar lo patriota que era. La Oficina de Guerra tuvo que intervenir para que dejara de reclutar en los valles locales a jóvenes que estaban «por debajo de la talla mínima». El tío de mi abuelo fue uno de los mejores tiradores del regimiento. Ahora mi hijo lleva su nombre, Isaac.

En cuanto supe gatear, me metían en el Land Rover del abuelo y salíamos a faenar en la granja. Mi madre siempre se quedaba preocupada por si me cuidaría bien y por lo que me daría de comer. Una vez mi abuelo volvió corriendo y le dijo a mi madre que yo «tenía que hacer *jimmy-riddle*»^[5] (que es como él decía «pipí»). No sabía quitarme el peto. Por algún motivo cuya razón nunca conocí, mi abuelo siempre se refería a nosotros como «estos dos viejos».

—Estos dos viejos vamos a ir a recoger las ovejas.

Y yo me iba con él, mirando por la ventanilla del Land Rover. Una de las veces la puerta no se quedó bien cerrada y cuando mi abuelo frenó salí volando agarrado a la ventana, directo a una muerte triste de la que fui rescatado a medio vuelo. También tengo vagos recuerdos de haber escapado de otras formas de muerte fulminante y dolorosa en los mercados de subastas: me veo trepando por las barandillas para escapar del ganado salvaje o percibiendo una ráfaga de aire provocada por la cox de un ternero de la que acabo de librarme por un pelo.

El mundo en el que yo nací discurría entre nuestras dos granjas; los límites exteriores de la civilización los marcaban otros amigos que hacían cosas similares a nosotros, algunos de ellos en lugares tan lejanos como los Peninos o los valles del Distrito de los Lagos. Más allá de eso, durante la mayor parte de mi infancia para mí el resto del mundo en realidad no existía.

Siempre sentí curiosidad por otros sitios, pero nunca tuve la necesidad ni el deseo de ir a ninguno de ellos. Y tampoco cogíamos vacaciones. En vez de ello me mandaban con mi abuelo a su granja, donde me pasaba todo el día detrás de él o me metía en su cama por la noche.

El principio del verano tiene algunos momentos más tranquilos en los que todos respiramos un poco mejor tras el esfuerzo que supone la temporada de cría. En esos momentos mis abuelos se iban «a pasear a los perros», y en dicho paseo recorrían como un kilómetro y medio subiendo por

el camino de la colina en la que vivían. En realidad todo su objetivo era disfrutar de la panorámica que ofrecía su granja en el momento de esplendor y abundancia veraniega. Las ovejas y los corderos pastaban satisfechos por debajo de ellos. Las colinas resplandecían con la luz del atardecer, rojas, anaranjadas y azules. Más abajo, los campos de heno como parches morados alzaban todas sus flores hacia el cielo. Casi era posible saborear el olor dulce del heno, el polen en el aire. Y todo el valle resonaba con el eco de las ovejas llamando a sus corderos.

A mitad de ese camino hay una puerta de metal oxidado donde mis abuelos se detenían y en la que se apoyaban a contemplar su hogar. El sol poniente bañaba el valle, con los campos cubiertos por una neblina dorada de insectos, cardos y hierbas en flor. Me gustaba oírlos hablar y notar su amor y su orgullo por este lugar.

Algunos veranos llevábamos a nuestros animales hasta un valle aislado llamado Dowthwaite Head, para que pastaran en las tierras de un granjero que conocía mi abuelo llamado Mayson Weir. Al llegar, los animales se alejaban pastando por el prado, levantando a su paso polvo y moscas, y moviendo sus colas al sol. Cuando volvíamos a por ellos en otoño estaban «gordos como la manteca». Al mover a las vacas y las ovejas a las tierras de más arriba, lo que se hace es proteger de la actividad del ganado las de las zonas bajas que son tierras de mejor calidad, para que pueda crecer el heno.

Mayson era «todo un personaje». Te podías perder allí en su granja encalada tomando whisky. «Vamos, sírvete otro.» Y de pronto ya era demasiado tarde para llevarle la contraria y en el vaso de mi abuelo había tres dedos de bebida. Yo me quedaba escuchándolos bromear e intercambiar cotilleos e historias, comiendo natillas o galletas de jengibre. Me acuerdo de una historia que contaron acerca de un pastor que se había muerto cuando unos cuantos se fueron en pandilla a refrescarse a un estanque un caluroso día de verano. Se sumergió y no volvió a salir. A veces Mayson desaparecía en su cocina y volvía a salir con un trozo de beicon curado en casa, cubierto de esa pelusa que le sale. Cortaba un buen trozo y hacía una fritanga.

Hoy, treinta años después, soy amigo de Mayson. Las familias como la nuestra ruedan codo con codo, manteniendo los vínculos durante siglos. Los individuos viven y mueren, pero las granjas, los rebaños y las viejas familias permanecen.

Cuando mi abuelo compró la granja de las colinas nos introdujo en el territorio de otra raza de oveja, la herdwick. Al nacer, las herdwick son de color negro y tienen las puntas de las orejas blancas, pero a medida que crecen van cambiando de color, hasta que se quedan con la cabeza y las patas blancas como la escarcha y el vellón azul grisáceo. Son, indiscutiblemente, las ovejas de montaña más resistentes de toda Gran Bretaña. Nieve. Lluvia. Granizo. Aguanieve. Viento. Semanas de tiempo húmedo... Sin problema. Si tienen una buena madre, al cumplir un día ya son

prácticamente indestructibles, haga el tiempo que haga. Las protege su piel gruesa como el cuero y un vellón que es como una alfombra y las mantiene secas y cálidas. En estas condiciones estas ovejas pueden sobrevivir en las colinas con mucho menos que cualquier otra raza y regresar de ellas en otoño con un cordero de gran valor. Algunos estudios científicos recientes han mostrado que las ovejas herdwick son genéticamente bastante especiales, tienen un genoma primitivo que está presente en muy pocas ovejas británicas de otras razas. Sus parientes más cercanos están en Suecia, Finlandia, Islandia y las islas más al norte de las Orcadas. Se cree que los antepasados de las herdwick vivían en las islas del mar de Wadden, cerca de las Frisias, o incluso más al norte, en Escandinavia. Según cuenta el mito local, y la ciencia sugiere que es cierto, las trajeron los vikingos en sus barcos. Desde su llegada, y durante más de mil años, han sido criadas selectivamente para adaptarlas a este paisaje.

La primera vez que vi unas ovejas herdwick en nuestra granja yo era pequeño. Tenían, de algún modo, más carácter que las ovejas modernas. Los corderos de seis meses se quedaban allí quietos, mirándome sabiamente. En su pelaje de principios de invierno, con su vellón marrón oscuro y sus robustas patas blancas, tenían algo de ositos de peluche. Mi abuelo le había comprado un centenar de ovejas a un granjero vecino para engordarlas. Le dejaron bastante sorprendido, ya que, al contrario de lo que ocurre con otras razas, daba la impresión de que su modesta granja les parecía un paraíso, engordaron rápidamente y muy pronto pudo venderlas y sacarles beneficio. Es probable que hasta aquel momento hubieran pasado su vida en algunos de los terrenos más rocosos e inclementes de Gran Bretaña. Como gran parte de los granjeros del siglo xx, deseábamos criar en nuestras tierras las ovejas «mejoradas» más modernas que pudiéramos, un espíritu modernizador que encajaba bien en un mundo de petróleo, fertilizantes, abundancia de piensos económicos y mano de obra barata. Pero criar razas mejoradas en una tierra que para ellas resulta un poco dura es un trabajo difícil: enferman más a menudo, comen más, crecen más despacio de lo que deberían y, finalmente, se mueren más. Más tarde, con la subida de los precios del petróleo y los alimentos, se elevaron los costes de todo lo que teníamos que adquirir fuera de nuestra granja y descubrimos que las razas nativas como la herdwick están mejor preparadas para llevar una vida que incluye poca alimentación suplementaria en perspectiva. Pero antes de eso las herdwick nos parecían, si bien una raza noble, también algo del pasado.

Las ovejas herdwick se tienen a menudo por una raza rara. A veces se cree que siguen existiendo por razones puramente nostálgicas, o gracias a Beatrix Potter y la Fundación Nacional, dado que la Fundación ha tenido un papel fundamental en la compra de algunas de las granjas locales con el objetivo de conservarlas y, de este modo, también se han conservando los rebaños de las colinas in situ. Las herdwick no son raras: existen más de 50.000 hembras de cría

y siguen siendo la única raza comercializable de las colinas altas del Distrito de los Lagos. Actualmente el interés por ellas está experimentando un renacimiento, pues los pastores buscan formas de explotar las tierras difíciles reduciendo los aportes externos, y además la gente está empezando a descubrir la calidad de su carne, más sabrosa y de producción natural.

Cada raza de ovejas tiene su propia comunidad de criadores que se reúne en distintos mercados de subastas. Por ello, mi abuelo conocía y comerciaba con granjeros de todo el condado de Swaledale: desde el Distrito de los Lagos al oeste hasta Durham al este, y desde los Peninos meridionales a la frontera escocesa. Los mercados de subastas son en muchos sentidos el centro de nuestro estilo de vida, son los lugares donde nos reunimos para hacer transacciones, pero también para socializar. Cuando era niño, estaban situados en su lugar de siempre, en el centro de los pueblos, y las ovejas y las vacas se metían hasta allí procedentes de las granjas locales. Durante los últimos treinta años, debido al aumento de su escala y a su modernización, estos mercados se han desplazado a polígonos industriales a las afueras de los pueblos, pero creo que con ello se ha perdido algo importante, un vínculo entre los habitantes de esas localidades y nuestro mundo.

Cada raza tiene asimismo su propio calendario; y todo, desde la época del parto hasta la del esquila, está cronometrado para hacer que encaje con el ciclo anual de crecimiento y asegurar así que los animales están en su mejor momento cuando llegan las ventas de otoño, que son específicas para las distintas razas.

Mi abuelo asistía a estas ventas de otoño a comprar corderos de las tierras altas de las montañas para engordarlos durante el invierno en sus tierras, que eran de mejor calidad. Los corderos de este sistema de «venta a *store*» también se conocen como *stores*. Semanas después, cuando ya habían ganado peso y los había puesto a punto, los vendía en las subastas de «corderos de engorde» y sacaba un buen beneficio. Me acuerdo de acompañar a mi abuelo a estas sesiones de venta al pequeño mercado de subastas de Troutbeck cuando yo no levantaba más allá de la altura de la rodilla de los adultos. Troutbeck está al otro lado de la colina, a algo más de un kilómetro de nuestra granja en línea recta. El mercado no era mucho más que un minúsculo cobertizo octagonal de madera con un tejado de chapa corrugada levantado en torno a una especie de ring al que se subía a las ovejas para su venta y que estaba rodeado, a su vez, por hectáreas de corrales con miles de ovejas dentro. El ring era un mar de serrín, rodeado de sillas de madera donde los compradores se congregaban frente al rostro impassible del subastador. Las ovejas se quedaban fuera, guardadas en largas hileras de corrales con vallas de madera o de metal. Los arreadores, algunos con zuecos y todos ellos blandiendo palos o bolsas de plástico para el forraje, metían y sacaban del ring a las ovejas. Cuando cada uno de los corrales iba

pasando por el ring el nombre del comprador resonaba como un eco por los corrales de fuera, de un arreador a otro, hasta que quedaba apuntado en tiza en una pequeña pizarra en la puerta del redil correspondiente. En los días de lluvia, el calor de las ovejas producía un olor húmedo a lana mojada y el vapor se elevaba de sus lomos.

A los niños nos hacían pasar entre las piernas de los adultos y nos colocaban en primera fila, o nos dejaban con los otros niños mayores para que nos cuidaran, y nos endosaban un puñado de gominolas o un Mars para tenernos entretenidos. Allí nos quedábamos, con la boca llena de chocolate y viendo cómo se vendían miles de ovejas mientras nuestros padres y abuelos hacían negocios. Me encantaba oír hablar a los viejos. Uno de ellos era primo de mi abuelo y se decía que de joven había ido a Oxford. Siempre me pareció que, para un granjero viejo, era una cosa muy rara.

Hacer heno. Esquilar. Cuidar a los corderos y las ovejas. Recoger el rebaño. Esto es lo que para nosotros significa el verano.

Si vives aquí, saber hacer bien el heno es como un mandamiento divino. En tiempos, cuando la gente no podía alimentar a sus animales durante el invierno se enfrentaban a una ruina o a una hambruna segura. Aún hoy, si calculas erróneamente tu cosecha puede salirte muy caro y acabar con todos los beneficios del año de un plumazo. Dicen que al menos una vez por década era virtualmente imposible hacer heno. Llovía y llovía sin parar. Así que cuando decidí llegar al mundo durante la época del heno había más de una cosa de gran trascendencia ocurriendo a la vez.

Nací un día bochornoso de julio, mientras mi padre y mi abuelo hacían el heno en los prados de nuestra granja apresurándose por terminar antes de la inminente lluvia que es el temor de todo granjero que intente asegurarse la cosecha necesaria para pasar el invierno. La hierba secada al sol se embala y se almacena en los graneros, y es un forraje magnífico durante el invierno. Los días de nieve, cuando las ovejas lo necesitan, el heno sale de los fardos como una explosión y trae el aliento del verano. Pueden verse incluso las flores de los prados que han quedado prensadas en él. Pero cuando cae la lluvia sobre el heno, este empieza a pudrirse. Un poco de lluvia convierte el heno en una especie de hebras de cartón. En invierno, las ovejas se lo comen y las mantiene con vida, pero no es lo mismo. Si llueve mucho, el heno se vuelve una mugre podrida e incomible de olor agrio. Y finalmente se echa a perder.

Mi madre llevaba tiempo intentando quedarse embarazada sin conseguirlo, hasta que se sometió a un tratamiento de fertilidad, algo que entonces era innovador. Su abuela siempre insistió en que, en realidad, mi madre se había curado al montar un caballo de mi abuelo, lo que hizo que las entrañas «se le menearan un poco». Teníamos una vivienda de protección oficial situada a media milla del pueblo, en una hilera de cuatro casas. Estaba pintada de gris, orientada hacia nuestros campos, y daba a la carretera. En las fotos se ve a mis padres sorprendentemente modernos al estilo de 1974: papá con el pelo ondulado, patillas, camisas de cuello ancho y pantalones ajustados con pata de campana, y mamá muy guapa, siempre con cara de adorarme. En esas fotos ambos parecen extras de la película *Tiburón*. El pelo largo y cara de soñadores.

La casa tenía un papel de pared con un motivo horrible de los setenta. Mis padres no poseían gran cosa, pero en las fotos se les ve muy jóvenes y realmente felices. Papá muestra un poco de malicia en la mirada. Cuentan que mamá siempre estaba leyéndome libros. Ella afirma que siempre se la quitaban de en medio con su bebé (es decir, yo) en cuanto llegaba la hora de alimentar a los hombres que trabajaban en la granja. La abuela vivía entregada en cuerpo y alma a ser la esposa de un granjero. Había buenos guisos en la mesa a la hora que decía que estarían, nada podía impedirlo. Más tarde mamá puso un imán en la nevera que rezaba: «Las mujeres poco interesantes tienen casas impecables».

El día antes de que yo naciera habían dejado a mi primo en casa al cuidado de mi madre. Por la noche, ella sintió que algo estaba empezando y se fue andando kilómetro y medio hasta la cabina telefónica del pueblo, porque la casa de protección oficial en la que vivían no tenía teléfono. Le contestó una matrona bastante insolente y le dijo que no se pusiera de los nervios, que no le tocaba parir hasta seis semanas después, que se volviera a la cama y se dejara de tonterías de primeriza. Bueno. Mi madre volvió a casa y se acostó. A la mañana siguiente mi padre desapareció a segar el heno y mi madre llevó a mi primo a su casa en coche. Cuando llegó allí, mi tía se preocupó por ella y se la llevó al pequeño centro de salud local. Allí la metieron en una ambulancia y salieron corriendo al hospital de Carlisle. Mi tía llamó a la oficina de su marido, que era abogado en el pueblo, para pedirle que fuera a buscar a mi padre a los campos de heno. Él salió corriendo con su traje de raya diplomática, se metió en el coche, bajó a mi padre del tractor, le dio las llaves de su coche y le ordenó que saliera zumbando hacia el hospital de Carlisle. Yo estaba de camino.

Mi tío se quedó allí, con sus zapatos relucientes en medio de un polvoriento campo de heno a kilómetros de cualquier lugar, sin saber muy bien qué hacer. Así que cogió el tractor y condujo los 25 kilómetros de vuelta a la granja. Media hora después mi padre entraba con las ruedas chirriando en el aparcamiento del hospital y corrió a buscar a mamá. Aunque yo tenía que haber

nacido en otoño, estaba sano y fuerte. Mi primer día ya estuvo entretendido con las actividades de la granja. La primera vez que vi a mi padre, este iba vestido con su ropa de trabajo, cubierto de polvo, sudoroso y con olor a heno del verano. En cuanto nací, volvió corriendo a seguir haciendo el heno. Cuando la mayor de mis dos hermanas menores estaba a punto de nacer, llevó a mi madre al hospital atravesando un pasto que estaba con la hierba crecida y casi no consigue llegar a tiempo.

Algunos de los primeros recuerdos que tengo son de ir detrás de mi abuelo por los campos de heno en verano. Me sentaba detrás del asiento del tractor, que se balanceaba constantemente, o me quedaba dormido allí mientras los demás embalaban o volteaban el heno. En cuanto pude moverme por mí mismo, empecé a corretear y a saltar entre las hileras de heno, a construir cabañas con los fardos y a pescar en los arroyos que atravesaban nuestros campos. Mientras hubiera sol siempre parecía una época especial del año, como si todo estuviera en orden en el mundo solo porque las vacas y las ovejas podían cuidarse solas en gran medida durante semanas, y nosotros tendríamos la cosecha lista para alimentarlas durante el invierno.

Las temporadas de heno son como las portadillas de los capítulos de mi vida, en cada una de ellas se me ve un poco más fuerte y más útil, y a mi abuelo cada vez un poquito más mayor y más débil. Crecí, literalmente, para convertirme en él. Quizá esto sea así solo en mi recuerdo, pero los veranos buenos tenían un aire alegre. Mi abuela venía al campo a intervalos regulares a traernos las comidas o el té de la tarde, o pasteles que había horneado con una enorme jarra de hojalata llena de té. Nos sentábamos en asientos improvisados hechos con las balas de heno, y los viejos contaban historias y bromas de los veranos anteriores. Me encantaban esas anécdotas que hablaban de cuando trabajaban con caballos, de las labores heroicas de los hombres en el pasado, y de los prisioneros de guerra alemanes e italianos que estuvieron trabajando en la granja durante la Segunda Guerra Mundial.

El abuelo no tenía en gran estima a los oficiales italianos, con sus pretensiones aristocráticas, ni le gustaba su ética de trabajo, ciertamente diferente. «Todos eran el puto conde de no sé qué y de no sé cuántos.» Y silbaban a las chicas que veían pasar desde los vagones del tren. Algunos de aquellos prisioneros de guerra seguían en las granjas en las que habían elegido quedarse después de la guerra, en vez de volver a un hogar que ya no existía. Vivían en pequeñas habitaciones por las casas de campo de toda nuestra zona, como extraños fantasmas de una guerra que había terminado antes de que naciera mi padre.

El viento atrapaba las briznas de heno y las hacía girar por los campos como pequeños tornados. Las golondrinas sobrevolaban el prado a la caza de insectos. Volvía a casa subido en lo alto del remolque cargado de balas de heno, esquivando las ramas y los cables de teléfono. Un

día el remolque se enganchó con un mojón al entrar en el corral, caí arrollado por una avalancha de balas de paja y aterricé a los pies de mi abuela. Ella, muy preocupada, puso el grito en el cielo. Los hombres, tal vez sinceramente, negaron haber tenido conocimiento alguno de que yo estuviera allí. Yo me encogí de hombros.

Los prados de heno estaban atravesados por pequeños riachuelos umbríos flanqueados de dedaleras donde los perros y los niños se refugiaban del calor del día. Estos prados no se segaban hasta finales del verano, para que las flores y plantas pudieran echar sus semillas. Los prados de heno de las tierras altas eran de una gran belleza. Olas de hierbas de enorme riqueza multicolor danzaban movidas por las leves brisas del verano. Un mosaico de hierbas pardas, verdes y malvas albergaban una multitud de insectos, pájaros y, de vez en cuando, alguna cría de corzo. En los exuberantes pastos verdes salpicados de cardos que flanqueaban los campos de heno estaban las ovejas que habían parido gemelos, observando todo el follón con interés. Los saltamontes se llamaban unos a otros desde las cintas verdes que formaban los límites de los campos y las urracas parloteaban desde los manzanos silvestres.

En un mundo ideal, la temporada del heno sería bastante fácil. Tres o cuatro días de tiempo perfecto en los que la hierba se seca una vez segada, y dos o tres sesiones de volteo para asegurar que el sol y el viento los secan de manera uniforme. En un mundo ideal, el heno seco de olor dulce se enfarda y se almacena en el granero sin que lo toque una gota de lluvia. Pero en los veranos ingleses esto no ocurre muy a menudo. Cronometrar el tiempo de la siega para encajarlo en los huecos entre las lluvias es, en el mejor de los casos, una apuesta, y un mal verano, algo que en el Distrito de los Lagos tenemos a menudo, puede arruinar todo el forraje del invierno. Así que la temporada del heno se convierte con frecuencia en una batalla entre el granjero y la meteorología.

Al cortar la hierba del prado, el segador queda cubierto por una gruesa alfombra de semillas, polen e insectos. También deja al descubierto un mundo secreto en el que los topillos, que ahora se escabullen hacia los muros, habían vivido tranquilos hasta ese momento. En uno de nuestros prados se alzan los esqueletos de dos olmos, ya desteñidos por el sol. Desde allí un cernícalo nos observa mientras faenamos, levantando el vuelo ocasionalmente y planeando sobre el prado para cernirse sobre un topillo y llevárselo entre las garras.

Tras el segador, quizá un día después, llega el rastrillador, que remueve las hileras de hierba cortada para que esta se vaya marchitando uniformemente por efecto del sol y el viento. En los días siguientes, los avioncillos zapadores planean a nuestro alrededor cuando volteamos el heno, lanzando insectos al aire.

Pocos días después, cuando las hierbas se han marchitado y han perdido todo el verdor y la savia, se disponen en hileras, preparadas para la enfardadora. Y finalmente llega la enfardadora con su ritmo mecánico y polvoriento. Entonces los hombres trabajan bajo los ojos entusiasmados

y avariciosos de los grajos que, atormentados por los piojos, vagan por los campos buscando gusanos y larvas en las hileras limpias ya de heno. De vez en cuando se suelta un tornillo de la enfardadora y se empieza a oír un martilleo frenético y unas cuantas palabrotas.

Hoy en día la temporada del heno está cada vez más mecanizada, puesto que en la década de los ochenta se introdujo un nuevo tipo de maquinaria que permite envolver la cosecha en plástico, incluso durante los veranos húmedos, haciendo que conserve parte de su valor nutricional al fermentarla como forraje. Pero durante toda mi infancia y juventud aquello implicaba un esfuerzo físico total y todo el mundo debía colaborar.

Una vez hechos los fardos, se llevan a los graneros en el remolque y se depositan manualmente en los «establos». De niños soñábamos con llegar a tener algún día la fuerza necesaria para realizar el trabajo de almacenaje de los fardos de heno. Todos esos años en los que crecíamos lentamente albergábamos la esperanza de que quizá el año siguiente podríamos trabajar ya almacenando los fardos con los hombres. Nuestra familia estaba falta de hombres jóvenes y mirábamos con envidia a nuestros vecinos al otro lado de la valla, que armaban toda una cuadrilla. La importancia que cobra la fuerza en esta tarea no es menor, pues cada uno de los fardos tiene que levantarse a mano numerosas veces antes de acabar almacenado en el granero, y preparábamos miles de fardos.

Cada año notaba que era un poco más fuerte y que podía levantar los fardos un poco más alto, mientras que mi abuelo se iba debilitando. Sus sentimientos frente a su propio declive solo quedaban amortiguados por lo orgulloso que se sentía de mí, su nieto, viéndome crecer para ocupar su lugar. De niño llevaba los fardos rodando hasta sus rodillas, pensando que así le ayudaba, y transportaba su botella de té helado de un montón de fardos al otro, deseando ser tan fuerte como él. Y cada año, el equilibrio entre nosotros se iba alterando a mi favor. Cuando yo tenía unos trece años alcanzamos un curioso punto medio en el que podíamos trabajar como iguales, pero yo accedía enseguida cuando él proponía que «estos dos viejos» paráramos un rato a «echarnos una pipa» (ninguno de los dos fumábamos). Al año siguiente ya era mucho más fuerte que el abuelo y, para que él pudiera descansar, disimulaba haciendo como que necesitaba parar de vez en cuando. Un par de años después, era él quien me iba siguiendo a mí por todo el campo, haciendo rodar los fardos hasta mí para que pudiera levantarlos, y alzando alguno de tanto en tanto, cuando podía.

Soñando despierto, hacer el heno suele aparecer como una actividad idílica y soleada, pero en la vida real puede ser algo muy puñetero. En 1986, que fue el peor verano, tuvimos que quemar todo nuestro heno. Un desastre. Para hacer el heno se necesita que se mantenga soleado y seco durante casi una semana entera. Y tienes que poder meter en los prados un tractor y una segadora

para cortar la hierba al comienzo de esa semana. ¿Qué podía salir mal en uno de los lugares más húmedos de Inglaterra?

En 1986 no dejó de llover en todo el verano. Nubes negras. Campos fangosos. Lluvia incesante. Aquí a veces el verano ni siquiera llega. Aquel verano debió de darnos algunos momentos de respiro, porque de alguna forma terminamos haciendo los fardos, pero entonces el cielo se abrió y estuvo lloviendo durante días y días. Si comprendes la importancia de tener un buen heno en invierno, entenderás que hay algo irremediablemente triste, lamentable y patético en ver el heno arruinado. Debía ser de un precioso verde desteñido por el sol, pero poco a poco se iba convirtiendo en algo grisáceo, podrido y muerto. Aquello que debía haber sido nuestra cosecha para el invierno se pudría, se convertía en algo peor que inútil, en un lastre y una pérdida de tiempo. Los días que hacía viento y cesaba la lluvia intentábamos apilar los fardos unos contra otros. Pero se te combaban en los brazos como pesos muertos bajo el cordel de la embaladora. Más lluvia. Gotas gordas estrellándose por todas partes. Era la lluvia más fuerte que he visto jamás. El heno estaba echado a perder. Habían empezado a salir brotes verdes sobre los fardos. No se secaría nunca. Todo el mundo lo sabía. Incluso si lo guardábamos en el granero se «caldearía». Hasta podría arder e incendiar todo el granero como ya había ocurrido alguna vez en otras granjas. O simplemente se pudriría. No tenía ningún sentido guardarlo. Los grajos merodeaban desde los fresnos, esperando para comerse los gusanos de debajo de las pilas.

Los campos estaban verdecidos de «niebla» (los rebrotes dulces que aparecen después de la cosecha y que utilizamos para alimentar a los corderos destetados entre agosto y septiembre), y los fardos dejaban podridas marcas de muerte allá donde la hierba tenía que haber desaparecido. Por muy mal que fuera la cosa, el heno tenía que desaparecer. Limpiar los campos de aquella porquería empapada era como estar moviendo cadáveres. Un trabajo cruel que ponía a los hombres enfermos. Sin sentido. Apestoso. Llevamos miles de fardos hasta las ruinas de un viejo granero de piedra, hicimos una hoguera bajo una esquina de la pila y nos quedamos allí mirándola. Pero aquella maldita cosa ni siquiera ardía debidamente. Estuvo humeando con obstinación durante semanas. Aún recuerdo el olor del heno ardiendo en aquella estúpida pila chamuscada e inútil. Nos pasamos días echando fardos a la pila, sudando, con la lluvia goteándonos por el cuello, hasta que dejamos los campos limpios. Cuando terminamos no teníamos nada que mostrar como fruto de nuestras semanas de trabajo, ni del año de crecimiento de los prados. Cero heno en los graneros. Y los prados cubiertos de hierba hasta media pierna salvo por aquellas manchas amarillentas con forma de féretro que señalaban el lugar donde

habían estado los fardos. Mi padre se dio la vuelta y me dijo: «No me hables jamás de esto, no quiero recordarlo». Borrosas nubes grises echaron el ancla en las colinas y estuvo lloviendo durante semanas.

Durante años fui detrás de mi abuelo allá donde iba. Como todos los buenos abuelos, solo veía lo mejor de mí y eso siempre me hacía ir con la cabeza bien alta. Yo era como su «escudero» en fase de entrenamiento, así que él me enseñaba todo lo que creía que yo necesitaría saber para ser un buen granjero. Pequeñas tareas prácticas como construir un muro, preparar a las ovejas para su venta o evaluar su calidad. También me inculcó valores, me enseñó a pensar las cosas, a negociar con justicia con la gente y ganarme su respeto, a hacer negocios y a proteger nuestro buen nombre. Desde muy temprano se nos insuflaba un sentido de la familia y la comunidad, y la conciencia de que teníamos unos valores que mantener que eran más importantes que nuestros caprichos y antojos. La tierra y la familia eran lo primero.

Nosotros, como supongo que les ocurre a todas las demás personas, estamos hechos de historias. Mi abuelo contaba anécdotas de su abuelo materno, T. G. Holiday. Por lo que yo veía, mi abuelo adoraba e imitaba a su abuelo tanto como lo hacía yo con él. Y así, aunque murió mucho antes de que yo naciera y nunca lo conocí, existe entre nosotros una conexión y una continuidad. Mi abuelo se construyó a sí mismo a partir de las historias de T. G. Holiday, y yo me hice a mí mismo a partir de las historias sobre mi abuelo.

Retratado en una fotografía sepia que he heredado, T. G. Holiday nos mira orgulloso desde mi estantería. La foto debe de ser de finales del siglo XIX o principios del XX. En ella se le ve en medio de un prado rodeado de terneros, con una vara de avellano en la mano y un perro pastor enorme sentado lealmente a sus pies. Sombrero hongo. Grandes patillas que se unen formando un bigote. Parece estar sumido en sus pensamientos y no tener ningún interés en que le fotografíen. Los animales están comiendo en cubos de madera o en abrevaderos de piedra. Las historias de mi abuelo lo dibujan casi como un ser mítico y heroico.

T. G. era arrendatario del Inglewood Estate. Compró ganado irlandés y se fue con sus hombres a buscar a los animales hasta el pequeño puerto de Silloth. Llenó unas carretas con abrevaderos para poder alimentarlos durante el viaje de vuelta a la granja. También compró algunas bandadas de gansos en aquellos barcos y les alquitranó los pies para que pudieran hacer el camino de vuelta a casa andando. Los hombres regresaron caminando con los animales, tardaron un par de días o más y por las noches dormían en las cunetas de la carretera. Mi abuelo engordó en sus pastos al ganado y a los gansos, y los vendió en el mercado cuando estaban en su plenitud, cuando alcanzaron su mayor valor. A la chita callando consiguió hacer algo de dinero con sus

negocios, porque durante la Primera Guerra Mundial acumuló sigilosamente un montón de bonos de guerra como inversión. Tiempo después los vendió y sacó dos maletas llenas de dinero, que guardó en casa durante dos años.

Después, un día, metió las maletas en su carreta y se fue a la subasta de tres buenas granjas. Para incredulidad de todos los presentes, compró las tres granjas y pagó al contado. Ese mismo día, de vuelta a casa se encontró con una multitud en la carretera en Penrith y descubrió que se estaba vendiendo una hilera de casas con sus inquilinos dentro. Quizá para acabar de demostrar lo que fuera que había decidido hacer ese día, compró la hilera de casas con el dinero que le quedaba en las maletas. Durante los meses siguientes se las fue vendiendo a sus inquilinos, con beneficios.

Si fueras un arrendatario de tierras con ganas de dejar huella en una pequeña comunidad agropecuaria, no podrías hacerlo mucho mejor de lo que T. G. Holiday lo hizo entonces. Ese día se convirtió en un hombre de prestigio. Colocó a cada uno de sus hijos en las tres granjas que había comprado, proporcionó educación a sus hijas (entre ellas, mi bisabuela Alice) y ayudó a sus maridos a empezar. Los viejos granjeros aún le recuerdan y hablan de él con respeto. Generaciones después, las diversas familias que descienden de él siguen estando orgullosas de su antepasado. Hay muchas familias de granjeros con historias como esta, cada una con su propio mito que cuenta cómo llegaron a ser quienes son.

Mi abuelo disfrutaba de las cosas «bonitas» como una puesta de sol, pero las explicaba de forma funcional sobre todo, no en términos estéticos abstractos. Amaba apasionadamente el paisaje que lo rodeaba, pero su relación con él tenía más que ver con la de un matrimonio largo y difícil que con un amorío de verano. Su trabajo lo mantenía íntimamente unido a la tierra, con independencia de la meteorología o de las estaciones. Y cuando observaba algo como una puesta de sol primaveral, se imbuía de la significación total que solo puede adquirir para aquel que se ha ganado el derecho a comentarla tras haber aguantado seis meses de viento, nieve y lluvia antes de llegar hasta ese punto. Sin duda consideraba que aquellas cosas eran bonitas, pero también que esa belleza conllevaba implicaciones funcionales reales: en este caso, el final del invierno o la llegada de un tiempo más benigno.

Desde el principio mi abuelo me enseñó a ver el mundo desde la clásica perspectiva de lo que los europeos consideran un «campesino» y nosotros llamamos simplemente un «granjero». La tierra nos pertenecía. Habíamos estado siempre aquí y siempre lo estaríamos. De vez en cuando nos llevábamos alguna paliza, pero resistíamos y ganábamos. Entrañaba también un sentido muy

fuerte del «igualitarismo» que existe en muchas comunidades pastorales del norte de Europa y que consiste en que a cada hombre y cada mujer se los juzga exclusivamente por su trabajo, sus animales y su participación. Históricamente en estos valles nunca ha existido riqueza suficiente como para que un granjero se pueda diferenciar mucho de un trabajador de una granja, o al menos no hasta el punto de que suponga una división social y cultural. Aquí las familias aristocráticas no llegaron realmente a ejercer su poder o no pudieron hacerlo. Y tampoco existía en realidad una idea de «clase». Los hombres, tanto granjeros como trabajadores, faenaban juntos la mayor parte del tiempo, comían en la misma mesa, bebían juntos en el pub, veían los mismos deportes y generalmente llevaban vidas muy similares. Es probable que los granjeros que tenían tierras en propiedad se considerasen un poco más espabilados que los trabajadores y que quienes nunca habían conseguido hacerse con una granja, pero toda forma de esnobismo o de distinción de clase brillaba por su ausencia. No se podía ser un esnob y salir indemne. Había muchas posibilidades de que los demás te hicieran pagar caros esos comportamientos. El respeto iba asociado sobre todo a la calidad de las ovejas o las vacas de ese hombre o mujer, al cuidado de su granja, o a la pericia que demostraran en su trabajo y su gestión de la tierra. La comunidad tenía a los buenos pastores y pastoras en la más alta estima, independientemente de que a ojos de la modernidad fueran «simples empleados». Ser pastor significaba estar a la altura de cualquiera.

Yo asistí a una escuela primaria excelente. Pero ni mi madre, amante de los libros, ni el colegio pudieron conmigo. Desde el principio yo sabía que lo único que hacía el colegio era distraer mi atención de otras cosas más importantes.

Pero no todo fue tiempo perdido. Tuve una profesora mágica llamada señora Craig, que me leyó *I am David*, un libro que trata de un niño judío que se escapa de un campo de concentración. También nos leyó *La odisea* y me encantó la parte en la que Ulises y sus hombres se cobijan bajo las tripas de las ovejas enormes para escapar de la cueva del gigante de un solo ojo. Son libros que aún me fascinan. Los profesores le hablaban bien de mí a mi madre, le decían cosas como que era «listo» y «enigmático». No obstante, en resumidas cuentas, mi lugar era la granja.

Un día mi abuela me descubrió leyendo en su casa y me regañó por vago. La razón está en que no era posible que hubiera tan pocas tareas útiles que hacer en la granja como para que pudiera permitirme ponerme a leer un libro en pleno día. En el mejor de los casos los libros se consideraban síntoma de holgazanería; en el peor, un peligro. Mis éxitos escolares, que a medida que me hacía mayor eran cada vez más escasos, también parecían preocupar a mi abuelo, como si fueran un indicador luminoso que le anunciaban que podía perder a su heredero en brazos de otra cultura. En los libros no podía encontrarse nada demasiado útil. Había que ir al colegio, pero era solo una obligación aburrida.

Recuerdo una noche en el prado de heno, en un campo inclinado de unas tres hectáreas llamado Merricks. Al día siguiente había colegio y habían pasado cinco minutos de la hora de acostarme, pero yo era un hombrecito y estaba demasiado ocupado como para poder dedicarles tiempo a los deberes y a los libros y a todo ese rollo. Tenía nueve años. Estaba trabajando con los que contaban, el cuello escocido, las manos irritadas y las piernas llenas de rasguños. Entonces, reflejando la luz roja del atardecer, apareció por el horizonte un coche Ford Fiesta familiar levantando el polvo del camino. «Rápido —me dijo uno de los hombres señalando una de las pilas de fardos a medio levantar—, métete ahí en medio.» Salté dentro del hueco entre dos fardos y apilaron otra media docena más a mi alrededor. Mientras quedaba sepultado, por un agujerito entre dos fardos observé al coche llegar a la verja del prado. El viejo se reía, apoyado en los «d'arriba». Pude oír al coche avanzando por los rastros...

—¿Lo habéis visto?

Todo lo que yo veía era el capó moteado de mosquitos, mi corazón palpitaba dentro de mi tumba de hierba.

—Nones.

Por un momento se hizo uno de esos silencios significativos entre adultos.

—Bueno, ya ha pasado su hora de acostarse y mañana hay colegio.

—Ten por seguro que se lo diré si lo veo.

—Ten por seguro que deberías hacerlo.

El coche salió lentamente de vuelta a casa y yo lo observé desde mi escondite.

Mi abuelo trabajaba, pero también jugaba mucho y bebía mucho. Los martes eran los días de subasta. Y allí se pasaba todo el día, en la compañía de otros granjeros consolidados, mientras que los trabajadores de las granjas y los hijos de los granjeros se quedaban faenando en casa. Una vez acabada la venta terminaban borrachos en un pub. La noticia se iba propagando entre sus mujeres y al final todos terminaban cazados. Una o dos esposas contrariadas aparecían en el pub y sacaban a sus hombres de allí. Una vez recogí del suelo del pub un cayado que un borracho había tirado de un golpe y me dio cinco libras por «ser un caballero». Yo tenía la impresión de que mi abuelo conocía a todo el mundo y se llevaba bien con la mayoría. Había hecho de las suyas con todos y cada uno de ellos en algún momento u otro.

Mi abuelo nos contaba las historias de su propio abuelo, que se remontaban muy atrás en el tiempo, como si 1850 o 1910 hubiesen ocurrido ayer mismo. Entre «la plata» y «el latón» que limpiaba mi abuela había objetos que fueron incorporados a las posesiones familiares por

algunos de los miembros que habían luchado como soldados en la guerra de los bóeres o en la de Crimea.

El abuelo sabía leer y escribir, y en nuestro mundo todos lo consideraban inteligente, pero en casa solo había un libro y trataba de enfermedades de caballos. Podemos dar por sentado que nunca leyó ni a Wordsworth ni a Melvyn Bragg. ¿Para qué le iban a servir a aquel hombre los libros y el colegio?

Mi abuelo estaba al tanto de las novedades del mundo moderno y sabía adaptarse a él. Pero también mantenía a distancia sus valores y sus inventos de última moda. Cuando regresaba del mercado de subastas le pedía a mi madre, que había «estudiado» (lo que consistía en haber pasado un semestre en la Universidad de Norwich antes de conocer a mi padre y mandarla a paseo), que hiciera las cuentas «en el ordenador». El «ordenador», objeto en el que él no llegaba a depositar toda su confianza, era una pequeña calculadora manual Sony de pilas. Intelectualmente éramos, en resumen, poco más que «campesinos», con esa clásica perspectiva conservadora, con «c» minúscula, que se transmite a través de la tradición oral y está basada en historias, saberes y experiencias heredados. Esa era nuestra forma de existir en la Inglaterra de la década de los ochenta, mientras todo lo demás cambiaba a nuestro alrededor. Quitando los tractores y la maquinaria, gran parte de lo que hacíamos en las granjas y de cómo lo hacíamos era a la antigua.

El abuelo incluso seguía llamando a las cosas por sus nombres antiguos, como *mowdies* a los topillos, o *mel* al martillo que usábamos para poner los postes o *gaeblic* al palo de hierro con el que se hacen los agujeros para los postes. Y llamaba a las ovejas (para él *yows*) con gritos extraños que no decían nada a los oídos modernos.

—Hoiiii, hoiii. Cus, cus, cus, cus.

Años después vi en la televisión un documental sobre pastores suecos de renos y uno de ellos llamaba a sus renos de una manera muy similar.

Mi abuelo tenía un sentido del humor muy retorcido y la malicia no tardaba mucho en escapársele. Tenía un aire al Hermano Conejo. Sabía defenderse. Me acuerdo de la vez que aparecieron unos funcionarios «del ministerio» (de agricultura) para hablarle de la «biodiversidad» de nuestros prados de heno y de lo que él tenía que hacer a cambio del subsidio que recibía para gestionarlos teniendo en cuenta las flores y los pájaros. Estuve una hora y media viéndole asentir y acceder a todo lo que le sugerían. Cuando se fueron le pregunté qué es lo que querían. «Ni idea... El secreto para tratar con estos estúpidos cabrones es decir que sí a todo lo que quieran y, una vez que se han ido, seguir haciendo lo mismo de siempre como si tal cosa.»

Mi abuela era una esposa de granjero chapada a la antigua. En tiempos, las mujeres como ella

poblaban nuestro paisaje rural, trabajaban entre bastidores para alimentar a los ejércitos de hombres y desempeñaban un papel importante en el trabajo de la tierra. En los valles del Distrito de los Lagos, las mujeres se encargaban a menudo de las tareas del campo, mientras los hombres se iban a ganar el salario en las minas o en otros sitios. Mi abuela tenía la casa y el jardín impecables, y estaba siempre arrancando las malas hierbas con un viejo cuchillo de mantequilla de nácar. A cientos de metros alrededor de su casa no había una mala hierba que estuviera a salvo de ella.

Una vez mi padre y yo llegamos a una granja y este se fijó en las amapolas silvestres amarillas que salían de la pared: «Eso no le gustaría nada a tu abuela... Habría dicho que este sitio está dejado».

Como marca el tópico, mi abuela era «muy sufrida». Mi abuelo tenía mucho «carácter» y en general había acuerdo acerca de que a veces podía ser un verdadero cabrón. Décadas antes había dejado embarazada a una chica de los establos. Esto era sabido por todos, pero no se hablaba nunca de ello. El asunto se barrió debajo de la alfombra y allí se quedó, como un bulto visible.

Así que el suyo no fue un amor como los de las películas de Hollywood, sino más bien como el amor entre cocodrilos. El concepto de diversión que tenía mi abuelo era perseguir a mi abuela por toda la cocina intentando agarrarla por la cintura para abrazarla por detrás, mientras ella le amenazaba con la sartén llamándolo «viejo verde». Él me guiñaba el ojo: aquello era una lección sobre cómo tratar a las mujeres.

Quizá sea ceguera de nieto, pero a mí me parecía que a ella le divertía la trifulca. Me daba esa sensación a pesar de lo que dijera. A veces parecía que se odiaban, y a veces eran puro amor.

Juntos habían pasado muchas cosas y habían tenido, en general, una «buena vida», a pesar de que esta hubiera estado llena de problemas e incidentes. En la época en la que yo lo adoraba, él se estaba haciendo mayor y se sentía frustrado ante el hecho de que la edad pudiera con él. Pero aún seguía teniendo ese espíritu travieso. Se habían casado de penalti, y no fue el único caso en nuestra familia a juzgar por las fechas de los nacimientos de los primogénitos que pueblan nuestro árbol genealógico. En las historias de la abuela siempre aparecían bebés que se habían perdido en el embarazo o niños que habían muerto de tuberculosis o de polio o en algún accidente en las granjas.

La abuela limpiaba «el latón» con Brasso como si nuestra vida dependiera de ello. Utilizaba viejas botellas de Schweppes de limón con tetillas rojas para dar de comer a los corderos, y reunía restos de comida para los perros en una vieja sartén que tenía en la encimera de la cocina y que después empapaba con leche. Aquel tufo rancio a carne fría y patatas era el olor de la cocina. La recuerdo permanentemente agachada, cortando con furia las malas hierbas entre los adoquines, o en la cocina, preparando la comida para toda la familia con el delantal siempre atado en mitad del cuerpo como un rollo de gasa, bien apretado con una cuerda.

Beicon y huevos, con ese sabor dulce del aceite que lleva demasiado tiempo en la sartén. Yemas de huevo salpicadas de manteca pasada. Tostadas cubiertas de mantequilla y sirope cortadas en un ángulo raro. Arroz con leche con la consistencia de un pastel, rico y cremoso, con un halo marrón caramelizado por el borde de la fuente. Paquetes de *fish and chips* envueltos en hojas de viejos periódicos que nos hacía llegar a la puerta de nuestras guaridas en el granero del heno o la leñera. Todas las semanas preparaba dulces: pan de roca, tarta de manzana, galletas de mantequilla... Si llegaba un visitante y no había té y pastas que ofrecerle lo hubiera considerado toda una ofensa a sus habilidades domésticas.

Su casa era como mi propia casa, un lugar donde me atendían y mimaban. Uno de los recuerdos más antiguos que tengo es estar con ellos en la cama (porque no dormía en mi propia cama) jugando a comparar sus orejas. En la pared tenían colgado un tapiz de Jesús que yo odiaba, aunque nunca pude descubrir exactamente por qué. «Lo amamos porque Él nos amó», decía. En el aparador tenían una pequeña figurita de una mujer cosiendo que se parecía a mi abuela y un búho de porcelana con la oreja rota. Lo rompimos un día por accidente y mi abuela casi se echa a llorar. Ella no entendió nunca realmente novedades como la de la televisión. Apenas lo intentó. Vivía en un mundo que, en cierto modo, había desaparecido en algún momento entre las décadas de los setenta y los ochenta, pero que hasta entonces parecía haberse prolongado siempre igual desde el principio de los tiempos. Un mundo en el que a una mujer se la juzgaba por su cocina, su casa y su jardín. Mi abuela no comprendía el nuevo mundo que empezó a emerger en la década de los ochenta, el nuestro, un mundo de libros, dinero, ordenadores, tarjetas de crédito y vacaciones. Ella mantenía el convencimiento indiscutible de que todo eso eran aberraciones, insensateces y caprichos inconsistentes, la basura de nuestra época. Así que nos enseñaba buenas reglas que ya no tenían ningún sentido. No solo no entendió nuestro nuevo mundo, sino que cerró los ojos bien fuerte y le dio la espalda. Cuando hacia los veinte años mi vida dio un giro y durante un tiempo tuve que dedicarme a otra cosa nuestro entendimiento mutuo se quebró. De pronto éramos extraños el uno para el otro. Lo detestaba y la echaba de menos.

Una vez, hacia finales de mi adolescencia, mi madre y mis tías organizaron una «fiesta de pizza». Aquello era todo un acontecimiento, suponía nuestra primera incursión en el mundo de la «comida extranjera» (pizza pedida para llevar en el restaurante italiano que acababan de inaugurar en el pueblo; y, sí, de esto hace solo veinte años). La abuela estaba horrorizada. Apareció por allí enfadadísima, como si a todos se nos hubiera olvidado quiénes éramos. Para ella la «pisa» era una idea moderna terrible, y estaba convencida de que comiendo tal «porquería» nos íbamos a intoxicar. Se negó a probar siquiera una porción, con su cara en una mueca de desdén, y cuando nos vio devorarla con placer creyó que nos habíamos vuelto locos. Sin embargo, consiguió recuperar algo de su orgullo y marcar un gol para Inglaterra sacando una

lata de galletas recién horneadas que había metido de incógnito en la cena. Una vez que nos las hubimos comido, se marchó a casa convencida de que sus galletas habían superado el desafío de la comida extranjera para siempre.

«Yo de eso no sé nada», contestaba cada vez que le preguntabas por algo del pasado. El secreto estaba en llevarla sigilosamente hasta el tema, entonces se ponía a hablar sin parar. En 1940 había dado cobijo a varios evacuados y cincuenta años después aún torcía el morro recordando sus modales. Una de las que llegó hasta su puerta era una golfa: tacones, pintalabios, abrigo de piel y sin ropa interior. Pero aquella criatura urbana se evacuó muy pronto a sí misma de vuelta a las zonas bombardeadas, decidió que era más seguro hacer frente a la Luftwaffe que al ceño fruncido de mi abuela por las noches. Pero cuando contaba las tristes historias de un joven prisionero de guerra de Hamburgo que había trabajado con ellos en la granja y había compartido su mesa, le cambiaba el tono. Los ojos nublados de las cataratas le brillaban con el recuerdo de alguna historia que no fui capaz de comprender.

Cuando se hizo mayor montó una especie de altarcito: una mesa en la que puso fotos de todos nosotros, su tribu, vestidos de bautizo o de boda o con trajes de *jockey*, enmarcadas en brillantes marcos plateados. Todos sus tapetes rebosaban de jarras de plata y cajas de puros con las inscripciones de los nombres de caballos de carreras hace tiempo olvidados que mi abuelo había entrenado en la granja. Eran nombres mágicos como Penthatlon o Cool Angel, nombres que, en nuestra vida, seguían corriendo con un repicar de cascos. Eran chismes y parafernalia de los días de gloria, cuando todo aquello aún tenía algún sentido. Debajo de la televisión hacía cabriolas un semental tallado en madera oscura. En las carreras de caballos de Cartmel se quedaba sentada en el coche y mandaba sus apuestas al corredor. Y al volver a casa nos compraba a todos *fish and chips* con sus ganancias.

Hablaba de su «mama», de la que contaba historias que en realidad nadie escuchaba ni entendía. Más tarde, cuando mi abuelo murió, se fue ella sola a un pequeño apartamento. Allí, servía vasos de whisky y relataba anécdotas sobre su hombre. Una vez muerto, le encantaba hablar de él. Y en sus historias él brillaba como un gran rey difunto.

Una noche iba con mi padre cruzando uno de nuestros prados para echar un vistazo a las ovejas antes de que empezara a llover. De pronto se paró y me dijo: «Quédate en silencio». Recorrió agachado unos 20 metros y de pronto dio un brinco como un zorro, con la gorra en las manos. Me sonrió. Había cogido un lebrato, una cría de liebre. Estaba acurrucado en su gorra sobre la hierba, era una de las cosas más hermosas que había visto nunca. Nos miró con sus profundos ojos cristalinos y chilló. Lo dejamos en libertad y salió dando saltos hasta perderse de vista. Sobre nosotros se iban congregando torreones de nubes negras y algodonosas, y hacia los

Peninos se oían truenos y se veían relámpagos. Volvimos corriendo al Land Rover, empapándonos con las gruesas gotas de lluvia.

No me gustaba nada la idea de pasar a la escuela secundaria. El pequeño colegio de nuestra aldea estaba lleno de niños como yo, sus padres eran amigos de mi padre y a menudo sus abuelos también, y así todos los antepasados. Había algún que otro niño que no era de las granjas, pero jugaban a cosas que para mí no tenían ningún interés, como *Dragones y mazmorras*, y eran unos pijos, con zapatillas nuevas y esos rollos. Pero el colegio de secundaria estaba a unos 15 kilómetros, en el pueblo. Y para mí era como si fuera otro universo.

El primer día le pregunté a otro niño a qué se dedicaba su padre y me contestó: «Esfúmate y métete en tus asuntos». Había llegado a un lugar donde regían reglas nuevas y donde lo que yo era suponía un lastre. Venir de una granja era algo por lo que los demás se metían contigo o te señalaban, era ser un «paleta». El camino mismo al colegio era ya un coñazo. Los chicos de la aldea de la que salía el autobús escolar te robaban la mochila y lanzaban las cosas por la ventana. Durante semanas esta situación fue de mal en peor, hasta que cogí al más pequeño de todos, lo tiré al suelo entre dos asientos y le di unos cuantos puñetazos. Gracias a eso algunos de los otros chicos decidieron que yo era «aceptable». Podía unirme a ellos para meterme con otra gente en lugar de ser yo el chico con el que se metían. Un día el autobús tuvo que pararse porque alguien disparó un dardo por el pasillo e hizo una raja en el parabrisas. Cuando llegamos al pueblo, se me hizo responsable por pertenecer a la banda del autobús. En toda la escuela funcionaba un sistema brutal al estilo de *El señor de las moscas*.

Las clases de Historia que daban en el colegio no tenían nada que ver con lo que yo esperaba. Nunca nos enseñaban ni nuestra historia ni la de nuestra tierra. Creo que a los profesores hasta les hubiera sorprendido la idea de que la gente como nosotros pudiera tener una historia propia interesante. En lugar de ello estudiábamos la de los nativos americanos. Cosa que, ahora me doy cuenta, tenía un enorme atractivo potencial, pero que entonces me dejaba confuso y decepcionado. Tampoco estoy muy seguro de que nuestra profesora de Historia supiera en realidad algo del tema. Estudiábamos asimismo por encima la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, pero de forma tan tediosa que pronto perdí el interés. Me acuerdo de que una vez nos dieron un folio con unas viñetas que mostraban la diferencia entre el capitalismo, el fascismo y el comunismo. Era difícil entender qué había de malo en el comunismo o por qué tenían bombas atómicas apuntando a nuestra casa, o por qué teníamos una sirena manual antiaérea en nuestra cocina.

Cuando recuerdo la década de los ochenta pienso que aquel colegio era una mierda enorme. Ponía a prueba más allá de cualquier límite todos y cada uno de los consejos bienintencionados

que te inculcan cuando eres pequeño, como «planta cara a los abusones» o «cuéntaselo a los profesores». Esa es una idea genial si lo que quieres es que los chicos mayores de la parte alta del pueblo te calcen una buena paliza. Los chavales que estaban dos cursos por delante de nosotros eran unos verdaderos hijos de puta. Se rumoreaba incluso que algunos de ellos eran miembros del Frente Nacional y «conocidos de la policía». Nos señoreaban, a nosotros y a algunos de los policías, intimidándonos y atacando en grupo a cualquiera que fuera lo suficientemente estúpido o valiente como para meterse con ellos. Ni de coña me los iba a poner en contra.

Una tarde, una de esas veces que aparecían saltándose a empujones las colas del autobús (solo porque podían), todo el mundo les abrió paso excepto un niño llamado John que estaba a mi lado. «A la mierda con esto», dijo entre dientes, y se quedó quieto en su sitio. Los mayores parecieron sorprenderse, pero aun así lo rodearon. Yo no había visto nunca a nadie tan valiente como este niño. Era 15 centímetros más bajo que cualquiera de los otros chicos y apretaba los puños, listo para pelear. Deseé ser él, o al menos ser lo bastante valiente como para ayudarlo, pero mis piernas ya estaban dando pasos atrás inconscientemente. «No me das miedo, eres un abusón —le dijo a uno de los mayores, que ya se le acercaba dando zancadas—. Tengo tanto derecho como tú a estar aquí.» Ya había visto escenas como esta en las películas. En un momento, el personaje indefenso planta cara a los abusones y estos se retiran tras haber aprendido una valiosa lección de vida. Durante un segundo pensé que era eso lo que iba a pasar. Los chicos se quedaron quietos un instante. Y entonces el mayor de ellos tiró del asa de su cartera y John cayó sobre el pavimento. Al caer lanzó un medio gancho, pero no tenía ninguna oportunidad. El mayor de los chicos le dio unos cuantos puñetazos. Los demás se le echaron encima y le patearon en el suelo unas cuantas veces. Pocos minutos después la chaqueta de John tenía una manga desgarrada a la altura del hombro. Le salía sangre de la boca. Se esforzó como pudo por mantener su dignidad mientras los chicos se alejaban riéndose por la acera. Aún se le veía un aire orgulloso, pero también parecía mucho más pequeño y estaba temblando.

Sin embargo, no todo eran desalentadores tópicos de la vida en el norte. Todos los agostos llegaba a la granja de vacaciones la familia de una prima de mi padre. Venían en una caravana o dos: la prima, sus padres, su marido y tres chicos. Nosotros no cogíamos vacaciones en la vida. Así que normalmente yo estaba deseando que aparecieran, porque su visita hacía que mi vida se pareciera un poco a unas vacaciones. Eran, inevitablemente, más modernos que nosotros. El marido era experto informático en una planta de energía nuclear. Trabajaban todo el año para venir a pasar las vacaciones al Distrito de los Lagos. Se iban a hacer senderismo por las colinas,

a nadar, a navegar, a correr, a comer a los pubs o de picnic a bellos parajes. Tenían un rollo *Swallows and Amazons*.^[6] Completaron la lista Wainwright. Navegaban por el lago con su propia balsa hinchable y, más adelante, hicieron también *windsurf*. Preparaban barbacoas, tomaban cervezas por las tardes y jugaban a juegos de mesa. Todos los días salían hacia una aventura en las colinas o a visitar unas ruinas o a lo que fuera. Eran divertidos y simpáticos, y un poco distintos de nosotros. A veces me llevaban con ellos, ya que nosotros nunca hacíamos ninguna de esas cosas. Cuando no tenía faena en la granja me gustaba ir con ellos, aunque a menudo se me necesitaba y tenía que quedarme. En ocasiones se ofrecían a ayudar con las labores de la estación. Yo era el primo campesino que les enseñaba cosas: las ranas en un muro, los nidos que encontraba o cómo realizar trabajos de campo como reparar muros. Papá y el abuelo eran un poco más despegados. No tenían demasiado tiempo para andar «haciendo el tonto».

Una o dos veces cada verano subíamos una montaña. Yo nunca tenía el equipamiento adecuado para hacer senderismo por las colinas y normalmente iba vestido con una camiseta y zapatillas deportivas o botas de campo. Por el camino nos cruzábamos con gente que llevaba equipamiento suficiente como para escalar el Everest. Yo nunca tenía del todo claro qué colina estábamos subiendo porque, fuera de las de nuestro valle, no conocíamos los nombres. Gracias a sus guías, mis primos del sur sabían muchas más cosas sobre las colinas que yo. Recuerdo perfectamente un día que estaba sentado con mis primos en un peñasco en algún lugar por encima de Ullswater, con una de las guías de Wainwright en las manos. El tortuoso lago se extendía debajo de nosotros lanzando centelleos plateados por el sol.

Al tiempo que en el sermón que nos dio aquella profesora en 1987 la gente como mi abuelo era invisible o era más bien gentuza, el sumo sacerdote de su sistema de creencias era otro viejales de similar antigüedad: Alfred Wainwright. Y de pronto tenía su libro entre las manos. Nunca había visto antes ninguno parecido, porque nosotros no pensábamos en el Distrito de los Lagos como un lugar sobre el que se hubieran escrito libros, ni un paraje destinado al ocio. Solamente había subido una montaña por placer una vez, con mis padres. Fuimos de picnic y una ráfaga de viento hizo volar los platos de papel que había llevado mi madre. De todas formas, papá no había querido ir de picnic. Tuvieron una pequeña discusión y nos volvimos a la granja. No éramos lo que se dice senderistas.

Wainwright publicó una serie de guías manuscritas para caminantes ilustradas a mano en las que explicaba cada una de las montañas del Distrito de los Lagos. En origen las escribió y autopublicó como hobby, pero pronto se convirtieron en clásicos de culto en Gran Bretaña y más

allá, y se vendieron millones de ejemplares. Cada una de ellas ofrece al lector una panorámica del paisaje, una serie de vistas, consejos sobre lo que puede apreciarse desde cada cima y explicaciones sobre los «elementos naturales», «ascenso», «cimas» y «la vista». Y todos los años miles de personas siguen los pasos de Wainwright montaña arriba.

Son unos libritos bellos y considerados, que ejercen una enorme influencia en el modo en que otra gente ve nuestra tierra. Es como si estos libros lanzaran un conjuro sobre las personas como mis profesores del colegio, cuya percepción del Distrito de los Lagos está enteramente formada por lo que se cuenta en ellos y en otro puñado de libros más.

Así que allí estaba, mirando desde arriba las tierras de unos amigos de mi padre y contrastando lo que veía con lo que decía la guía. Me impresionó mucho descubrir que en lo que había escrito Wainwright casi no había rastro de ninguna de las cosas que nos importaban a nosotros. Aparte de algún punto señalado en el mapa que indicaba la presencia de una granja o un muro, en aquellas páginas no aparecía nada de nuestro mundo. Me pregunté si la gente que estaba en aquella montaña era capaz de ver la carga de trabajo que conllevaba aquella tierra y si, en todo caso, eso importaba o no. En mi interior yo estaba convencido de que tenía importancia. Y de que la capacidad de ver, comprender y respetar a la gente en su propia tierra es crucial para que sus modos de vida y su cultura sean valorados y puedan perpetuarse. Aquello que no ves no te importa.

Es curioso ir descubriendo poco a poco que hay otra gente que ama tu tierra. Es aún más curioso y un poco inquietante cuando descubres que tú, aunque hayas nacido allí, no eres parte de la historia ni del significado que le dan a ese lugar. Cuando hay lluvia lateral o cuando nieva en invierno aquí nunca hay turistas, y por tanto resulta muy tentador considerarlo un bonito lugar con buen tiempo. Nuestra relación con esta tierra tiene que ver con el hecho de que permanecemos aquí en todo momento. Para mí es un poco como la diferencia entre lo que sentías por una chica guapa en tu juventud y lo que sientes por tu mujer después de muchos años de matrimonio. Y para mí lo más inquietante de todo fue descubrir que quienes pensaban de ese modo acerca de este sitio nos superaban en número por muchos cientos a uno. Me parecía que aquello amenazaba nuestra propia existencia, sobre todo en una época en la nos vemos cada vez más obligados a seguir los dictados de los políticos y el público en general, pero a nadie parece preocuparle mucho lo que pase con nosotros. Cuando le comenté a mi padre que me parecía muy raro que ninguna de esas personas tuvieran demasiado interés en lo que hacemos, su respuesta fue: «No se lo cuentes, lo arruinarán».

Estábamos en el patio, esperando que empezara el colegio. Como nos aburríamos, nos pegábamos unos a otros o nos dábamos puñetazos en las mochilas. Una chica comenzó a gritarle

a uno de los chavales. Él estaba bebiendo de la fuente y ella le gritó que si bebía de ahí se iba a morir. Dijo que era radiactiva. Todos la miramos como si estuviera loca. Era una de las chicas listas que pronto dejaría el colegio para pasar a la escuela selectiva y nos encantaba meternos con ella. La central de Chernóbil había explotado un día o dos antes y, según la niña, la nube de residuos radiactivos se dirigía hacia nosotros.

El chico de la fuente se quedó sorprendido, luego sonrió con malicia y bebió un poco más de agua. Ella le gritó que era imbécil y que las nubes estaban escupiendo radiactividad. Después todos nos pusimos a correr bajo la lluvia con las bocas abiertas y los brazos muy abiertos como semillas de arce, llenándonos la boca de lluvia. Ella nos dijo que éramos todos idiotas con los ojos llameando de furia.

Las semanas siguientes nos enteramos de que aquellas nubes habían depositado radiación sobre nuestras montañas y llegaron inspectores del gobierno a las granjas de las zonas más húmedas para examinar a las ovejas. Se impusieron restricciones a mover a las ovejas de las tierras más afectadas que se mantuvieron durante años. No se te ocurre que de pronto un día puedan aparecer en tu granja unos hombres con monos blancos y contadores Geiger. Aquello contribuyó a reafirmarme en la impresión general que tuve durante mi juventud de que el mundo exterior era un lugar verdaderamente jodido.

Todo el tiempo que pasaba en el colegio estaba deseando ir a casa, a trabajar en la granja. Estaba convencido, y hoy todavía lo estoy, de que mi casa era un sitio mucho más productivo para mí. Obligar a alguien a hacer algo que no quiere con otros treinta niños aburridos me parecía un completo sinsentido. Miraba por las ventanas y veía a los vencejos alzarse sobre el pueblo, con sus alas como guadañas reluciendo al sol.

Una mañana mi abuelo cogió en un cepo un tejón vivo (estaba intentando atrapar un visón, que es una «especie invasiva»). Quería liberarlo. Le pidió a mi padre que me recogiera en el colegio de camino a rescatarlo. Papá sabía que no puedes entrar en una clase y llevarte a tu hijo así como así. Por lo que no lo hizo. El abuelo me lo contó todo más tarde, aquella noche, cómo habían soltado al tejón y estaba bien, no sin que antes hubiera intentado arrancarle la pierna. Me hervía la sangre. Me había pasado toda la mañana aburridísimo en una clase en la que alguien intentaba enseñarme esperanto.

Me sentía como si el mundo moderno quisiera robarme la vida que yo quería llevar.

La idea de querer escapar de aquí a mí me resulta ajena. Pero para el joven Alfred Wainwright esto resultaba realmente el «crudo norte». Tras un atracón de crudeza quería salir de aquí, así que se esforzó mucho en el colegio y destacó como un brillante joven con potencial, lo que le permitió escapar de la perspectiva de convertirse en molinero, como sus hermanas, a los doce

años. En su lugar, favorecieron que siguiera estudiando y después desempeñó tareas de oficinista en el ayuntamiento de Blackburn. Era un caso clásico de hombre hecho a sí mismo de clase trabajadora. Wainwright sabía que quería escapar de su situación, ingenió un plan para hacerlo y después agachó la cabeza y se puso a trabajar hasta conseguir su objetivo. Más tarde trabajó de contable en el ayuntamiento, donde entre otras tareas estaba encargado de los pagos de las ayudas sociales.

Una vez fuera de Trabajolandia, Alfred se distanció de los chicos con los que había crecido, abandonó su duro y feo inglés de los molinos y las fábricas, y se unió a las filas de la altamente desarraigada y educada clase media inglesa. Sospechaba con acierto que sus antiguos amigos le consideraban un esnob. Pero se granjeó nuevos amigos de clase media que leían libros y hacían cosas de clase media, como subir montañas, caminar y soñar con aventuras en tierras extranjeras. No obstante, no se puede evitar tener la sensación de que siempre estuvo un poco aislado en su nuevo mundo, sin terminar de encajar nunca, de que se encontraba un poco solo, arrastrando su inteligencia como una piedra de molino al cuello. Algunos de estos nuevos amigos habían estado en el Distrito de los Lagos y habían leído libros sobre los Alpes y el Himalaya. Eran unos románticos de tomo y lomo, que soñaban con escapar de Blackburn hacia las montañas.

En 1930, con veintitrés años, Wainwright se subió en un autobús y viajó aproximadamente 100 kilómetros hasta llegar al Distrito de los Lagos. Los jóvenes de clase media de toda Gran Bretaña actuaban como los soldados de infantería de un movimiento que finalmente proporcionó a casi todo el mundo los ingresos y el tiempo libre necesarios para poder vivir aventuras en tierras de otra gente. Wainwright se quedó encantado con el sitio que acababa de descubrir. El Distrito de los Lagos era lo que él consideraba el lugar perfecto para escapar. Nunca había pretendido otra cosa, escapar de la existencia cutre de la clase media urbana industrial y, después, escapar de una deprimente situación doméstica (su primer matrimonio fue estrepitosamente horrible).

Más tarde consiguió trasladarse a Kendal, donde se encargaba de gestionar las cuentas del gobierno local. Esto le permitía caminar por sus amadas montañas de los Lagos cada vez que tenía un rato libre y escribir e ilustrar su gran proyecto, *A Pictorial Guide to the Lakeland Fells* [Una guía ilustrada de las colinas del Distrito de los Lagos], que se convertiría en una de las más curiosas aventuras literarias y editoriales de la literatura inglesa moderna. Sus guías vendieron millones de ejemplares y se convirtió en un famoso de la televisión: el Viejo de las Colinas. «Inspiró» a millones de personas a tomar los caminos y subir las montañas. Creó una forma nueva de experimentar el Distrito de los Lagos y ahora la gente puede tachar subidas a las montañas de las listas que él escribió, puede «hacer las Wainwright».

Durante toda mi infancia mis tíos tuvieron un campo a un kilómetro y medio del pueblo, junto a la carretera. Trabajábamos con ellos en labores estacionales como cosechar. Criaban buenas ovejas. En los primeros recuerdos que tengo siempre nos superaban. Mi abuelo se lo tomaba muy mal porque, como se dice aquí, «todos sus patos son gansos», pero a mí me encantaba trabajar con ellos en otoño o acompañarlos a las subastas. Creía que había cosas que hacían mejor que nosotros, así que me imaginé que podría aprender de ellos y más tarde los superaría.

Un sábado de agosto estábamos apilando el heno en el granero para dejarlo almacenado con seguridad para el invierno cuando mis tíos aparecieron en el patio. Mis padres y mis tíos me dejaron echando gasolina al motor de la elevadora y entraron en la cocina de la granja. Me pareció raro. Salieron diez minutos después. Había algo en el ambiente, algo oscuro y silenciado. Miré a mi padre inquisitivo y su mirada me dijo: «No preguntes ahora». Así que no lo hice. Seguimos trabajando.

Mi tía, rodeada por una polvareda y el humo de la gasolina, montaba los fardos en la elevadora, que parecía resoplar al subirlos hasta el alero del granero, a un «establo» de heno que no dejaba de crecer a lo alto. Arriba, en las vigas, yo cogía los fardos del elevador y se los lanzaba a mi padre. La luz se colaba por el pináculo del tejado corrugado. Sudor. Escozor. Telarañas. Alrededor de mi cabeza revoloteaban polillas marrones grandes y gordas. El olor era tan dulzón y polvoriento que te hacía estornudar. Mi padre estaba extrañamente charlatán. Mi tía cruzó su mirada con la mía un par de veces y sonrió. Cuando terminamos, mi padre le dio las gracias por su ayuda. Ella sonrió, se metió en el coche y se fue. Entonces me lo contaron.

Había venido a decirnos que se iba a morir. No quería que nadie la viera ponerse cada vez más enferma, deteriorarse. No quería que nadie la compadeciera. No necesitaba la compasión de nadie. Se me prohibió ir a visitarla. Nunca volví a verla bien, solo un día que estaba trabajando en la carretera reparando un muro tuve un vistazo rápido de una mujer enferma que pasaba veloz en un coche.

Dicen que la época del colegio es la mejor de la vida, pero eso son pamplinas. Yo estaba deseando dejarlo. No tenía ningún interés en él. Y para cuando cumplí los quince años tampoco es que los profesores fueran a perder el sueño precisamente si se libraban de mí. No se puede empujar el agua montaña arriba. Estaba permitido dejar el colegio una vez pasadas las Navidades de tu decimosexto cumpleaños, pero había que tener permiso de los profesores. Lo que todos queríamos era salir de allí de una maldita vez, y envidiábamos a aquellos afortunados cuyo cumpleaños ya había pasado al verlos cruzar el patio con un papel blanco en la mano. A la mayoría de aquellos chicos no los he vuelto a ver. Hoy puedes intercambiar los números de móvil o mantenerte en contacto a través de Facebook o Twitter, pero nada de eso se había

inventado entonces, y de todos modos muy pocos hubiéramos querido mantener el contacto.

En esa fase, mi madre se había dado ya por vencida con mi educación y estaba resignada ante lo inevitable. Dejé de ir al colegio más o menos después de las Navidades de mis quince años. Me quedaba en casa y faenaba, un hombre extra era algo muy necesario en la granja. Trabajaba muy duro, así que a nadie le importaba que se estuvieran ignorando las formalidades escolares. Además mentía, con lo que nadie sabía exactamente lo que estaba pasando. En todo caso, en el colegio no había pegado ni golpe desde los doce años, solo estaba allí haciendo el tonto. Cuando elegí las asignaturas del Certificado General de Educación Secundaria, lo único que tenía en mente era estar en los mismos grupos que una chica que me gustaba. Durante los últimos dos años antes de dejar el colegio, trabajaba en la granja media jornada antes y después de clase, y los fines de semana. Con un grito desabrido, mi padre informaba de que era hora de levantarse y salir a trabajar: había que dar de comer o limpiar al ganado, o subir a las colinas a ver a las ovejas. A la hora de coger el autobús del colegio mi madre venía a buscarme y mi padre le decía que no sabía dónde estaba hasta que era demasiado tarde. Un día la vi llorar mientras volvía a casa. Papá me lanzó una sonrisa insolente.

Regresaba al colegio para hacer algunos de los exámenes y tener contenta a mi madre, pero otros me los perdía. A aquellos a los que asistí no les puse demasiado interés. Aun así, recuerdo que empleaba el silencio del aula de examen para pensar. Sabía que suspender era de idiotas, pero en ese punto prefería caer con todo el equipo que dejar a la gente pensando que lo mejor a lo que podía aspirar era un aprobado. A pesar de que la jodí todo lo que pude, aprobé Religión y Carpintería, lo que provocó que mi abuelo me tomara el pelo: «Quizá puedas ser vicario... Primero celebras el funeral y después clavas los clavos en el ataúd». Con mi actuación había confirmado sus sospechas: ir al colegio era una pérdida de tiempo.

Una vez el colegio realizó una enorme campaña de recaudación de fondos para comprar ordenadores. Llegaron justo cuando yo me marché. Hasta entonces los únicos ordenadores que había visto eran uno que tenía mi primo en su cuarto y otro que había en la oficina de orientación profesional en el colegio. Nos mandaban a hacer cola en la puerta del orientador para que este nos ofreciera sus iluminados consejos sobre el futuro de nuestras vidas profesionales. Estaba muy orgulloso de su software de orientación laboral y, muy serio, me hizo toda una serie de preguntas tipo test. Tecleaba con un solo dedo. ¿Te gustaría trabajar al aire libre o en una oficina? Al aire libre. ¿Te gustaría trabajar con personas o con animales? Y así. Después de un cuarto de hora, el ordenador empezó a zumbir y escupió un trocito de papel. Decía que yo

debería trabajar EN UN ZOO. Cómo saltó mi padre cuando se lo conté: «¡Su puta madre! ¡Serán imbéciles los cabrones!». Y entonces le dio un ataque de risa incontenible.

Ese infame y ruinoso colegio de mierda se llevó cinco años de mi vida. Me pondría furioso de pensarlo si no fuera por el hecho de que aquello me enseñó más acerca de quién era yo que cualquier otra cosa que haya hecho. También me dejó convencido de que el tipo de vida moderna que lleva un montón de gente es una mierda. Les da muy poco margen de elección. Les pone por delante un futuro que a la mayoría de ellos les parece tan aburrido que están impacientes por sacárselo a golpes de la cabeza los fines de semana. Se tiene muy poca fe en la mayoría de la gente. Y se les exige mucho para lo poco que reciben a cambio.

Así que dejar el colegio es lo mejor que me ha pasado en la vida. Esa primavera y ese verano los pasé pletórico. Tenía quince años y el día que salí del colegio juré que no volvería a dejarme atrapar en un sitio como aquel nunca más. Viviría según mis propias normas.

Al menos, eso es por lo que apostaba.

Mi abuelo tenía setenta y dos años cuando tuvo un derrame cerebral. Poco después lo ingresaron en un asilo. No podía hablar bien. Era un final cruel para alguien que había vivido y trabajado en algunos de los más bellos parajes del Distrito de los Lagos. Parecía estar completamente atrapado. Durante años mi abuela había temido que muriera en los campos y no supieran dónde encontrarle, le gritaba enfadadísima: «¡Se te van a comer los ojos los cuervos!». Él sonreía, se ponía la chaqueta y volvía a los campos.

Pero ahora ya no había vuelta a las colinas.

Llevaba unas botas de ante azul. No me preguntéis por qué, tenía diecisiete años, era imbécil e intentaba ir de guay. Parecía un figurante de un vídeo de Blur de 1994. Iba a visitar a mi abuelo al hospital después de su derrame. Babeaba por un lado de la boca y parecía un animal enjaulado. Le ponía furioso no ser capaz de controlar su boca ni de hablar con claridad. Y así todo empeoraba. Solo con un primer vistazo al cruzar la puerta ya supe que se iba a morir. A pesar de todo, él se puso contento de verme y se partió de risa con mis botas de ante azul. No podía hablar mucho, pero extendió el brazo y me señaló las botas. Un hombre moribundo que apenas podía hablar correctamente me estaba tomando el pelo por cuestiones de moda. Cuando entró mi padre, mi abuelo se aferró a su mano y le dijo una palabra casi rota: el nombre de su granja. Y después

se relajó y escuchó con entusiasmo cada detalle de las tareas que se desarrollaban en su granja, mirándonos atentamente a su hijo y a mí para descubrir cualquier posible señal que delatara que le estábamos contando un cuento de hadas para moribundos. Quizá mi padre y mi abuelo hubieran pasado años peleándose, pero entonces parecían los mejores amigos. Mi abuelo se mostró casi tierno de un modo que nunca había visto antes. Parecía asustado y me miraba como si quisiera asegurarse de que seguía creyendo en todo aquello por lo que él había trabajado. Pero mi abuelo no tenía por qué preocuparse. Creía en ello y sigo creyendo.

Cuando me miró a la cara, compartimos mil pensamientos silenciosos sobre la granja y sobre nuestra familia. En ese momento no era solo su nieto, sino el que continuaría el trabajo de toda su vida, el hilo que se encaminaba hacia el futuro. Mi abuelo vive en mí. Su voz. Sus valores. Sus historias. Su granja. Todas estas cosas siguen hacia delante. Cuando estoy faenando en la granja oigo su voz en mi cabeza. A veces me detiene justo antes de que cometa alguna idiotez, y entonces me paro y hago las cosas tal como las hubiera hecho él. Todo el mundo sabe que mi abuelo es un ingrediente importantísimo en mi composición y que yo soy su continuación.

Siempre ha sido así.

El verano después de la muerte de mi abuelo, subí a los bosques de las montañas donde vivimos y me quedé contemplando el valle de Eden a mis pies: innumerables prados llenos de heno enfardado y apilado, miles de campos con las vacas y ovejas pastando. Me senté en silencio y observé el discurrir del mundo con la espalda apoyada contra un árbol. Una vieja liebre gris saltó a un lado del camino, se paró junto a mis botas polvorientas, me miró detenidamente durante un rato y luego siguió de nuevo su camino allá donde fuera. Más allá del bosquecillo pastaban animales silvestres y espantaban los insectos en la neblina dorada del atardecer olvidando mi presencia. Mientras estaba apoyado en aquella vieja haya, el mundo se deslizaba junto a mí como en un sueño. Un cernícalo volaba en círculos en lo alto del cielo, sobre el bosque, ignorando a sus crías, eternamente hambrientas, que chillaban desde las ramas de otra haya un poco más allá de la mía. Y toda la tierra estaba bañada por el cálido brillo de color melocotón rojizo de agosto. Las tórtolas aleteaban ruidosamente entre las altas hierbas quemadas por el sol en las que pastaban las ovejas y los corderos. Más allá, en la cantera, un par de corzos salieron de la oscuridad del bosquecillo para tomar el sol y pastar alegremente.

Un zorro vigoroso se deslizó entre las sombras que arrojaba el bosque, pasó por debajo de la puerta de madera y caminó junto a la valla hasta que lo perdí de vista en el mar de hierba. Unos momentos después reapareció cerca del lugar en el que estaban las tórtolas la última vez que miré y los pichones salieron desperdigados en todas direcciones, aleteando con fuerza entre las hierbas y los cardos. El zorro brincó una y otra vez y después, derrotado, salió trotando de las

hierbas altas y se revolcó jugando sobre el musgo. Debajo de mí empezaron a encenderse las primeras luces de la aldea y las últimas golondrinas echaron carreras por la ladera de la colina. Sabía que el viejo se había ido y no volvería, y que las cosas nunca volverían a ser lo mismo. El verano se iba.

Otoño



Virgen. Inexplorado. Antes de que Thomas West escribiera esta guía, nadie conocía ni tenía ninguna predilección por el Distrito de los Lagos. No venían poetas ni lo recorrían turistas, y ni las ninfas ni los pastores corrientes veían por aquí nada que mereciera ser observado con detenimiento.

GERARD M. F. HILL,
a cargo de una edición de THOMAS WEST,
A Guide to the Lakes, 2008

Por lo común, la montaña es un mundo adusto. Un mundo marginal, situado a extramuros de las civilizaciones, que son producto de las ciudades de las tierras llanas. Su historia consiste en no tenerla, en permanecer casi siempre al margen de las grandes corrientes civilizadoras, que discurren lentamente, pasando de largo ante la montaña.

El otoño después de la muerte de mi abuelo, mi abuela entregó una copa de plata en su memoria para el mejor carnero semental de la subasta. El concurso lo gané yo con el macho del que le había hablado a mi abuelo antes de su muerte. Era el mejor que habíamos tenido, muy superior a sus competidores en la venta. Lo preparé a conciencia y lo tenía bien educado, había aprendido a colocarse «a las doce en punto» cuando hacía falta. Durante la evaluación me situé en una posición privilegiada en el centro del corral para ubicar allí al semental. Apliqué un viejo truco de las subastas y lo dispuse perfectamente, como un rey que miraba a los demás por encima del hombro. Él mismo sabía que era el mejor, solo era cuestión de informar a quienes todavía no se habían enterado. Al verlo, mi padre me guiñó un ojo y sonrió.

Fue el semental ganador de la subasta y el que más caro se vendió. Lo adquirió otro pastor respetado entre los compañeros para que transmitiera sus atributos a unas cincuenta ovejas o más con las que lo pensaba cruzar.

En aquel momento nadie se acordaba de que yo había suspendido el examen del certificado de secundaria. Me sentía como si hubiese acabado de los primeros de la clase y nada pudiera detenerme. Era el nieto de mi abuelo.

Pero después todo empezó a venirse abajo.

Fue una mañana de llovizna y silencios grises. Mi padre salió de casa con su traje gris. Los abogados lo habían citado para la lectura del testamento de mi abuelo y en aquel momento, después de unos treinta años de trabajo duro, le tocaba conocer su destino. Su cara entera reflejaba preocupación. Me dejó con un señor llamado John que en ocasiones trabajaba en nuestra granja y que era especialista en chistes verdes. John se pasó la mañana parloteando en los rediles. «No te preocupes, chico. A tu abuelo le encantaba este sitio, ¡y contigo estaba que no cagaba!» Les di vueltas a aquellas palabras y procuré creérmelas. El abuelo siempre estaba amenazando con modificar su testamento en cuanto se montaba alguna discusión. Hacía años que las deudas de la granja se acumulaban sin remisión e iban comiéndose todo nuestro capital. Estábamos muy preocupados y no sabíamos cómo solucionarlo. A veces daba la impresión de que la estrategia que aplicábamos era sencillamente la de esforzarnos más en el trabajo, la de ir capeando el temporal hasta que las cosas mejoraran. Pero nunca mejoraban.

A su regreso, a mi padre se le veía tranquilo y resignado con lo que le habían contado. Había

dedicado la vida entera a la granja y al final no iba a ser posible que la explotación siguiera funcionando al completo. Tenía que vender una parte. Las herencias de las granjas familiares a menudo resultan complicadas e imperfectas. Hay tipos como mi padre que se pasan la vida montando la granja y que casi nunca disponen de efectivo, más allá del propio del negocio. Muchas veces el hijo que la hereda se ve obligado a vender parcelas o a pedir un crédito para pagar a sus hermanos. Si te toca ser el que se queda con la granja, casi siempre es un proceso muy deprimente.

En los meses siguientes se vendió el bungalow y compramos un piso para mi abuela en el pueblo más cercano.

Se llegó a hablar de vender entera la granja de mi abuelo y de conservar únicamente la alquilada donde vivíamos nosotros. Pero al final mi padre se quedó con la alquilada en el valle de Eden y con la tierra de la granja de mi abuelo. Se vendieron el bungalow donde vivían mis abuelos y también un par de parcelas. La tierra del abuelo la íbamos a tener que explotar nosotros, pero a distancia, pues nos quedaba a 25 kilómetros. Esta circunstancia tenía consecuencias prácticas muy palpables: ya no iba a haber una casa a la que mis padres o yo pudiéramos mudarnos en el futuro. No íbamos a tener adónde ir pasados unos años. Esto me dejó algo descorazonado.

Por eso, aquel día gris en que se leyó el testamento de mi abuelo mi padre no quiso dirigirse a mí. Le contó a John lo que había pasado y yo le escuché. Después sí se volvió hacia mí, me miró a los ojos y me dijo: «Lo siento, hijo». Yo traté de comportarme como un hombre y sonreí. Fue una sonrisa rígida que no sentía.

En los meses siguientes, seguramente mi padre habría agradecido que yo cerrara el pico, que me estuviera tranquilo y me esforzase en el trabajo y le sirviera de apoyo. Que me hubiese limitado a ayudarlo a sobrellevar aquella etapa difícil. Pero no tuvo esa clase de hijo. A lo mejor nadie lo tiene. Con la muerte de mi abuelo todos subimos un puesto en el escalafón, también a la hora de incordiar.

Una vez escuché a unos señores mayores que hablaban de un chico joven y decían: «Ese es el problema de los jóvenes, que se creen hombres antes de serlo». Eso me pasó a mí. Para cuando cumplí los dieciocho, ya llevaba una década trabajando en la granja. Unos cuantos a tiempo parcial y los últimos tres, después de dejar los estudios, a jornada completa. Tenía la cabeza llena de ideas sobre cómo gestionarlo todo. Tal como yo lo veía, ya era un hombre a todos los efectos. La gente de mi edad que iba a la universidad me parecía aniñada y sin rumbo.

Mi abuelo, mi padre y yo representábamos la obra teatral más antigua de la historia de las familias del campo. Mi abuelo había sido el patriarca, el jefe, el fundador de nuestra rama de la familia y del negocio de la granja. Nuestra granja era en realidad su granja. Como muchos otros granjeros, en su vejez se había aferrado a ella con todas sus fuerzas. A mi padre seguramente le fue asignado el peor papel de la obra, el de padecer al padre como jefe y al hijo como usurpador. Le tocaba llevar la mayor carga de trabajo, pero nunca conseguía ejercer el control que por sus esfuerzos merecía. A mí me correspondió el papel del chico ideal, el del ojito derecho de mi abuelo, el perfecto muchacho granjero que un día se convertiría en patrón.

Padre. Hijo. Nieto.

Algunos padres e hijos que conocíamos parecían trabajar como amigos que confraternizaban. En nuestra familia no pasaba eso. Los padres y los hijos de nuestra familia tendemos a pelearnos como hienas en torno a los restos de una cebra. Hubo unos cuantos años al final de mi adolescencia en que reñíamos por cualquier cosa.

La lección que aprendí de la experiencia de mi padre fue que, si dejas que tu padre te vaya mangoneando, puedes pasarte veinte años trabajando por una miseria y, en el momento de la verdad, ni siquiera ser capaz de mantener la granja a flote. Yo no me veía desempeñando durante años el papel de segundón, y además con bastantes posibilidades de caer en la misma trampa de la que él acababa de escapar. Asimismo, él llevaba ya una década o más incluso animándome a pensar así las cosas. Pero las tornas habían cambiado, ahora él había pasado a ser el jefe y yo era el hijo.

A lo mejor todo habría resultado más fácil si la granja hubiera sido rentable. Pero no lo era. Era más una cuestión de militancia, porque yo veía claramente que podía acabar con las manos vacías, incluso echándole horas. Mi padre no podría haber tenido un gesto de generosidad aunque hubiese querido, porque ya no había con qué ser generoso. Así que nuestra relación se fue deteriorando. Pasado el tiempo, dejó de existir. Como mínimo, yo tuve la mitad de la culpa. Juntarnos en aquella época era como frotar lima contra lima. Solo había dos resultados posibles: resignarse y aceptar que el jefe era él, o marcharme y dedicarme a otra cosa. De joven, mi padre se había ido una corta temporada después de una pelea con mi abuelo. Se había puesto a trabajar en una cantera de la zona.

Cuando era un chaval no me daba cuenta de lo mucho que las circunstancias determinaban estos roles. Yo me creía especial. Pensaba que el problema tenía que ver con mi padre. En su turno todo estaba saliendo mal, así que tenía que ser por culpa suya. Al único al que había que

obedecer y respetar era a mi abuelo. Lo que teníamos lo había creado él. Ahora lo rememoro y me doy cuenta de que me equivocaba en todo. Supongo que hacerse mayor consiste en eso, en darte cuenta de lo poco que sabes y de todas las ocasiones en que estabas equivocado.

Echo la vista atrás muchos años después y me río de nosotros. Nos hemos padecido el uno al otro, hemos compartido nuestros peores defectos, nos hemos visto en los momentos más bajos, nos hemos soltado algún que otro grito. Pero no cambiaría nada incluso si pudiera hacerlo, porque conozco a mi padre y conocí a mi abuelo como muy poca gente llega a conocer a sus familiares. Fui testigo y compartí con ellos sus mejores momentos. Fui parte de su mundo y entendí todo lo que hacían y lo que les importaba. A veces los decepcioné, y ellos a mí también. Y se enorgullecieron de mí, como yo me enorgullecí de ellos. En ocasiones chocábamos. Y quién no, en tales circunstancias. Nuestras vidas giraban en torno a un mismo centro que a los tres nos importaba más que cualquier otra cosa. La granja.

Estaba sentado sobre una bala de heno en nuestro granero, tenía cuatro años. Mi abuelo estaba a mi lado con una esquiladora en una mano y un peine de cardar en la otra. Teníamos delante a un carnero suffolk atado a un pesebre con un bozal de cuerda. Durante unos minutos se había intentado resistir, nada más atarlo, pero ahora estaba quieto y tranquilo, dejándose cuidar. De vez en cuando eructaba y olía a hierba. En el otro lado había atadas otras dos ovejas, atendidas por mi padre y mi madre. Les estaban limpiando las patas, restregándoles las caras, arreglándoles el pelo y recortándoles el del vientre con la esquiladora, para dejar una forma pulcra.

Arriba, en el pueblo, nuestros parientes y vecinos también estaban poniendo a punto a sus ovejas. Había un marcado espíritu de competitividad entre todos nosotros. A los pastores se les juzga por la calidad de sus ovejas en relación con las de todos los demás. Yo me pasé años copiando lo que hacían mis mayores hasta que ya pude desempeñar gran parte del trabajo por mi cuenta. En las subastas, cada minúsculo detalle podía marcar la diferencia. Los hombres se dedicaban a charlar sobre las mejores ovejas que habían llegado a vender en el pasado y valoraban si las que tenían ahora estaban a esa misma altura o las superaban. Mi abuelo les decía a los demás que yo tenía buen criterio y a mí me embargaba el orgullo. Esas ovejas eran descendientes de dos hembras de pedigrí que había comprado por una fortuna en la década de los cuarenta, y ahora formaban parte de un rebaño de sesenta ejemplares. Cada otoño vendíamos treinta carneros.

Todo lo que nos convierte en lo que somos culmina en el otoño. Las granjas de ovejas, en particular las de las colinas, obtienen la mayor parte de sus ingresos en las semanas del otoño que van de septiembre a noviembre. Sin exagerar, hay cientos de subastas y ferias por todas las zonas rurales del norte de Inglaterra. Se trata de juntar a la gente de las tierras bajas, que tienen hierba

en invierno, con la de tierras más altas que ha terminado el verano con excedente de ovinos. Pero también entran en juego detalles que van mucho más allá del sentido práctico de ese intercambio: es la época del año en la que tomamos las decisiones que definen la calidad de nuestro rebaño. El capítulo de esas subastas de otoño donde nos jugamos el prestigio es el de la producción, la preparación y la venta de los carneros de las distintas razas.

En teoría, mejorar un rebaño de ovejas es algo bastante sencillo. Solo es cuestión de comprar un semental que le aporte mejores genes al conjunto: si lo eliges bien, te dará ovejas de mejor calidad y más hermosas, que en última instancia valdrán más dinero. El rebaño formado por las hembras es tu activo fundamental, no deja de evolucionar vinculado a tu granja, pero la mitad de la carga genética de cada otoño la aporta ese semental que compras para que las monte. Cada uno de ellos puede llegar a aparearse con unas cien hembras. Por eso, todos los años los buenos pastores se obsesionan con dar con el semental o los sementales que servirán a su rebaño.

Este proceso requiere de un determinado talento para localizar, de entre cientos de ejemplares, al que vas a cruzar con tu rebaño. Es algo verdaderamente decisivo. El valor de tus ovejas y su reputación puede aumentar o caer en picado en función de que aciertes o no al tomar una decisión como esa. Un buen rebaño tiene un carácter y un estilo particulares que ponen a la vista los cientos de decisiones que se han ido tomando al crearlo, y que a veces se remonta décadas o incluso siglos atrás. No son solo las ovejas las que vienen sucediéndose de generación en generación, a menudo también hay una filosofía que se va transmitiendo: una serie de ideas sobre en qué características merece la pena centrarse para mantener la identidad del rebaño. Además, luego los pastores tienen que determinar si cambian de enfoque o se mantienen en la misma línea y, si acaso, esperan a que sus rasgos preferidos vuelvan a ponerse de moda. A mí me parece impresionante el nivel al que llegan la dedicación y las valoraciones que inciden en toda esta empresa.

El primer carnero de cría que vendí me lo compró una señora llamada Jean Wilson. Yo tenía nueve años. Era amiga de mi abuelo. Me dijeron que iba a venir a comprar un semental y que mi padre iba a estar trabajando lejos en otras tierras. Me iba a tocar a mí usar los perros para agrupar a las ovejas en el corral, mostrarle los que queríamos vender y negociar el precio.

«No es tonta —me advirtieron—. Será justa contigo, pero negocia duro. Estate preparado.» Mi padre me dijo el precio que él tenía pensado: 250 libras por el mejor ejemplar y algo menos por los demás.

Jean era una criadora de pura cepa y sabía infinitamente más de lo que yo sé en la actualidad, pero yo llevaba años ayudando en la venta de carneros y ya comprendía lo que había que hacer. Llegó después de cenar, me preguntó si yo me encargaba «de las operaciones de venta de

ganado» y, cuando le contesté que sí, se rió. Me acompañó hasta los rediles.

Anduvo toqueteando a los machos y en cuestión de minutos dio con todas sus flaquezas. También me preguntó cuál creía que era el mejor.

Le dije que el que le interesaba era «el más corpulento y robusto, que es el que está mejor criado y dará buen resultado».

Me sonrió. Yo llevaba toda la vida con aquellos animales y conocía todos los detalles de su crianza. A ella le gustó comprobarlo.

—Vale, yo estaba pensando en el mismo... Pero ¿por cuánto me va a salir?

—Por 300 libras. —Los dos sabíamos que estaba tirando un poco por lo alto.

—Ahí te has pasado. Yo estaba calculando unas 180.

—Por ese precio se puede llevar aquel pequeño, pero no el mejor.

Yo sabía que esa idea no le iba a atraer demasiado, y así fue. Tenía claro que quería al mejor. Así que procuré dar la impresión de que no nos moríamos por vender, que bien podríamos quedárnoslo. Como a la hora, después de darles vueltas a las otras opciones y de que yo la informara sobre a qué colegio iba y hablar un rato del tiempo que hacía, volvimos a repasar los precios de los otros machos y finalmente retomamos la cuestión del que a ella le interesaba. Le dije que había otro señor que también estaba interesado en él y que no se había echado atrás por el precio.

Se lo acabó llevando por 250 libras, pero después pidió y se llevó un descuento de 10 libras como «talismán para darle buena suerte a su nueva adquisición». Cuando mi padre llegó a casa y se enteró del acuerdo, me dijo: «Ostras, yo pensaba que te iba a conseguir rebajar hasta 200», y se echó a reír.

Después de dejar los estudios, durante unos años mi vida fue sencilla. Trabajaba. Comía. Dormía. Trabajaba. Comía. Dormía. Las tardes en general las tenía libres, lo único que hacía era ver la tele con la familia. En nuestra casa la televisión siempre estaba sintonizada en el canal que elegía mi padre y eso era lo que se veía; a veces conseguías convencerlo para que cambiara, pero casi siempre veíamos lo que él escogía, incluso cuando se quedaba dormido. Podían estar poniendo una película de Clint Eastwood; a mi padre le encantaba la del orangután que daba puñetazos cuando Clint le decía: «A la derecha, Clyde». Si estaba despierto, cuando veía las escenas que más le gustaban se ponía a aplaudir y a frotarse las manos. Si estaba dormido e intentabas cambiar de canal, enseguida daba un respingo y se incorporaba en el sillón.

—Eh, ¿qué haces?... Lo estoy viendo.

—Estabas dormido...

—No estaba dormido, pon lo que había.

En otra habitación, mi madre, como en otro planeta, solía estar planchando o liada con papeleos. Le encantaba Rajmáninov, el compositor ruso, y ponía a menudo la *Rapsodia sobre un tema de Paganini* en disco, o bien intentaba tocarla ella misma en nuestro piano de toda la vida. Sonidos de una parte de mi madre que yo tenía la sensación de no conocer del todo bien.

Un día en mitad de una pelea que estábamos teniendo por algo que ponían en la tele, mi padre tiró los cubiertos y le dijo a gritos a mi madre: «Te lo dije, te lo dije, maldita sea... Los educas para que tengan sus propias opiniones y al final lo que pasa es esto... Todo el mundo en esta casa se cree que sabe más que los demás... hasta el puto perro».

Empezaba a dar la sensación de que en casa había demasiada gente, demasiadas opiniones para una sola granja. Yo me estaba haciendo mayor, pero no estaba muy claro si había espacio para hacerse mayor. Así que me refugié en los libros.

A mi otro abuelo no lo conocí, pero así y todo me cambió la vida y marcó mi forma de ver el mundo. En la Segunda Guerra Mundial estuvo destacado en Birmania y yo heredé un cuchillo suyo de más de 20 centímetros, que él había sacado del cuerpo de un soldado japonés. Era un objeto extraño que no terminaba de encajar en la cómoda donde yo guardaba los calcetines y los calzoncillos. Mi madre había heredado de él una serie de libros que en su mayoría permanecían intactos en la estantería. Eran ediciones de bolsillo de la editorial Penguin, con las cubiertas de color naranja y blanco sucio, y las páginas amarilleadas, hojeadas por última vez hacía mucho tiempo. Había también libros de tapa dura, marrones o de un verde descolorido por el sol, títulos legendarios de las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta de autores de los que yo aún no había oído hablar: Hemingway, Camus, Salinger, A. J. P. Taylor, Orwell. Resulta que mi abuelo tenía un gusto literario exquisito. Y yo tuve la suerte de que acabaran pasando ante mis curiosos ojos justo en el momento en que más falta me hacían.

Todas las noches al tumbarme en la cama agradecía poder tener aquel espacio alejado de todos los demás y me ponía a leer como un loco. Cuando dejé los estudios todavía no leía mucho, pero enseguida me convertí en un devorador de libros.

Yo acostumbraba a dejar la ventana abierta, para enterarme de cómo iba el tiempo, y oía pasar volando a los gansos y también el amistoso parloteo de las golondrinas posadas en los cables del teléfono. A veces salía por la ventana con un libro en el bolsillo y me iba a pasear por los campos cuando todos me creían ya dormido en la cama, a escuchar los cantos sencillos de los zarapitos, que ululaban como fantasmas de niños muertos.

Veía el sol ponerse allá lejos, al oeste.

Me volvía paseando a casa con las luces anaranjadas de las granjas centelleando en la oscuridad de los campos y trepaba de vuelta por la ventana de mi habitación. A la mañana siguiente, con el libro aún en la mano, me despertaba el graznido metálico de las grajillas que venían a robarles a las ovejas la comida de los comederos del granero que había abajo.

Un día cogí de la estantería un libro titulado *Vida de un pastor*, de W. H. Hudson, pensando que iba a ser una porquería. Estaba segurísimo de que iba a ser muy malo y de que iba a tratar el tema con condescendencia. No me iba a gustar nada, igual que los libros que nos hacían leer en el colegio. Pero me equivocaba, porque sí que me gustó. Me encantó.

El libro estaba firmado en el interior con la inscripción: «G. Naylor, V Curso Superior Clásicas, B. G. S.». Mi otro abuelo había dado clases en la Bury Grammar School, la escuela selectiva de secundaria de Bury: B. G. S. Sonreí al comprobar que se había dedicado a leer libros sobre pastores. Abrí el libro por el capítulo iv, «Un pastor de los bajíos», y aunque los primeros párrafos me costaron enseguida caí hechizado. Me maravillaron dos cosas: la manera tan brillante y sencilla en que contaba la historia, sin complicarse, y la revelación que tuve, algo como para cambiarle a uno la vida, con la idea de que éramos un tema al que se podía dedicar un libro, un gran libro.

Antes de leer aquello yo creía que los libros solo trataban de otra gente, otros lugares, otras vidas. Aquel era un libro fantástico y hablaba de nosotros (o, al menos, de una versión de nosotros en el antiguo Wiltshire). Lo que contaba era la vida de un pastor llamado Caleb Bawcombe, tal como le fue contada a W. H. Hudson siendo este ya anciano, en los primeros años del siglo pasado. Yo conocía a la gente que aparecía en ese libro. Eran mi abuelo, mi padre... todas las personas a las que trataba y respetaba. Tenía la impresión de que podría haber trabajado mano a mano con Caleb y haber hablado con él de perros pastores, de ovejas cojas o del tiempo que hacía. El libro llega a transmitir con tal grado de detalle la vida del pastor tradicional que casi me olvidaba de que entre nosotros mediaba la pluma de Hudson. Me lo acabé en torno a la medianoche y fui en busca de mi madre, que seguía planchando. «Mamá, ¿has leído este libro? Oye, está muy bien... Va de gente como nosotros. ¿Tenemos más libros de este tal W. H. Hudson?»

No los teníamos, pero se le veía una sonrisa en los ojos. Más tarde supe que el tipo de vida de pastoreo que conoció Caleb Bawcombe se había esfumado, exactamente igual que las formas tradicionales de ganadería han sido barridas en todo el mundo por los criterios de eficiencia y la

necesidad de desarrollar explotaciones a mayor escala. Donde sí sobreviven es en las montañas, porque allí no hay más remedio que hacerlo todo a la antigua. A mediados del siglo xx, las razas locales se vendieron y fueron reemplazadas por un tipo de ganado nuevo y mejorado, se derribaron los muros y los setos para abrir el espacio a mayores extensiones donde cupiera maquinaria de mayor tamaño. Caleb Bawcombe no reconocería las actuales explotaciones ganaderas del condado de Wiltshire.

Cuando a Ernest Hemingway le preguntaron qué libros debería leer un aspirante a escritor, contestó que había que leer todo lo bueno de los «grandes», para así comprobar el nivel de los autores a los que debías superar. Entre esas referencias hizo figurar a W. H. Hudson. Por lo general, hoy nadie se acuerda de él. Sin embargo, en mi caso W. H. Hudson contribuyó más que Orwell o Hemingway a que me convirtiera en una persona obsesionada por los libros, un creyente en el poder de la palabra escrita. De repente mi habitación se empezó a llenar de libros. Se podía medir la velocidad a la que leía por la frecuencia con la que avisábamos a nuestro amigo George, el carpintero, para que viniera a instalar un nuevo estante.

A los dieciocho años, fui capaz por primera vez de soportar el mismo nivel de trabajo físico que mi padre en casi todas las tareas. Todos los días nos desplazábamos para trabajar a la granja de mi abuelo (que ahora era nuestra, pero sin la casa). Un día nos dedicamos a llevar fardos de heno en un remolque desde un campo en lo profundo del valle hasta el granero. Era una labor sencilla, pero sacrificada. Mi padre aparcaba el tractor con el remolque junto a las pilas de fardos (cada una de ellas tenía entre diecisiete y veintidós fardos, dependiendo de la altura) y las íbamos cargando a mano en el remolque. Nos turnábamos para subir al remolque y asegurarnos de apilar bien los fardos, para que no se cayeran con los baches del camino. Los íbamos colocando como los ladrillos de un muro, alternando su posición en cada fila para ir reforzando las uniones. Lo más duro era lanzarlos hacia arriba desde el suelo, una tarea que se iba complicando a medida que la carga iba cogiendo altura. Fue uno de los días más húmedos, calurosos y sofocantes que recuerdo. A la media hora ya estábamos bañados en sudor. Las balas de heno se iban volviendo más y más pesadas a medida que progresaba la mañana. Pero cada vez que completábamos una carga había ocasión de recuperar el resuello, al subir con el tractor por aquel camino angosto que llevaba hasta la «casa del prado» (uno de los nombres con que nos referíamos a un pajar de piedra donde almacenábamos el heno para el invierno).

Luego, ya en el granero, mi padre salía zumbando a colocar el elevador en el «establo» del heno y yo tiraba de la cuerda que accionaba el motor del aparato. El mecanismo se ponía en marcha con un traqueteo y empezaba a escupir un olor a gasolina que se mezclaba con el de

nuestro sudor y el polvillo de la paja. Yo bajaba los fardos de heno del remolque y los depositaba en el elevador, y desde allí se adentraban en lo oscuro del viejo pajar; después ponía otro fardo y así hasta el infinito. A mediodía los dos comentamos que nos faltaba el aire; sabíamos que nos íbamos a quedar sin bebida en cuanto diéramos cuenta del tentempié y de las botellas de zumo de naranja que habíamos traído. Pero nos recuperamos tumbándonos media hora a la sombra y más tarde fuimos a por el segundo cargamento de heno, que nos estaba esperando en el prado. Enseguida estuvimos aún más sudados y exhaustos. Como una hora después de haber comido, se nos acabaron las bebidas y entonces sí nos empezamos a agobiar, porque no sabíamos cómo íbamos a poder seguir trabajando varias horas más sin beber nada.

Normalmente bebíamos de los arroyos o de algún abrevadero, pero ya estaban casi secos y cubiertos con una película muy poco sugerente de tierra y moscas. Ninguno de los vecinos estaba en casa y la tienda más cercana se encontraba a media hora de distancia, casi a mitad de camino entre donde estábamos y nuestra casa. De todas formas, ninguno de los dos tenía dinero para comprar nada. Podríamos haber recogido y habernos ido a casa, pero quedaba a 25 kilómetros. Además, el cielo se estaba oscureciendo y amenazaban truenos. No había mucha más opción que apechugar y esperar a ver cómo avanzaba el día, llevar el heno al pajar y después irnos a casa.

Por fin afrontamos la última carga de balas. Cada una de ellas pesaba como el plomo y algunas se iban cayendo del remolque por el camino, con lo que había que recogerlas y volverlas a subir; ya no parecían flotar como al inicio de la jornada. Para cuando colocamos el último fardo, los dos sabíamos que estábamos deshidratados. Ya estábamos llegando al pajar para terminar la faena cuando una rueda del remolque dio contra una piedra y la carga entera se vino al suelo. Algunos fardos cayeron rodando por la ladera. Mi padre y yo intercambiamos miradas del horror más absoluto, y le dedicamos una sonrisa sardónica a un día que iba empeorando por momentos. Tuvimos que subir los fardos por la ladera y volver a colocarlos en el remolque. Finalmente llegamos al pajar, descargamos las balas y cerramos las puertas enormes de madera que garantizan que el heno queda a buen recaudo y seco. Nos marchamos respirando con dificultad, jadeando por la falta de aire. Hicimos una parada en casa de un amigo para llenarnos la tripa de agua fría del grifo, e inmediatamente nos sentimos mal. Nos había dado un golpe de calor. Al día siguiente tuvimos dolor de cabeza y nos encontrábamos fatal.

Mi padre siempre me recuerda aquel día tan extenuante, como otro padre le podrá recordar a su hijo un día de playa. Algo que los dos hicimos juntos.

Ese mismo año un adolescente desgarbado del pueblo llamó a mi padre «follaovejas» y le dijo que se fuera «a tomar por culo». Yo esperaba que él lo tumbara de un puñetazo, pero no lo hizo.

Le había dicho a aquel chico que no podía pasearse por nuestros campos como si fueran su

casa, y que por haber dejado las verjas abiertas se habían mezclado ovejas de distintos rebaños.

El chico se alejó andando con chulería y mi padre me miró contrariado.

De alguna manera, yo me había hecho a la idea de que trabajar duro en una granja familiar era algo que la gente respetaba, o que la gente me tendría en alta estima igual que yo a mi abuelo. Enseguida me di cuenta de que no iba a ser así. En nuestra familia trabajar en la granja era lo normal, no era noticia. Y fuera de la familia tampoco era algo significativo para nadie. De resultas, yo tenía la sensación de que había dejado de existir para el resto del mundo, de que había sido poco menos que devorado por la vida en la granja. Por un lado, no me parecía mal (estaba muy contento de haber podido escaparme del colegio), pero a la vez me ponía de mal humor, porque parecía confirmarse esa idea de que, si vas a la universidad, de alguna manera quiere decir que eres importante. Sin embargo, si te dedicas a desempeñar un trabajo duro, anticuado y tradicional, dejas de tener interés y no mereces ningún tipo de elogio. Tampoco pude evitar advertir que había chicas en los bares de copas del pueblo que pasaban de mí en cuanto se enteraban de que trabajaba en el campo.

Había un viejo pastor encorvado por encima de una verja de aluminio plateado. Los rediles cuadrados que tenía delante estaban abarrotados de lomos lanudos de color gris. Estaba hablando, pero solo le escuchaban las ovejas y yo, que pasaba por allí.

—Estas condenadas son unas ovejas muy bien criadas... A los jóvenes habría que daros una patada en el culo por desaprovechar así a estas ovejas.

Estaba enfadado porque los animales se habían vendido a la baja en la subasta. A 22 libras el ejemplar. Por un error de imprenta, en el catálogo se las había señalado como *draft* cuando tenían que estar identificadas como *stock*. Para el anciano, la diferencia entre ambas categorías era enorme. Una de ellas, *draft*, indica que son los ejemplares de sobra de los que se deshace el rebaño, los de peor calidad o, generalmente, las hembras mayores o «de desvieje». La otra palabra, *stock*, designa a las ovejas que constituyen el pie de cría del rebaño, su base misma, y su venta implica que los animales se van a dispersar y ese determinado rebaño va a desaparecer. Por eso el viejo opinaba que esto era una falta de respeto, que se las había desdeñado y condenado al olvido en la masa de ovejas enjutas de lana gris. En el sorteo del orden de subasta habían salido muy al principio (el orden se echa a suertes llenando un sombrero con papeletas, para garantizar que nadie resulte beneficiado). Por eso casi nadie les había hecho caso, fueron en gran medida ignoradas y vendidas antes de que llegara a congregarse una multitud medianamente decente. Ese otoño las hembras valían tan poco que algunas llegaron incluso a regalarse, y otras se

vendieron por unas pocas libras.

Las palabras del viejo llegaban en un susurro hasta los rediles y se perdían con el viento que barría los pastos, los caminos, los pueblos y más allá de las colinas. El día que se vendió ese rebaño, la subasta estaba medio vacía. Una hilera de coches avanzaba por la A66. No vino nadie de las «granjas». Estaban todos trabajando en el pueblo. Hacía una generación que todos ellos habían dejado de ser pastores.

El pasado empieza a renquear y acaba muriendo poquito a poco. De pronto ha desaparecido, y entonces los viejos se vuelven decepcionados a casa.

Aquella noche al llegar a la mía me puse a pensar si nuestra labor le importaba a alguien. Me pregunté si yo mismo acabaría siendo un viejo triste, hablando yo solo de ovejas que a nadie le importarían un comino. Durante las décadas de los noventa y los años 2000 la consideración general era que la gente como nosotros, ganaderos de explotaciones pequeñas en zonas aisladas, éramos un reducto del pasado; en el futuro no iba a haber en estas tierras más que turismo, árboles y fauna y flora silvestres. Cada otoño, los grandes rebaños se iban vendiendo o reduciendo a medida que los pastores mayores se iban retirando o a medida que determinadas estrategias medioambientales daban como resultado la venta de miles de las ovejas asentadas en las colinas para rebajar la cantidad de ejemplares en la región. Lo llamaban «despoblar». En parte era necesario para compensar los excesos cometidos durante todo el siglo xx, de los que nosotros éramos tan culpables como los ganaderos de cualquier otro lugar. Pero mucha de la gente que trabajaba en estas tierras se lo tomó como un insulto grave, ya que la pérdida o la reducción de un rebaño debilita todo el sistema de pastoreo de las colinas y las convierte en un entorno más frágil. Cuando las personas con cargos de autoridad se pronunciaban sobre nuestra región, daba la sensación de que valoraban mucho todo. Menos lo que nos importaba a nosotros. Hablaban de la producción de alimentos como si fuera una actividad patética y sin ninguna relevancia. No tenía nada que ver con el cuento de hadas de granjeros que yo siempre me había imaginado, conmigo en el papel del príncipe de ojos azules.

Por supuesto yo siempre había sido consciente de que la nuestra era una forma muy sacrificada de ganarse la vida. Ahora me estaba dando cuenta de lo mucho que se nos estaba complicando el trabajo. Era igual para todas las explotaciones pequeñas, en todos lados. El precio de mercado de las ovejas era el mismo que hacía veinte años. Cada vez vendíamos menos y cada vez ganábamos menos dinero. Para colmo, el precio de todo lo demás seguía subiendo como la espuma. Los trabajadores envejecían sin reemplazo. Nuestras instalaciones ya tenían treinta o cuarenta años y poco a poco se iban deteriorando, aunque no había dinero para reformas. Los

tractores y la maquinaria también envejecían. El trabajo en sí iba cambiando asimismo, con muchísimas normativas nuevas que había que cumplir, para lo cual una explotación antigua como la nuestra estaba obligada a invertir verdaderos dinerales. Mis padres y yo trabajábamos como mulos, siempre a la carrera para no perder pie, pero las cosas no hacían sino empeorar. Nadie del mundillo sabía cómo ponerle remedio, más allá de dejarse los cuernos trabajando y esperar a que cambiaran las tornas. La típica frase de mi padre: «El campo está jodido».

Los granjeros habíamos sido en tiempos «los pilares de la comunidad». Pero el tipo de gente que residía en el Distrito de los Lagos había cambiado sustancialmente en mis años de juventud. Casi todas las casas y las granjas pequeñas que se ponían a la venta eran adquiridas por personas de fuera. Cuando mi abuelo compró la nuestra en la década de los sesenta, había nada menos que veinticinco granjas en el valle. Gran parte de quienes las habitaban tenía ingresos por otras actividades distintas de las de la propia granja, pero eran de campo. La gente nueva que se venía a vivir aquí no parecía tener ningún vínculo con nuestra forma de vida ni con nuestra manera de entender estas tierras. Los llamábamos «forasteros» o «foráneos». Algunos más viejos los llamaban «extranjeros», aunque muchos de ellos procedieran de lugares tan cercanos como el pueblo de al lado. La diferencia que sentíamos que existía entre «ellos» y «nosotros» era una cuestión cultural: ellos eran casi todos ciudadanos ingleses de clase media, cada uno con su profesión.

Siendo objetivos, que haya gente nueva incorporándose a una comunidad sin duda tiene ventajas, porque suelen aportar ideas nuevas, sangre nueva, un nuevo capital, nuevos negocios y una energía distinta que puede ayudar a renovar el entorno. Incluso algo tan típico del lugar como el pan de jengibre, de la manera en que lo preparaba mi abuela, les debía sus ingredientes al comercio y el intercambio económico basados en la trata de esclavos en el Atlántico. Lo cierto es que, evidentemente, todos nos componemos de muchos «ingredientes». Pero a los veinte años yo solo era capaz de ver en qué salíamos perdiendo.

Para los «forasteros», las ovejas eran eso que los obligaba a detenerse en la carretera, o animales que se escapaban y aparecían pastando en sus jardines. En el peor de los casos, algunas de estas personas llegaban a manejar tal noción de «propiedad» con respecto a nuestra tierra y nuestro entorno que se creían con derecho a decidir sobre su futuro. Si alguien amenazaba con edificar algún inmueble se dedicaban a lanzar campañas muy vociferantes en su contra y a escribir cartas para amedrentar a los técnicos que otorgaban las licencias. Ante el empeño de esta gente por evitar unas obras de reforma de una granja en ruinas, un vecino nuestro que lleva viviendo y trabajando en la zona más de cincuenta años se quedó tan desconcertado que me dijo: «Yo no sé cómo se habría construido lo que hay en el Distrito de los Lagos si en aquella época

llegan a haber estado por aquí estos capullos parándolo todo».

La gente que venía a vivir a los pueblos pretendía comprar las zonas verdes que tenían delante de sus casas, que eran comunes, y les frustraba mucho no poder hacerlo. Si atravesabas el pueblo con ganado (como se lleva haciendo desde hace siglos), corrías el riesgo de que se te enfadaran, porque las ovejas se comían las flores o dejaban huellas en unas parcelas de césped que estaban cada vez mejor cuidadas. Algunos vecinos llegaron a llamar a la policía al oír gritar a unos hombres con perros por las colinas. Lo único que estábamos haciendo allí, en realidad, era recoger las ovejas. Estaban colisionando dos mundos que no se entendían. Daba la impresión de que nos habíamos perdido una reunión y que, en nuestra ausencia, alguien había cambiado las normas para que nuestra profesión dejara de importar.

Los pastores odiamos que los perros ajenos se acerquen a nuestras ovejas. Si bien nuestros perros pastores son nuestros mejores ayudantes y nuestro mayor motivo de orgullo, los otros perros lo único que hacen es generarnos problemas. Si se encuentra cerca de un grupo de ovejas, es muy posible que un perro suelto y sin adiestrar se excite más de la cuenta y acabe sucumbiendo a su instinto cazador. A veces cuesta que los dueños comprendan este peligro y, a lo largo de mi vida adulta, más o menos cada dos años he visto a un perro perseguir a alguna de mis ovejas o mis corderos. Antes de que te des cuenta el perro acaba atrapándola, o bien la oveja cae al suelo desfallecida. Los perros no están educados para controlarse en este tipo de situaciones y se dedican a desgarrar el pelaje o la piel de los animales. Acabas con una oveja con la oreja colgando o con un buen tajo en la garganta. Cada mes aproximadamente tiene lugar en la zona algún tipo de incidente con perros, y el problema amenaza con intensificarse.

Francamente cada vez que veo un perro sin correa me sobresalto y me temo lo peor hasta que lo veo atado o encerrado en el coche de su amo. Lo cierto es que me altero, incluso en las nueve de cada diez ocasiones en las que no pasa nada. A lo mejor es paranoia, pero temer por la seguridad de las ovejas es parte de mi trabajo y la gente responsable que está de visita por la zona sabe que existe ese peligro y actúa en consecuencia. La libertad de una persona no deja de ser el padecimiento de otra.

Hay un código ético en torno a cómo manejar aquí a las ovejas y los perros. Es muy sencillo y no ha cambiado con el tiempo. Si mantienes a tu perro alejado de las ovejas de los demás, no hay nada que objetar. Si dejas que ande suelto y empieza a perseguirlas o les hace algo peor, lo habrás colocado posiblemente en la trayectoria de una bala. Los pastores cuentan con cierto amparo legal para proteger a sus ovejas. En el caso de que haya un perro descontrolado, tenemos derecho a disparar contra él (y en cierto sentido también el deber). Si se llama a la policía para que intervenga, es posible que te digan que dispaes al perro.

Un día hace unos dos años, estaba llevando a pastar a unas ovejas preñadas y vi que había unas ovejas de otro rebaño arremolinadas en una colina medio oculta entre nubes y bruma. Algo pasaba. Oí a través del viento un par de aullidos y ladridos. Subí corriendo por la ladera. No había nadie más por allí para solucionarlo. Era un día gris, ventoso y con lluvia. Yo llevaba puesto el traje impermeable de plástico, así que me arrastraba como podía. Al llegar a la colina de más abajo, donde había una zona boscosa, apareció una oveja a toda velocidad de entre las brozas y se echó a mis pies. Unos pocos metros por detrás venían dos jack russels. Son perros pequeños, pero estaban agitadosísimos. Apenas se percataron de mi presencia, fueron directos a las orejas de la oveja. Enseguida se las desgarraron y la cubrieron de sangre. Los aparté dándoles un tirón del pescuezo. Eran todo colmillos. Yo estaba enfurecido. Quién sabía qué sangría habrían armado en lo alto de la ladera o cuánto tiempo podía llevar pasando aquello. Los perros eran quizá diez veces más pequeños que la oveja, pero eso no tenía nada que ver. Hasta una oveja fuerte y sana se acaba cansando y, si se la somete a demasiado estrés, termina por echarse al suelo.

Mientras me dedicaba a espantar a los perros entre gruñidos, apareció un hombre dando tumbos por entre los árboles, pidiendo disculpas y muy angustiado por la situación. Los había soltado pensando que la montaña estaba desierta. Se habían puesto a perseguir a las ovejas y ya no habían hecho caso a sus gritos. Yo me vi ante un dilema, o más bien dos. Por lo que a mí me concernía, había quedado demostrado que aquel tipo era incapaz de evitar que sus perros atacaran a nuestras ovejas. Si se los devolvía, se le podían volver a escapar enseguida. Estuve pensando si habría que sacrificarlos. Él se atribuyó toda la responsabilidad y dijo que no había sido culpa de los perros. Yo le respondí que eso no hacía falta ni decirlo. Empezó a llorar y a suplicarme que los dejara vivir. Me agarró del brazo, lo cual me enfadó aún más. Yo tenía las manos manchadas de sangre y no sabía si era mía o de la oveja. La verdad es que me planteé aplastarles la cabeza contra una piedra, y estaba lo suficientemente furioso como para haberlo hecho.

Sin embargo aquella oveja no era mía, así que le dije que iba a coger a los perros y se los iba a llevar al dueño del animal. Sería ese pastor, que era un buen amigo nuestro, quien decidiría sobre qué hacer con los perros. Le advertí a su amo de que iba a informar a la policía y que tendría que atenerse a las consecuencias.

Más tarde aquel mismo día, cuando me tranquilicé y empecé a sentirme culpable por haber sido tan duro con él, me enteré de que el pastor le había devuelto los perros después de leerle la cartilla. Los policías le explicaron la gravedad del caso y le comentaron que tenía suerte de haberlos recuperado con vida.

Cuando era pequeño pensaba que mi padre y sus compañeros eran innecesariamente severos a la hora de gestionar situaciones como esta. Se ponían a insultar y les echaban rapapolvos a la

antigua usanza a las personas que llevaban a los perros sueltos por donde no debían. Yo pensaba que con una explicación amable bastaba, pero la vida te va enseñando cosas. He probado hasta el hartazgo la táctica de dar explicaciones en tono amistoso, y el resultado suele ser que la otra persona sigue haciendo lo mismo. Así que ahora monto unas buenas broncas y normalmente interpreto muy bien el papel del pastor furioso que no dudará en disparar contra los perros a la mínima si no los atan.

Da mucho mejor resultado.

En casi todos los recuerdos que tengo de aquellos años posteriores a haber dejado los estudios me veo trabajando con mi padre a medida que van pasando las estaciones.

Una anguila se deslizó por el barro y volvió a sumergirse en el agua. Salían docenas cada vez que mi padre hacía el gesto mecánico de sacar puñados de sedimento del canal. Estaba sentado en una vieja excavadora Ford pintada de un amarillo ya descolorido. Yo sujetaba una pala y brincaba de un lado a otro para coger las anguilas con la mano. La mayoría no eran mucho más largas que unos cordones de zapato, ni mucho más gruesas que un lápiz. Habían llegado hasta allí subiendo por los ríos y cruzando incluso mares (desde el mar de los Sargazos, cuya ubicación me es del todo desconocida). Se habían ido hundiendo hasta lo profundo del barro de nuestros arroyuelos, pero no lo suficiente.

A veces emergía del barro revuelto una anguila mucho más grande. Mi padre gritaba: «Mira esa cabrona negra enorme. Cógela».

Medía casi un metro de largo. Yo di un paso atrás, asustado por sus vacíos ojos grises y sus enérgicos movimientos serpenteantes. Se volvió a escurrir por entre las aguas embarradas. Había infinidad de arroyos y canales de drenaje por los que circulaba el agua. Mi padre y yo estábamos limpiando el riachuelo que corría por nuestras tierras y drenaba las colinas, rebajaba el nivel freático y permitía que en ellas creciera hierba y no se convirtieran en un coladero. Sin embargo, era inevitable que cada pocos años estos arroyos se encenagaran y se llenasen de piedras. Si queríamos conservar las tierras tal como estaban, había que ocuparse de ello (no se encargaba la naturaleza por sí sola). La gente mayor sabía localizar todos los lugares por donde drenaba la tierra, y estaban orgullosos de ello. Cuando se limpiaba un arroyo, terminaban asomando los desagües de terracota y fluía por ellos un chorrillo de agua. A veces desenterrábamos trozos de troncos huecos, cortados por la mitad y colocados boca arriba para formar un desagüe; en otras ocasiones, los que nos encontrábamos estaban hechos de piedra y podían llevar ahí muchos siglos. En el valle contiguo había restos arqueológicos de pequeñas granjas diseminadas por la ladera de hace tres mil años.

Mis amigos y yo solíamos quedar en un pub a unos 3 kilómetros de mi casa. Hacíamos tonterías para divertirnos. Una vez se presentó alguien por allí y nos dijo que había nevado en unos montes a unos 30 kilómetros, así que nos fuimos para allá y llenamos el maletero de nieve. Cuando cerró el bar de copas del pueblo, nos dedicamos a bombardear a la gente con bolas de nieve, lo que los dejaba muy desconcertados durante el primer minuto, porque tampoco hacía muy malo y en el pueblo no había nieve por ningún lado. Después les cambiaba el humor y tuvimos que salir por piernas para escapar de unos grandullones que tenían toda la intención de darnos una buena somanta y nos estuvieron persiguiendo por la calle. Corríamos que nos las pelábamos. En mi cabeza sonaba la canción de Iggy Pop de la banda sonora de *Trainspotting* mientras volaba por los callejones que separan las casas, oyendo los fuertes pasos contra el asfalto del grandullón que tenía detrás. No nos cogieron.

Todo el mundo parecía andar siempre enredándose en peleas o metiéndose con quien no debía. Uno de mis mejores amigos solía cogerse tales borracheras que no se tenía en pie y había que llevarlo siempre a la enfermería, donde solo con verlo entrar la enfermera ya gruñía. Todos los meses, más o menos, se estampaba la cara cayéndose de un muro o lo que fuera.

Me acuerdo de una noche en que nos peleamos con unos tipos. Al día siguiente llamó la policía y nos comentó que uno de ellos había aparecido muerto. Después de la trifulca con nosotros se había peleado con otra gente, y ahí se quedó. La policía sabía que no habíamos sido nosotros, pero de todas formas tuvieron que tomarnos declaración. Era ese tipo de pueblo del norte de Inglaterra.

Un sábado por la noche salí del puesto de *fish and chips* y vi que en un callejón lateral donde solíamos ir a comer un chico que conocía le estaba dando puñetazos a otro que parecía inconsciente. Nos lo llevamos de allí y el otro se levantó sonado y se fue a casa. Recuerdo que aquello me revolvió por dentro. Cualquier día podía pasar algo fácilmente, nos podían dar un buen golpe a cualquiera y se acabó. Lo de las peleas no iba nada conmigo.

Beber. Meterse en peleas. Echar polvos. Veía el tipo de futuro que se desplegaba ante mí y no me gustaba nada. Pero me costaba hacerme a la idea de qué hacer; el optimismo que había sentido al dejar los estudios se había ido disipando.

Una noche estábamos en una fiesta y conocí a una chica que se llamaba Helen. Era pelirroja y guapa, amiga de mi hermana. Yo tenía veintiún años, ella, dieciocho. Helen sí era aplicada en los estudios, leía libros y sabía todo lo que yo no había aprendido. Era inteligente, estaba segura de sí misma y le desconcertaba que yo no lo estuviera. Cuando estaba con ella sentía que podía ser yo mismo, y me empecé a cansar de tener que ser cualquier otra cosa. Helen pensaba que yo podría conseguir lo que me propusiera, y eso hizo que todo fuera posible.

Desde el momento en que nos juntamos, hace veinte años, me hizo querer asentarme y forjar

una buena vida para ambos. Me hace ser mejor de lo que soy.

Mis amigos se horrorizaron por aquel cambio repentino que se dio en mí. Otro idiota echado a perder. Cuando Helen salía por los pubs del pueblo, yo buscaba una esquina donde poder hablar con ella y de allí no me movían. Se acabó hacer el indio por ahí. Así fue como dejé de entretener al personal haciendo barbaridades, me desconecté de todo aquello.

En el pub más cercano, a cada lado de la chimenea había estantes llenos de libros que nadie leía, allí puestos como si formaran parte de la decoración. De vez en cuando cogía alguno que me llamara la atención. Le pedía discretamente al dueño si me dejaba llevármelo prestado y me lo metía en el bolsillo de la chaqueta sin que nadie me viera. No se estilaba ser aficionado a los libros.

Uno de los parroquianos del pub había luchado en la guerra de Corea. Como parte del equipo encargado de una ametralladora, había acribillado a miles de soldados chinos que venían gritando y cargando contra ellos desde el otro lado de un valle. Los habían aniquilado a todos y el valle se había quedado sembrado de cadáveres y heridos que estuvieron toda la noche gritando; habían pasado aquellas horas oscuras en un matadero humano. Le temblaban un poco las manos cuando contaba ese tipo de historias.

Un día cogí un libro de uno de los estantes del pub, un relato de la Segunda Guerra Mundial escrito por un piloto de cazas alemán que, sorprendentemente, no se arrepentía de haber luchado bajo las órdenes del Führer. El veterano de la guerra de Corea me vio y me preguntó qué era. Le echó un vistazo y sentenció que los jóvenes no teníamos ni idea de nada y que ni siquiera sabríamos qué avión era el de la tapa del libro. Mis amigos parecían perplejos. Quería darnos una lección.

—Messerschmitt 109 —le dije.

—¿Cómo?

—Messerschmitt 109... un G2/R2, creo.

Silencio. Todo el mundo me miraba raro, como si me lo hubiera inventado. Y después lo miraron a él. El viejo veterano de guerra asintió y luego se le escapó una sonrisa.

Unas semanas más tarde montaron un trivial en el pub. Normalmente no nos metíamos en ningún equipo que compitiera contra los de los maestros y profesionales que aparecían por allí y que siempre lo sabían todo. Nos quedábamos bebiendo y metiéndonos unos con otros o jugando al billar. Pero resultó que a un amigo mío se le ocurrió que a lo mejor podríamos ganar un trivial dedicado a la Segunda Guerra Mundial. Dos horas más tarde íbamos ganando la partida, y yo era prácticamente el único que respondía a las preguntas. Mis amigos sonreían de oreja a oreja y se dedicaban a increpar a los profesores que había por el pub. Les decían que las preguntas eran

muy fáciles. Los demás equipos nos miraban con desconfianza. No se explicaban cómo los «tontos del pueblo» podían estar ganando aquella partida de trivial. Al final perdimos por un punto en la última ronda de cultura general, con una pregunta sobre un programa de televisión de los años sesenta del que yo no había oído hablar.

Esa misma noche uno de mis amigos me preguntó: «¿Qué haces aquí... con nosotros, que somos unos tontos del culo? ¡Deberías ir a la universidad y hacer algo de personas inteligentes! Eres más listo que esos profesores. Deberías pirarte y hacer algo».

Aquello me desconcertó, porque no quería ser distinto de los demás. Y ni que decir tiene que no me creía mejor ni más listo que ellos. Había sido una farsa, me había lucido porque había leído unos cuantos libros sobre la guerra. Pero a veces la gente descubre algo nuevo sobre ti y ya no hay vuelta atrás.

Las cosas se pusieron feas. Mi padre y yo nos peleamos por culpa de un carnero que compró. Pensándolo ahora, seguramente no era tan mal ejemplar, pero en aquel momento no era lo que yo creía que necesitaba nuestro rebaño. Tenía algo de lana negra en el cuello que no debería haber tenido. Él pensaba que era una mancha de nacimiento y que no se la iba a transmitir a las crías. Yo opinaba lo contrario y creía que iba a marcar el rebaño durante años con una tara horrorosa. No nos habría costado nada probar con unas cuantas hembras y ver qué pasaba, pero aquello fue la chispa que nos permitió estallar el uno contra el otro. Estuvimos peleándonos durante semanas, tratándonos mal, diciéndonos cosas feas, poniéndonos a prueba, sacando a relucir los puntos débiles del otro y soltando pullas delante de terceros. Por momentos me daban ganas de matarlo, y estoy seguro de que él sentía lo mismo. En alguna ocasión volaron los puños y tuvieron que separarnos.

Dije que me largaba, que me iba de la granja. Sabía que podía tragarme el orgullo y ceder, pero así no se iban a arreglar los problemas graves e iba a perder todo mi amor propio. Ya había visto a gente que tenía que haber salido de sus granjas para buscarse otra cosa y se habían quedado demasiado tiempo. Se les notaba cada vez más amargados y ariscos, y yo me daba cuenta de que a mí también me estaba pasando algo parecido. Pero lo cierto era que no sabía qué hacer. Casi ni sabía lo que era un currículum. De haberlo tenido, habría escrito: «Certificado de secundaria: intentado y suspenso; experiencia laboral: en una granja». Y además no tenía dinero. Ni siquiera contaba con un vehículo y vivía a quince minutos en coche del pueblo más cercano. Supongo que lo mejor que tenía a mi favor era que no tenía nada que perder.

Resultó que mis dos hermanas pequeñas salieron mucho más inteligentes que yo: estudiantes de

sobresaliente, del tipo de chicas que salían en portada de la prensa local sosteniendo el documento con sus notas. Yo a veces ayudaba a la mayor con los deberes. Le hacía gracia que su hermano, que suspendía en el colegio, leyera tantos libros y supiera tantas cosas. Una noche me retó a que le hiciera los deberes de Historia. Creo que había quedado con un chico que le gustaba, así que me dejó a mí con la tarea. Fue como una broma entre los dos, para ver qué tal me salía. Me quedé hasta tarde tecleando el trabajo con un solo dedo en el procesador de textos que ella utilizaba. A los pocos días llegó con un cabreo tremendo porque el profesor le devolvió la redacción con comentarios de lo más entusiastas. Le había dicho que estaba incluso por encima de su nivel habitual. Yo me reí y le dije que lo del colegio «estaba tirado». Me contestó que hasta ahí habíamos llegado, que se había acabado lo de trastear con sus deberes. Me dejó claro que, aunque yo fuera un listillo, ella al menos seguía estudiando y, a diferencia de mí, sacaba sobresalientes. Así que a partir de entonces me hice más o menos a la idea de que podría haber sacado sobresalientes si hubiese querido.

Mis hermanas pequeñas nunca tuvieron tan comido el coco como yo con los asuntos de la granja. Pertenecían a ella, pero no llegaba a cegarlas. Siempre fueron más modernas. Esto ocurría en parte porque las actitudes a nuestro alrededor estaban cambiando rápidamente. Los cuatro y ocho años que me separan de ellas, respectivamente, supusieron una enorme diferencia. Además para ellas todo fue distinto por el hecho de ser chicas. En muchas familias de ganaderos las hijas no tienen los mismos escrúpulos que los chicos por ser diferentes, y saben que lo que se espera de ellas es que se marchen y acaben dedicándose a otra cosa para ganarse el respeto. O eso o bien casarse con otro granjero y empezar una nueva rama de la familia, para ocuparse de algo muy parecido a lo de sus parientes. Los mismos granjeros que se enorgullecen de que sus hijos varones suspendan, porque implica que dejarán de ir a clase para quedarse en casa trabajando, también están orgullosos de que sus hijas se apliquen en los estudios y salgan en busca de otras ocupaciones al ancho mundo. Estas actitudes en torno a la educación también han ido cambiando con el tiempo, y ahora hay granjeros que están satisfechos (y tal vez también se sientan un poco aliviados) al ver que sus hijos optan por perseverar en los estudios para llevar otra clase de vida, pero nada de esto era tan común cuando yo era joven. El resultado fue que mi madre tuvo mucho más que decir en la educación de mis hermanas, y ellas agradecieron sus esfuerzos granjeándole unas notas de las que le producen orgullo a cualquier progenitor. Fueron a clase en la escuela selectiva de secundaria de la localidad, y su experiencia escolar acabó siendo muy diferente a la mía. Yo fui un desastre, mientras que ellas siempre fueron de las primeras de la clase. Era difícil creer que fuéramos familia.

A los veintiún años quise matricularme en el centro de educación de adultos más cercano (a mí aquello siempre me sonó a que daban clases de porno) para pasarme dos años sacándome el bachillerato por las tardes. El profesor me llamó y me dijo que no podía hacer el curso porque no tenía aprobado el certificado de secundaria. Debía obtener ese título primero y después matricularme. Le pregunté si se habían cubierto ya todas las plazas y me respondió que no, así que le pedí que me pusiera a prueba durante tres semanas. Si en ese plazo me veía sobrepasado o los incordiaba, me iría por mi propio pie y se podían quedar con el pago de la matrícula anual. Se estuvo haciendo de rogar y me comentó que no era del todo legal, pero acabó aceptando el trato. Así pues, cuando terminaba mis tareas en la granja, me subía al coche de mis padres y me iba hasta Carlisle, a media hora de distancia, para asistir a clases de siete de la tarde a nueve de la noche.

La primera semana la pasé muy nervioso. Me dije a mí mismo que lo tenía todo controlado y que me podía ir cuando me viniera en gana. No le conté nada a nadie, solo a mi familia, y les pedí que no lo fueran comentando por ahí. No lo estaba haciendo más que por mí mismo, para demostrarme que era capaz. El profesor me había ofrecido el reto perfecto, porque odio que me digan que hay algo que no puedo hacer. En la clase éramos unos veinte: un par de tipos mayores que se habían puesto a estudiar por entretenerse, un par de jovenzuelos que querían mejorar el currículum y como quince madres solteras. En aquella época había no sé qué normativa extraña que establecía que para optar a prestaciones sociales tenías que estar buscando trabajo o bien matriculado en algún tipo de formación. Por eso entre las madres solteras que percibían subsidios era una práctica habitual ir una vez por semana al instituto con sus amigas. Eran jóvenes, joviales y parlanchinas, y seguramente eran muy listas cuando querían, pero en general no tenían el menor interés en el curso que estábamos estudiando. Yo me sentaba con ellas y me divertía lo bien que se lo pasaban.

Sin embargo, se había dado un cambio en mí desde la época en que dejé los estudios. Esta vez tenía una misión y estaba en aquella aula porque yo lo había querido. Era completamente distinto. El profesor hacía una pregunta. Silencio. Las chicas del fondo no hacían ningún caso. Algunos de entre los pocos con buena intención lo intentaban y daban una respuesta incorrecta. Y después yo acertaba. Era bastante fácil después de haber leído todos aquellos libros. De hecho, después de un par de clases llegué a tener la sensación de que sabía más sobre algunas materias que el propio profesor. Conocía los debates académicos en torno a toda una serie de cuestiones. Hay que reconocer que el profesor me alentaba. Cuando a las tres semanas le pregunté si me podía quedar en el curso, me dijo que no fuera tan capullo, que estaba sacando todo sobresalientes. Todas las semanas me hacía preguntas después de clase. ¿Por qué no había obtenido el certificado? ¿Qué estaba leyendo? ¿A qué me dedicaba? ¿Quería ir a la universidad?

¿Había pensado en pedir plaza en Oxford o Cambridge? Esta última me hizo reír: «Ni de coña, no soporto a los universitarios». Porque así era.

En ningún momento me había arrepentido de no haber ido a la universidad. La poca gente que conocía que sí había ido tampoco había vuelto siendo más sabia. A mí me daba la impresión de que habían regresado a casa con muchas tonterías en la cabeza, y ya nunca más habían llegado a encajar del todo. De todas formas, la pregunta me dio que pensar, porque aunque era muy cierto que no quería irme a ningún sitio, si el profesor opinaba que lo de los libros se me daba así de bien, a lo mejor quería decir que tenía otras opciones. Y necesitaba otras opciones. Los estudios y el objetivo de sacarme el bachillerato se convirtieron para mí en una vía de escape, algo que podía controlar por mí mismo. Me estaba dando cuenta de que en el mundo que había más allá de mi entorno podías darle forma a tu futuro de una manera mucho más definida de lo que yo había visto hasta entonces. Si leías y te esforzabas, si meditabas las cosas bien o si redactabas o argumentabas mejor que los demás, ganabas. Durante una época esta nueva forma de libertad me pareció una idea muy excitante y me resultó liberadora. Me hacía sentir muy bien ser bueno en algo. Algo que no tenía nada que ver ni con mi familia ni con la granja, ni con nadie que no fuera yo.

Solo tenía un pequeño problema. No sabía escribir a mano.

En el colegio siempre había tenido muy mala letra, y en los nueve años que llevaba sin ir a clase no me había hecho falta escribir nada. Lo poco que escribía (el registro de los números de las ovejas y otros apuntes breves, funcionales) lo trazaba siempre en mayúsculas. Así que cuando me matriculé para sacarme el bachillerato, preparaba los trabajos semanales en un procesador de texto, tecleando con un solo dedo, y los entregaba en unos folios muy pulcros. ¡Y un día se me encendió una bombilla de golpe! Me dio en toda la cara. Quedaba un mes para los exámenes y me di cuenta de que iba a tener que escribir a mano las respuestas desarrolladas, y no lo iba a poder poner todo en mayúsculas. Helen me hizo un examen de prueba para ver si era capaz de contestar las preguntas a mano.

Media hora más tarde tiré el papel y salí hecho una furia de la habitación. Mi caligrafía era prácticamente ilegible. Peor aún, me costaba tanto sujetar el bolígrafo que me pasaba todo el rato concentrado en la letra y no en lo que estaba redactando. Lo más alarmante de todo era que, cuanto más me esforzaba y más firmemente agarraba el lápiz, peor era el resultado. Hasta que se me acababa agarrotando la mano y empezaba a sudar y a perder los nervios. Me entraba el pánico, y a la vez me daba mucha vergüenza. ¿Qué clase de idiota se sabe todas las respuestas pero no es capaz de ponerlas por escrito?

Helen me compró un manual de caligrafía para niños. Yo fui un gruñón desagradecido, pero

con el tiempo fui capaz de garabatear palabras legibles. Con todo hoy en día todavía me entran sudores fríos cuando me piden que escriba a mano más de cinco palabras.

En los años que llevaba fuera de las aulas me había ido fijando en los profesionales liberales que compraban viviendas en nuestro pueblo. Me daba la sensación de que aquella gente ganaba más dinero en una semana que yo en varios meses, y también tenía la impresión de que para jugar a lo mismo que ellos había que ponerse a estudiar. Así que me propuse seguir el juego. Me iba a prostituir en un mundillo que no me gustaba. Y pensé que, puestos a prostituirse, mejor dedicarse a la prostitución de alto standing. Decidí hacer algo que en realidad no quería hacer. Me animé a pedir plaza en la universidad, a ver si podía entrar en Oxford. Si me admitían, a lo mejor me lo planteaba. Y si no, pues a la basura toda aquella historia. A los pocos meses ya tenía en mi poder uno de los certificados de los exámenes de bachillerato para demostrar mi valía y estaba a medio camino de obtener varios más. Además, mi profesor estaba dispuesto a escribir una carta de recomendación muy entusiasta, que dijera que yo era una especie de genio disfuncional que merecía una segunda oportunidad.

Nunca había estado en Oxford, ni en ningún sitio que se le pareciera. La idea de ser admitido allí me parecía algo absolutamente ridículo.

Pero la entrevista fue rodada. Me vi delante de una panda de profesores aburridos que interpretaron una dinámica en plan poli bueno-poli malo. Con dieciocho años me habría amedrentado, pero a mis veintitantos ya me resultaba más cómodo, y la cosa era fácil si no te importaba mucho. Y así fue cómo, para su deleite, me acabé enzarzando en una discusión con uno de ellos. Me encanta discutir. Se me da bien. Cuando se pasó un poco de la raya y comentó algo un pelín estúpido, le tomé el pelo y le contesté que se le estaba yendo. Cuando se acabó el tiempo y salí de aquella sala, les sonreí como diciendo: «Que os den, me podría pasar todo el día haciendo esto sin problema».

Todos me devolvieron la sonrisa. Sabía que me iban a admitir.

Estábamos trabajando en los corrales, eligiendo corderos para una subasta. Íbamos palpando a cada uno por todo el lomo con el pulgar y el índice para notar la capa de grasa de esa zona, apretando bien contra la lana. Es todo un arte saber elegirlos cuando están en su momento de plenitud. A los que estaban carnosos los sacábamos y los metíamos en otro corral de al lado.

Le pregunté a mi padre si debía ir. Me dijo que tenía que hacerlo. En casa se podían apañar perfectamente sin mí. Igual hasta les iba mejor, añadió sonriendo. «Siempre puedes volverte», me dijo.

Todo esto que había pasado parecía haber calmado las aguas entre nosotros. De repente la cosa estaba más tranquila. Una semana antes nos estábamos agarrando del pescuezo, pero ahora volvía a ser mi padre. Yo en ese momento no suponía ninguna amenaza para él y él parecía dar por hecho que yo enseguida zarparía hacia lugares inexplorados. Además creo que se sentía culpable, y que se daba cuenta de que yo en realidad no me quería ir a ningún sitio y que si me iba era porque ya no había manera de entenderme con él. Cuando esa noche volvió de vender los corderos, parecía muy animado. Se había extendido el rumor de que me iba a la universidad y sus amigos le habían estado tomando el pelo diciéndole que el seso lo tenía que haber heredado de mi madre.

Durante un breve espacio de tiempo, en los púbes de la zona fui un «héroe de la clase obrera». Cuando se lo conté a mi amigo David, que trabajaba con su familia en una granja en el pueblo de arriba, me miró como si me hubiese vuelto loco y contestó muy serio que tenía que haber habido un error administrativo, porque yo no era más que un idiota como él. La gente que me había conocido en mi etapa escolar no se podía hacer a la idea. Las chicas de clase media que antes pensaban que yo no valía un pimiento de repente mostraban mucho más interés por mí. Yo me reía de esto con los amigos y uno de ellos me animó a que me liara con todas las que pudiera. Yo me reí. Lo cierto era que ya había encontrado a la chica con la que quería quedarme.

Hasta los diez días de mi llegada a Oxford no me di cuenta de cómo se comunicaba la gente. Se dejaban notas en unos casilleros con los nombres en la conserjería. El mío ya estaba abarrotado con mensajes en tono de irritación creciente de los tutores de Historia, que querían saber por qué no estaba asistiendo a las reuniones de inicio de curso. Maldita sea. Y yo que pensaba que estaban siendo unos días muy tranquilos y relajados. La última nota venía a decir básicamente que, si no aparecía de inmediato, tendrían que concluir que no pensaba seguir el curso y tomarían medidas. Al parecer también me había perdido los cócteles de confraternización, las reuniones preliminares, las explicaciones de cómo funcionaba el sistema de bibliotecas y otra serie de cosas que me habrían resultado útiles. Me fui a ver al profesor y le confesé la verdad. Lo vi bastante molesto con que alguien pudiera ser tan imbécil, pero me dijo que me fuera a la biblioteca y me pusiera manos a la obra con un trabajo que había que entregar al cabo de dos días. Me fui corriendo a la Bodleian Library, donde resultó que los libros que necesitaba ya se los habían llevado prestados otros alumnos.

La rutina general consistía en que cada semana tenías una o dos sesiones de tutoría cara a cara con un profesor. Dos días antes tenías que haber entregado un trabajo sobre un tema que te

habían asignado con quince días de antelación. Te entregaban una lista de lecturas obligatorias que cubría la cara de un folio entera. Debía de haber más de veinte libros. Lo que debías hacer era leer esos libros y otros que te parecieran relevantes, digerirlos y después preparar un trabajo que diera muestras de una impresionante originalidad y lucidez en el análisis de los temas propuestos. Cuando me entregaron la primera lista con bibliografía, le pregunté a un profesor cómo era posible leerse veinte libros en una semana y completar todo lo que pedían. Me miró con cara de circunstancias y me contestó: «Haciéndolo». Al cabo de un tiempo ya me acostumbré a cumplir con todo o al menos a salir del paso como para que no me pudieran dar un buen repaso intelectual la semana siguiente. Las primeras tres semanas saqué la segunda mejor nota posible, un 2:1, que según mis cálculos era como un notable. Le pregunté al profesor por qué no sacaba notas más altas. Me dijo que eran buenas calificaciones, pero que tenía que ser más yo mismo y menos una copia de todos los demás. A mí no se me había ocurrido que ser «yo mismo» pudiera suponer una ventaja. Y entonces se me quitó la venda de los ojos. Todo el mundo en Oxford estaba ya aburrido de alumnos perfectos que venían de colegios perfectos. Ser un poco raro y norteamericano era mi mejor arma. Me convertía en interesante. Me permitía superar a la gente perfecta al poder hacer cosas que ellos no sabían hacer.

Estaba reunido con el profesor. Me preguntó cómo era la vida en el pueblo y se lo conté. Siempre les daba lo que me parecía que querían, que era una versión un poco mitificada de mí mismo. En la solicitud de plaza había puesto que era «constructor de muros de piedra seca de las colinas del Distrito de los Lagos», así que todas las conversaciones durante los tres años siguientes trataron sobre el gran cambio que debía de haber supuesto llegar a Oxford después de haber estado trabajando todos los días en las colinas. Pasé un buen rato charlando con él y al final me dijo: «Bueno, supongo que lo echarás de menos». Le contesté que no lo había dejado y que pensaba volver. Se quedó bastante confundido.

Me preguntó qué me parecían los demás alumnos, así que se lo comenté. No estaban mal, pero eran todos muy parecidos; se esforzaban por tener opiniones diferentes porque nunca habían fracasado en nada ni sabían lo que era no ser nadie, y creían que ellos siempre iban a ganar. Me interrogó sobre qué se podía hacer al respecto. Le dije que la solución era mandarlos un año a dedicarse a algún trabajo basura, en una planta procesadora de gallinas o moviendo tierra con una pala mecánica. Les iba a sentar mejor que pasar un año sabático en Perú. Él se rió y le pareció una cosa tremendamente ingeniosa. Yo no lo había dicho con la intención de resultar gracioso.

Al principio se me hizo raro estar en Oxford. Nunca había llevado una vida en la que se desplegaran ante mí días sin ninguna actividad prefijada. Jamás me había levantado por la mañana y había decidido entonces qué hacer con el día. Ahora de repente amanecía y el reloj biológico me decía que había que ponerse a trabajar, pero no había personas ni animales que dependieran de mí. Me sentía como una isla en un mar de gente. En realidad no me gustaba demasiado aquella nueva libertad que estaba experimentando: me parecía algo inútil y vacío. Acabé como un tigre de esos que se van moviendo sin parar de un lado a otro de la jaula. Todas las mañanas me vestía a la carrera y me iba a «hacer el pastor», recorriendo kilómetros por los parques de Oxford, campo a través, por los potreros donde abundaban los ponis. También daba una o dos vueltas al patio de la facultad; era como si mi cuerpo y mi mente necesitaran convertir todo aquello en una granja y en labores de granjero. Salía hacia las ocho de la mañana, cuando todavía no había aparecido nadie en todo el *college*. Llamaba a casa, pero con eso no conseguía más que molestar, porque tenían faena y no se podían quedar charlando.

Ellos no lo dicen, pero yo sé que tuvieron que esforzarse más por mi ausencia, sobre todo mi madre, y eso me avergonzaba. Decidí que tenía que salir de allí con las notas más altas posibles, porque si no iba a haber decepcionado a todo el mundo. Así que todas las mañanas me metía en las bibliotecas muy temprano y me ponía a trabajar hasta que cerraban por la noche. Intentaba pensar cómo les explicaría el tema que me tocaba a mi padre o mis amigos si me lo pidieran.

De vez en cuando me distraía el sol que se colaba por la ventana de la biblioteca, y sabía que tenía que salir un poco. Sentía que me había desconectado de raíz de todo lo que amaba.

Después del primer año Helen se vino conmigo a Oxford. Para pagar nuestros gastos, preparaba tartas y las vendía en un café y en una tienda de productos de la granja. Me puso a trabajar como asistente de repostería. Había que entregar las tartas a primera hora de la mañana, cuando abrían los establecimientos, así que las horneábamos a última hora de la noche. Solo había un problema: la cocina del apartamentito que habíamos alquilado en el *college* era enana, como de dos metros cuadrados a lo sumo. Así que el piso al completo acababa cubierto con bandejas de bizcocho de limón, *brownie* de chocolate, tortas de avena y tartas Victoria. Helen era buena cocinera, y yo me limitaba a ir limpiando y recogiendo, a mezclar ingredientes siguiendo sus indicaciones y a llevar cosas al coche. Al principio lo de las tartas era para ir sacando un suplemento, pero a las pocas semanas empezaron a aumentar los encargos y nos teníamos que pasar media noche trabajando. La mesa y los sofás estaban abarrotados con cajas de cartón llenas de moldes para tartas; había tartas de café haciendo equilibrios en los huecos de las estanterías, e incluso algunas sobre la cama.

Teníamos unas broncas tremendas porque yo no era capaz de seguir sus instrucciones, o porque se nos quemaban los pasteles en aquel hornito tan patético, o porque de vez en cuando a mí se me caía algo cuando subía por las escaleras desde el piso, que estaba en el sótano del

edificio, al coche. Pero lo hicimos juntos y ahora, con el paso de los años, nos reímos de las cosas tan absurdas que tuvimos que inventar para sacarnos las castañas del fuego. Lo recuerdo como una época bonita. La relaciono con haber levantado los cimientos de nuestra vida en común sin que interfirieran ni demasiada gente ni muchos compromisos. Más adelante, cuando nos casamos y nos volvimos a la granja y tuvimos hijos, obviamente surgieron muchas más distracciones y nuestra vida dejó de tener que ver exclusivamente con nosotros dos, para contemplar también a las personas y las cosas que nos rodeaban. Pero los cimientos eran firmes.

Lo más raro de dejar la granja y de empezar a llevar otro tipo de vida fue que, desde el momento en que me fui, me pasaba la vida volviendo. Enseguida me di cuenta de que mi nueva vida me dejaba un montón de tiempo libre: las tardes, los fines de semana, los festivos... Muchas veces no es necesario estar presencialmente en la universidad o en un despacho. En Oxford los tres períodos de evaluación eran de ocho semanas cada uno. Eran veinticuatro semanas en total. Enseguida me quedó claro que podía seguir pasando más de la mitad del año en la granja. A veces incluso me podía tirar más de media semana en casa hasta en períodos lectivos. De esta manera no haría muchas nuevas amistades en Oxford, estaría siempre a cierta distancia del resto de los alumnos, pero eso no me quitaba el sueño.

Tenía las botas cubiertas de serrín. Estaba apretujado entre otros pastores en un redil donde se guardaban las ovejas momentáneamente antes de llevarlas al corral grande de la subasta. Era el lugar donde dedicábamos unos segundos a darles el último repaso. Con cada nuevo lote que se llevaban a subastar, mi atención o bien se iba con él, si es que me interesaba comprarlo, o bien me fijaba en el carril por el que se aproximaba la siguiente remesa. Había llegado la noche anterior de Oxford después de llevar allí un mes. Se me hacía raro estar en casa, me sentía como si no fuera más que un visitante en esta tierra a la que quería tanto, sin ser ya parte de ella en realidad. Por primera vez comprendí que la sensación de pertenencia tiene que ver sobre todo con participar. Pertenecíamos a este lugar porque tomábamos parte en las tareas relacionadas con él. Así que me levanté temprano para llevar a las ovejas a pastar. Media hora de trabajo ya me hacía sentir que volvía a ser parte de todo esto, como si cambiara de piel. Había un denso rocío en el pasto, casi como escarcha, y los lomos de las ovejas se veían plateados. Al volver a casa para desayunar tenía las botas empapadas. Después fuimos en coche al valle de Eden cruzando por un paisaje otoñal y un aire un poco punzante. La luz del sol se posaba como humo en las hondonadas del valle, descansando antes de emprender el largo ascenso vespertino por las colinas. Las piedras con líquenes brillaban plateadas en la fina luz de esas horas. Los cerros estaban salpicados con las manchas de rojo intenso del escaramujo. Las chimeneas de las granjas se veían de nuevo coronadas por los primeros susurros del humo de los troncos.

Me duele el alma porque sé que en mi nueva vida estoy divorciado del cambio de los días y las estaciones. Las cosas han variado mucho en el mes que llevo fuera. Constató cambios muy pronunciados que contrastan con las diferencias tan leves a las que siempre he estado acostumbrado. Aquí el otoño se instala deprisa. Las hojas de los árboles y la hierba se destiñen de vida con cada día que pasa. El paisaje verde se transforma en marrón. El brezo en las colinas pardea hasta volverse del mismo tono castaño que el ala de un cernícalo.

A medida que las remesas de ovejas se acercaban por el carril al trajín del corral de la subasta, iba aumentando el interés que suscitaban hasta que, en el último tramo, donde estaba yo entonces, las inspeccionábamos. En esta subasta comprábamos las ovejas de las que se deshacían los rebaños de colinas, las *draft*, y las utilizábamos para criar a los corderos mestizos que destinábamos a la venta. Mi padre y antes mi abuelo se desplazaban hasta subastas pequeñas como las de Middleton-in-Teesdale o Kirkby Stephen. Acudíamos allí para comprar ovejas procedentes de los Peninos y que entonces se vendían para que desarrollaran su vida en unas condiciones más llevaderas en tierras a menor altitud. Los campos y las calles que rodeaban las subastas se llenaban de vehículos Land Rover y remolques mal aparcados. Llegabas a ver hasta tres generaciones de las mismas familias desfilando por las calles camino de la subasta. Estaban los viejecillos de toda la vida de las colinas, patizambos y con la espalda machacada, flanqueados por nietos corpulentos que les sacaban dos cabezas. Antigüamente eran días en los que llevabas tu mejor atuendo. Mi abuelo siempre me miraba de arriba abajo para asegurarse de que iba bien arreglado. Él se ponía un traje de tweed y una corbata y se embetunaba las botas. Mis vaqueros colaban si debajo del abrigo llevaba camisa y corbata.

Palpaba los lomos de las ovejas para comprobar su estado de salud y establecía su calidad observando su color, el vellón, las patas y la cabeza. También me fijaba en la dentadura, agarrándolas y tirándoles del labio inferior (las ovejas solo tienen dientes en la mandíbula de abajo). La dentadura dice mucho. Los corderos tienen los dientes de leche pequeños y con forma de aguja, pero al cumplir un año los dos dientes centrales pasan a ser blancos y mucho más anchos. Un año más tarde los dos dientes de cada lado de los centrales también son de adulto, y al tercero ya todos son los definitivos, como una breve hilera de lápidas de piedra blanca de Portland unidas por los costados. A medida que envejecen las ovejas, los dientes se van haciendo más largos y se debilitan hasta que se les empiezan a soltar y se les caen. De hecho pueden llegar a pastar sin un solo diente, pero llega un punto en que acaban con la boca completamente «rota» y entonces enferman. Cuando las ovejas «tienen la boca rota» se las vende para carne al haber perdido la capacidad de alimentarse y de tener crías.

En días como aquel, mi trabajo consistía en mantener la posición e inspeccionarles las bocas. Mi padre se pasó años enseñándome a hacerlo hasta que decidió que yo ya tenía criterio. Se fiaba de mi palabra y se sentaba al otro lado del corral, desde donde tenía una buena panorámica de las

ovejas y podía ir pujando si así lo deseaba. Por su edad, las bocas de estas hembras estarían maduras, pero el arte consistía en ser capaz de calcular, a partir de su dentadura, si podrían durar varios años o aproximadamente solo uno. Nuestro cálculo de su valor era en gran medida una estimación de la edad y de lo que podían llegar a durar, basado más que nada en lo que nos decían sus dentaduras. Una «buena boca» a lo mejor significaba que le podías sacar tres años a una oveja, mientras que una mala te decía que tal vez solamente uno. A lo largo del día me llegaba a fijar en cientos, mientras mi padre me miraba desde el otro lado del corral, instándome a que le indicara asintiendo si las que en ese momento estaban en el corral tenían buenas bocas o había que dejarlas pasar. Una sonrisita o un guiño le harían saber que las ovejas en cuestión nos irían bien. Si sacudía un poco la cabeza o me volvía, quería decir que a esas había que dejarlas. La diferencia en precio podía llegar a ser de 20 libras por animal, y una granja grande podía vender varios centenares de ovejas cada otoño, así que detalles como este de los dientes eran muy importantes.

Muchos amigos del gremio me veían en la subasta y no tenían ni idea de que entonces iba a la universidad. Yo no se lo decía. Había otros que ya lo sabían y estaban muy pendientes de ver si me había desarraigado. Un par de ellos no estaban seguros de lo que era. Empezaban a decir: «Yo creía que tú ya...» y después se daban cuenta de que seguía siendo el mismo y nos poníamos a hablar de ovejas.

Las ovejas de desvieje de los rebaños más prestigiosos son muy codiciadas porque, aun sin ser jóvenes, brindan la oportunidad de criar ejemplares de un pedigrí excepcional. Puede que solo les queden dos, tres, o incluso cinco o seis años de vida, pero en ese plazo podrán tener corderos mejores que los que pueden dar las hembras que ya tienes. Por todas estas razones, cualquiera que quiera tomarse en serio la cría de ovejas de las colinas sabe que es complicado llegar a estar entre los mejores linajes. Las subastas de esas ovejas *stock*, el pie de cría del rebaño, en plenitud de forma son escasas y se celebran muy de tanto en tanto.

Esta subasta era de ovejas del montón, que en realidad son más mercancía que otra cosa. Muchas se compran para que tengan corderos que luego se venderán para carne, aunque también hay una cantidad considerable de ovejas de mejor calidad que desatan una cierta competitividad y son motivo de orgullo para sus pastores. Las ovejas que aquel día se estaban vendiendo eran, de hecho, las damas más ancianas de los rebaños de las colinas (aunque aún les quedaba gasolina en el depósito para unos cuantos kilómetros más) y también había otras no tan viejas pero que no estaban criando bien. Un rebaño de las colinas era como una cinta transportadora de la que se iban apeando cada otoño los ejemplares de más edad (de cinco o seis años), reemplazadas por las hembras más jóvenes de cría local que se iban incorporando por detrás (esto lo hacían en su segundo año de existencia). Cada año el rebaño se renovaba tanto con la incorporación de borregas jóvenes como a través de la venta de las mayores.

Una de las realidades más curiosas de la ganadería ovina de las colinas es que a tus mejores hembras no las ve casi nunca nadie, solo tú y los pastores que trabajan cerca de ti.

En estas subastas de otoño de ovejas *draft*, los pastores competimos por el prestigio que nos proporciona el hecho de conseguir los precios más elevados porque, aunque no sean nuestras mejores hembras ni estén en su etapa de plenitud, cuando llega el momento de la venta siguen teniendo un valor considerable, suponen una buena parte de nuestros ingresos anuales y son, además, un indicador público de la calidad de nuestros rebaños. Si tienen mal los dientes o están viejas o escuálidas, entonces la gente pondrá en cuestión la calidad de nuestros animales. Si siguen siendo ejemplares magníficos, con buena dentadura y «se han conservado bien», los demás pastores verán nuestra crianza con cierta aprobación. Los viejos pastores dicen que solo se puede valorar la efectividad de un semental si sus hijas se venden como ovejas de desvieje más o menos a los seis o siete años de haberlo adquirido.

Había varios hombres y mujeres agolpados para inspeccionar las ovejas del corral de la subasta. Cuando se ponía a la venta un rebaño que destacaba, lo seguía una multitud. Unos amigos nuestros, los Lightfoot, se dirigieron al corral con sus mejores diez hembras. El blanco y el negro de las patas y las cabezas destacaba entre la lana. Los Lightfoot eran pastores muy respetados y todo el mundo estaba al corriente del linaje de sus crianzas. Los nombres de los mejores rebaños se pronunciaban en tono reverencial. A esas ovejas se las presentaba y se las trataba con sumo respeto. Habían invertido muchas horas en su preparación para llevarlas hasta allí en las mejores condiciones. Las habían desparasitado, les habían dado color con turba, les habían lavado el blanco o el negro de las patas y los hocicos, y les habían arrancado con pinzas los pelos del color que no tocaba. Las de mejor aspecto y con linaje documentado podían llegar a venderse por 300 libras cada una, las más corrientes por unas 100. De las mejores hembras incluso se llegaba a hablar con cierto afecto: «Esa chavalita es especial, me crió a un carnero semental que vendí el año pasado por 3.000 libras». A estas ovejas no se las podía llevar de vuelta a las colinas, porque ya estaban asentadas en otro terreno, así que se las trabajaba en los cercados de las tierras más bajas.

Mi padre está blandiendo una sierra de mango blanco de las que suelen utilizar los carniceros para partir los huesos. Yo sujeto a un carnero muy vivo en un rincón de uno de los corrales, colocándole el lomo contra la esquina. Le giro la cabeza hacia arriba, en torno a mi cuerpo, para que el cuerno quede en un ángulo que le permita a mi padre cortarlo. Le aprieto una rodilla contra el pecho. El carnero está enfadado y con cada arremetida nos mueve hacia delante unos centímetros. Yo trato de retenerlo y de mantenerlo lo más quieto posible. Con cada forcejeo mi padre maldice.

Los machos de la raza swaledale tienen los cuernos en espiral, con forma de amonite. Para cuando son viejos les pueden haber llegado a dar una o dos vueltas. En otoño, cuando están más excitados, toman carrerilla alejándose un poco y luego van cargando unos contra otros con la cabeza gacha, hasta que al final resuena un estallido como de dos piedras cascando una contra otra. Después puede ser que uno de los dos aparezca tendido en el suelo, sosegado y quieto ya para los restos, porque le acaban de partir el cuello. De los cuernos de la mayor parte de estos carneros no hay que preocuparse porque se les curvan hacia dentro, así que esos se dejan tranquilos. Pero otros tienen los cuernos partidos o girados hacia el lado que no toca, o también puede ser que les crezcan contra su propia cabeza, o que les vayan aumentando tan rápido de tamaño que se les adhieran moscas a la base, por estar en constante crecimiento.

Por esto tenemos que ir «guiando» los cuernos de algunos carneros, y hay otros de los que tenemos que estar pendientes. En ocasiones hay que cortarles una lasca al cuerno en la parte más cercana a la cabeza para que no siga apretando contra la carne. De vez en cuando toca «calentar» un cuerno para doblarlo en otro sentido y que tenga una orientación menos perjudicial. Hemos llegado a emplear un artilugio que poco a poco va torciendo los cuernos y alejándolos de la cabeza; funciona apretando cada día una tuerca que va ejerciendo presión paulatinamente sobre una cadena colocada entre los cuernos hasta que estos mantienen de manera natural la forma que toca. Si no hay modo de evitar que un cuerno avance hacia la cabeza del animal, optamos por el mal menor que supone cortarlo entero. Es posible que sangre, pero enseguida para y el resultado termina siendo más seguro para el animal.

Cuando los machos ya son viejos o han muerto se les cortan los cuernos para fabricar las típicas empuñaduras curvas, barnizadas, de los cayados que usan los pastores. Se acoplan a un palo de avellano uniéndolos con una junta perfecta. Antiguamente se aprovechaba todo. Algunos de los pastores y los lugareños de más edad suelen adornar estas empuñaduras grabándoles cabezas de ovejas o de perros pastores. Los mejores bastones jamás se usan en el campo, son solo para lucirlos. Yo empleo el cayado en la subasta para llamar la atención del carnero y darle un toquecito por debajo del hocico de forma que levante la cabeza y tenga un porte más orgulloso y de más empaque.

El cayado sigue siendo tan fundamental hoy en día como lo ha sido siempre. El mío es una extensión de mi brazo y me ayuda a atrapar a las ovejas. Son animales que corren más que las personas, pero te dejan acercarte a una distancia que consideran prudencial. El cayado se emplea para aprovechar esa circunstancia y engancharlas por el cuello. Lo uso casi a diario en invierno y docenas de veces al día en primavera, porque las hembras están pariendo y tengo que ir agarrándolas a intervalos regulares. También solemos llevar un botiquín con todos los aperos y las pociones que utilizamos quienes nos dedicamos a esto: penicilina, desinfectante en spray para las patas, tijeras para las pezuñas, complejos multivitamínicos, esquiladora de mano,

jeringuillas, agujas, antiparasitarios y repelentes de insectos.

Isaac, mi hijo de dos años, ya entiende que el cayado es una parte de lo que te convierte en pastor. Tiene el suyo propio, confeccionado especialmente para él por un distinguido pastor y artesano de bastones. Todos los años el subastador vende en las pujas varios de estos cayados de lujo. Se puja por ellos con verdadera avidez. Algunos muestran la empuñadura del cuerno en espiral, otros la tienen de madera y en distintos estilos. Son preciosos y causan gran admiración. El pastor que los elabora ha vendido varios cientos de ellos con fines benéficos.

El año pasado tuve que ir a visitar a ese viejo pastor, teníamos negocios entre manos. Monté a mi hijo en su silla para bebés y conduje a través del puerto de montaña que conecta con Langdale. Al cabo de una hora más o menos llegamos a la granja y el niño se despertó. Nos guiaron hasta la cocina de una granja antigua pero preciosa, de postal, y después el pastor me estuvo enseñando los bastones. Los tenía en cantidad, muchos de ellos estaban perfectamente colocados a la espera de ser vendidos, otros colgaban boca abajo de las vigas de roble para que el barniz se secara con la orientación correcta. Me contó que tenía un perro pastor tan bueno que, sin tener que levantarse de la mesa de la cocina, lo podía mandar a buscar las ovejas de los peñascos que se asomaban junto a la casa, y así poder seguir desayunando mientras el animal le trabajaba esa zona rocosa.

El viejo pastor estaba orgulloso de sus bastones, y con razón. Le pregunté si su padre le había enseñado a fabricarlos y me dijo que no, que había aprendido por su cuenta. Una vez fuera, me enseñó el taller que tenía montado en un granero, con garrotes en distintas fases de preparación. Había manojos de ramas de avellano o de haya atados con cuerdas por el centro y posados contra el banco de trabajo. En el torno tenía un palo precioso en pleno proceso. Me comentó que le estaba costando darle al cuerno el giro deseado, ya que hacía un pequeño remolino. Le contesté que a mí me gustaba tal cual, tenía personalidad. Me dijo que me lo quedara. Unas semanas más tarde lo tuve en las manos, primorosamente barnizado y menos torcido que antes, ya que él se había asegurado de que quedara perfecto. También me entregó un bastón para Isaac, de tamaño infantil, con un cuerno con medio giro como asa, que le quedaba a la altura ideal para apoyarse.

Mi madre estaba sentada en una silla de madera en nuestro granero, ligeramente inclinada sobre la cara de una oveja, con las gafas arrimadas a la punta de la nariz como si tratara de leer una letra minúscula. Tenía a una swaledale inmovilizada en el cepo con el que les sujetábamos las cabezas mientras las preparábamos para las subastas. Las ovejas tienden a quedarse quietas si se las sujeta con firmeza bajo la barbilla, con una cuerda que les tire de la cabeza hacia atrás;

forcejean un poco, pero después se resignan a dejarse hacer de todo. Mi madre tenía en las manos unas pinzas como las que usan las señoras para quitarse el vello rebelde de las cejas. Estaba «depilando» a un macho, arrancándole pelos de la cara para conseguir que el contraste en el color blanco y negro del pelaje se percibiera aún más distintivo.

Existe un patrón, un color y un estilo ideal para las marcas faciales de las ovejas swaledale, una combinación a la que siempre se aspira y que muy rara vez se consigue. Por eso todo el mundo hace alguna que otra trampa y contribuye a definir ese patrón con la ayuda de las pinzas. Por los graneros del norte de Inglaterra toda la gente que se dedica a la cría de ovejas swaledale hace lo mismo. Un pastor que conozco una vez se pasó más de cuarenta horas arrancándole pelos a una oveja. Cuando me lo contó me reí y le dije que estaba loco. Su respuesta fue: «Sí, puede ser, pero tenías que haberla visto. Cuando terminé estaba preciosa. Ganó todos los concursos de ese verano».

La luz del sol le iluminaba el pelo a mi madre. Era la más cuidadosa y la que tenía más paciencia, por eso se encargaba de esta tarea tan particular, porque mi padre solía perder la paciencia a los veinte minutos. Siempre habíamos prestado atención a estos pequeños detalles, pero yo los apreciaba mucho más ahora que volvía de la universidad y los veía un poco como desde fuera. Me daba más cuenta que nunca de que son estas pequeñas cosas las que nos convierten en lo que somos.

Ahora que estudiaba en Oxford de repente me encontré con que en el pueblo me invitaban a cenas y a «clubes de lectura». Cuando nos cruzábamos por la acera, la gente quería ponerse a hablar conmigo de temas de actualidad.

A veces había personas que ignoraban a mis amigos y hacían cola solo para hablar conmigo de algo que tuviera que ver con Oxford, y no paraban de sonreír. A mí nunca nadie me había clasificado como un tipo «listo» hasta entonces y no me sentía del todo cómodo, porque no hacían sino confirmar algunas cosas que siempre había sospechado.

Los campos mojados brillaban como plata con el rocío de finales de otoño. En las zonas por donde ya habían corrido las ovejas, la hierba se había sacudido ese brillo y recuperaba el verde. El aire traía consigo un helor. Trabajábamos en los rediles. Mac, el perro de mi padre, estaba tumbado con la cabeza bajo la puerta de madera; le gustaba ir allí donde faenábamos nosotros. Para un pastor, elegir qué hembras emparejar con cada macho es quizá la tarea más decisiva del año; es un asunto complicado el de escoger animales que tengan características parecidas para obtener las mejores crías posibles. Así que observábamos las ovejas que abarrotaban el redil que

teníamos delante, ocupados en recordar cuáles habían sido los mejores cruces del otoño pasado y valorando cuáles podrían casar bien con los machos nuevos que habíamos comprado ese año.

A las hembras se les corta la punta del rabo una semana antes, para que al carnero le resulte más fácil inseminarlas (solo hay que pensar en lo que nos costaría apartar unas bragas bien lanosas). Después las desparasitamos y les damos un suplemento mineral y un medicamento para prevenir la duela hepática. Una ITV de fertilidad, si se quiere. El trabajo en aquel momento consistía en asegurarnos de cruzar a las hembras con los machos que más les convinieran, y de que, en primer lugar, se quedaran preñadas y, en segundo, que las preñase el macho con el que mejor se complementaban para que en primavera nacieran las mejores crías posibles. Nosotros lo llamamos «suelta de los machos». En su versión más sencilla, se trata solamente de juntar a un carnero, o a varios, con un montón de hembras. Se aparean y a los cinco meses tienes corderos.

Muy fácil. Pero si lo que quieres es criar ovejas de cría o sementales de alta calidad para venderlos y al mismo tiempo mantener el carácter y el prestigio de un buen rebaño de ovinos, pues resulta que entonces es una tarea mucho más complicada. Hay autores que al describir esta actividad hablan de una especie de «sabiduría manual». Lo dicen con respeto y queriendo halagarnos, porque nos consideran artesanos, pero a mí no me gusta la frase.

Yo había venido de Oxford de visita fugaz para ayudar con esta labor, y llegué a la conclusión de que era un desafío intelectual mayor que cualquier tarea que hubiese emprendido en la universidad en las últimas semanas. Se trataba de emitir juicios y no solo de pensar, sino también de hacer. Cada vez que volvía a casa había un plazo raro de adaptación que duraba unos minutos. A lo mejor estaba absorto pensando en un tema que había estado estudiando aquella semana o quería contarle a mi padre algo sorprendente que hubiese aprendido, y entonces me daba cuenta de que se me había escurrido una oveja y él me dedicaba una mirada con la que me decía: «Ahora estás en casa. Céntrate en lo que estás haciendo o desaparece». Y entonces desconectaba a mi otro yo y enseguida era como si jamás me hubiese ido. Los pastores no somos cortos de entendederas. Solo es que estamos sintonizados a otro canal.

Las hembras que correteaban y nos pasaban por las piernas estaban en una forma inmejorable. Llevaban entre ocho y diez semanas de vacaciones desde que les habíamos quitado los corderos, y estaban ya sanas, gordas y recuperadas. Preparadas para el invierno. El año anterior mi padre y yo habíamos discutido sobre ese tema, pero para entonces los dos habíamos cambiado bastante. Cuando no estábamos de acuerdo, yo mostraba un poco más de respeto. Cuanto menos insistiera yo, más dispuesto estaría él a escucharme. El macho swaledale que había comprado nos había dado unas ovejas preciosas de color, pero de tamaño algo escaso, así que estábamos seleccionando a las hembras que pudieran compensar ese factor y tuvieran la fuerza y la calidad

idóneas para conseguir una buena combinación. Para evitar la endogamia, a las hembras emparentadas con los carneros más viejos las apartábamos y las cruzábamos con machos nuevos.

A cada una de estas hembras las conocíamos a título individual; nos sabíamos su genealogía y lo que les había pasado en la vida, o qué tal habían salido sus corderos de ese año y tal vez incluso del anterior. Llevar fuera una semana no cambiaba gran cosa, porque cuando nacieron yo sí que andaba por aquí, y también cuando parieron, y volvía a casa para ayudar con el esquileo de muchas de ellas.

De vez en cuando alguna se escapaba a nuestra memoria y nos tocaba consultar tanto la etiqueta de la oreja como el viejo cuaderno de mi padre. Él enseguida se ponía a gritar, muy satisfecho: «Viene de aquella oveja que le compré a Geoff Marwood. Tenía que haber caído. La crucé con el macho de Ewbank».

Mi abuelo tenía una anécdota para cada hembra y nos volvía locos con sus historias sobre dónde había parido cada una y por cuánto había vendido al cordero. Mi padre y yo nos turnábamos con este tipo de juicios y comentarios. Al cabo de un año nos acordaríamos de todas las valoraciones de ese día y nos diríamos el uno al otro dónde nos habíamos equivocado o dónde habíamos acertado.

A veces los mejores ejemplares son producto de la casualidad, el resultado de una serie involuntaria de combinaciones genéticas. Pero lo más habitual es que alguien lo tuviera todo pensado. Hasta hace poco tuve un muy buen carnero herdwick que me dio unas ovejas estupendas. Ya era viejo (con diez esposas tenía suficiente, si no quería matarlo del sobreesfuerzo). Una de mis mejores hembras parió una cría de ese carnero que vendí por un buen dinero el año pasado (1.900 libras). Mientras íbamos organizando a las ovejas me aseguré de localizarla y de que la volvíamos a cruzar con aquel macho. A la primavera siguiente parió uno de los mejores ejemplares que he conseguido. El carnero murió de viejo ese invierno, pero sigo conservando a su mejor cría para que transmita su sangre al rebaño.

Hace tres años un buen amigo mío, Anthony Hartley, tuvo el detalle de permitirme cruzar cinco hembras mías con un macho suyo que me parecía impresionante. Él no lo quería vender. Elegí a las cinco a conciencia. Aquella fue seguramente la hora más rentable de trabajo que jamás he invertido. A los dos años vendí a las crías: el primer carnero por 5.500 libras, el segundo por 2.000 y el tercero por 950. Una de las hijas ahora es la hembra que llevo a los concursos y que me ha dejado los tapetes repletos de copas de plata. Con todo, como cualquier hijo de vecino, también hemos criado muchísimas ovejas del montón sin nada especial, y hemos realizado cruces que no dieron buen resultado. Como siempre ocurre en la granja, los pequeños triunfos cuentan porque también suceden incontables errores.

En un par de horas ya habíamos separado a las hembras en grupos por cada carnero. Entonces se incorporaba a los machos, que ya estaban pavoneándose, dando contra la valla con la cabeza y

pisoteando con las patas delanteras. Sabían lo que les tocaba. Ya hacía semanas que se les venían excitando las hormonas y se les enrizaba el pelaje. Desde su retirada de circulación allá por las Navidades pasadas, no habían hecho más que comer, beber, dormir, pelearse y disfrutar de la vida en los campos cercados de los *intakes* o los prados de la zona baja del valle. Se embestían enfurecidos y saltaban unos contra otros. A cada carnero se le untaba el pecho con una pasta aceitosa de un color llamativo que dejaba una mancha bien visible en el trasero de cada oveja a la que montaba.

El ciclo menstrual de una hembra es de 16 o 17 días. Pasado ese plazo les cambiamos el color a los machos para saber si las ovejas ya servidas están o no preñadas. Si vuelven a quedar marcadas con el color nuevo sabemos que están otra vez en celo. Este proceso lo monitorizamos para averiguar si un macho puede tener un problema de fertilidad, y para cuando llega la primavera sabemos en qué ciclo se quedaron preñadas las hembras. El macho suele dar con una hembra en celo a la primera. La embiste concienzudamente, como si llevara mucho tiempo sin hacerlo. Yo me lo anoto mentalmente, porque en un plazo de cinco meses esa oveja deberá ser la primera en parir.

Volvemos a llevar a las ovejas por los caminos hasta los distintos campos. Las hembras trotan rápido, el macho las persigue; a veces, incapaz de esperarse, monta a alguna hembra en plena carrera. En los prados, las ovejas bajan la cabeza y empiezan a pastar. El carnero pasa revista a cada una, oliéndoles las colas, en ocasiones coceando a alguna para ver si aguanta y si está en celo. Alza la cabeza contra el viento para oler las feromonas, igual que un venado. Todos los días hacemos un repaso de estos grupos de hembras con machos, y cada dos días agarramos a los machos y les volvemos a poner pintura en el pecho. Si tenemos dudas sobre si un macho es fértil o puede estar desmotivado lo sustituimos por otro. Lo fundamental es que en primavera haya corderos.

Juntamos a las ovejas con los carneros durante unas seis semanas (tres ciclos con pintura de tres colores: rojo, azul y verde). Cuando los separamos, los machos están exhaustos, la salud de algunos incluso corre peligro y precisa de alguna que otra técnica de reanimación. Los jóvenes pueden llegar a aparearse con quince o veinte hembras. Los mejores ejemplares de mayor edad pueden montar a unas cien o incluso a más. El campo cuenta con unas ocho hectáreas y el carnero se lo recorre varias veces al día durante seis semanas para inseminar a todas esas ovejas. Casi no le da tiempo ni de comer. Por eso muchos acaban demacrados y pierden muchísimo peso. Cuando vamos a por ellos no se resisten tanto, porque ya se han quedado sin energías. Es casi como si supieran que se acaba la época de apareamiento hasta el año siguiente.

Este otoño, organizando el rebaño para asignarle las hembras a cada carnero, mi mejor oveja se

erigió en un momento dado como una estatua ante nosotros, como para recordarnos que la que mandaba era ella. Las mejores ovejas tienen conciencia de ser especiales, y esa parecía saber que era una de las destacadas. Un hijo suyo fue el mejor animal que he vendido jamás, quizá el mejor que consiga vender nunca (sigue conservando el precio récord que se ha pagado por un borrego herdwick).

Sabía que se iba a vender por un buen dinero cuando un pastor muy respetado de Borrowdale, Stanley Jackson, se pasó casi un día entero mirándolo. Estábamos en la muestra de Eskdale, la Herdwick Royal. Mientras todos nos ocupábamos de lavar, acicalar y después enseñar nuestras ovejas, Stanley se apostó junto a mi corral, apoyado contra la valla. A cada tanto se sujetaba la cabeza en una postura distinta y se dedicaba a escudriñar a aquel macho desde otro ángulo. Al preguntarle qué estaba haciendo, me contestó: «Buscando fallos». Le sonreí e intenté averiguar si ya había encontrado alguno. Me contestó: «Todavía no, pero no he terminado de mirarlo». Cuando gané aquel concurso con otro animal (el que le gustaba a él ni siquiera se hizo con la escarapela del tercer o cuarto puesto), él le quitó importancia al hecho agitando la mano para dejar claro que le parecía un detalle menor. Había llegado a la misma conclusión que había sacado yo el invierno anterior. Era un magnífico ejemplar, de los que sueñas con tener pero casi nunca consigues.

La presentación de las ovejas en los concursos y las subastas de otoño es todo un arte, y parte de ese arte consiste en aceptar que las ovejas no van a tener su mejor aspecto todo el rato. Los pastores más sabios ocultan sus animales a los posibles ojos críticos hasta que ya están listos para lucirse. Mis mejores ovejas permanecen detrás del telón hasta las muestras de Patterdale y Eskdale, dos encuentros de tradición en los que los pastores llevamos mucho tiempo compitiendo por ser los dueños de los mejores ejemplares de la región y de todo el Distrito de los Lagos, respectivamente.

Uno de los campos del fondo del valle se convierte de manera provisional en el área de exposición. Para cuando llegan las últimas horas de la mañana, los rediles ya están llenos, dos hileras valladas muy largas llenas de ovejas de exhibición. Una serie de carpas de pequeñas dimensiones ondean al viento. Al otro lado del prado se desarrollan los concursos de perros pastores y de bastones, pero lo verdaderamente importante es intentar llevarte el gato al agua en la zona de los rediles. La jornada concluye con mucho jolgorio en las carpas de la cerveza. El ganador está obligado a invitar a beber a todos los demás con las ganancias del premio. La dotación económica es insignificante, pero eso no le importa a nadie. Durante años Anthony Hartley ha salido victorioso en los concursos de herdwick, pero ahora somos unos cuantos los que estamos intentando ponérselo más difícil. Este año un animal mío le ganó a una preciosa

oveja suya los títulos de mejor oveja y de campeona general de la reserva.

Los concursos contribuyen a generar expectación de cara a las subastas que los siguen. Las ventas de sementales en otoño son la meca de nuestro mundillo. Las principales subastas de herdwicks se celebran en Broughton-in-Furness y en Cockermouth. Las swaledales se subastan principalmente en Kirkby Stephen y en Hawes. Hay una algarabía previa en toda la zona cuando se acercan las fechas. Aunque ambas razas proceden de tierras más norteanas, vienen pastores de todo el Reino Unido y de más allá. Hay un verdadero aluvión de visitantes a estos pequeños mercados de subastas.

En las semanas previas apuntamos a un buen número de carneros y nos han asignado la cantidad de rediles correspondiente. El orden de la subasta se sortea para que en teoría todo el mundo tenga las mismas posibilidades de subastar sus animales en el mejor momento. Una venta demasiado temprana puede resultar contraproducente, porque el mercado suele andarse con cautela; mientras que salir demasiado tarde te puede perjudicar si los compradores ya han encontrado lo que buscaban. Si el sorteo te coloca entre los mejores ganaderos, es posible que te beneficie el interés y el bullicio que generan sus ovejas. A mí me tocó de los últimos, lo cual puede ser un desastre a no ser que tengas una oveja que interese a los mejores pastores. En ese caso se convierte en una ventaja, porque se pasan el día esperando y cuando te llega el turno están histéricos, al haberse subastado ya las posibles alternativas.

El día empieza con las valoraciones previas a la venta. Los machos, conducidos en fila por sus criadores, van entre empujones y forcejeos hasta la zona de evaluación. Todo el mundo procura que sus animales permanezcan en la postura adecuada para que se vean lo más robustos y corpulentos posible, con la cabeza alta. Se pretende que transmitan un aire de arrogancia, de macho alfa, como Russell Crowe en *Gladiator*.

Se asoman cientos de pastores, apretujados en cinco o seis filas entre los rediles. Para ver algo desde el fondo se tienen que subir a las vallas. Cada uno tiene su propia opinión acerca de cuál es el mejor carnero y sobre si los jueces saben lo que hacen o no. Y estas opiniones cuentan, porque más adelante, cuando las ovejas estén en el corral de exhibición, puede que se conviertan en pujas. Una media hora más tarde se elige a los seis mejores machos, se los lleva a otro pequeño corral y se descarta a los demás. Prescinden de mis carneros y no se les premia. No me sorprende porque los dos jueces, que son buenos tipos, no coinciden conmigo en gustos. Cuando me estoy llevando a mi mejor ejemplar un amigo me comenta: «No te preocupes, ese se va a vender por más dinero que cualquiera de los premiados».

Al cabo de un tiempo, se coloca en orden a los elegidos y se les entregan los correspondientes galardones. Para la mayor parte de la gente ganar un concurso previo a la subasta es algo que ocurre una vez en la vida; para otros no es más que un sueño, aunque algunos de los pastores de los grandes rebaños ganan con frecuencia con sus carneros.

El resto del día (o de los tres días, si hablamos de las grandes ventas de swaledales) lo ocupan las subastas. Varios centenares de ganaderos van peinando los rediles en busca de los machos que tengan los rasgos que prefieren o que necesitan. Los pasillos entre los rediles están abarrotados de gente que se atropella a medida que avanza. Todos se aferran al catálogo de la subasta para consultar las razas y los turnos de sus lotes preferidos. Un criador que tengo a mi lado se pasa solo la mayor parte del tiempo, está generando poco interés porque su rebaño es de un tipo que se ha pasado de moda. Aquí nadie se anda con chiquitas ni hay lugar para sentimentalismos. Puede que todo lo que consiga sacarles a los asistentes con sus ovejas sea un vistazo somero.

Otros rebaños tienen mucha reputación porque llevan muchos años criando muy buenos especímenes para vender, y sus rediles están llenos de gente desde la mañana hasta la noche. Se palpa a los machos. Se les revisan las patas tirando de la cuerda. Se les miran los dientes. Se examina la lana. Se toquetean los cuerpos. Se observa el color de las orejas. Se les toca el pelo de la cara para ver cómo es de «duro». Aquí todos son académicos de la cría ovina. Los mejores pastores llevan décadas pendientes de la cría y se pasan las noches oscuras de invierno consultando libros que detallan los pedigrees e incluyen registros de los carneros.

—¿De quién es ese? ¿Quién es su padre?

—¿Qué era su madre? ¿Y la abuela?

—¿Desciende de aquel macho de Gatesgarth?

En cierta medida, es una cuestión de caprichos, antojos y modas. Hombres y mujeres que comentan lo que han visto y lo que más les ha gustado. Algunas ovejas se convierten en objeto de intenso debate.

—Es demasiado bajo...

—No, es un pedazo de carnero...

—Yo creo que en el pescuezo tiene la lana un poco sucia...

—No. Es de lo mejor que he visto en mi vida. Se va a vender por un dineral.

Es un mundo de opiniones, algunas buenas y acertadas, y otras malas y equivocadas. Solo el tiempo puede demostrar quién tenía razón y quién no. Resulta que mi mejor carnero divide a quienes opinan como el Marmite.^[8] Para algunos tiene la lana demasiado oscura, para otros es perfecto.

Por un instante llego a causar cierto revuelo y me someten a preguntas sobre mi salud mental, todo por haber pagado 4.600 libras por el campeón del concurso a principios de la tarde. Me gusta, aunque no tanto como el que yo voy a subastar. Pero es sangre nueva y tiene mucho estilo. Siento que Helen me fulmina con la mirada desde las filas traseras de los asientos del corral de la subasta, así que evito mirar hacia arriba. La subasta avanza, cae la tarde y el corral empieza a

vaciarse a medida que se acerca el final. Da la impresión de que decae la animación y de que se está haciendo tarde. Me entran sudores mientras espero mi turno. Después me acerco al corral y respiro aliviado al comprobar que algunos de los mejores pastores están pendientes de que salgan mis machos. Hay cierta algarabía en el redil antes de llevarlos al corral. Un viejo pastor al que respeto mucho me dice que es el mejor carnero que ha visto en años. Stanley está al otro lado del corral y se le ve nervioso, sé que lo quiere. Y acto seguido está adjudicado, sucede sin que yo me dé casi cuenta. Se vende por el precio más alto de toda la subasta, 5.500 libras, pero tan importante como eso es el hecho de que va a parar a uno de los rebaños más importantes, Turner Hall, donde lo cuidarán bien y tendrá ocasión de cruzarse con algunas de las mejores ovejas. En las semanas posteriores a la subasta echo en falta no verlo a diario, como si hubiera tenido un Van Gogh que ya no es mío.

Solo se pueden poner a la venta los carneros que han sido inspeccionados por las asociaciones de criadores. Mi padre a veces se va a hacer revisiones para la Asociación de Criadores de Ovinos Swaledale, y yo suelo hacer lo propio con la de ovejas herdwick. La tarea consiste en no dejar que se pase por alto ningún defecto importante. Obviamente, cada carnero tiene que tener dos testículos, una buena dentadura, patas y pezuñas firmes, y el color apropiado de cada raza. Se emiten juicios sobre detalles relativamente menores, ya que los criadores que se precian de serlo rara vez someten a un mal animal a la aprobación de los inspectores.

—Es una pena, pero los dientes le sobresalen un poco del rodete dentario... Creo que a este lo vamos a tener que apartar...

—Es buen carnero, pero hay que reconocer que esa pata la tiene un poco torcida. No creo que lo podamos pasar por alto... Lo siento, chico.

Ser uno de estos inspectores requiere de las habilidades diplomáticas de un Henry Kissinger. Te arriesgas a que el criador se enfade si no le das el visto bueno al animal y corres el peligro de que no te vuelva a comprar ovejas. Pero si haces la vista gorda con una oveja que tiene defectos, es probable que la gente se dé cuenta y lo comente más adelante en las subastas. El propósito fundamental es proteger a los compradores, que deberían poder comprar ganado con garantías, puesto que unos tipos que saben del tema les han dado luz verde a esas ovejas. Así pues los inspectores a veces interpretan una escenita en la que cuando detectan un defecto dan la impresión de estar incómodos; preguntan como si fueran comisarios, y generalmente el criador prefiere ahorrarse el mal trago y anuncia:

—No hay problema, está mal, no me había dado cuenta de que fuera para tanto. Recházalo,

tendrás que hacerlo.

Entonces los inspectores, liberados de esa sensación de bochorno, lo suspenden y prosiguen con los demás carneros.

Si solo me quedaran unos pocos días en el mundo, me pasaría uno entero revisando carneros de raza herdwick. A los inspectores los llevan en coche por los valles del Distrito de los Lagos, pasando por todas las preciosas granjas de piedra, algunas de ellas acurrucadas bajo los peñascos, rodeadas de kilómetros y kilómetros de muros que dividen las laderas y estampan el fondo de los valles con parcelas irregulares. A medida que se va acercando cada granja, el «coordinador» que vive en el valle en cuestión te va contando su historia, para que estés al corriente sobre la gente y el lugar al que vas a llegar.

—Esta era una de las mejores granjas de ovejas herdwick... Mi padre decía que no había un rebaño igual... Pero el hijo no valía... Cuando se fue, los de la Fundación Nacional pusieron al cargo a un capullo sureño que no tenía ni idea y las ovejas se echaron a perder... Aunque todavía quedan algunas buenas... y este chico que se encarga ahora está intentando cambiar las cosas... Dicen que ahora tiene un carnero muy bueno.

Todas las granjas cuentan con historias que permanecen vivas únicamente en la memoria de los demás pastores y granjeros. Hasta cada cercado individual y las zonas de las tierras comunales tienen su nombre. Conocemos a casi toda esta gente, pero lo más normal es que nunca hayamos tenido motivos para visitar sus granjas. En todas partes te reciben con los brazos abiertos, si bien están nerviosos ante la posibilidad de que tus decisiones echen por tierra sus ventas del otoño. Siempre sale de la granja la familia al completo para saludar. Y en casi todas las ocasiones nos preguntan si queremos tomar una taza de té y un trozo de tarta. Después nos llevan a ver las ovejas. Las tienen en corrales que han cambiado poco desde la época en la que Beatrix Potter adquirió varias de estas propiedades. El forjado de las vallas muchas veces brilla del roce del uso, y los listones de madera están bien lisos y rojos por el contacto de los carneros.

Podemos tener ante nosotros a una docena de machos herdwick (a veces son muchos más). Estos animales son los encargados de transmitir a las crías toda su masculinidad, por eso se frunce el ceño ante cualquier atisbo de flaqueza o cualquier postura afeminada. Tienen que estar bien plantados sobre las cuatro extremidades o, como solemos decir, «una pata en cada esquina», como una mesa muy compacta de roble con las patas muy gruesas. Las cabezas blancas resplandecen al sol del verano. Más o menos la mitad suele tener unos cuernos en espiral que te hacen moratones en las piernas; a los que no tienen cuernos los llamamos *cowed*. El tipo de blanco de la cabeza y las patas importa bastante, y cualquier asomo de oscuridad o de gris genera rechazo, como ocurre asimismo con las manchas negras si son grandes. La calidad de la raza se

suele comprobar por el grado de blancor del «sobaco» de las patas delanteras. Están esquilados hace solo unas semanas, así que los cuerpos grises y portentosos se ven duros, alargados y atléticos.

Al entrar en el redil en calidad de inspector lo primero que se me pasa por la cabeza (y a todos los demás también, si son sinceros) es la siguiente pregunta: «¿Tendrán por casualidad uno muy bueno con el que me pueda hacer yo antes que nadie?». Busco un montón de pequeños detalles: cosas prácticas como el tamaño, la salud, la velocidad de respuesta, la movilidad, las patas, la lana y la dentadura. Sin estos elementos las ovejas no podrían vivir en las colinas. Sin embargo, dado que las ovejas son objetos culturales, casi como obras de arte, también me fijo en el estilo y el carácter, y en otras marcas propias de la raza, como lo blancas que tengan las orejas. Contar con las orejas muy blancas no les va a ayudar a resistir el invierno, pero sí me va a ayudar a mí a criar ovejas que pueda vender a pastores con criterio. Esos pequeños detalles estéticos se convierten en señal de que a lo largo de los años se ha desarrollado una buena crianza.

Yo sé exactamente qué aspecto tiene el carnero herdwick perfecto, porque lo tengo siempre rondándome la cabeza. Siempre estoy comparándolo con los machos de mi rebaño y, en demasiadas ocasiones, sé perfectamente a qué distancia se me quedan con respecto a él.

Al acabar la tarea, los inspectores y los granjeros hablamos de la cría de los carneros y de otros asuntos de la granja, por ejemplo, si ya se ha recogido el heno. Después te vas en busca del siguiente rebaño. En un día a lo mejor revisamos cien carneros en unas quince granjas. Se puede llegar a tardar diez días en cubrir toda el área de una raza, así que por lo general se encargan varios inspectores, un día cada uno. Hay debates interminables sobre si los inspectores mantienen fijo el criterio con respecto a cualquier detalle. Como les ocurre a los árbitros de fútbol, su juicio se analiza con lupa y no siempre se respeta.

Estoy en la tercera o cuarta planta de un edificio justo al lado de Oxford Street, en Londres. Salí del piso de Oxford a las cinco y media de la mañana para coger un tren, y no voy a volver a casa hasta las diez de la noche. Mi cubículo de trabajo tiene menos de un metro por metro y medio. Los estantes que hay por encima del Mac con el que trabajo se elevan hasta el techo, cargados con papeles variados y otros trastos del ocupante anterior. La ventana más cercana la tengo a seis metros, pero casi no importa porque no hay nada que ver, solo la trasera del edificio de enfrente. En todo caso, no hay nada verde a excepción del árbol con pinta enfermiza de la plaza de abajo.

Ocupo un puesto de subeditor, a pesar de no tener ninguna experiencia previa. Después de llevar un par de trimestres en Oxford me di cuenta de que para conseguir el trabajo bien pagado que quería tenía que acumular alguna experiencia laboral haciendo prácticas. En secreto me imaginaba a mí mismo como un nuevo Ernest Hemingway, así que pensé que a lo mejor me

podría meter a periodista. Escribí a varias revistas y solicité una plaza en prácticas. Solo me respondieron de una y me pidieron que bajara a Londres a charlar un rato con la editora.

No empezó muy bien, porque al llegar me tocó usar un interfono y, como no sabía muy bien cómo funcionaba, mientras hablaba con la gente que me iba a abrir no paré de apretar el botón del timbre. Me dijeron muy enfadados que dejara de pulsarlo. Cada vez que llamaban, sonaba por toda la oficina hasta que dejaran de tener pulsado el botón. Cuando subí, todos se asomaron por encima de sus monitores y sonrieron con condescendencia. La editora fue muy amable y me pareció que se daba cuenta de que yo estaba fuera de mi zona de confort, pero tuvo el detalle de darme una oportunidad. Cuando a las pocas semanas volví en la fecha convenida para empezar las prácticas, me crucé con un hombre que salía del edificio con una caja de cartón bajo el brazo y cara de aturdido. Pasó a mi lado de forma atropellada justo en la entrada. Cuando accedí a la oficina, me pidieron que esperara en el cubículo. Estuve tres horas esperando.

Después la editora emergió de su oficina, me puso delante varios folios con notas manuscritas y me dijo:

—Corrígelo.

—Pero...

—Lo siento, no tengo tiempo para hablar... Hazlo y ya está.

Me dio la sensación de que no me había reconocido. Cuando se lo devolví corregido a la media hora, ella estaba hablando por teléfono y se limitó a cogerlo, haciendo gestos muy exagerados para que yo no hiciera ruido. Después me dio otra hoja con anotaciones a mano. Al acabar mi primer día me fui de allí completamente desconcertado.

En los días que siguieron empecé a entender algunas cosas. Para empezar, que en el trabajo de subeditor se utiliza un lenguaje particular que se escribe con una serie de garabatos especiales. Había un ambiente muy loco y desquiciante que yo jamás había experimentado, intercalado con ratos que duraban horas en los que, después de haber terminado una tarea, nadie me decía con qué seguir. Me hacían un gesto con la mano para que me fuera. A la hora de comer me sentaba en un banco de la plaza y me dejaba maravillarse por las chicas tan guapas que salían de las tiendas de moda y las casas elegantes de aquel barrio.

Como a las dos semanas, la editora me hizo un gesto un día para que me acercara a su despacho. La revista ya había salido a imprenta y el ambiente había cambiado. Preguntó cuánto me estaban pagando. Le expliqué que no me estaban pagando. Estaba allí de prácticas y nadie se había ofrecido a pagarme nada. La noté sorprendida. Después me explicó que el trabajo que yo había asumido era el de un subeditor al que habían despedido hacía dos semanas, el tipo al que había visto salir con la caja de cartón el día de mi llegada.

Me pidió que me quedara todas las vacaciones y que volviera en verano. El verano siguiente fue el único que pasé lejos de la granja. Fueron las semanas más raras de mi vida.

No conocía a nadie en Londres y tampoco quise nunca estar allí. No era así como deseaba que fuese mi vida, pero a veces toca hacer cosas que uno no quiere. Fue como si los dioses me estuvieran mostrando lo duras que eran las vidas de los demás para que viera lo que había dejado atrás. Por primera vez comprendí por qué la gente se escapaba a sitios como el Distrito de los Lagos. Entendí para qué servían los parques nacionales: para que la gente que siempre llevaba ese tipo de vida pudiera escaparse y sentir el viento en el pelo y el sol en la cara.

Me prometí a mí mismo que el verano siguiente lo pasaría en casa. Y lo pasé, pero no en las circunstancias que me había imaginado, porque en 2001 se desató la epidemia de fiebre aftosa.

Desde los altos en los que estaban pastando nuestras ovejas y hasta donde me llegaba la vista había columnas de humo que se elevaban desde las piras donde estaban quemando ovejas, reses y cerdos. Una niebla gris cubría estas tierras. El viento traía el asqueroso olor a carne quemada y a los productos químicos de las hogueras. Estuvimos en estado de sitio durante semanas. Los que todavía no habíamos sido castigados por el virus nos dedicábamos a esperar el golpe. En la zona se estaba viviendo una auténtica masacre, porque la reacción del gobierno, completamente ajeno a un sector agropecuario cuyo ganado se mueve por los campos (como siempre se ha movido), había sido muy lenta en los inicios del contagio. En los informativos mostraban un mapa con las zonas de contagio. Una mancha gris muy fea parecía cubrir todo mi universo. La solución que se adoptó fue la de deshacerse del ganado en ciertas áreas para impedir la transmisión del virus. En un principio se decidió eliminar todas las ovejas de la región, mientras que las reses bastaba con no sacarlas de sus establos de invierno.

Vinieron a llevarse a nuestras ovejas en la época de cría. Cargamos los remolques con hembras preñadas. También se llevaron a los pocos corderos que ya habían nacido. Jamás en mi vida había tenido esa sensación de estar haciendo algo tan mal, de estar haciendo algo tan en contra de todo lo que me habían enseñado.

El subastador al que enviaron para tasarlas de cara a la indemnización lloró y dijo que era «un crimen matar a unas ovejas de tan buena crianza». Muchas de aquellas ovejas eran descendientes de las de tan buena calidad que mi abuelo había adquirido en la década de los cuarenta. El trabajo de sesenta años barrido del mapa en dos horas.

Al final nuestros terneros contrajeron el virus y los mató en el campo un francotirador de la policía: uno a uno, con el estrépito del rifle, hasta dejar los prados de alrededor del pueblo como el escenario de una película bélica. La gente de la aldea se quedaba mirando desde sus parcelas sin dar crédito. Mi vecino se colocó al borde de sus tierras con un rifle, dispuesto a disparar contra cualquier animal que amenazara con saltar su valla y contagiar a sus vacas, que estaban

«limpias». Se disculpó, pero me advirtió de que tenía que proteger a sus animales. Le contesté que lo entendía. Yo habría hecho lo mismo. Mi padre no quiso saber nada de aquella historia tan lamentable y se metió en casa, dejándome a mí la tarea de estar pendiente de todo aquel caos. Me sentí sucio y avergonzado. En un momento dado, cuando me embargó la incredulidad, le pregunté a alguien: «¿Esto está pasando de verdad?». Me respondió: «Me parece que sí».

Cuando todo terminó y concluyó la masacre y se fueron aquellos hombres, anduve por la granja a la luz del atardecer sin creer lo que veía. Era una tarde preciosa de campiña inglesa, con una puesta de sol de color melocotón, pero los prados estaban salpicados con nuestras vacas muertas. Vacas castañas. Vacas blancas. Vacas negras. Estaban tendidas en toda clase de posturas, retorcidas y contorsionadas, y transmitían una paz muy sórdida. Las conocía, y era como ver muertos a viejos amigos. Al caer, el sol iba proyectando un sinfín de sombras grotescas. Mi mente no era del todo capaz de procesarlo. Era algo surrealista, como si estuviera viendo una película. En la granja había un silencio inquietante que jamás habíamos sentido. Al día siguiente los enterradores cargaron en remolques los cadáveres hinchados de nuestras vacas muertas para llevarlos a una fosa a varios kilómetros de distancia. Vi en la cara de mi padre una mirada de verdadero disgusto ante todo aquel escenario.

Cuando se llevaron el último remolque me fui hasta el granero, lejos de todo el mundo, me senté en la penumbra, hundí la cara entre las manos y lloré.

A partir de ese momento las granjas se quedaron vacías. Y no sabíamos qué hacer sin tener que encargarnos del ganado. Yo solía esperar a oír a mi padre levantarse de la cama, pero no había motivos para levantarse. Nuestras ovejas y nuestras vacas estaban todas muertas. Alguien había pulsado el botón de PAUSE de nuestra forma de vida, y no teníamos claro si en algún momento iba a apretar el de PLAY.

Nuestra granja de las colinas fue una de las últimas de las cercanas a las montañas cuyo ganado fue sacrificado durante la epidemia. Si llega a haberse extendido unos cuantos campos más allá hacia el oeste, el virus se habría propagado por los montes sin vallar de Lakeland, donde habría diezmado los rebaños tradicionales de altura que están asentados en las tierras comunales. El 95 por ciento de las ovejas de raza herdwick del mundo vive en un radio de 30 kilómetros en torno a la localidad de Coniston, y corría un grave peligro de desaparecer. Pero un gobierno fundamentalmente urbano no sabía nada de esto. Para ellos una oveja es una oveja, y una granja no es más que una granja. Nadie llegó a hacerse a la idea de que algo valioso estaba a punto de

ser aniquilado.

A menudo estamos en manos de otras personas y nuestro destino depende de vendedores, supermercados y burócratas. Al final casi todos los rebaños de las colinas se salvaron (aunque muchas ovejas jóvenes de esos rebaños fueron sacrificadas porque se encontraban en la zona de las ejecuciones, los pastos de invierno de las zonas bajas donde pasaban el invierno). Desaparecieron muchas de las mejores reses y muchos de los mejores rebaños de ovejas, pero afortunadamente no todos.

Pasé en casa todo el verano. Contratamos a varios amigos y primos míos para acometer la ingente empresa de limpiar toda la granja con agua a presión hasta dejarla sin mácula y al gusto de los inspectores oficiales. Sin animales en las granjas, todo era diferente, incluidas las personas. Gente a la que conocías y a la que jamás habías visto relajada de repente tenía que cambiar sus costumbres. Y desconcertaba comprobar que todas las granjas estaban limpias, como con un aire estéril y desprovisto de vida.

Los pubs y los restaurantes también lo padecieron, porque todo el mundo daba por hecho que los establecimientos estarían cerrados, así que ese verano no vino nadie de visita. Asimismo hubo tensiones, ya que los granjeros encomendaron a distintos encargados de subastas la tarea de tasar su ganado para calcular las indemnizaciones, y unos tasaban más alto que otros. La gente se sintió estafada. Quizá los que se llevaron el peor varapalo económico fueron los granjeros a quienes no les afectó el virus, puesto que no fueron indemnizados. Como no se les permitió vender ganado, sus negocios se vieron paralizados durante meses y fueron acumulando gastos sin percibir ingresos.

Pero no todo fue malo. En aquellas circunstancias se propagó un cierto espíritu de comunidad. Seguramente hacía décadas que no trabajaba tanta gente en nuestra granja. En cuanto nos repusimos de aquellos acontecimientos tan funestos, nos divertimos bastante faenando todos juntos. Jugábamos al fútbol al acabar la jornada. Por las noches íbamos al pub.

Unos meses más tarde, con mucho criterio, mis padres avisaron al arrendador de que nos marchábamos de la granja que teníamos alquilada (seguía perdiendo dinero varios años después de haber pagado la renta) y la dejaron al año siguiente. Compraron una casa en el límite del pueblo más cercano y se dedicaron a explotar las tierras de mi abuelo, aunque viviendo a cierta distancia. Íbamos a conservar la granja de las colinas y a esperar a ver qué pasaba. En aquella época estuve trabajando con mi padre varios meses.

Se supone que cuando uno deja la granja se siente impelido a llevar otro tipo de vida. No

obstante, en mi caso marcharme únicamente me sirvió para darme cuenta de que para mí la granja era el principio y el fin de todas las cosas. De niño una vez fui con mi abuelo a un granero que estaba aislado en una de sus parcelas. Me dijo que estaría bien que algún día yo me construyera allí mi casa. Y entonces yo ya tenía esa idea metida en la cabeza. Era mi objetivo. Era lo primero que pensaba por las mañanas y lo último que me ocupaba el pensamiento por las noches. Como en el chiste, no era una cuestión de vida o muerte, sino mucho más importante.

Más adelante, como hubo que reponer los animales de todas las granjas, los precios se dispararon. Nosotros fuimos prudentes. No teníamos claro con qué repoblar la nuestra, así que compramos unas cuantas de las *draft* del rebaño de ovejas herdwick de Jean Wilson. En cuanto empezaron a alimentarse con nuestra hierba, dejaron de parecer criaturas cansadas y envejecidas, y nos dejaron maravillados con la mejoría. Un día estábamos enfaenados con las ovejas en los rediles y apareció Jean por allí para hablar con nosotros. Nos comentó que algunas valían para tener crías «puras» (en lugar de mezclarlas con otra raza y que parieran corderos para vender como carne), así que nos trajo un semental herdwick muy distinguido para montarlas. Jean es una persona fabulosa y por supuesto le hicimos caso. Esa primavera nacieron los primeros corderos herdwick. Aquellas damas fueron el comienzo de nuestro rebaño actual. Dos de ellas resultaron ser muy buenas ovejas de cría. Uno de sus primeros hijos terminó ganando el concurso ovino local y me metió en el cuerpo el gusanillo de la cría. Un día le dije a mi padre: «Creo que voy a criar ovejas herdwick». Él sonrió y me contestó que le parecía bien. Desde entonces nos hemos especializado en varias razas. Hoy tenemos en mi rebaño a las nietas y las bisnietas de aquellas ovejas. Mi actual vida de granjero renació durante aquellos meses tan penosos en los que pareció que todo se rompía.

Invierno



*¿Sobre vivir en el campo?
Bostezo; ese paso, por ejemplo
—no necesito alzar la cabeza—. Evans
de camino a los campos, donde recorre
arriba y abajo las hileras de remolacha
forrajera. No hay que preguntarse
qué tiene en la cabeza, no hay nada
que le pase por allí; el desempleo
de los lóbulos es probado. Su pequeño
subsidio es la amabilidad del paseante*

*que le llama señor, y lee y entiende
los problemas en el modo en que emerge
su voz vacilante y sus ojos reflejan
la quietud. A ellos yo les diría
sobre vivir en el campo, la paz
puede ensordecerlo a uno, nunca más
el asombro de la belleza. Únicamente
el ruido sordo de los pasos lentos
en el camino a la mañana y de nuevo a la noche.*

R. S. THOMAS, «The Country»,
en *Young and Old*, 1972^[9]

Me ve antes de que yo lo vea, un cuervo cuelllicorto. Negro como el carbón. Sin miedo a nada y empachado de muerte. Los cuervos viven de nuestros fracasos. Brutales. Arrogantes. Crueles. Y a veces impresionantemente bellos.

Estoy leyendo una etiqueta auricular para mis registros, y anoto en un cuaderno sucio y mojado: «15547. Muerta. Neumonía».

Si hubiera tenido una escopeta, al darme la vuelta el cuervo hubiera alzado el vuelo sobre el muro y se hubiera largado a merodear por cualquier árbol, fuera de mi alcance, con un graznido ronco y burlón, pero no se deja intimidar por un hombre armado únicamente con un bolígrafo. Las plumas canas del grueso cuello negro ondean cuando el viento las agita. Avaricioso. Satisfecho. Echa a volar como si tuviera una piedra en el estómago, empachado de carroña.

Nuestras bajas no son algo agradable, porque la muerte y la vida tampoco lo son. El invierno erosiona el rebaño. En el corral yacen dos ovejas viejas, demasiado mayores para resistir este invierno, con los vientres hinchados y los ojos hurtados. A su lado hay una joven zorra con el agujero de un disparo en la tripa, las entrañas casi fuera del cuerpo, y una mueca retorcida en su cara salvaje por la que asoma un colmillo resentido.

Sobre el tejado corrugado del cobertizo de los terneros, el cuervo alterna su postura de una pata a la otra. Cada uno de los movimientos de su grueso cuerpo oscuro indica que está atiborrado. Sobre sus alas fatigadas, parte hacia la oscuridad.

Hay momentos como este, en los que te sientes medio vencido y nuevas sombras oscuras se ciernen amenazadoramente sobre ti.

Una de estas ovejas muertas significaba mucho para mí. Es la mejor que tengo. Es la matriarca del rebaño. El invierno pasado sacó a todo el rebaño de los ventisqueros cuando estaban en

peligro.

Nieve. Los pastores aborrecen y temen a partes iguales la nieve y las ventiscas. La nieve es letal. Entierra a las ovejas. Entierra la hierba y hace que la supervivencia de los animales dependa aún más de nosotros. Así que nosotros sufrimos cuando todos los demás se emocionan. Bolas de nieve. Muñecos de nieve. Trineos. Para nosotros es temible. Un poquito de nieve es inofensiva, les damos heno a las ovejas y ellas soportan el frío con facilidad. Pero la combinación de viento y nieve es letal. Mata a las ovejas y puede matar fácilmente también a hombres y mujeres. Una vez que has visto a las ovejas muertas detrás de los muros cuando se disuelve la nieve o a los corderitos muertos en el mismo sitio de su nacimiento, ya no puedes volver a disfrutar de la nieve con tanta inocencia. En cualquier caso, por mucho que tema y aborrezca sus peores efectos, es verdad que la nieve embellece nuestro valle. Blanco. Silencioso. Cruel. Amortigua todos los ruidos habituales, salvo el llanto ventoso del arroyo, que suena un poco más débil de lo habitual. Antes siquiera de abrir los ojos puedo saber si hay nieve honda solo por el silencio. Pero hay un reloj que hace tictac en mi cabeza y me recuerda que, hasta que no haya visto y alimentado a todas las ovejas, mi trabajo no estará hecho.

Salgo de casa y entro en una especie de cuadro de Brueghel con nieve y cuervos. Los robles y los muros de espino destacan en el espacio blanco como corales negros. Me siento vivo, necesario, valioso. Hoy tengo que dar lo mejor de mí mismo, tengo que enfrentarme a los acontecimientos o los animales pasarán hambre. Está nevando mucho y la nieve se apila velozmente en capas sobre la tierra. Al llevarles el heno a las ovejas en la moto quad en medio de la nevada, me vuelvo blanco yo también. Gruesos copos blancos me van cubriendo a medida que recorro la carretera. Puedes verlos caer a millones como plumón. Algunos copos me saltan sobre la cara, se me meten en la cálida cuenca del ojo y su húmeda suavidad me ciega. Un copo de nieve aterriza ligero en mi lengua. Suave. Grueso. Delicado. Como si me lo hubiera colocado en la lengua el dios de la nieve como una hostia sagrada. Los neumáticos del quad hacen un ruido como un crujido cuando van apelmazando la nieve a su paso.

Abro la verja de un campo, la barra superior tiene una capa de siete centímetros de nieve recién caída. El primer rebaño al que voy a dar de comer está en un barranco en el que sus madres y abuelas les han enseñado a refugiarse cuando llega el temporal. Cuando están en su territorio, las ovejas de las montañas tienen un sexto sentido para los cambios de tiempo. Las encuentro debajo de unos pinos silvestres, 10 metros por debajo del peligro de los vientos que acumulan pilas de nieve. Las habrán conducido hasta allí las ovejas más viejas y, si las jóvenes

intentan llevarlas de nuevo hacia fuera, hacia el peligro, las detendrán tozudamente. El rebaño sigue la pista de las ovejas mayores. Saben que aquí están seguras, hay matas de hierba que podrán pastar para mantenerse con vida si la nevada dura muchos días. Este sitio es casi tan bueno como un granero, está resguardado del viento y regado por el torrente que sigue excavando el barranco en la ladera de la montaña.

Lanzo a mis lados raciones de heno de emergencia y las ovejas se congregan a su alrededor. Arrancan un buen bocado a las porciones y empiezan a masticar. Con cada bocado que las veo masticar, me relajo un poco. Si están resguardadas y alimentadas con heno seco, las ovejas pueden sobrevivir durante días y días. Las cuento y descubro que faltan dos. Pero justo entonces aparecen descendiendo a por el heno. Alivio. Estas dos ovejas jóvenes se habían ido a excavar en la nieve en busca de hierba más fresca. Ahora estarán bien. Resistirán con el heno durante la nevada.

Pero no tengo tiempo para retrasarme aquí admirando el paisaje. Hay más rebaños que alimentar. La nieve sigue cayendo con fuerza y el valle va cambiando a mi alrededor.

Más nieve. Blanco absoluto. Ahora la carretera que veo en la distancia está muda. Vacía. El valle se está quedando aislado del mundo. Oigo a mi padre dar voces a las ovejas más abajo, donde está trabajando. Pronto se pondrán en marcha los quitanieves, pero quizá falte aún una semana para que aparezcan. Centrarán su labor en las carreteras y en los pueblos. Empiezo a preocuparme de verdad por el rebaño de ovejas que está más lejos, en una zona alta. No estoy seguro de poder alcanzarlo si la capa de nieve sigue creciendo a esta velocidad, y llegar hasta allí es solo la mitad del problema.

Voy a llevarles heno para que puedan aguantar las nieves con algo bueno en el estómago. Tengo que llegar allí rápido. El quad sube con esfuerzo, derrapando y patinando, tambaleándose en ocasiones hacia un lado. Al atravesar la aldea me cruzo con algunos coches que aparcan en los caminos de entrada a las casas, personas que han intentado acudir a su trabajo en el pueblo y regresan, derrotados por la nieve. Enfilo por un pequeño camino que da a la zona superior. Pero la nieve está compacta como hielo y no puedo ascender por la colina. Me doy la vuelta, decidido a tomar otro camino para llegar hasta allí arriba a través de un campo o dos. Me encuentro con mi vecino, que está haciendo algo similar. Con un ligero gesto con la cabeza me indica que me ha visto y que sabe dónde voy. Puede que ese pequeño gesto me mantenga con vida después. Nadie más sabe adónde me dirijo.

La nieve se va haciendo más profunda y debo poner toda mi atención en no chocar contra algo que pueda estar oculto debajo. Abrevaderos. Ramas. Piedras. Pronto llego al campo en el que deberían estar mis ovejas, pero no las veo. Deben de estar refugiadas detrás de algún muro al

otro lado, pero la nieve ha sepultado la puerta y no puedo entrar con el quad. Tengo que encontrarlas. No es mucha distancia, pero lo arduo que es caminar por la nieve llevando una carga pesada hace que recorrerla parezca una gesta épica. Floss brinca por la nieve honda a mi alrededor como si estuviera saltando olas. Sabe lo que estamos haciendo y llega al muro antes que yo. Sube corriendo por el montón de nieve que se ha apilado contra el tabique y mira al otro lado. Vuelve la cabeza hacia mí, impaciente por que la alcance. Pronto encontramos a algunas de las ovejas. Están cubiertas de nieve. Las caras blancas. Sus afables ojos negros parecen contentos de verme, la lana mantiene el calor de sus cuerpos aislado de la nieve que les cae encima. Llegan corriendo hasta mis piernas y empiezan a comerse el heno. Intento contarlas, pero es difícil porque de la ventisca van emergiendo ovejas desde todas direcciones. Me esfuerzo por contarlas bien, faltan algunas, quizá una docena. Debo tomar una decisión... Si me quedo aquí mucho más tiempo, el quad se quedará atascado por el camino y me encontraré con todo tipo de problemas. Puede que no consiga llegar a los demás rebaños. Y justo entonces aparecen distinguiéndose del blanco absoluto.

No me gusta nada esta nieve. El viento la está acumulando en pilas y ventisqueros muy rápidamente. Decido llevarme de allí a las ovejas y bajarlas para que estén más refugiadas. Pero tengo que darme prisa. Las empujo para moverlas por la nieve, pero ellas quieren darse la vuelta. Así que saco una bolsa de comida vacía de mi bolsillo e intento convencerlas de que me sigan. Si conseguimos bajar unos pocos cientos de metros por esta colina hasta otro campo, encontraremos refugio. Me caigo de espaldas y vuelvo a levantarme. Me abro paso con dificultad entre los montones crecientes de nieve y me alegra ver que las ovejas parecen comprender lo que quiero que hagan.

La mejor de mis ovejas me sigue por las huellas del camino aplastado que voy dejando. Ha criado para mí grandes hijos e hijas que han mejorado el rebaño. Es consciente todo el tiempo de su importancia. Cuando era una oveja joven nos acompañaba a las exhibiciones y después, durante años, cada vez que llevaba a alguien al campo a ver el rebaño, ella salía presumiendo, tiesa como una estatua. En verano guía a las demás por los caminos desde las zonas altas cruzando el arroyo. Lo salta y todo el rebaño la sigue atravesando el aire. Es cauta y astuta, sabe que las estoy conduciendo fuera del peligro.

Mando a Floss a que vaya detrás del resto y las ovejas nos siguen en fila india. Estoy sudando, pero tengo los dedos de las manos y los pies congelados. Después volveré a por el quad y lo conduciré por los campos barridos por el viento en otra dirección. Llegamos a una puerta que está cubierta de nieve hasta la altura de mi cintura. La cosa se pone cada vez peor a medida que el viento barre la nieve de hasta los lugares donde se deposita. Alcanzado este punto, las ovejas estarán más seguras, pero no puedo dejarlas aquí en el camino, así que me abro paso entre la nieve, que me llega casi hasta el pecho. Me pregunto si es una buena idea, pero la oveja vieja ya

está siguiéndome los pasos. Las demás la miran, dudando si hacer lo mismo. Pero entonces viene una de sus hijas y todas las demás se agrupan al principio de la pequeña zanja blanca que he creado. He atravesado el ventisquero y el suelo vuelve a subir hacia mis pies. Tropiezo con una piedra, pierdo el equilibrio y la oveja vieja me pasa por encima de las piernas seguida de otras ochenta. Todas ellas tienen ahora una misión. Caminan campo abajo hacia donde la nieve es menos profunda y donde yo también las sigo y les doy el heno. Suceda lo que suceda a partir de ahora, las ovejas podrán soportarlo. Aquí están a salvo, a resguardo de la ventisca. Floss viene y me lame la cara, sabe que hoy la necesito de verdad con este temporal.



Finalmente saco el quad de los campos nevados y me voy a casa. Tengo las manos entumecidas de frío. Voy directo al grifo de agua caliente. En la puerta de casa hay un pequeño montoncito de nieve que se ha apilado contra ella y que cae en el suelo de la cocina cuando entro. Los niños están contentos de no tener colegio y quieren ir a montar en trineo. Me ruegan que los lleve. Gruño.

Helen me regaña por ensuciarlo todo. Le cuento todo lo que ha pasado y me toma el pelo por mi amor hacia esa vieja oveja. La llama Reina del Rebaño. Y entonces se percata del frío que

tengo y empieza a preocuparse.

El invierno son mis dedos hinchados como los de un cerdo que laten bajo el grifo de agua caliente, descongelándose, mientras yo aúllo blasfemias inéditas debido al agudo dolor. Son mis ojos inyectados en sangre en el espejo mientras me saco de ellos las semillas de heno. Son los copos de nieve o granizo que me azotan la cara cuando conduzco el quad a través del viento, la nieve o la lluvia, y que se convierten en líneas perfectas de hipervelocidad como en aquellas escenas de *La guerra de las galaxias* cuando conectan el acelerador y las estrellas se funden. El invierno son los ríos de lluvia que corren por la nuca de mi padre delante de mí cuando vamos a recoger a una oveja que está enferma. Las ovejas intentando desesperadamente atrapar el heno en una tormenta antes de que el viento les robe sus raciones. Los corderos en el suelo, muertos, derrotados antes siquiera de haber empezado a vivir. El invierno son los árboles y los pajaros derribados por el viento, quebrados y destrozados.

El invierno es una putada.

Pero el invierno son también los días resplandecientes y puros despejados de nubes en los que todo parece estar en orden en el mundo: cuando los campos se secan, las ovejas están en paz, repletas de heno, descansando al sol, y podemos trabajar y a la vez disfrutar de la belleza del valle y su fauna silvestre. El invierno también es hermoso.

Hay detalles que lo hacen especial. Las bandadas de gansos que pasan sobre ti, volando alto contra el azul escarchado. Los cuervos que dan vueltas unos en torno a otros dejándose llevar por el viento, como una cinta negra que descendiera de las colinas. Los zorros que merodean por los campos helados con las primeras luces. Las liebres que te observan con sus enormes ojos oscuros y acuosos.

Al día siguiente vuelvo a buscar a las ovejas. Se han quedado enterradas detrás de un muro y están cubiertas por puñados de nieve que pesan y las hunden, pero por lo demás están bien. Aquí los ventisqueros son más pequeños que en las zonas más altas de las laderas de las montañas.

No perdimos ninguna oveja en la ventisca, pero durante las semanas siguientes sí lo hicimos más de lo normal. Estaban exhaustas y pagaron el precio semanas después, durante la época de cría. Algunos granjeros que conocemos tuvieron cientos de ovejas enterradas durante días y días, y perdieron animales por decenas. Nuestro vecino se pasó una semana limpiando el camino para poder llegar hasta sus ovejas con un tractor y una cargadora. En Gales, Irlanda y la Isla de Man la cosa fue aún mucho peor.

Una semana o dos después, encontraron los cadáveres de dieciocho ciervos hechos un montón congelado en el valle contiguo al nuestro. Habían bajado de las colinas para escapar de lo peor de la ventisca y refugiarse debajo de la Peña Gris. La nieve arrastrada por el viento formó una pila

sobre la pared bajo la que se habían refugiado, esta se desplomó sobre ellos y los sepultó. Debajo de sus cuerpos, la tierra estaba pelada por completo hasta la última brizna y cubierta de mierda. Murieron hambrientos, congelados y deshidratados. Al derretirse, la nieve los dejó al descubierto y los encontró un pastor amigo nuestro.

Estoy en el Museo Británico contemplando, al otro lado de la vitrina, una talla de un asta de reno nadador de al menos trece mil años de antigüedad. Estoy fascinado, me recuerda a los animales que tallan los pastores de aquí en los mangos de sus cayados. Esta talla la encontraron durante la construcción de una vía férrea en un acantilado rocoso de los Pirineos en la década de 1860. Me impresiona, porque deja claro que el «norte» siempre ha estado desplazándose. En tiempos se encontraba miles de kilómetros más al sur. Cuando se confeccionó esta talla, nuestros parajes estaban aún cubiertos de hielo. Esa bonita pequeña talla de un asta de reno me dice algo acerca de los pueblos que, durante los veranos, fueron viajando hacia el norte para pastar en tierras como la nuestra. Era una gente que tenía sentido de la gracia y de la belleza, y que probablemente se detuvo a examinar su entorno y observó cosas que les parecieron bellas. Era un pueblo que daba a los animales una enorme relevancia.

A medida que se fueron retirando los hielos, los cazadores-recolectores nómadas atravesaron nuestra tierra de tundra siguiendo las manadas de animales silvestres. Si fuera posible observar el noroeste europeo desde un sitio como la Estación Espacial Internacional, pongamos hace unos dieciséis mil años, y pasar a cámara rápida la historia de la Tierra, verías cómo se fueron separando los hielos en una especie de marea blanca que se movía un poco para adelante y para atrás, pero que paulatinamente se iba retirando de los lugares donde había dominado tercamente el paisaje, hacia el norte, e iba perdiendo terreno gradualmente a lo largo de generaciones. El «norte» se volvía lentamente hacia el Polo Norte. También apreciarías que, al encontrarse gran parte de los océanos atrapados debajo de las capas de hielo, el nivel del mar era mucho más bajo que hoy en día. Esta esquinita del noroeste europeo era tan solo una mínima parte de una masa de tierra mucho más grande.

Según te ibas desplazando hacia el sur, el paisaje cambiaba: de los profundos hielos glaciales pasaba a los parajes de tundra y estepa hasta llegar a los bosques más alejados de las zonas heladas. Con la retirada de los hielos emergió un nuevo tipo de tierra y empezaron a germinar cosas que no hubieran podido sobrevivir bajo el hielo y la nieve. Los árboles se extendieron hacia el norte gradual e imperceptiblemente, hasta que este llegó a convertirse en un paisaje cubierto de árboles que subían hasta al menos 600 metros de altura por las montañas. Y detrás del hielo en retirada llegaron los animales de la tundra y, después, los del bosque: las manadas de renos y lobos, y los osos. Durante varios miles de años después de la época glacial, el reducido

número de personas que habitaban este paraje no eran agricultores sino cazadores-recolectores. Después hubo un período (hace cuatro o cinco mil años) en el que en parte eran agricultores semiasentados y en parte seguían siendo cazadores-recolectores. Y, finalmente, tiene toda la pinta de que hace unos tres mil años se convirtieron ya en granjeros asentados, en una gente con la que puedo sentir cierta afinidad aunque sus vidas fueran totalmente diferentes de la mía. En los siglos que siguieron llegaron oleadas sucesivas de invasores, pero ninguna de ellas quebró este modo de vida. El sistema agropecuario que se desarrollaba aquí hace unos mil años resulta muy familiar, desde luego. Después cambia la escala, pero la estructura sigue siendo básicamente la misma. Y el paisaje actual es el mismo por el que merodeó Wordsworth.

Nadie puede afirmarlo con seguridad, pero existe la sospecha de que durante las oleadas «históricas» que forman la historia de Inglaterra, la gente de las colinas simplemente siguió haciendo su vida. En ocasiones me parece como si al derretirse los hielos y retirarse la marea del norte nos dejara aquí colocados en las colinas, como pequeñas islitas que sobresalen entre un mar invasor de «civilización» sureña.

Según me acercaba al campo, ya me di cuenta a casi 300 metros de distancia de que la oveja vieja estaba enferma. Se la veía distinta. La nieve de las ventiscas se derritió hace semanas y la oveja había estado sana todo este tiempo, pero ahora se la veía demacrada y tenía una oreja gacha. Aunque hice todo lo posible por salvarle la vida, empeoró con rapidez y murió de neumonía al cabo de pocos días. No la mató la nieve, sino el tiempo húmedo que vino después.

No somos un pueblo sentimental, pero compartimos nuestra vida con estas ovejas. Nos importan. Esa oveja había nacido en nuestras tierras hacía siete años. Desde que traje las herdwick he criado un rebaño que vive en nuestros *intakes*. Aunque las ovejas herdwick son predominantemente ovejas de las colinas, algunos rebaños viven en zonas que están por debajo de la altura de las colinas más altas. Algunos se dedican a producir carneros sementales que se destinan a la venta. Los campos cercados te permiten controlar la cría más estrechamente de lo que puedes hacerlo en las tierras altas de las colinas, donde se sueltan numerosos carneros y varios cientos de ovejas, y criar un rebaño más pequeño pero de mayor calidad. Durante los últimos diez años nos hemos dedicado a reservar algunos de los mejores corderos macho que han criado esas ovejas herdwick y a venderlos en otoño a otros granjeros. He ido subiendo de rango, he pasado de ser un aficionado que comete montones de errores a ser alguien a quien se toman un poco más en serio ahora que mi rebaño ha mejorado.

Esta oveja vieja significaba para mí una parte enorme de todo ese viaje, era la mejor que tenía. Me acuerdo de cuando nació, porque su madre también era mi oveja de exhibición. Nació bajo un árbol caído, a resguardo del viento y la lluvia. Fue hija única. Pasó todo su primer verano en

nuestra tierra más difícil, y era un lugar al que le encantaba regresar. El primer otoño fue elegida como una de las mejores hembras de su edad y decidimos conservarla cuando destinamos a la venta a algunas de sus compañeras como excedentes del rebaño. El primer invierno la enviamos a las tierras bajas, a pastar en una granja lechera con montones de hierba y se convirtió en una preciosa ovejita. La primavera siguiente regresó al lugar donde estaba asentada. Fue campeona en su clase en nuestra exhibición local y también lo fue el primer carnero que parió. Al año siguiente vendimos ese carnero por 2.000 libras a Joe Weir de Chapel Farm, en Borrowdale. Ahora hay ovejas que descienden de ella en otros valles. La última de sus hijas ha salido a ella. También es una presumida y le gusta dirigir al rebaño allá donde vaya cuando lo movemos. Asimismo posa erguida como una estatua cuando alguien la mira. Sueño con que dé buenas crías y la familia se perpetúe en mi rebaño. Estas pequeñas fantasías son las que mantienen esta forma de vida.

La vida y la muerte son parte del trabajo en una granja. Antiguamente todas las granjas tenían una «pila de cadáveres» o una «fosa de cadáveres» donde se echaban los cuerpos. Para deshacernos de los cadáveres teníamos que llamar a un matarife. Aparecía cigarrillo en ristre montado en un viejo carro, dejando tras de él el olor de la muerte por todo el campo. Solía preguntarme quién en su sano juicio elegiría ese trabajo. Pero alguien tenía que hacerlo.

Un día llevamos una oveja muerta al patio del matadero. Íbamos en el viejo Land Rover machacado de mi padre. En la radio sonaba «Atomic» de Blondie. Yo estaba acostumbrado a ver cosas muertas, pero nunca nada como aquello. Había pilas de vacas y ovejas hinchadas con la lengua fuera y los ojos saliéndoseles de las cuencas. Por todas partes moscas gordas y negras, charcos de bilis y sangre seca, estanques de pis. El olor producía arcadas y era tan fuerte que te seguía después hasta casa. Era como un inmenso paisaje de muerte animal de Damien Hirst.

Había un hombre sentado sobre el estómago hinchado de una enorme vaca blanca y negra, su bolsa para cebos descansaba también sobre el estómago del animal bajo una nube de moscas. Por las manos cubiertas de sangre se le paseaban enormes moscardones. Se estaba comiendo un sándwich de pan blanco, mantequilla y gruesas lonchas de jamón cocido. Y tenía una mueca cómica en la cara.

Arrojamos la oveja en una pequeña montaña de otros cadáveres y al marcharnos mi padre, habitualmente imperturbable, me dijo: «Dios, ¿has visto las manos de ese cabrón? Y está comiéndose un sándwich».

Cuando finalmente volví de Oxford a casa, mi familia y mis amigos se mostraron orgullosos de

que lo hubiera «hecho bien». Pero cada vez que lo decían yo no podía dejar de pensar que aún no había hecho nada. Estaba sin trabajo, tenía que devolver un crédito estudiantil y en nuestra granja no había sitio para que viviéramos Helen y yo. Tenía que haber estado preocupado, pero no lo estaba. Estaba exultante.

Al ver las colinas del Distrito de los Lagos alzarse ante nosotros, sentí que estaba en casa. Sentí que aquellas colinas me rodeaban como amigas. Lancé el puño al aire y grité: «¡Estoy en casa!».

Helen se rió de mí y me dijo que estaba loco.

Me había ido para demostrarme algo a mí mismo y también a otra gente. Pero no encontraba demasiada satisfacción en ello. Había perdido las ganas de seguir demostrándolo.

Las nubes grises pasan sobre mi cabeza. Estoy recogiendo piedras en medio de un enorme campo parduzco. Mi trabajo consiste en conducir una excavadora, pararme cada 30 metros o así y lanzar a la pala que lleva delante todas las piedras que haya levantado el arado. Estoy trabajando en la granja de mi primo, que pasa junto a mí conduciendo y me toma el pelo diciéndome que nunca ha tenido un esclavo tan bien instruido. Me río y le contesto que se vaya a la mierda. Le agradezco que me dé trabajo.

Un par de días después de volver de Oxford empezaron a llegarme un montón de ofertas bastante rápido. Reparar muros. Esquilar ovejas. Ordeñar vacas. Recoger cantos. Pero con ninguno de estos trabajos se gana suficiente dinero como para comprar una casa o como para conseguir una hipoteca para reconvertir el granero de la granja de mi abuelo. Sabía que necesitaba un «buen» trabajo profesional de oficina. Podía trabajar de nueve a cinco y dedicarle a la granja los días festivos y los fines de semana y además un par de horas todas las mañanas, algunos ratos a la hora de comer y las noches. Podía hacer un montón de labores a la semana y estar en el campo la mayor parte de los días. Esto implicaba andar cambiando del traje de oficina a la ropa de campo todo el rato, pero esperaba que en unos diez años fuéramos capaces de conseguir lo que queríamos: construir una alquería y seguir manteniendo la granja.

Desde la época de Oxford he trabajado en el campo con mi padre, pero me las he arreglado para compatibilizarlo con otra vida profesional para ganarme el sustento. Tuve una serie de empleos relacionados con el sistema económico de los lugares históricos y descubrí que el tema me fascinaba. Gracias a internet y a los teléfonos móviles podía trabajar a menudo desde casa y con horarios flexibles. Hoy soy «asesor experto» del Centro del Patrimonio Mundial de la UNESCO en París y colaboro con ellos como freelance para garantizar que el turismo beneficie a las

comunidades locales. Uno de mis amigos pastores dice que soy «un poco como James Bond», que voy a un montón de sitios raros y nadie sabe exactamente en qué ando.

A veces realizo mi otro trabajo mientras estoy en los corrales. Tener acceso a internet y un smartphone te permite estar literalmente en cualquier parte, incluso rodeado de ovejas, sin que nadie tenga por qué saberlo. Si un colega con el que esté hablando por teléfono me dice que le parece haber oído una oveja, yo le contesto que se lo debe de haber imaginado.

Es mi otro trabajo el que me ha permitido construir una alquería en nuestra granja.

Han pasado veinte años desde que mi abuelo murió y la granja se encontró en apuros.

Después de Oxford, Helen y yo terminamos viviendo en Carlisle durante un par de años, a unos 50 kilómetros de la granja hacia el norte. Todas las mañanas me despedía de Helen para ir a la granja o a trabajar a cualquier otro sitio para ganarnos el pan. A mi vuelta, ella me ponía encima a nuestro bebé recién nacido y me decía: «Te toca». En la casa de al lado vivía una pareja anciana adorable. El marido, Fargie, llamaba al agua del grifo «ayuntacola», porque cuando era pequeño no podían permitirse beber nada más y su madre bromeaba con ello.

Más tarde nos mudamos a una aldea no muy lejos de donde yo crecí en el valle de Eden. Mis amigos me tomaban el pelo diciéndome que estábamos moviéndonos muy despacito de vuelta a la granja, pero que a ese paso nos iba a llevar tres vidas.

A Helen le encantaba la casa donde vivíamos en la aldea de Newby. Dio a luz a nuestra segunda hija, Bea, en el baño de aquella casa y al día siguiente un viejo vecino nuestro vino a visitarnos y nos contó que era el primer bebé que nacía en la aldea, y no en el hospital local, desde que había nacido él hacía como setenta años. Helen no quería dejar el hogar que había construido allí. Temía que estuviéramos mudándonos a una granja en medio de ninguna parte, a un viejo granero en medio de un campo, para empezar de nuevo lejos de sus amigos y vecinos, y de la vida que se había cimentado. Pero volver a la granja había sido siempre mi sueño. Helen lo aceptó porque me quería y se mostraba leal con respecto a las cosas que yo sentía que debía hacer. Ella había nacido y crecido en el campo, pero, como suelen hacer las hijas sensatas de los granjeros, tuvo siempre un pie fuera de allí. Bromea afirmando que me costó diecinueve años persuadirla para que mostrara algún interés por las labores de la granja, pero ahora lleva a cabo muchas tareas y sabe más de lo que parece.

Al final fuimos capaces de convertir un granero que había en la granja en una casa y este es ahora nuestro hogar. Nuestros hijos van al colegio local. Hoy en día mi mundo entero está en esa granja. Mi familia. Mis ovejas. Mi hogar. Ni siquiera durante esos interminables días grises y

húmedos me arrepiento de estar allí... Lo cual es una suerte, porque nos caen un montón de ellos.

A veces me parece que vivo en el día de la marmota, sobre todo en invierno. Tras las subastas de otoño se instala la sensación de que los días y las noches se suceden iguales unos a otros durante todo el invierno que se extiende ante nosotros. El tiempo de lluvia y frío puede empezar incluso en octubre y quedarse casi hasta mayo, ocho meses enteros del año que dan sensación invernal. Muy pocas veces tenemos estaciones como en el sur de Inglaterra. A menudo la primavera y el otoño no son más que transiciones apresuradas, que no pueden realmente compararse en longitud ni espíritu al invierno. Solo durante el verano se relaja un poco el mundo.

Me levanto con el ruido del viento y la lluvia emprendiéndola contra la ventana. Desde la cama veo una sucia alfombra marrón hecha de brezo, barro y esqueletos de robles. El arroyo ruge en el barranco a lo lejos, saltando entre las piedras. Las colinas están ocultas por una boina de nubes sucia y borrosa. Ese primer momento en el que miro afuera ya me dice cómo va a ser mi día: si va a discurrir con cierta facilidad, ataviado con mis botas de caminar, o si voy a pasarlo batallando bajo capas de ropa térmica e impermeable.

Desde que abro los ojos empieza a correr un reloj en mi cabeza marcando las horas y diciéndome que la luz del día es escasa, que el rebaño no es tan afortunado como yo y ha tenido que soportar a la intemperie el tiempo que sea que la noche le haya echado encima. Alimentada por la culpa o la vergüenza, la voz me insta a que no la joda. Durante los meses de invierno la luz del día es limitada. Cuando el sol corona las colinas por el oeste sé que el cronómetro ha empezado a correr. Dispongo de un período restringido de tiempo para atender a mi rebaño de cría y acoplar en medio cualesquiera otras labores que deban realizarse. Los días buenos ni me doy cuenta. Los días malos el reloj resuena haciendo tictac con fuerza en mi cabeza. No hay opción. Algún animal puede morir porque tú no te molestaste en hacer algo.

No se disfruta mucho trabajando en los días del invierno en que te empapas. Para algunas personas es demasiado duro. Cuando la Fundación Nacional alquila nuestras granjas a gente que llega de nuevas a nuestro mundo (y que llega llena de entusiasmo por la vida en el campo) la cosa suele acabar mal. La voz que en su cabeza les da la orden de levantarse y ponerse en marcha no es lo bastante fuerte y tampoco a ellos les importan las ovejas ni la tierra lo suficiente como para que su entusiasmo inicial se mantenga una vez que las cosas se ponen, inevitablemente, difíciles. Todo se les desmorona y acaban marchándose. Esa voz en nuestra cabeza es lo que hace que el Distrito de los Lagos se mantenga en pie, la que vuelve a levantar los muros, la que drena los campos y la que mantiene a las ovejas atendidas y criadas. Muchas de estas cosas desafían la economía de lo racional. Algunos de nuestros amigos se pasan unos cincuenta días al año reconstruyendo los muros de sus tierras, cuando la solución moderna sería dejarlos caer y

vender la piedra. Todas estas cosas se hacen porque deben hacerse.

Me tomo el desayuno: cereales o gachas.

No existe el mal tiempo, solo la ropa inadecuada. Eso es lo que dicen. Yo no estoy del todo convencido, pero bueno, me pongo capa tras capa. Pantalones térmicos. Chalecos. Camisetas. Hasta que parezco una versión del paquete del juego infantil de «pasa el paquete». Forrado. Embalado. Calentito. Me sobreviene la certeza de que en este momento, a las seis de la mañana, es lo más seco y cálido que voy a estar en todo el día. Mantenerse seco es el mayor de los retos, y nuestra cocina es una aglomeración de chaquetas empapadas, monos, gorros y guantes. La habitación huele ligeramente a humedad y a oveja mojada. La ropa nunca está del todo seca. He tenido neumonía y a nadie le sorprendería si la vuelvo a pillar. Hubo una época en la que aquí la neumonía mataba a la gente en sus húmedas casitas. Destrozo las chaquetas buenas más rápido de lo que podemos comprarlas, enseguida terminan rasgadas, rotas, hechas jirones. Cuando estoy en el campo parezco un viejo. Me parezco a los granjeros que aparecen en las antiguas fotos en blanco y negro.

Mi trabajo es sencillo: recorrer los campos, alimentar y mover a los distintos rebaños de ovejas, y gestionar los asuntos que van surgiendo.

Primera regla del pastor: no se trata de ti, sino de las ovejas y la tierra.

Segunda regla: a veces no puedes ganar.

Tercera regla: cierra la boca y ponte a trabajar.

Cada diciembre hay un momento en el que la alimentación de las ovejas empieza a necesitar un suplemento de heno. Las ovejas pierden la forma a medida que la meteorología más dura se va cobrando despacio su peaje en el rebaño. Nos esforzamos enormemente por reducir los efectos negativos del clima y por tenerlas atendidas y alimentadas, pero hay muchos días en los que sé que, a pesar de todos mis empeños, las ovejas llegarán al final del día en peores condiciones de lo que lo empezaron: azotadas por la lluvia, cubiertas de nieve, metidas hasta las rodillas en el barro o resguardadas hurañamente detrás de un muro del azote del viento.

De niño ayudaba a mi abuelo a construir los pesebres de heno que levantaba en los prados a base de postes y alambradas. Yo sujetaba los postes mientras él los golpeaba para clavarlos en la tierra helada y crujiente. Cada vez que el martillo descendía dudabas cómo de acertado sería el golpe y muy pronto aprendías a sujetar el poste de modo que te permitiera retirar el brazo rápidamente si el abuelo apuntaba mal o se le resbalaba el martillo. Él se reía y me contaba la historia de dos hermanos que él conocía y que a menudo trabajaban poniendo vallas. Uno de ellos le machacó la mano al otro. Al tiempo que uno de los hermanos levantaba el martillo por encima de la cabeza, el otro estaba comprobando la firmeza del poste poniendo la mano encima

de él y agitándolo.

El abuelo desenrollaba el alambre de vallado («malla de cerdos» lo llamaba) y lo doblaba por la mitad creando una especie de envoltura tosca de alambre. Yo sostenía la envoltura contra los postes y él clavaba el alambre como a la altura del pecho. Cuando terminábamos, aquello parecía una red de pesca a medio hacer. Entonces abríamos por la mitad media docena de fardos de heno. Buen heno del verano. Era el mejor olor de nuestra granja, un aroma dulce y agradable. En la profundidad del invierno es como un rayo de luz del sol. El heno se abre en gruesas tajadas que dejan al descubierto las flores, hierbas y algarrobas prensadas que la embaladora metió dentro del fardo el mes de julio anterior. Cuando en invierno esparcimos el heno para las ovejas, la tierra queda sembrada de incontables semillas de hierbas silvestres: hierba triguera, hierba fina, cañuela de prados, cresta de gallo. Algunos granjeros alimentan a sus ovejas con generosidad, y otros ven en esta alimentación una forma de debilitar a las resistentes ovejas de montaña.

La verdad es que nosotros alimentamos bien a nuestras ovejas con heno e intentamos asegurarles en la medida de lo posible unas buenas condiciones para garantizar que producirán corderos sanos y fuertes. Hace una semana las ovejas habrían ignorado este heno porque aún tenían hierba fresca a su disposición, pero ahora se ponen en fila y empiezan a tironear puñados de heno del comedero que hemos construido. Embutimos los fardos gruesos como enciclopedias entre las dos capas de la envoltura de alambre, y lo hacemos así con todos los pesebres que salpican la ladera.

Durante los últimos diez años, mi padre y yo hemos depositado a mano cada mañana aproximadamente una tonelada o dos de heno por todas nuestras tierras, en cerca de una decena de estos comederos y artilugios similares que hacen que se mantenga accesible y tan seco como sea posible hasta que se lo coman las ovejas. En una mañana escarchada puede ser una actividad idílica, pero no disfrutamos de tantos días así. Normalmente las mañanas son húmedas y frías, y los ojos te escuecen a causa de las semillas de heno que se te meten sin cesar en ellos. Nos resbalamos y patinamos en el barro que se crea en torno al pesebre y terminamos rebozados en él. El viento amenaza con arrancar la parte superior de la alambrada, o te desencaja una puerta de las manos y la estampa estrepitosamente contra el muro. No hay luz suficiente como para llegar a hacer todo el trabajo del día. Cuando nos visitan amigos de la ciudad empiezo a tensarme cuando se ponen a tomar el té y a charlar a las tres de la tarde porque sé (y ellos no) que esa última hora de luz es de todo lo que dispongo para hacer otras tres tareas más que es imposible desarrollar en la oscuridad. Hasta cierto punto esto te convierte en un tío tenso e insoportable. Pero también reafirma el hecho de que, en los climas nortños, la electricidad liberó a la mayoría de la gente de la dependencia del ciclo solar. Como para nuestra tierra no existen interruptores, vivimos en función de la salida y la puesta del sol.

Los días como este el viento te atraviesa y te colma de una sensación de desesperanza. Son días en los que las ovejas se refugian amargamente detrás de los muros. Son los días cortos, oscuros y lúgubres del invierno en los que te limitas a resistir, días en los que apenas puedes ponerte en pie y no dejas de ser consciente de que el hombre es una cosita débil perdida en un universo hostil indiferente.

En pleno invierno vivimos durante semanas dentro de una nube gris, o al menos eso parece. Todo está mojado y se pudre lentamente de vuelta a la tierra. El musgo verde oscuro oculta a medias las piedras de los muros igual que la colcha que hay sobre las piernas enredadas de mis hijos cuando me marchó cada mañana. El liquen plateado intenta aferrarse al aire desde los mojoneros, las ramas y los postes de los cercados. Se dice que aquí crece el liquen porque el aire está limpio. Incorrupto. Y a veces puedes saborear la sal marina en el viento, aunque vivimos a una hora en coche del mar de Irlanda. La tierra se inunda. Los campos están cubiertos de agua, que burbujea en los desagües y mana sin control. A veces las colinas parecen más hechas de agua que de tierra. Aquí los hombres y las ovejas se agotan con rapidez. Vencemos al invierno simplemente porque resistimos aquí cuando estalla y nos recuperamos rápidamente los veranos. En ocasiones creo que el sentimiento de permanencia que tenemos tiene que ver directamente con cuántos días de mal tiempo hemos soportado: pertenecemos a este sitio porque el viento, la lluvia, el granizo, la nieve, el barro y las tormentas no han podido echarnos.

Para nosotros, la clave es nuestra resistencia al cambio. Durante toda mi vida mi padre se ha resistido a adoptar toda nueva tecnología que prometiera mejorar la vida de la gente. Quads, teléfonos móviles, tarjetas de crédito, ordenadores... Cada uno de ellos se ha encontrado al llegar con el escepticismo de mi padre y años de resistencia.

No mentiré diciendo que amo cada día del invierno, porque no es así. Pero me ayudan a seguir adelante la promesa del verano y algunos momentos de belleza que van más allá de la sangre y el sudor. Una explosión de agachadizas que salen raudas de entre unos juncos cuando nos acercamos; unas liebres que se nos quedan mirando y, de pronto, abandonan sus posturas estáticas en el último momento. La luz del día que va declinando con poco ánimo. Las bandadas de zorzales que vuelan hacia atrás con sus alas de plata resplandeciente, rodando en el viento en dirección a los espinos.

Los torrentes que bajan de las colinas y atraviesan nuestra tierra son pequeños y pueden saltarse fácilmente de una zancada. Caen por las laderas rocosas contoneándose entre las piedras. Al principio son poco más que un chorrito, pero en unos cientos de metros se convierten en blancas

cintas de espuma que nos conectan con el mar de Irlanda y el Atlántico.

Mi abuelo siempre aguardaba los aluviones de finales de noviembre y diciembre porque sabía lo que le traerían. Una colecta. Salmones. Truchas de mar. Cada día recorría los arroyos mientras pastoreaba a las ovejas y, a comienzos del invierno, de pronto un día volvía a casa excitado por haber visto un relámpago plateado, una estela musculosa cortando el agua corriente arriba. Los peces habían vuelto.

Se dice que los muchachos del lugar solían pescar furtivamente estos peces, que salían de noche en bandas blandiendo antorchas para iluminar el cauce del río y arpones de metal para enganchar a los peces, metidos en el agua fría del torrente hasta la cintura. Cuentan que era apasionante. Que la fuerza de los tirones de un salmón en el diente de tu anzuelo era algo que te hacía sentir vivo. Comentan que era un placer estar al aire libre de madrugada, con el temor de tener que enfrentarse a los alguaciles fluviales o salir huyendo, todo ello delante de las narices de los forasteros, que en cualquier momento podían mirar por la ventana, ver luces extrañas en la cuenca del valle y llamar a la policía. Aseguran que era divertido dar un grito para avisar a los compañeros de que habías enganchado a uno y lanzarlo luego a los juncos. Todo esto dicen, pero yo de eso no sé nada. La pesca furtiva es ilegal. La pesca a escala industrial ha vaciado de peces el mar, pero en ocasiones aún encontramos algunos peces arponeados tirados en la gravilla, olvidados, o distinguimos un relámpago plateado en las aguas poco profundas.

Una resplandeciente mañana azul y helada oímos a unos perros de caza ladrando por el oeste dando aviso de la presencia de un zorro. Yo estaba acompañando a mi abuelo a dar de comer a las ovejas. La partida de caza nos quedaba oculta a la vista por el contorno lleno de helechos de las colinas, unos 3 kilómetros más allá.

Vemos a menudo a perros de caza trajinando a nuestro alrededor o atravesando nuestras tierras. El estilo de las partidas de caza de las colinas no es el de chaquetas rojas de las de los *home counties*.^[10] Se trata simplemente de trabajadores que van a pie detrás de una jauría de astutos sabuesos de las colinas; estos siguen el rastro de unos zorros que suelen aventajarles en el terreno escabroso. Por las carreteras vecinas los siguen algunos aficionados con prismáticos. Con todos sus defectos y virtudes, una partida de caza en invierno es un espectáculo. Mi abuelo no era precisamente un activista por los derechos de los animales, pero como muchos de los hombres de aquí sentía un cierto respeto por los zorros o Reynard,^[11] como los llamaba con cierta pompa. Para nosotros, los zorros no son algo por lo que haya que sentir compasión, son unas criaturas duras y sagaces muy capaces de cuidar de sí mismas.

Era frecuente ver a los zorros dar esquinazo a los cazadores. El abuelo lo observaba todo con

una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro. Parecía estar a favor del desfavorecido, el zorro, excepto cuando durante la época de cría había perdido algún cordero y entonces que el zorro se llevase su merecido le parecía mejor que bien. Ahora un zorro cruzó su mirada con la nuestra desde la lejanía, en el extremo oriental de nuestras tierras, hacia donde los ladridos de los perros habían hecho desviarse a nuestros ojos, y veíamos unos pequeños puntitos rojos que reflejaban el sol. Subía por la ladera con esos andares ligeros que permiten a los zorros recorrer kilómetros de distancia sin demasiado esfuerzo aparente. El sol relumbraba en su pelaje, que parecía resplandecer de un naranja furioso. El zorro atravesó resuelto un agujero en los setos y pasó por debajo de las puertas, avanzando por la ladera de la colina que tan bien conocía hacia nosotros. Bastante atrás, a aproximadamente kilómetro y medio, los sabuesos aún subían la ladera. Ellos también reflejaban el sol y resplandecían de blanco como pequeñas piezas de porcelana que rodaban por la colina.

El zorro cruzó la carretera y entró en nuestro campo. Corría dando zancadas directamente hacia nosotros. Me acerqué a mi abuelo y sus dedos me aferraron el hombro con emoción. Su apretón decía: «Estate quieto y mira esto». El zorro había visto a las ovejas a las que estábamos alimentando y quería que su olor se perdiera entre el de ellas. Atravesó el rebaño como un rayo, a menos de 5 metros de donde estábamos nosotros. A las ovejas no parecía importunarles, pero se apartaban para dejarlo pasar. Se paró un segundo y nos miró. Después rodeó a las ovejas y se volvió para mirar a los perros, tres campos más allá, como si estuviera calculando el tiempo. Y entonces salió disparado ladera abajo por detrás de nosotros y se metió entre los juncos del cenagoso fondo del valle.

Los sabuesos estaban ya a tan solo un prado de distancia de nosotros y les hervía la sangre excitados por el olor. Pero no conocían el terreno tan bien como el zorro. No conocían los agujeros en las vallas ni los huecos bajo las puertas y se atropellaban o tenían que saltar. Perdían terreno cada vez que se detenían a buscar de nuevo el rastro. Se me iba a salir el corazón del pecho. El perro guía venía galopando por el campo hacia nosotros y las ovejas se desperdigaron y se marcharon al lado tranquilo del prado. Los demás perros saltaron el muro y lo siguieron. Veíamos al resto de la jauría que corría hacia nosotros varios campos por detrás. El perro guía nos echó una mirada suplicante y nosotros casi nos encogimos de hombros divertidos. Alzó su hocico en el aire, intentando separar el olor de las ovejas y el del zorro. Los perros que le seguían le alcanzaron y nos rodearon confundidos. Entonces uno de ellos detectó el olor del zorro en la acequia por la que había salido del campo. Empezó de nuevo la canción de los perros, y rodaron a través de y por encima de la valla, de camino al fondo del valle.

No alcanzaron al zorro. Nos quedamos allí de pie viéndolos intentar orientarse entre los confusos olores del cenagal. Aquella mañana vimos cinco zorros corriendo en direcciones distintas desde el fondo del valle. Los sabuesos parecían perplejos. Mi abuelo sonreía y decía:

«Estos malditos zorros, qué listos, están rodeando a los sabuesos».

Dos de las ovejas han caído exhaustas. Babeando, temblando, incapaces de ponerse en pie, están encorvadas patéticamente en un montón. Supe que se sentían mal en el momento en que fueron incapaces de correr hasta el comedero cuando fui a alimentar a su rebaño. Una de ellas tiene la cabeza inclinada hacia un lado y me da toda la impresión de que tiene listeria, una enfermedad que afecta al cerebro, golpea súbitamente y casi siempre termina con la muerte del animal, aunque la tratemos con antibióticos. Hace una semana perdí a una buena oveja por la listeria y esto tiene toda la pinta de ser más de lo mismo. Las recojo y me las llevo al granero. Las atiborro de medicamentos y me voy cabizbajo a tomar un café. Dejo a mi padre allí de pie en silencio, observándolas. Estoy de un humor de perros, porque son tres de mis hembras de mejor cría. Hay algo que no encaja, pero no llego a saber qué. Normalmente la listeria no tumba a las ovejas de este modo. Hay algo en estos casos que me parece que tiene que ver con el enfriamiento del clima. Pero estoy demasiado harto como para pensar con claridad. Media hora después mi padre me da su veredicto: «Esto no es listeria. Las ovejas tienen tetania. Les he puesto una inyección de calcio y ya están mejor».

Tenía razón. Siempre hay alguien que sabe de ovejas más que tú, y normalmente es alguien de más edad. La tetania es una enfermedad causada por una deficiencia de calcio. Pueden provocarla los cambios súbitos de tiempo o en el crecimiento del pasto. Es más común que se dé en las ovejas mayores cuando llegan las primeras hierbas. Aun así, estas ovejas jóvenes la padecen. La cura es sencilla. Les inyectas una gran cantidad de solución de calcio bajo la piel y vuelven a levantarse. El pronóstico es mucho mejor que para la listeria. A veces se levantan y salen andando en un momento. Una hora después estas dos aún se encuentran mal, pero ya se ve que el problema se está solucionando. Los buenos ganaderos pasan un montón de tiempo mirando, observando y pensando. Eso es lo que hacen cuando los ves allí de pie con pinta de no estar haciendo nada, mirando desde una puerta, al pasar por la carretera.

Mi padre lleva muy bien lo de mi doble vida. De hecho, me anima a tenerla. Si estamos faenando en los rediles hombro con hombro, trajinando atareados, de pronto se para, me mira y dice: «¿No tienes que hacer nada en el ordenador? Esto puedo hacerlo solo».

Que no se me malinterprete, para mi padre y para mí lo primero son las ovejas. Mi padre sabe que las ovejas son mi obsesión y que, si tuviera media oportunidad, no haría otra cosa que ocuparme de ellas. Pero también sabe que aquí hay que hacer algo más para ganarse la vida. Esa ha sido siempre la verdad.

Aunque es cierto que si nos es posible mantener nuestra granja y nuestra forma de vida es gracias al resto de las cosas a las que nos dedicamos, no lo es menos que para que esta granja sea lo que es hace falta el trabajo de mi padre, mi madre, mi mujer, mis hijos y toda la familia. Lo sensato es que cada uno de nosotros haga lo que más conviene. Así que si hay la más mínima sospecha de que yo podría estar trabajando en algo que vaya a traer más dinero a casa, entonces quedo desterrado para ocuparme de ello tan pronto como sea posible.

Antes detestaba esta tensión, esta sensación de que tiran de mí en dos direcciones a la vez. Iba en contra del sentimiento con el que crecí de que la granja debía ser siempre lo primero. Pero ahora ya me he acostumbrado a ello. En parte tiene que ver con que veo a muchas familias como la nuestra que buscan maneras de mantener un pie en el mundo moderno y otro pie en el pasado. Muchos de mis amigos pastores tienen campings o sitios de alojamiento y desayuno. A veces sus mujeres trabajan fuera de la granja para mantenerla, o son ellos mismos quienes lo hacen por temporadas. Así trabajan las familias minifundistas en Escocia y sobreviven las granjas en lugares como Noruega.

He estado en muchos sitios en los que las antiguas tradiciones han desaparecido y la gente lo lamenta. En los valles de Noruega están intentando fomentar que la gente recupere la dedicación a las labores agrarias en algunas zonas, porque sin ese trabajo el carácter de dichos lugares se transforma. La actividad agropecuaria no solo tiene efectos sobre el paisaje: sostiene la industria alimentaria local, fomenta el turismo y permite a las personas obtener ingresos en lugares que de otro modo quedarían abandonados. En algunas zonas remotas de Noruega, es difícil controlar los incendios forestales sin la existencia de las granjas que solían vigilar y dar la alarma. Pero sobre todo, cuando el sistema agrario tradicional desaparece, las comunidades se vuelven cada vez más dependientes de los productos alimentarios de manufactura industrial, que deben transportarse a grandes distancias con el coste medioambiental (y la desconexión cultural de la tierra) que supone. De este modo se pierden los saberes tradicionales que hicieron que esos lugares fueran habitables, para empezar, y los vuelven vulnerables de cara a un futuro que quizá difiera del presente. Ninguna persona que trabaje en estos parajes puede tener una visión romántica de la naturaleza.

Como casi todo el resto de mi vida, mi matrimonio con Helen ha seguido un curioso patrón a la antigua. Proviene exactamente del mismo entorno que yo, una familia de campo del valle de Eden. Su padre tenía un rebaño de vacas lecheras y otro de ovejas. Mucho antes de conocer a Helen le vendí ovejas a su padre y ya nos tuteábamos. Cuando aparecí por primera vez en su casa

ataviado con mis mejores galas para recoger a su hija, nos pasamos diez minutos discutiendo sobre los precios de las ovejas, para gran vergüenza y enojo de Helen.

Su padre es amigo de mi padre. Unos años antes mi padre había estado en su casa, se emborrachó después de una subasta de ovejas y terminó vomitando en el baño en un estado lamentable, lo que dejó una mancha en nuestra reputación ante mi futura suegra. Por lo que parece, costó convencerla un poco de que yo era un pretendiente adecuado. El abuelo de Helen había criado a algunos de los mejores caballos clydesdale del país. Había sido amigo de mi abuelo. La cosa sigue así remontándose hacia atrás durante generaciones. En sus historias familiares y en las mías aparecen los mismos personajes. Nuestras abuelas fueron amigas durante toda la vida, tanto es así que durante un tiempo dudamos de si nos habrían tendido una trampa. Cuando me presentaron por primera vez a su abuela Annie como «el novio de Helen», me contó que una vez había ido a un baile en la moto de mi tío abuelo Jack. Sonrió al recordarlo y no pude resistir la tentación de preguntarle si era de los que iba «deprisa». Soltó una risita pillando mi insinuación y me contestó: «Sí, en más de un sentido».

El tío Jack, o Peo, como se le conocía, era un personaje famoso en nuestra zona. A lo largo de su vida había sido granjero, entrenador de caballos de carreras, comerciante de huevos y Dios sabe qué más. Cuando mi padre era joven y acababa de aprobar el examen de conducir lo mandaban a que llevara a Jack en coche por ahí. Inevitablemente, el asunto terminaba en una sesión alcohólica en algún pub o granja a kilómetros de casa y mi padre acababa conduciendo a todos a sus casas por las granjas del lugar de madrugada. Jack siempre tenía en los bolsillos billetes del «dinero de los huevos» que cobraba en efectivo a los hoteles locales (así que el recaudador de impuestos nunca le pillaba). Se sacaba del bolsillo gruesos fajos de billetes como si fuera un mafioso siciliano, algo que a él le parecía lo más natural del mundo.

Una vez acompañó a mi padre a llevar caminando unos terneros hasta una subasta. Detrás de los terneros, por la carretera, venía un Mini nuevo conducido por un joven impaciente, probablemente de camino a su trabajo en el pueblo. El tipo iba pegándose a los terneros, poniéndolos nerviosos, revolucionando el motor y soltándoles una incesante retahíla sobre lo tarde que iba a llegar por su culpa. Jack le dijo que se tranquilizara, pero él siguió estresándose y diciéndoles lo lentos que iban y acercándose demasiado a los animales. Entonces uno de los terneros se giró de pronto y se tiró en plancha contra el capó, con lo que le dejó una abolladura del tamaño de una vaca en la carrocería. El joven salió del coche, lloriqueando y quejándose y llevándose las manos a la cabeza horrorizado por lo que le había pasado a su amado coche. Los hombres que iban conduciendo al ganado pensaron que se había llevado lo que se merecía y siguieron andando. Pero Jack se dio la vuelta, le dio un empujón al hombre para que se callara y

le preguntó cuánto costaba su coche. El chaval le dijo el precio. Entonces, sin ni siquiera regatearle, Jack le entregó el total en billetes nuevos de 50 libras sacados uno a uno de su fajo del dinero de los huevos, se los metió al tipo en el bolsillo superior, le dijo que aparcara lo que ahora era «su coche» en el área de descanso y que se fuera «a la mierda y dejara de dar el coñazo a la gente».

Cuando yo lo conocí era un anciano que se sentaba en la mesa de mi abuela y chupaba los caramelos que ella ponía allí para sus visitas semanales. Era famoso, entre otras cosas, por haber organizado y haber sido anfitrión de su propio «velatorio». Dicen que invitó a cientos de amigos a la madre de todas las fiestas en un hotel local, mucho antes de que tuviera cualquier tipo de enfermedad, y no digamos la sospecha de una muerte inminente, solo porque él suponía que su velatorio iba a ser divertidísimo y no quería perderselo. Unos años después, aún más sano que una manzana, organizó otro y volvió a invitar a todo el mundo. Si en Cumbria le mencionas su nombre a cualquiera de más de cincuenta años, verás que todo el mundo tiene su propia historieta sobre Jack Pearson.

Faltaba una semana para las Navidades y mi hija mayor tenía entre los brazos un cachorro de perro pastor. Ambas cosas no deberían haber estado conectadas, pero me temo que lo estarían enseguida. Si existiera un premio para el cachorro más mono del mundo, sin duda lo habría ganado este. Era una perrilla blanca y negra. Estábamos en un viejo granero propiedad de un buen amigo de la familia llamado Paul. Paul cría buenos perros pastores y de vez en cuando vende uno o dos de los que puede prescindir. Un buen perro pastor entrenado cuesta miles de libras, así que las buenas familias no se venden y hacerse con un cachorro de alguna de ellas es extremadamente difícil. Nos había llevado varios años tener la oportunidad de conseguir un cachorro de Paul. Adora a sus perros y está claro que odia verlos marchar con un dueño que puede «echarlos a perder». Que nos estuviera dejando elegir uno era un pequeño privilegio.

Supe que solo tendríamos una oportunidad. Si la liábamos entrenando a este cachorro no nos ofrecería ninguno más en el futuro. Mi hija estudiaba mi cara rastreando algún signo de debilidad. Su mirada me decía que estaba buscando un «sí». Paul aún no nos había dicho cuál iba a dejar que nos lleváramos, así que quizá suponía una decepción.

Pero Paul sabía lo que estaba haciendo cuando le dio el cachorro a mi hija. Sonrió y dijo que era la última perra que todavía no había reclamado nadie. Me alegré, pero mi hija tenía cara de querer meterse en el coche corriendo antes de que cambiara de opinión y retirara la oferta. Casi tuve que arrebatarle el cachorro cuando llegamos a casa. Quería meterlo en su cama y tuve que explicarle que un perro pastor no es una mascota.

Es fácil echar a perder un perro pastor. Lo sé porque yo lo hice cuando tenía doce años. Papá

me dejó quedarme con un bonito cachorro llamado Laddie. No sabía entrenarlo correctamente y me frustraba cuando el perro no hacía lo que yo quería. Le levantaba la voz y el perro se quedaba confundido o asustado. Era una mala combinación: un perro joven que necesitaba adiestramiento y yo, que no sabía lo suficiente como para guiarle. Los granjeros que saben entrenar a un perro o que disponen del tiempo necesario como para adiestrarlo bien son menos de los que imaginas, así que muchos perros solo hacen lo básico y nada más. Es difícil conseguir que un perro pastor trabaje bien y te entienda. Exige más paciencia, sabiduría y amabilidad de las que yo tenía. Y aún me parece todo un reto.

Durante los siguientes años, Laddie fue un perro útil en la granja y hubo momentos en los que hizo cosas buenas y que nos entendíamos mutuamente. Una vez escogimos de entre un rebaño de cien ovejas que estaba en un prado a las dos que necesitábamos para una exhibición, las separamos y las llevamos a casa caminando. Pero aquella fue una ocasión rara y yo siempre supe que Laddie no era tan bueno como podría haber sido. A veces se volvía corriendo a casa cuando yo me ponía furioso y le gritaba. Perdió su confianza en mí. Yo sabía de quién era la culpa. Comprendía perfectamente que le había decepcionado. En retrospectiva creo que si yo hubiera sabido un poco más, habría llegado a ser un buen perro. Pero la vida de un hombre es un eterno retorno y siempre puedes aprender y hacer las cosas mejor que en el pasado. Y estoy decidido a no volver a cometer los mismos errores. A la cachorrilla la llamamos Floss.

Floss aprendió deprisa. Intentaba tener con ella dos sesiones cortas de entrenamiento al día, empezando por enseñarle a tumbarse, a caminar a mi lado y a volver junto a mí sin correa. Después le fui enseñando a tratar a las ovejas. Al principio se mostraba insegura con ellas, pero cuando se le escapaban corriendo no podía resistirse, había algo dentro de ella que le hacía salir zumbando para adelantarlas y detenerlas hasta que yo llegara. Lo fuimos repitiendo una y otra vez en pequeñas tandas, haciendo que poco a poco ganara confianza, hasta que fue capaz de detener a media docena de ovejas cualquiera que fuera la dirección en la que yo las dejara escaparse. Después de poco más de diez días ya estaba trabajando como perra pastora. Construí un redil redondo para las ovejas y dejaba a Floss correr en círculos por fuera. La animaba con mis órdenes, de modo que cuando corría en la dirección de las agujas del reloj le gritaba: «Ven», y cuando lo hacía en el sentido contrario: «Fuera». Luego nos llevamos este ejercicio al campo y lo pilló enseguida. Entre nosotros había una conexión, nos entendíamos, pero podría romperse en cualquier momento. Al entrenar a un perro joven este entendimiento se rompe todo el rato —crac— y este se queda confundido, frustrado, perdido. El adiestramiento tiene que ver con dar con esa conexión, ese entendimiento, esa confianza y esa fe mutuos.

Algunos pastores son como magos del entrenamiento de los perros. Yo solo soy un aficionado,

así que llamé a Paul para hacerle algunas preguntas y él, con mucha paciencia, compartió conmigo lo que sabía. Empecé a pensar que me había vendido una perra fenomenal. Cuando no estaba trabajando, era tímida; como muchos perros pastores, no quería ser una mascota, estaba dedicada por entero al trabajo. Floss me hacía quedar bien, con enseñarle solo una vez cómo hacer las cosas ya lo aprendía. Se volvió más rápida, más fuerte, estaba más en forma. Escuchaba con atención. Quería averiguar qué quería yo que hiciera antes incluso de que lo necesitara. Se daba la vuelta antes de que empezara siquiera a murmurar una orden. Esto consiste en mucho más que dar órdenes y obedecer. Es más un entendimiento compartido, un pensamiento compartido. Como una extensión de mi cerebro y mis brazos.

Pero entonces Floss aún estaba verde y, se lo pidiera yo o no, hacía algunas cosas que ella creía que había que hacer, como detener a las ovejas cuando iban a cruzar una puerta por la que yo quería que pasaran. Lo único que hice fue dejar de levantar la voz y parecer enfadado. La llamaba para que viniera conmigo y le enseñaba lo que quería decir. Casi sonreía cuando venía junto a mí. Me sentía muy afortunado de tener una perra que sabía trabajar así.

Un día mi hermana y su marido vinieron a ayudar a mi padre con la granja. Cometieron un error de principiantes y subieron con el quad por todo un campo sin darse cuenta de que las bolsas de las raciones de un concentrado a base de mezcla de cereal usado como suplemento alimenticio que llevaban detrás se habían caído y se estaban desparramando por todo el campo, desperdiciadas. Cuando regresaron, sin percatarse siquiera de su error, mi padre explotó (mete aquí tus insultos preferidos). Mi cuñado, que es un hombre afable de modales suaves y no suele enfadarse, se puso furioso por el hecho de que le hablaran así y salió dando un portazo y llevándose a mi hermana. Al pasar a mi lado para meterse en el coche, mi cuñado se volvió y me dijo: «Tu padre es una puta bomba de relojería».

Al cabo de uno o dos días, la cosa, como la mayoría de las broncas familiares, se había calmado, pero mi padre se quedó con el sobrenombre de «bomba de relojería». Se ha convertido en su apodo familiar. Hasta a él le hace gracia. Ayudar a mi padre siempre ha sido un asunto peliagudo. Es muy fácil ponérselo en contra. Cuando yo estaba en la universidad, un fin de semana que volví a casa, al salir del coche él pasó por mi lado hecho una furia, maldiciendo y jurando en arameo, en medio de cualquier otra batalla perdida más. Estaba claro que no le hacía ninguna gracia verme. Yo no estaba de humor tras un montón de horas en la carretera, así que solo le grité, mientras se alejaba:

—¿Me largo con viento fresco y te dejo con lo que sea?

Y me contestó:

—Sí, lárgate.

Me metí derecho en el coche y me marché a otra parte. Algunas batallas es mejor evitarlas.

Papá solía ir al mercado de subasta local para comprarnos un pavo. Los días antes de Navidad, los pequeños mercados de subastas rurales funcionan como una cámara de compensación con todas las aves destinadas a la mesa que no se han vendido directamente a las granjas. A menudo en el último minuto hay sobreoferta y pueden conseguirse verdaderas gangas. En cuanto mi padre salía con el coche, nos mirábamos unos a otros con una sonrisa de complicidad, porque papá nunca se ha limitado a comprar un pavo. Con frecuencia las gangas son demasiado para él y no puede resistirse. Le encanta pujar por cosas y ver que alcanzan el «precio justo». A veces vuelve con el pavo a por el que se le envió, pero normalmente trae también un surtido de aves de corral y de caza suficiente como para montar un banquete medieval. Todo depende del «negocio» (los precios). Si el negocio está a la baja no podrá resistirse y volverá con el coche lleno.

Esa noche regresa tarde, radiante por su hazaña. Mi madre se acerca hasta el coche y vuelve moviendo la cabeza y preguntando qué demonios se supone que debe hacer con todos esos pájaros. Le pregunta qué es lo que se supone que cualquiera, en realidad, debería hacer con seis pavos, tres gansos y una perdiz, pero sin peral.^[12] Papá se encoge de hombros como si la cosa no fuera con él; nunca entiende por qué las mujeres son siempre tan negativas. Es carne buena y barata, dice, a mitad de precio de lo que ha pagado la mayoría de la gente por su cena de Navidad. Podemos congelarlo y comérmolo en enero. Mi madre le recuerda quejándose que el frigorífico está aún repleto de sus «gangas» del año pasado. Todos nos reímos y coincidimos en que dejar a papá ir a las subastas de pavos es mala idea. En julio seguimos zampando pavo frío con patatas fritas y le tomamos el pelo cuando dice que está «un poco seco». Nos burlamos y le decimos que el año que viene no le permitiremos ir a la subasta de pavos. Pero por supuesto lo hacemos.

Los ojos de mi hija pequeña están tan abiertos de excitación que parece que le van a explotar.

—Papá, despierta... que ya ha venido.

—¿Eh? ¿Quién?

—¡Papá Noel!

—¡No puede ser!

—Sí que es, papá, tengo un calcetín lleno de regalos.

El patrón que siguen nuestras Navidades es el mismo que cuando yo era niño. La tradición siempre ha marcado que los niños pueden abrir los regalos de sus calcetines cuando se levantan siempre que no sea demasiado temprano. Así que se apelonan en nuestra cama. Y de este modo, con un frenético torbellino de papeles rasgados, empieza la Navidad. Enseguida la cama está llena de papel de envolver arrugado, trocitos de cinta adhesiva y niños con las bocas llenas de caramelos. Una vez abiertos los regalos, salgo a dar de comer a las ovejas, Helen mete el pavo en el horno y los niños tienen que cruzarse de brazos, entretenerse con lo que haya en los calcetines y esperar a que yo vuelva. No les está permitido tocar los regalos importantes, que están debajo del árbol, hasta que las ovejas hayan comido y yo esté de vuelta y desayunado. No sé desde cuándo llevamos haciéndolo así en nuestra familia, pero la lección es simple. Lo primero son la granja y el ganado, y los hombres y mujeres que allí trabajan.

Durante las Navidades no dejamos de trabajar. Las ovejas necesitan estar alimentadas y cuidadas como cualquier otro día. Parece una lata, pero no lo es. Atender el rebaño y dar de comer al ganado es la cosa más natural que se puede hacer el día del cumpleaños de alguien que nació en un pesebre en una lejana tierra de pastores. La noche anterior vamos a misa y vemos a nuestros amigos y vecinos, y me gusta cantar esos villancicos que hablan de pastores y comer pastel de carne. Podemos facilitarnos algunas tareas dejándolas preparadas en Nochebuena, así que el día anterior es francamente frenético. Se rellenan los pesebres, se embala el pienso listo para la mañana, se limpian los corrales y se realiza una multitud de otras pequeñas tareas rutinarias para que no tengamos que llevarlas a cabo el día de Navidad. Así lo único que queda entonces son las labores básicas, alimentar a cada corral de ovejas y comprobar que están bien. Es agradable estar al aire libre haciendo algo bueno en la mañana de Navidad. Veo el reguero de coches que pasan por la húmeda carretera gris. Personas que se dirigen a visitar a sus parientes y a desenvolver regalos. Pasan mis vecinos de camino a ver a sus ovejas, que están en los prados en torno al lago y más allá, y me saludan con la mano. Llevan los fardos de heno y las bolsas de concentrado para la alimentación metidos en la parte trasera del coche. Una vez que las ovejas han comido, podemos sentarnos y disfrutar de un día entero de regalos y glotonería.

Igual que mi padre antes que yo, obligo a los niños a esperar un buen rato mientras atiendo a las ovejas. Cuando vuelvo a casa, me sirven rápidamente un huevo duro y una tostada y me ruegan que me dé prisa en comérmela. Ningún otro día del año le prestan ninguna atención a mi desayuno. El más pequeño, Isaac, viene a decirme que hay unos regalos encima del sofá del salón para él. Está desesperado por que vaya para allá y le dé permiso para abrirlos. Por fin me rindo y disfrutamos de la Navidad en familia. A Isaac le han traído un montón de libros sobre

animales de granja, ovejas de juguete para su granja y algunos juegos. Las ovejas de juguete son sus favoritas. Les «enseña» como si estuviera tratando de imitar a alguien a quien ha visto hacerlo de verdad. Parece un asunto serio. Me dice que ahora necesita un perro pastor, como Floss, y que entonces podrá ir a ayudarnos a mí y a su abuelo. Le revuelvo el pelo y le contesto que aún puede usar mi perro un poco más de tiempo y que quizá Floss tenga cachorros algún día. Y luego le comento que hay más cosas en el mundo que las ovejas y los perros pastores, pero Isaac mira para otro lado como si acabara de decir una imbecilidad.

Desenvolvemos los regalos, comemos chocolatinas, devoramos un pavo gigante con toda su guarnición. Vemos el discurso de Navidad de la reina y tarareamos con emoción el himno nacional. Y después saco a los niños a que les dé el aire, cosa que ninguno de ellos quiere pero les viene bien. Todos los días tienen que realizar alguna pequeña tarea y Navidad no es la excepción. Así aprenden a tener un sentido del deber y de la responsabilidad. El trabajo hace que la hora de la comida y los ratos que pasamos en familia el resto del día tengan más peso: nos los hemos ganado trabajando. Detestaría no trabajar en Navidad.

Mis hijos hace tiempo que han descubierto qué es lo que me hace tilín. Cuando mi hija mayor tenía cuatro años, un día me miró con severidad desde el otro lado de la mesa de la cocina y me dijo, con una sabiduría impropia de su edad: «Tu problema, papá, es que para ti no hay nada más que ovejas».

Mi padre tiene cáncer, pero de algún modo ha conseguido volver a casa desde el hospital de Newcastle por Navidad. Aunque está muy enfermo, insiste en retornar a la granja para la comida navideña. Está de un color verde ceniza y tiene que ir al baño cada pocos minutos. Pero come un poco. Las mujeres de la familia trajinan para que las Navidades sean Navidades. Los niños juegan en el suelo.

Papá se siente feliz y aliviado de estar de vuelta en casa, en su lugar en el mundo. Desde nuestra ventana puede ver la tierra de su granja, resistente, azotada por el viento, empapada por la lluvia, extendiéndose a nuestros pies en un extraño momento de sol invernal. Sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, lo absorben todo como si esa fuera la última vez que lo ve. «Cuida de que el nuevo carnero resista.»

Los carneros del pie de cría del rebaño están pastando al otro lado de la ladera de la colina y se ha fijado en el que se pavonea delante de unas ovejas encerradas en el redil al otro lado de una alambrada. No necesitamos decirnos muchas palabras. Ese carnero es parte de una historia del invierno pasado en la que ambos nos enamoramos de él y nos arriesgamos a comprarlo por un precio alto. Es el futuro de nuestro rebaño. Nuestra apuesta. Cuando mi padre empezó a dudar en la subasta, le di un codazo y le insistí para que lo comprara. Eso le encantó. Los hijos e hijas de

este carnero nacerán en abril y se venderán el otoño siguiente. Cuando compramos un carnero como ese estamos comprando ensoñaciones del futuro.

En nuestra mente vemos el siguiente ciclo de dos años en la vida de la granja. Cruzo la mirada con mi padre y sus ojos me dicen cuánto le gustan estas cosas, pero que quizá no llegue a verlas. También me confirman que sabe que todo esto continuará. Me doy la vuelta para llorar sin que me vea.

Estamos en enero y estoy sumergido en una marea gris de ovejas. Tienen la lana de mediados de invierno y el viento les golpea el lomo y les riza el vellón en pequeñas ondas. Las más viejas empujan las cabezas contra mis piernas en busca de la bolsa de arpillera con la comida, intentando alcanzar las raciones de concentrado alimenticio. Me tropiezo con ellas y busco un área limpia de campo donde alimentarlas. Durante unas pocas semanas hasta la época de cría en abril, aquellas ovejas que se ve que están preñadas con más de un cordero recibirán este concentrado alimenticio. Lo llevo en un zurrón, son como mazorcas, pequeñas varitas cilíndricas que voy dejando caer en una hilera en el suelo. La velocidad lo es todo; si no soy lo suficientemente rápido me encontraré tirado en el suelo con todo el alimento desparramado, asaltado sin miramientos por las ovejas. A medida que avanzan sus embarazos tenemos que estar muy vigilantes ante cualquier problema.

Las semanas que van desde Navidad hasta marzo son las más largas y las más difíciles del año. Todos los días termino el trabajo al oscurecer y las pequeñas motitas de luz anaranjada al otro lado del valle me confirman que mis vecinos también siguen trabajando. Aunque en los días malos no puedes ver el otro lado del valle y lo que me encuentro son olas de lluvia o nieve que pasan como a cámara lenta. En estas semanas duras, frías y húmedas es cuando las herdwicks alcanzan su máximo desarrollo. Hay pocas razas más que podrían sobrevivir aquí el invierno llevando corderos en las tripas. La preñez hace engordar a las ovejas cada semana que pasa. Necesitan nuestra ayuda. El vínculo entre pastor y rebaño se forma en estos meses crueles.

Cuando estaba en la universidad me perdí grandes períodos de un par de inviernos. Y me perdí también el sentimiento que trae la primavera, esa exaltación, porque no me lo había ganado a lo largo de los duros meses de invierno: ni el sol brillaba tan resplandeciente ni la hierba me parecía tan verde.

Puedo comprender por qué hubo un tiempo en que la gente adoraba al sol y tenía innumerables festivales para celebrar la llegada de la primavera y el final del invierno. Es precisamente la capacidad de resistir a todo lo que la naturaleza nos arroja, año tras año, lo que moldea nuestra

relación con este lugar. Estamos curtidos, como los fresnos de la montaña que crecen aquí. Se doblan con el viento que los maltrata, los quiebra, los retuerce. Pero sobreviven a todo ello y por eso pertenecen a este lugar. Lo que a nosotros nos hace ser lo que somos es ese mismo proceso.

Así que vives buscando esas pequeñas señales que te anuncian que lo has superado, ese momento en marzo o abril en el que los días empiezan a alargarse y, finalmente, a volverse más cálidos. Los campos reverdecen poco a poco y las ovejas pierden de pronto todo interés por el heno porque la hierba nueva empieza a crecer. La hierba lo es todo. Igual que los inuit distinguen distintos tipos de nieve, nosotros apreciamos mil tonos distintos de verde.

Esta es la forma que adopta el invierno al marcharse: la luz del sol se alarga un poquito más cada día, el calor aumenta, el azote del viento afloja, la hierba se vuelve más verde. Pero los cuervos que graznan sobre las colinas hablan de los cadáveres de ovejas exhaustas y los zorrales nos recuerdan al salir de los setos que el invierno sigue dominando aún en el norte profundo. Los zorros roban los topillos colgados de la alambrada donde los ha dejado el cazador de topos, lo que sugiere que el hambre aquí puede poner a prueba tanto a los hombres como a los animales. Los cuervos carroñeros aún señorean el valle, graznando desde los espinos y las copas de los árboles. Sabemos que el invierno puede apoderarse de nuevo de la tierra sin previo aviso.

Mi padre dice que aquí no puedes contar con que el invierno acabe hasta mayo. A veces creo que es muy pesimista, porque hay años en que a mediados de abril ya ha terminado. A finales del invierno las cosas empiezan a cambiar muy lentamente. Las bandadas de gansos pasan sobre nosotros, en ocasiones volando bajo y ruidosamente, otras muy alto, cerca de las nubes, y parecen la silenciosa cháchara de unos niños. Durante las primeras semanas del año nuevo despejamos de ovejas algunos de los prados para que estos puedan renovarse con la hierba de la primavera y estén listos para que las ovejas y los corderos vuelvan a pastar en ellos a comienzos de abril. Observamos con inquietud las pilas de balas grandes de heno, porque el montón va encogiéndose por días durante las semanas frías y nos parece que se va a terminar agotando. Mi abuelo solía coger las pequeñas briznas de heno en verano como si valieran una fortuna: «Esto llenará la panza de una oveja vieja en lo más profundo del invierno», decía. La mayoría de los años el heno llega a abril con muy poquitas existencias, pero entonces crece la hierba y maldices que te haya sobrado siquiera un poco.

En marzo tenemos que estar atentos a todo lo que pueda pasarles a las ovejas preñadas. En enero se les hacen ecografías para ver cuáles tienen un solo cordero (en líneas generales, estas ovejas pueden cuidarse solas con un poco de heno) y cuáles tienen dos o tres (estas necesitan más

ayuda, corren el riesgo de sufrir toxemia de la gestación o, simplemente, de terminar agotadas, y necesitan alimentarse con heno y concentrado). El examen se convierte en un frenesí de actividad, pues nuestro amigo encargado de hacer las ecografías cobra por oveja, así que, comprensiblemente, desea que el proceso sea eficiente. Tenemos que estar organizados. Mi amigo mira la borrosa pantalla gris con una mano metida bajo la tripa de la oveja y grita: «Único», «Gemelos», «Trillizos», o «Capada» (sin fecundar), y rápidamente se marca el lomo de la oveja con espray. Después se la devuelve con el rebaño que espera en el corral. Nuestras ovejas de montaña paren de media entre un cordero y cuarto y un cordero y medio por cabeza. Si son más podemos tener demasiados problemas, pues una oveja joven de las colinas se las apaña con un cordero, pero dos puede resultar algo excesivo para ella en esta tierra marginal. A los trillizos no queremos verlos ni en pintura, pues eso significa inevitablemente que tendremos corderitos que estarán en gran peligro cuando haga mal tiempo o que tendrán que ser separados de la madre al nacer para que esta tenga leche suficiente para criar a los demás. Nuestro sistema agrario no trata de maximizar la productividad, sino de producir aquello que este paraje permite de forma sostenible.

A las comunidades tradicionales les llevó miles de años aprender, por el método de ensayo y error, cómo vivir y trabajar el campo con las limitaciones de entornos difíciles como el nuestro. Olvidar estas lecciones o permitir que esos saberes quedaran en desuso sería una idiotez. En un futuro sin combustibles fósiles y en el que nos amenaza el cambio climático, es posible que vayamos a necesitar todos estos saberes de nuevo.

Mi otro trabajo me ha llevado a visitar parajes históricos por todo el mundo, entre ellos algunos que se están enfrentando a desafíos similares al nuestro. He conocido y he conversado con cientos de granjeros, he estado con ellos en sus campos y en sus casas, he hablado con ellos acerca de cómo ven el mundo y sobre por qué se dedican a lo que se dedican. He visto el mercado turístico cambiar a lo largo de los últimos diez años para darle más valor a la cultura de los sitios, he charlado con gente que está harta de cosas falsificadas y plastificadas y que desea tener una experiencia genuina de unos lugares y unas personas que hacen cosas distintas, creen en cosas distintas y comen cosas distintas. Compruebo lo aburridos que hemos llegado a estar de nosotros mismos en el mundo occidental moderno y admiro que las personas puedan luchar contra ello y dar forma a su futuro empleando su historia como una ventaja, no como una obligación. Todo ello me ha hecho creer con más fuerza en nuestra forma de vida y nuestro sistema agrario, y en los motivos por los que es importante que se mantenga en el Distrito de los Lagos.

Ahora, cuando miro al mundo y me pregunto si sobreviviremos en él, estoy lleno de esperanza

hacia el futuro. Hay gente joven que se mantiene vinculada a la forma de vida del campo. Percibo el orgullo en sus ojos y su recio amor norteno por este lugar y por nuestra cultura. Este modo de vida se mantiene porque la gente lo desea. Si no fuera así, ya habría muerto. Cambiará y se adaptará, tal como lo hemos hecho yo y otros tantos, haciendo malabares con vidas más modernas, pero lo que constituye su corazón permanecerá. Ahora estoy convencido de que sobreviviremos haciendo lo que hacemos. Y, como Wordsworth, creo que nuestro modo de vida representa algo que entraña un beneficio mayor que otras personas pueden disfrutar, experimentar y de lo que pueden aprender.

Para nuestra sociedad, en sentido amplio, la cuestión no está en si trabajamos el campo o no, sino en cómo lo hacemos. ¿Queremos que nuestro entorno esté moldeado enteramente por la producción alimentaria barata a escala industrial y que solo permanezcan algunos pequeños islotes de naturaleza silvestre desperdigados? ¿O valoramos, al menos en algunos lugares, el mantenimiento del entorno tradicional tal como lo han ido forjando las granjas familiares?

Hace poco estuve en el sur de China. Bajando un camino sinuoso por las empinadas laderas de un valle nos encontramos con una mujer que vendía souvenirs bajo una tienda de lona, a medio camino. Las cositas que tenía a la venta eran bonitas (aunque no de manufactura local): pequeños adornos con la forma de las aldeas que había ido a visitar. Me dedicó una sonrisa, pero había algo en esa sonrisa en lo que no confiaba del todo. Era una sonrisa de plástico, como de «Que pase un buen día». Le pedí a mi intérprete que le preguntara a la mujer si le gustaba vender aquellas cosas y ella contestó que sí, que le iba muy bien económicamente. Entonces intenté averiguar qué hacía su familia antes de dedicarse al turismo y me contestó que tenían patos y cerdos. Durante siglos habían criado patos para vender su carne y sus huevos, y habían engordado cerdos.

Le dije que en mi casa yo también criaba animales y sonrió, pero esta vez con una sonrisa sincera, abierta y amigable. La sonrisa se desvaneció en cuanto le pregunté si aún criaban patos y cerdos. No, esos días habían pasado. Alguien decidió que los patos y los cerdos eran demasiado jaleo y producían demasiada mierda, y a los turistas no les gusta que la mierda les ensucie los zapatos.

Como muchos de los lugares del mundo que tanto nos gustan, este se esfuerza por gestionar la difícil tensión entre el bienvenido dinero del turismo y su potencial para barrer del mapa todo aquello que, de entrada, era especial. Si haces subir por un escalón a la cantidad suficiente de gente, al final lo desgastarás por completo. Y de este modo alguien decidió que tener patos y cerdos es un trabajo de antaño y que vender souvenirs es el de hoy. Cuando le pregunté qué era mejor, el trabajo del campo o vender figuritas de recuerdo, me dijo que había más dinero en los souvenirs, pero que preferiría tener patos y cerdos, porque eso es lo que hacía de su familia y de esas aldeas lo que eran. Más tarde, mientras paseaba por las aldeas no pude dejar de admirar lo

limpias y bien conservadas que estaban. Pero miré mis limpísimos zapatos y sentí que aquello era, en cierto modo, un decorado.

Debería tener los zapatos sucios.

Primavera



Y aún todas estas impresiones, y otras mil más, suponen tan solo una memoria enteramente unilateral y superficial que ignora el significado que tiene la montaña para aquellos que durante años han vivido junto a ella.

NORMAN NICHOLSON, *The Lakers*, 1955

*No dejes que digan que el pasado ha muerto.
A nuestro alrededor y en nosotros está el pasado.
Perseguido por la memoria tribal, yo sé
que el pequeño ahora, este presente accidental
no es todo lo que soy, mi larga factura*

viene en gran parte del pasado

[...]

Que nadie me diga que el pasado se fue.

*El ahora es tan poco en el tiempo, tan pequeña
parte de los largos años que me han creado.*

OODGEROO NOONUCCAL,

«The Past», en *The Dawn is at Hand*, 1992^[13]

Sostengo respetuosamente que el trabajo, la labor y los usos y costumbres que han permanecido impertérritos durante siglos deben primar sobre el entretenimiento improductivo.

BEATRIX POTTER, conocida como señora Heelis,
en una carta a *The Times* de enero de 1912, en
la que protesta por la instalación de una fábrica
aeronáutica junto al lago Windermere

Mi segunda hija, Bea, ha venido a faenar conmigo en los campos y ha divisado a una oveja recostada contra un muro en un extremo del prado, tumbada de lado, con dolores. Está pariendo. Está pariendo una hembra, decidida a imitar a su hermana mayor, que parió otra hace dos días y anda pavoneándose por ello. Bea ha aparecido vestida con su ropa de trabajo cuando yo estaba saliendo de casa a primera hora y se ha subido conmigo en la moto quad. Le he dicho que hacía frío y que igual no veíamos a ninguna oveja de parto, pero ella parecía convencida de que no sería así y se ha venido de todas formas.

Cuando empiezo a vocear a las ovejas para que vengan a comer, veo tres pares de orejas redondas y enormes aparecer entre un mar de juncos. Los corzos conocen mi voz y saben que no soy una amenaza para ellos, así que todas las mañanas se quedan quietos mirándome, a no ser que me acerque a ellos. Bea y yo atravesamos el campo con el quad y los corzos salen dando saltitos a medio gas. Floss corre detrás de nosotros, nerviosa porque sabe que quizá sea necesario que sujete a esta oveja hasta que yo la haya cogido. Le digo: «Quieta», porque no quiero tener que salir corriendo del quad ni poner nerviosa a la oveja si puedo evitarlo. La oveja ignora totalmente nuestra llegada y en tres zancadas la cojo y la sujeto contra el suelo antes de que pueda resistirse. Está tumbada de lado. Con cada contracción levanta la cabeza y la deja caer contra el cuerpo. Puedo ver dos patas y un hocico que asoma, tal como debería ser, así que esto puede hacerlo mi hija.

Bea parece nerviosa, como si estuviera intentando ser valiente. Detesta que su hermana mayor haya hecho cosas y ella no, así que detrás de su sonrisa nerviosa se ve una determinación que dice que esto va a conseguirlo sea o no divertido. Es pequeña, solo tiene seis años, y el cordero que está de llegada, a juzgar por sus patas, viene por el lado grande. Pero Bea agarra una pezuña del cordero con cada mano y tira de ellas. La voy guiando durante el proceso. Le digo que le dé a la oveja un respiro entre los tirones. Puedo ver que está un poco insegura, no sabe si está haciéndolo bien, pero con cada contracción las patas salen un poquito más. Ahora pone sus manos en torno a las patas, a la altura de la primera juntura de las pezuñas. Entonces asoma el hocico. Bea quiere dejarlo y que siga yo, pero la tranquilizo, le digo que puede con ello y que si lo hace podrá volver a casa y decirles a su madre y a su hermana que lo ha logrado.

Entonces la sonrisa se tensa y empieza a tirar. Está cansada. Casi se rinde cuando el cordero resiste su presión al llegar a las caderas, pero sabe lo suficiente como para tirar de él un poquito más hacia fuera y sacarlo para que pueda empezar a respirar rápidamente. Lo deja caer delante de la madre, cuya lengua ya está puesta frenéticamente al servicio de su determinación de lamerlo para secarlo. Mi hija se ríe porque, cuando tiende al cordero a su lado, la oveja le lame las manos sanguinolentas. Bea se queda de pie sobre el cordero, que se contonea y se sacude para liberarse de la mucosa de la placenta, y su cara es una mezcla de orgullo y asombro. Brilla el sol, así que podemos dejar aquí a este cordero con su madre.

Entonces mi hija se acuerda de algo: «Tenemos que ir a desayunar, papá, y decirle a Molly que he ayudado a dar a luz a uno. Y que es más grande que el suyo».

Yo solía andar por los campos de parto detrás de mi padre, y de mi abuelo antes. Ahora mis hijos siguen a mi padre por toda la granja durante cualquier estación y aprenden de él. Viene todos los días a la granja y transmite a mis hijos sus valores y sus conocimientos exactamente igual que lo hizo mi abuelo conmigo. Mi hijo le adora. El círculo se cierra.

Pero durante esta temporada de cría mi padre no está aquí.

Está en el hospital de Newcastle, donde están intentando acabar con su cáncer mediante quimioterapia. No sé si lo conseguirán o no, pero cuando quieres a alguien tienes que confiar en que van a lograrlo.

Hubo un tiempo en que quise matarle, y ahora quiero que siga vivo más que ninguna otra cosa en el mundo. Ha vivido toda su vida según sus valores, ha llevado una vida modesta, dedicada al trabajo duro, que admiro. Pero ahora está en el hospital y yo no puedo hacer nada para ayudarle. Así que le mando por teléfono comentarios y fotos de sus mejores ovejas y sus corderos para que pueda vivir esta época aunque sea indirectamente a través de mí. Me tiene prohibido ir a visitarle porque quiere asegurarse de que la granja esté bien cuidada más de lo que desea recibir visitas.

Esta primavera me ocupo de los partos de las ovejas yo solo, pero no es lo mismo. A papá no podría importarle menos el dinero. Sería capaz de conducir 30 kilómetros sin pensárselo para echar una mano a cualquier amigo con su trabajo si creyera que este lo necesita. Puede que fuera mi abuelo quien comprara esta granja, pero ha sido mi padre quien la ha atendido. Se muestra estoico, pero sabemos que estar lejos de sus ovejas y de las faenas que hay que hacer le está matando. Hace poco empezó a recibir su pensión y alguien le llamó para preguntarle si iba a dejar de trabajar. Mi padre únicamente se rió, como si no fuera una pregunta seria.

En las semanas que siguen, mi padre se recupera. El cáncer está en remisión y papá casi ha recuperado todas sus fuerzas. Nos atrevemos a tener esperanzas de que el cáncer haya desaparecido.

Estoy de los nervios. No consigo calmarme. Aún falta una semana para la fecha en la que se supone que tienen que empezar a llegar los corderos, pero yo ya estoy preparado. Inquieto. Voy a ver a las ovejas más veces de lo necesario porque estoy excitado. Helen me dice que soy bobo, que dentro de un mes voy a estar agotado y que el trabajo va a empezar pronto, que debería reservar mi energía para cuando los corderos lleguen de verdad. Sé que tiene razón, pero aun así voy. Hay muchas cosas que pueden salir mal en la semana o las dos semanas previas a los partos. Las ovejas pueden sufrir varias enfermedades debidas al esfuerzo del embarazo, como la toxemia de la gestación. Han sobrevivido al invierno, pero ahora están agotadas y en un estado avanzado de preñez. Hay incontables detalles por los que debería preocuparme y todos ellos me corroen.

Empezamos con los partos a principios de abril. En teoría, este es el momento en el que aquí el invierno se convierte en primavera, pero a veces el invierno no está al tanto de nuestros planes y el tiempo sigue siendo espantoso hasta bien entrada la época de cría. Nieve. Lluvia. Granizo. Viento. Barro. Hace varios días que bajamos a las ovejas hasta los prados de cría de la cuenca del valle. Estos prados deberían tener algo de hierba, pues los dejamos despejados de corderos el año pasado, una vez que, ya engordados, los vendimos a los carniceros en febrero y marzo. Pero no hay mucho pasto, así que rezamos para que llegue algo de tiempo cálido, rezamos para que llegue la primavera.

Doy de comer a las ovejas formando largas hileras de ellas en las laderas. Crean una fila detrás de mí con las cabezas agachadas, como si fuera una bufanda gigante. Recorro los dos lados de la fila inspeccionando sus traseros por si hubiera signos. Una de las ovejas tiene sangre en su cola lanosa, pero no está de parto. Ha tenido un aborto. Se me encoge el corazón. En la temporada de cría, tras nuestra excitación siempre hay cierto temor escondido, el miedo a que cualquier cosa

pueda ir mal. Estamos en la naturaleza, no en una bonita película. Llamo al veterinario. Me comenta que se están dando un montón de embarazos fallidos, probablemente se trate de un virus. Malas noticias: no hay mucho que yo pueda hacer. El virus se lo habrán contagiado unas a otras hace semanas, al comienzo de la preñez, sin que hubiera signos visibles de ello. Quizá lo hayan cogido todas o quizá solo unas pocas. Las que lo tengan abortarán una semana antes de la fecha del parto. Pongo inyecciones de antibióticos a todas las ovejas para ayudarlas a superar la enfermedad. El veterinario no está seguro de si funcionará o no, y cualquier cosa que se les haga a las ovejas en un estado de preñez tan avanzado puede suponerles estrés y originar nuevos problemas, pero es la única arma que tengo y siempre intentamos hacer lo que sea mejor para el rebaño. La semana siguiente abortan media docena de ovejas. Algunos de los corderos respiran por poco tiempo y se mueren. Por las mañanas me levanto sintiéndome malísimo.

Lo que me amarga no es tanto la pérdida de estos seis corderos, aunque sea desagradable, sino el miedo apremiante a que la situación pueda ir a más. Aunque afortunadamente no ocurre. Con cada día que pasa, el miedo a que todo el rebaño vaya a tener corderos muertos se disipa y desaparece tan rápido como empezó. Hemos superado esto. Empieza a parecer un contratiempo menor. A medida que vamos descubriendo los abortos, voy desollando a los corderos muertos tal como lo ha hecho siempre la gente aquí. Hago un tajo alrededor del pescuezo y de las patas y les arranco la piel, dejando la cabeza y las piernas negras y el resto del cuerpo desnudo. No es un trabajo muy agradable, pero hacerlo limpiamente requiere cierta pericia. De manera ideal, la piel del cordero muerto sirve como una especie de chaqueta que puede ponerse encima de un cordero vivo que no tenga madre. En el campo aprendes muy pronto a dejar atrás tus remilgos. Mis hijos miran mientras hago todo esto, y se lo permito, porque es la cruda realidad.

Cuando yo era niño había sangre por todas partes. Los partos de las ovejas, las manos sangrientas, animales con los cuernos cortados, como zombis, con la sangre saliéndoles a chorros mientras corrían por el corral antes de que se los soltara en los campos por primavera. Cesáreas de vacas, hombres con los brazos llenos de vísceras y sangre que vuelven a meterlo todo dentro de la vaca y la cosen. Una noche ayudamos a una vaca a parir un ternero y el veterinario dijo: «A esta sangre le pasa algo raro... Dios, esta vaca es hemofílica». Se desangró hasta morir a pesar de todos nuestros esfuerzos por detener la hemorragia, pero salvamos al ternero. Las manos de mi padre tenían siempre rasguños, estaban llenas de arañazos y rozaduras, agrietadas por los eccemas o la sangre seca. No se preocupaba por ello y llamaba a la piel «corteza».

—Papá, te has cortado.

—Ah, no es nada, se me ha caído un poco de corteza.

La sangre nos parece algo normal siempre que en algún momento deje de manar y a la piel le salga costra y la herida sane. En las comunidades tradicionales, la sangre es parte de la vida diaria, algo con lo que incluso los niños están familiarizados. Las familias asiáticas a menudo

siguen matando a sus cabras en la entrada de la casa delante de toda la familia. La sensibilidad de la clase media inglesa dicta que esto es de mal gusto. Pero yo crecí con la sangre, me parece bien la sangre.

Prefiero que mis hijos vean sangre y sepan que es real a que tengan una relación infantiloides con el campo y con la comida: todo empaquetado en plástico y todo el mundo haciendo como que aquello nunca ha estado vivo.

Aquí todas las cosas y todo el mundo terminan en algún momento cubiertos de mierda y de mucosidades. Es parte de la vida en una granja. Aprendes a aceptar que a veces acabarás salpicado de mierda o de babas o de placenta o de mocos. Que olerás como tus animales. Siempre puedes saber cómo de ajeno a nuestro mundo es alguien por el nivel de terror que le produce el estiércol.

Las ovejas de una amiga que vive en la granja que está al otro lado de la colina paren quince días antes que las nuestras y tiene algunos corderos sin madre, así que voy seis veces a recogerle algún cordero. Los corderos huérfanos se comparten de esta forma de modo que todo el mundo termine sacando el mejor partido de las ovejas que tienen leche y de los corderos. Ninguno queremos criar un cordero «doméstico» con biberón. Al final no se crían tan bien. Los corderos huérfanos son de distinta raza que los que se me han muerto, pero no importa. A esta edad las madres los juzgan básicamente por su olor.

Cuando llego a casa cojo al cordero entre las manos. La piel del cordero muerto constituye un chaleco bien ajustado, las patas del cordero huérfano sobresalen a través de los agujeros de las patas y su cabeza por el del pescuezo. Con la cabeza y las patas ajustadas, el pellejo no puede caerse. Meto al cordero en un corral pequeño con la oveja doliente y contengo la respiración con la esperanza de que acepte amamantarlo. La oveja ve al cordero con el pellejo falso y lo mira suspicaz. Lo olisquea y se queda confusa. Huele igual que el cordero que tenía hace muy poquito. Da vueltas unas cuantas veces por el corral cuando el cordero se le acerca hambriento. No está convencida de que sea suyo. Le da un topetazo o dos con la cabeza para derribarlo, mientras intenta conciliar el conflictivo impulso de amamantar a algo que huele correctamente con la sospecha de que yo he tenido algo que ver en esta situación. Y quizá sepa que su cordero está muerto.

Pero estos viejos trucos de pastores funcionan y las seis ovejas se encariñan con los corderos huérfanos. Algunas tardan menos de cinco minutos, un par de ellas medio día, pero en cuestión de dos días todas están de vuelta en los campos con un cordero.

Los han criado bien. Los veo todas las mañanas cuando voy a atender los distintos rebaños y sonrío. Meses después, aún le debo a mi vecina esos corderos huérfanos, pero tenemos una

especie de libro de contabilidad no escrito y ya nos devolveremos el favor otro año. Todos los días, de camino a ver a sus ovejas preñadas, pasa por los campos donde tengo yo a las ovejas que están criando. Si observara algo de lo que yo debiera estar al tanto, me daría una voz al pasar por mi casa para que fuera a resolverlo. Y yo haría lo mismo por ella.

Una de mis mejores ovejas está pariendo. Lleva pariendo cerca de dos horas y no he podido acercarme hasta ahora a ayudarla. Está en un buen sitio y la lluvia ha parado. No me atrevo a dejarla más tiempo, así que, a un gesto de mi mano, Floss va corriendo hacia ella y yo la agarro por el pescuezo con el cayado. Meto la mano por debajo y tiro de su pata para que se deje caer suavemente de costado. Tanteo por debajo de la cola lanuda buscando las piernas del cordero. Un momento después de agarrar al cordero, tengo un brazo sanguinolento metido profundamente dentro de ella. Nunca sabes lo que te vas a encontrar. A veces lo que hay dentro es una masa de miembros retorcidos y liados. Si solo hay una pata, significa que la otra se ha quedado atrás y que tendré que adentrarme, cogerla y colocarla hacia delante para que el parto salga bien. Si no hay patas sino una cabeza, el cordero puede quedar atascado y morir al salir, por lo que hay que volver a empujarlo hacia dentro y colocarle las patas por delante de la cabeza, como deberían estar, como un clavadista. Tengo que adivinar qué extremidades son de quién simplemente al tacto, metiendo el brazo. La oveja se queda tumbada y levanta de vez en cuando la cabeza con las contracciones; la mano que me queda libre la sujeta con firmeza y le oprimo la pata contra el suelo con la pierna como un luchador. Cuando encuentro la combinación adecuada de patas, sujeto la primera juntura entre mis nudillos y empiezo a tirar. En el momento en que mi puño vuelve a asomar tengo dos patas de cordero entre mis dedos, seguidas, después de una presión constante, por la cabeza. Asoma el hocico, arrugado por la presión, y después sale entero. Luego aparece la cabeza. Mantengo la presión a medida que el cuerpo se desliza hacia fuera, y esta cede cuando por fin el cuerpo entero sale entre borbotones de placenta y queda hecho un montoncillo arrugado en la hierba.

Los corderos nacen con una tos, un borboteo y una agitación de cabeza. Durante un par de segundos no respiran, así que les hago cosquillas en el hocico con una pajita o una brizna de hierba. Entonces se agitan, empiezan a toser y cobran vida. La lengua de la oveja lame instintivamente los corderos para secarlos. Les doy la vuelta y veo que son dos borregas. Son el futuro del rebaño, vivirán en las colinas durante gran parte de sus vidas. De pronto me descubro hablándole a la oveja, le cuento que lo ha hecho bien. Las acaricia con el hocico hasta que se ponen en pie. Entonces, en pocos minutos, sobre unas patas que son como cerillas, avanzan trastabillando hacia las mamas. El instinto les dice que su oportunidad de sobrevivir depende de que sepan engancharse y mamar.

A menudo la línea entre la vida y la muerte es fina como el papel. Es fundamental que ingieran suficiente cantidad del calostro cremoso y amarillento que contiene los anticuerpos y los nutrientes que necesitan durante las primeras horas. Es algo mágico y dorado, y la mitad de nuestro trabajo consiste en asegurarnos de que los nuevos corderos se ponen en pie y toman su ración. Rara vez tendrás que atender a un cordero herdwick sano en su segundo o tercer día de vida si su madre tiene leche suficiente, pero algunas de las swaledale necesitan un poquito de ayuda. Cuando desuellas un cordero herdwick, puedes ver por qué están tan bien adaptados a esta tierra y a su dura meteorología. Al nacer, el vellón tiene casi un centímetro y medio, con una piel dura como el cuero por el interior y una alfombra nervuda resistente al clima por el exterior. Nacen preparados, literalmente, para vivir una tormenta de nieve o un día lluvioso.

Hace unos pocos años probamos a un carnero semental de una raza moderna procedente de tierras bajas, un tipo francés llamado charollais. Cuando las ovejas parieron estaba nevando. A los dos días, los corderos herdwick estaban echándose carreras y dando saltitos en la ventisca como si fuera un día soleado. Los corderos franceses de la misma edad estaban encogidos tiritando detrás de los muros, y tuvimos que meterlos dentro del granero para mantenerlos con vida. Entonces juré que nuestra granja se mantendría fiel a las razas nativas.

Me encanta la época de cría. Durante las largas semanas húmedas y ventosas del invierno, a veces fantaseo con escapar del tedio fangoso, pero no me gustaría perdermelo como le está ocurriendo ahora a mi padre. Cada minuto de tu tiempo cuenta. Me ha encantado siempre, desde que iba detrás de mi abuelo por los corrales ayudándole a alimentar con balas pequeñas de heno a las ovejas así como a los corderos domésticos, de los que a veces me daba alguno para que lo criara como hacen ahora mis hijas. Mi abuelo iba de un lado a otro incesantemente, desde que asomaban las primeras luces hasta que oscurecía e incluso más tarde, y llegaba un momento en que yo no podía ya seguirle el ritmo y me mandaban a la cama. Él inspeccionaba a las ovejas y los corderos otra vez por si hubiera emergencias o problemas.

Siempre me maravilla lo tiernos que se muestran algunos hombres en esta época del año, el modo en que los ves arrodillarse en el barro o en la paja de los rediles, metiendo delicadamente una sonda estomacal por la garganta de una oveja enferma, por encima de su pequeña lengua rosa. Te das cuenta de cuánto se preocupan. Mi padre se quedaba destrozado cada vez que perdía un cordero, lo llevaba encima como una nube negra hasta que hubiese vuelto a ponerlo todo en su sitio ayudando a otros.

La llegada de los corderos es como una campana de Gauss. Empieza como un goteo en el que

nacen uno o dos cada día, alcanza su pico quince días o tres semanas después en un frenesí desenfrenado de docenas de crías, y se va desinflando en una larga ristra de partos individuales durante las siguientes tres semanas, hasta que finalmente decidimos que ya está bien y dejamos que las últimas pocas ovejas que quedan paran en la hierba primaveral al sol sin supervisión habitual.

En la época de cría llevamos una especie de ritmo diario frenético. Vivimos subidos a un tiovivo de responsabilidades dictadas por la necesidad de ir a ver a las ovejas que van a parir a intervalos regulares, cada hora o cada par de horas. Cuando me levanto sé que voy a estar trabajando muchas horas. Pero es imposible predecir qué va a ocurrir una mañana dada. A veces recorro la granja a toda prisa y no veo ni un cordero nuevo. Otras veces veo algunos que están sanos y bien atendidos por su madre y que no necesitan mi ayuda. Puede que el sol esté brillando y todo esté en orden en el mundo. O, francamente, el día puede ser un completo desastre en el que la mierda se estrella con gran puntería contra el ventilador.

Empiezo la jornada antes de que salga el sol faenando en el granero, un edificio moderno de estructura metálica, y a menudo resolviendo aún algunos problemas pendientes del día anterior y completando labores rutinarias como dar de comer a los perros. El granero es a la vez sala de maternidad y centro geriátrico e infantil, todo en uno. Como hay luz eléctrica puedo empezar a trabajar allí antes de que amanezca. Todo lo que hay en el granero tiene algún «problema» y necesita de la supervisión minuciosa del refugio que este ofrece.

En cuanto entro y enciendo la luz, las ovejas de los corrales empiezan a pedir el desayuno. Me apresuro trajinando entre ellas con una bolsa de arpillera con su comida para que se calmen y poder priorizar los problemas. Pronto veo cuáles son los casos más urgentes. Una oveja joven ha atacado a su propio cordero, que nació anoche. Está cojo, probablemente le ha roto la pata. La oveja está confundida, puede que luego se tranquilice o es posible que no vuelva a amamantarlo nunca, a pesar de mis empeños. La maldigo por ser tan estúpidamente tonta y cruel. Intenta saltar la valla del corral y la vuelvo a meter en él sin miramientos. Hay que entablillarle la pata al cordero. Podría coger el camión y conducir media hora hasta el veterinario local, pero en ese caso estaría fuera demasiado tiempo, y el cordero no vale tanto. Lo que me cobrará el veterinario es varias veces lo que vale el cordero.

Así que hago lo que haría el veterinario: le he visto muchas veces. Fabrico una tablilla con relleno en el interior y algunas tiras de plástico para que soporte el peso. Es un trabajo respetable y ha funcionado en otras ocasiones. Inmovilizo la cabeza de la oveja en una trampa (como un cepo medieval), lo que dará al cordero la oportunidad de robarle leche durante unos pocos días hasta que quizá ella empiece a amamantarlo otra vez. La oveja se pone de muy mal humor y casi

asfixia al cordero, que, al mismo tiempo, está demostrando una completa falta de sentido común poniéndose a mamar por el lado que no es y chupando un trozo sucio de madera en vez de una tetilla. La maldigo otra vez. La temporada de cría pone verdaderamente a prueba el alcance de tu paciencia y tu bondad.

El tiempo durante el que un cordero recién nacido puede mantenerse caliente y con vida varía enormemente en función del tiempo meteorológico y de cómo de buena sea su madre. Si tiene una mala madre y hace una mañana lluviosa o de nieve, puede «hambrear», que es como decimos nosotros «congelarse», en minutos. Sin embargo, con una buena madre en un día soleado puede estar bien durante dos o tres horas. Mis niveles de estrés suben y bajan en función de ese período de supervivencia.

Las ovejas de montaña como las nuestras están más sanas y cómodas pariendo al aire libre, pero eso significa que tengo un montón de terreno que cubrir en los prados del fondo del valle todos los días. Muchas de nuestras ovejas paren en las primeras dos o tres horas del día, así que tengo que llegar a verlas a todas tan pronto como pueda después del amanecer. Por las noches cargo el quad y el remolque con comida, lo dejo todo preparado para la mañana. Cada minuto de retraso en llegar hasta las ovejas preñadas eleva las posibilidades de que ocurra un desastre.

Un cordero que está en el corral contiguo y que traje anoche porque se había quedado separado de su madre en el campo y tenía frío ha empezado a mostrar signos de una enfermedad llamada «boca acuosa» y necesita tratamiento. Los corderos que cogen esto empiezan a babear por un lado de la boca y pueden llegar a morir en una hora o dos. Busco las pastillas de antibiótico grises y rojas con las que los tratamos y le meto dos en su pequeña lengua con mi dedo índice. El cordero se atraganta y las expulsa de nuevo entre babas y yo revuelvo entre la paja soltando imprecaciones hasta que las encuentro. Esta vez se las empujo por encima de la lengua y se las traga. Más allá, al fondo del granero, una oveja vieja que acerqué hace días porque parecía estar exhausta está pariendo y no tiene fuerzas suficientes para empujar a la cría. Después de batallar consigo sacarle dos corderos muertos y la oveja parece tan enferma que quizá se muera. Le pongo una inyección de antibiótico, pero me temo lo peor. En una mañana como esta no hay romanticismo. Y ni siquiera he llegado a los campos ni he visto a la mayor parte de las ovejas.

El sol empieza a asomar sobre la cima de la colina.

Para cuando llego al primero de los campos donde están las ovejas que van a parir ya estoy empapado. Echo una mirada al prado e inmediatamente sé que se ha desatado el infierno. La lluvia está helada y las laderas son sábanas de agua. Es una zona catastrófica. Al parir, una borrega primeriza ha dejado caer su cordero dentro del arroyo donde este está dando traspiés y

hundiéndose una y otra vez en el agua, que es poco profunda pero letal. El cordero es fuerte, pero parece que está a punto de darse por vencido porque no consigue trepar por la orilla. Lo saco del arroyo y lo meto en el remolque. Mando a Floss a contener a la oveja y después de unos cuantos resbalones y patinazos en el barro consigo sujetarla. Los llevaré a casa para que estén resguardados. Ahora la oveja parece estar insegura sobre su cordero, como si el vínculo que había entre ellos se hubiera roto. Unos 90 metros más allá, a cada uno de mis lados, hay tirados en el suelo corderos recién nacidos que parecen estar muertos o a punto de morir. No hay ningún sitio, ni siquiera para las ovejas con experiencia, donde puedan poner a sus corderos recién nacidos a resguardo de este diluvio. Las zonas que normalmente están secas, a refugio de los muros, ahora son ríos; todos los lugares resguardados se han convertido en estanques. La temperatura es mortífera. Fría. Húmeda. Ventosa. Más tarde, mi vecina me dice que es el peor tiempo que ha visto jamás en época de cría.

El primer cordero que toco está tieso y frío. Hay solo un tenue rastro de calor en su lengua azulada. Lo dejo dentro del tráiler, desalentado. Los dos siguientes, crías de una oveja más mayor que ha intentado lamerlos para secarlos y obligarlos a levantarse, aún tienen algo de vida, pero se les está escapando rápidamente, su temperatura corporal cae en picado. Hay que tomar medidas desesperadas. Hago algo que nunca he hecho antes y decido salvar primero a los corderos y preocuparme después por las ovejas. Si tengo que coger a todas las madres, los corderos morirán. Perderé demasiado tiempo. Dos minutos después he reunido cinco corderos y estoy de camino a casa.

Otra oveja ha parido al pie de un muro y ha tenido dos corderos fuertes como Dios manda, con grandes cabezas y unas orejas blancas que se ven incluso en el barro. Tengo el remolque lleno y tengo que dejarlos para que los cuide su madre, pero es una vieja oveja con experiencia y sabe cómo hacerlo. Me encuentro con un amigo que viene desde el otro lado de ver a su rebaño. Ambos echamos pestes, compitiendo por mostrar quién ha sufrido el peor desastre.

Minutos después tengo a los corderos bien apretados bajo la lámpara calorífica, colgada tan baja que les quema el limo, el barro y los restos de la placenta. No guardo demasiadas esperanzas sobre el futuro de ninguno de ellos. El primero se está poniendo tieso como un cadáver. Con él no parece haber mucho que perder, así que le alimento artificialmente con una sonda estomacal y un poco de calostro caliente artificial, suponiendo que le vendrá bien tener algo caliente en el estómago. Pero, en realidad, así puedo matar a los corderos, porque el choque de la leche a veces es demasiado para ellos, me la estoy jugando. Dejo a Helen secándolos con toallas de baño. Los niños se preparan para ir al colegio. Caos. Vuelvo con las madres.

Los campos están tan empapados que me encuentro más veces tumbado de espaldas que de pie. Solo la valentía de Floss me permite atrapar a las ovejas. Es un infierno cogerlas porque ahora, sin cordero que centre su atención, son libres para salir galopando. Lleno el remolque con

las ovejas necesarias, tomando nota mentalmente de qué corderos ha parido cada una de ellas. Distinguir a las ovejas que han parido es más fácil, porque habitualmente tienen un poco de sangre o restos de placenta en la cola, y por norma general se mantienen en las proximidades del lugar donde han parido. Algunas de las ovejas emplean sus últimas fuerzas intentando evitar que las coja y parecen bastante exhaustas y abatidas por las condiciones meteorológicas.

Vuelvo al granero, donde Helen ha conseguido insuflar algo de vida a los corderos, y una hora después, milagrosamente, están todos en pie y han recuperado el calor. Cada uno de ellos está con su madre en un corral, con un lecho de paja limpia y una lámpara calorífica sobre ellos. El que encontré en el arroyo está ahora mamando de su madre. Cuando ya los hemos dejado atendidos, hemos tomado algo para desayunar y hemos metido a los niños en el autobús del colegio con la ropa equivocada; es hora de volver al primero de los campos de cría para empezar la ronda otra vez. La primera ronda de la mañana normalmente consiste en dar de comer a las ovejas, identificar cualquier problema que no pueda esperar y llegar corriendo al siguiente rebaño. Más o menos una hora después volvemos y entonces nos ocupamos de los asuntos menos urgentes. Pero algunos días los problemas crecen como una bola de nieve, una maldita cosa detrás de otra en un furioso frenesí de actividad que hace que un día parezca una semana, y que el estrés aumente con cada retraso sucesivo.

Puede llevarnos un día entero ocuparnos solo de los casos problemáticos del granero. Durante la época de cría, si algo puede salir mal, saldrá mal: imagina a un par de adultos cuidando a varios cientos de recién nacidos y bebés que gatean en un parque enorme.

Veo a una oveja vieja que está aferrándose con determinación a un lugar resguardado detrás de una loma. Cuando me acerco se pone de pie y rompe aguas. No tiene dolor y sí buena salud, así que sé que es relativamente seguro dejarla que para de forma natural durante más o menos una hora, luego volveré a comprobar si todo va bien. En mi cabeza le voy dando vueltas al montón de cosas que tengo que hacer y que tiran de mí en distintas direcciones.

Tengo un mapa mental de las ovejas que están pariendo en los distintos sitios y de cuándo tengo que ir a ver cómo están. Es como tener en la cabeza un temporizador para cada una de las ovejas que están dispersas por la granja en distintas fases del parto. Si esta oveja no ha parido dentro de una hora la cogeré para comprobar si tiene algún problema. Veo que hay otra que ha tenido gemelos. Los cojo por las patas delanteras y los sostengo en el aire para ver si tienen el estómago lleno. Están hinchados, repletos de leche y calentitos. No tengo que preocuparme por estos corderos más allá de hacerles una visita rápida avanzado el día. Unos cientos de metros más allá, veo a una oveja más joven que se levanta y le sale de dentro un cordero. Se vuelve y empieza a lamerlo, lo está haciendo bien. Puedo dejarla durante otra hora o así para que

amamante al cordero naturalmente. Y luego tendré que venir a ver cómo están.

Los temporizadores de mi cabeza funcionan siempre por goteo, recordándome cosas a las que tengo que regresar. Saber distinguir cuándo es mejor intervenir y cuándo no requiere años de experiencia. Mi abuelo y mi padre me enseñaron que disponemos de una gran variedad de opciones y que el truco es saber a cuál de ellas recurrir, dependiendo de la situación. Es posible que a una oveja salvaje o que está estresada sea mejor dejarla sola para no empeorar las cosas. Si perturbas a las ovejas puedes hacerles más mal que bien, dicen. Mi abuelo tenía una paciencia increíble con las ovejas que estaban de parto y las dejaba solas todo el tiempo necesario mientras todo fuera bien. Se quedaba allí de pie mirándolas, apoyado en su cayado, y parecía saber exactamente cuándo era mejor actuar y cuándo dejarlas solas. Yo permanecía junto a él, preguntándome si tenía razón y si no deberíamos coger directamente a la oveja y ayudarla.

Cuando voy por el camino entre los prados me encuentro con mi vecina Jean, que me pregunta cómo están las ovejas de las colinas que le compré. Al rebaño que llevo criando doce años en nuestras tierras lo llamo las «reinas de la belleza» y al nuevo que le compré a ella, «el rebaño de las colinas».

Sospecho que Jean me tuvo a prueba durante unos años para ver si estaba «cualificado para cuidar bien a su rebaño de las colinas». Llevaba invertidos más de treinta años en esas ovejas y ni loca se las iba a pasar a cualquier payaso que las echara a perder. Me conoce lo suficiente como para saber que no soy un payaso, pero tampoco soy un pastor de las colinas nato, así que me tuvo a prueba. Estuvimos hablando de la posibilidad de comprarlas durante dos o tres años, pero después tuvimos que ponernos de acuerdo en el precio y las condiciones.

Estaba en su cocina, cerrando las negociaciones. El regateo, siempre que fuera en términos respetuosos, formaba parte del juego. Jean abrió las negociaciones con una taza de té y un pedazo de su famoso pan de jengibre, y seguidamente con un sermón al que estaba claro que llevaba dando vueltas algún tiempo. Me dijo que había pocas ovejas que pudieran compararse con las suyas, que cuando las compró tuvo que pagar al dueño anterior, Arthur Weir, un precio por encima de todo sentido común porque sabía que eran buenas. Me recordó que aquello había sido cuando yo estaba «en pañales». Sin duda, él la había tenido sometida a escrutinio durante años antes de cerrar el trato. Me dejó claro que para ella estas ovejas eran muy valiosas y que esto era mucho más que una simple venta.

El rebaño reflejaba los esfuerzos que varias generaciones de pastores habían invertido en las ovejas. Durante siglos, cada otoño alguien había ido añadiendo algo a su calidad sumando

machos nuevos de otros rebaños de renombre. Por ellas corría una prolongada línea de «buena sangre». Eran ovejas grandes y fuertes, con mucho hueso, buenos cuerpos robustos, grandes cabezas y patas blancas. En otoño regresaban de esas colinas con una buena colecta de corderos que serían un partidazo para la mayoría de los demás rebaños del Distrito de los Lagos. Me contó que tuvo que pagar 20 libras más por cabeza porque eran ovejas asentadas, y que este cargo se iba pasando a cada uno de los sucesivos pastores (como unos honorarios por el trabajo hecho para mantenerlas bien asentadas, aparte del valor de las ovejas). Ahora tendría que pagarlo yo. Me informó también de los precios de las buenas ovejas de las colinas que ella misma y otros pastores habían vendido esos años en las subastas, y me dice que eran *drafts*, no *stock*, las ovejas del pie de cría del rebaño permanecieron en las colinas. Me comentó que había separado a las ovejas viejas y que solo vendía las jóvenes que aún tenían largas vidas por delante. El «mejor material» aún permanecía en el rebaño y tendría que pagar generosamente por él, me dijo que estaba comprando juventud y calidad.

Yo sabía que todo esto era verdad. Era mi turno. Le dije que lo que estaba pidiendo por las ovejas era mucho, que yo era joven y no era rico, que tenía dos trabajos, tres hijos y una hipoteca. En nuestra tierra era dueño de un buen rebaño de ovejas herdwick que una vez fueron suyas, pero que ya habían vivido más de una década con mis decisiones de cría. Podía apañármelas sin las suyas. Eran buenas, pero no mejores que las mías. Le canté los precios que alcanzaron la mayoría de las ovejas de desvieje en la subasta del otoño pasado, que era casi la mitad de lo que quería por estas.

Le dije que nadie iba a pagar el precio que estaba pidiendo. Le dejé claro que respetaba su trabajo y a sus ovejas, pero que el precio que pedía era demasiado alto. Tenía que rebajarlo.

Me dijo que eran «una inversión». Que en los años venideros me cuidarían, proporcionándome ingresos y produciendo buenas crías y ovejas *draft* para la venta gracias a la calidad de su sangre. Estaba pagando por algo que había costado muchos años producir y que a su vez me iba a durar muchos más. Me contó que cuando empezó con su marido ellos también estaban a dos velas, tuvieron que hacer un esfuerzo, trabajar duro, pero que con el tiempo las cosas salieron bien. Me comentó que con solo vender unos pocos carneros de estas ovejas ya habría cubierto en gran parte su valor. Aflojó ligeramente el precio inicial, pero parecía un poco herida por la concesión.

La oferta más baja estaba aún en el aire.

Decidí dejarlo pasar.

Bebí el té, tratando de no parecer interesado. Quizá me estaba funcionando, ella parecía un poco a la defensiva. Al rato le hice otra nueva oferta que estaba 30 libras por oveja por debajo de la suya, le dije que no veía cómo podían darme por ellas más que eso en una subasta. Pero detrás de mi máscara, sinceramente, no estaba seguro; las ovejas del pie de cría de los rebaños respetados se vendían muy raras veces y costaban un buen dinero. Aun así, no iba a dejar que me

robaran en ese trato si podía evitarlo.

Mi vecina se quedó en silencio, parecía decidida y firme.

No. No. No. El precio que le ofrecía no podía ser. Era un robo.

Me ablandé y le dije que lo subiría un poco. Seguía pensando que eran demasiado caras, pero habíamos llegado a un impasse y alguno de los dos tenía que ceder. Y sabía que las ocasiones en las que en el Distrito de los Lagos te ponían un rebaño como este en la puerta eran verdaderamente raras. No iba a tener otra oportunidad como esta. Este rebaño debía tener un futuro a la altura de su pasado.

La tarde se fue en una serie de ofertas y contraofertas, salpicadas de largos silencios pensativos. De vez en cuando volvía a llenarme la taza de té, pero a medida que el precio iba cayendo dejó de rellenármela, como si cada taza de té añadiera más costes a esta dolorosa negociación. Al final acordamos un precio y nos dimos la mano. Sigo sin tener ni idea de quién salió ganando, que es quizá como deben ser las cosas entre personas que se respetan mutuamente.

De todos los escritores que tienen alguna vinculación con el Distrito de los Lagos, Beatrix Potter (o la señora Heelis, nombre por el que se conocía aquí a su versión granjera) es la que más me gusta. Sentía el mayor de los respetos por los pastores del Distrito de los Lagos y hubiera entendido perfectamente lo que pasó entre nosotros en la cocina de Jean, porque ella también negociaba con los pastores para comprar rebaños.

Cuando adquirió su primera granja de las colinas auténtica, en Troutbeck Park, tuvo el buen juicio de preguntar a los criadores veteranos de ovejas herdwick quién podía ser un buen pastor para ella. El nombre que salió de esas conversaciones fue el de Tom Storey.

Ella fue a verle, le preguntó si querría ser su pastor y él le contestó que lo sería si la oferta económica estaba bien. Ella le ofreció doblar la oferta. Él aceptó. Después le puso a cargo de su rebaño de Hill Top Farm, cerca de Sawrey.

Podríamos imaginar que el hecho de que se tratara de Beatrix Potter, afamada y adinerada autora de libros infantiles y propietaria de tierras, habría intimidado a Tom Storey, un pastor joven del Distrito de los Lagos, entendiendo que teóricamente el hecho de que ella fuera de clase alta y de mucha más edad significaba que se le debía un respeto. Y nos equivocaríamos.

Poco después de que empezara a ser su pastor, Tom se peleó con Beatrix porque ella se empeñó en meter algunas ovejas en los corrales y «marcarlas» para el festival de Keswick. No le escuchó cuando le dijo que no eran lo suficientemente buenas y Tom consideró que esto suponía una ignorante intromisión en su trabajo. Ella argumentó que aquellas habían sido ya ovejas de exhibición anteriormente, y trató de razonar con él. Él la calló. Si quería exhibir en el concurso

esas ovejas en concreto, tendría que volver a contratar a su antiguo pastor. Tom no lo haría, se largaba. No eran suficientemente buenas para enseñarlas. Como sabe de sobra cualquier pastor, hombre o mujer, o estás a cargo de las ovejas o no lo estás.

Ella regresó a la casa y le dijo a la mujer de Tom que este tenía muy mal genio.

Beatrix Potter podía haberse librado de Tom Storey cuando la retó. Pero en vez de ello trabajó con él, respetó sus conocimientos y sus creencias y aprendió enormemente.

Durante los años siguientes, entre los dos transformaron el rebaño y lograron ganar muchos concursos. Ella sabía que lo que lo hacía posible era, en gran parte, el buen juicio de Tom. Estaba muy orgullosa de sus éxitos y ella también llegó a ser muy respetada por sus conocimientos sobre las ovejas. Una de las mejores era una muy buena oveja llamada Nenúfar, que ganó numerosos premios. En una foto clásica aparecen ambos, Beatrix sosteniendo el premio detrás y Tom Storey sujetando orgulloso a la oveja en primer plano. Yo gané ese mismo premio el otoño pasado.

Tradicionalmente, la nuestra es la menos inglesa de las sociedades. Entre nosotros sigue existiendo una ruda forma nortea de igualitarismo que no es muy distinta de la que existe en Escandinavia. En Suecia la llaman *Jantelagen*, una regla no escrita que prohíbe a cualquier persona sentirse superior a su vecino o actuar como si lo fuera. Los pastores se consideran iguales a cualquiera. El estatus social, la riqueza o la fama de la señora Heelis contaban poco para Tom. En la práctica eran iguales, e incluso él era superior a ella en muchos aspectos por su conocimiento experto. Durante años, cuando ella trabajaba en la granja, que era de su propiedad, recibía órdenes de él.



La señora Heelis contrataba todos los años a un pastor más durante la época de cría para que ayudara a Tom Storey. Se llamaba Joseph Moscrop. La primera vez fue en 1926 y debió de haber causado una buena impresión, porque lo siguieron llamando todos los años durante los diecisiete siguientes. Se escribían cartas llenas de afecto, amistad y respeto mutuo, y la última que Beatrix le envió fue solo nueve días antes de su muerte, en 1943.

Me encantan esas cartas. Supuestamente su intención es acordar el salario de trabajo de Joseph, particular sobre el cual el regateo se prolongaba largamente cada año. Pero dado que son cartas escritas entre amigos, Beatrix también le cuenta cosas del día a día de una granja de las colinas o las anécdotas que ocurren cada semana. Le habla de los perros, que son demasiado bruscos, de la guerra abierta contra las moscas que hace padecer a las ovejas, del precio de los corderos engordados, de cómo van los corderos domésticos, si los terneros son «agradecidos», de los méritos y faltas de otros pastores, o le pregunta si sabe de algún buen perro pastor que se venda. Beatrix habla de las ovejas que se quedan atrapadas bajo los muros en las ventiscas, del precio decreciente de la lana, de los parásitos de las ovejas, de cuando los pastores son llamados a filas y tienen que ir a la guerra, y del estado de la cosecha de patatas.

Muchos de los nombres que se mencionan en esas cartas son los de los abuelos de personas que conozco.

Beatrix Heelis murió el 22 de diciembre de 1943. El libro de registros de la Asociación de Criadores de Ovejas Herdwick dio noticia de su muerte junto con las de otros respetados miembros de la comunidad, una tradición que se perpetúa hasta hoy. Ni más ni menos importante que otros. Ella tampoco hubiera pedido más.

Para alguien que siempre será recordada por sus libros infantiles, su testamento resulta un documento notable. No tiene que ver demasiado con los libros, su preocupación está en el legado de las tierras, el respeto y el cuidado a sus arrendatarios y el futuro del modo de vida agrario de las colinas. Dejó su dinero allí donde estaba su palabra y legó quince granjas y 1.600 hectáreas de tierras a la Fundación Nacional. Y estipuló, además, que en sus tierras de las colinas debían seguir criándose rebaños de «ovejas herdwick de pura raza».

Poco después de su muerte, su marido, William Heelis, el agente local de la propiedad, escribió una carta a Joseph Moscrop en que le pedía su ayuda para la época de cría. Joseph le contestó como lo había hecho siempre, pidiendo un salario más alto, y el señor Heelis, que desconocía el amistoso juego de regateo que Beatrix y Joseph habían mantenido durante años en sus cartas y que además era un poco más formal en su trato social, respondió a su vez y le comunicó que el salario que le pedía era imposible y que debían dar por roto el «viejo contacto». Y así, ni Beatrix ni Joseph volvieron a ver la época de cría en Troutbeck Park nunca más.

El primer año que mi nuevo rebaño de ovejas de las colinas pasó en las tierras bajas de nuestra granja, las ovejas estuvieron mohínas todo el invierno. Sabían que aquel no era su hogar. Se pasaban el tiempo en la esquina del prado más cercana a su antiguo hogar como en una silenciosa protesta. Permanecían en aquel rincón incluso cuando había mejor hierba al otro lado del campo. Allí continuaron también cuando llegaron las nieves, tozudez y obstinación bastante tontas porque aquella era la zona más expuesta de toda la granja. Tuve que llevarlas desde su lugar de protesta hasta un sitio más resguardado. En la época de cría, todas aquellas a las que tuve que meter en el granero con mis propias ovejas se pusieron de mal humor, saltaban para escaparse de los corrales y se mantenían agrupadas siempre juntas.

Se ha perdido un cordero. Su madre está inquieta. Corre por la valla arriba y abajo. Los dejé hace horas, a salvo, el cordero bien atendido por su madre, y ahora no está. No hay pistas. Recorro todos los prados, comprobando que no lo haya robado alguna de las otras madres o se lo hayan llevado por error. No lo han hecho. Miro los arroyos para comprobar si se ha caído y se ha ahogado. Tratamos de mantener apartadas de los arroyos a las ovejas que tienen corderitos, pero no siempre es posible. Detesto perder un cordero sano. Miro en los campos vecinos. Ni rastro. Y

entonces veo que se ha quedado atrapado entre las ramas de un espino viejo, a unos centímetros del suelo. Está bien, únicamente aplastado y cansado. Lo saco de allí y sale corriendo a mamar de su madre.

Puedes desperdiciar horas buscando un cordero. La experiencia nos enseña que si pierdes un cordero en un campo puede tratarse de un accidente, pero cuando no encuentras a dos o más, con toda probabilidad hay algo que se los está llevando. Nos ha pasado o lo hemos visto incontables veces. Algunos de nuestros campos están bien cercados y no tienen arroyos. Si un cordero desaparece, tiene que haber ido a algún sitio, y la mayor parte de los corderos son demasiado grandes como para que se los lleve un pájaro.

Convivimos con los zorros, que merodean por los campos de cría por la noche y durante el crepúsculo. Generalmente andan detrás de la carne fácil de las placentas de las ovejas. Pero cada par de años o así aparece un zorro que empieza a llevarse corderos recién nacidos, o incluso a los que ya tienen un día o dos de edad. Hace dos años tuvimos un zorro tan atrevido que se paseaba por los campos de cría a plena luz a menos de un kilómetro de nosotros, olisqueando y acercándose a los corderos nuevos y colándose entre ellos para agarrar la placenta o la pata de un cordero y llevárselo antes de que la oveja pudiera defenderlo. Las ovejas más viejas son fieras, patean el suelo y bajan la cabeza como si fueran a cargar. Pero a una oveja joven los zorros pueden confundirla y engañarla. Tradicionalmente, cuando aparece un zorro canalla, las granjas de aquí llaman a los cazadores locales y estos acaban con el culpable (o con cualquier otro zorro que tenga la mala fortuna de estar visible cuando vienen). En ocasiones los cazadores han encontrado huesos, pellejos o restos de corderos en la madriguera de los zorros o en sus inmediaciones. A veces la culpable es una zorra hembra que ha perdido a su compañero y tiene que aguzar el ingenio para alimentarse ella misma y a sus crías.

Mi hija mayor, Molly, viene hacia mí cruzando el campo y lleva delante de ella a dos ovejas y sus dos corderos de dos días. Molly entiende bien a las ovejas y las va cerrando, moviéndose detrás de ellas hacia la derecha o la izquierda para hacer que sigan andando en la dirección correcta. Sabe cuándo pararse y dejar que se ocupen un momento de sus crías, porque su abuela se lo ha enseñado. Abro la puerta y las ovejas hacen pasar por ella a sus crías y entran en el pasto nuevo. Mi hija agarra su cayado, está radiante. Le encanta llevar caminando a los corderos de un lado a otro.

A veces el instinto maternal es tan fuerte que las ovejas empiezan a robar corderos recién nacidos un día o dos antes de parir ellas mismas. Aparecen detrás de una oveja que está pariendo, lamen al cordero cuando sale y lo empujan con el hocico separándolo cada vez más de su consternada madre. En ocasiones tenemos que encerrar a la reincidente en un corral para evitar el

caos. Una vez que para a sus propios corderos se le pasará. Otras veces, los corderos gemelos se alejan de su madre en direcciones distintas, a pesar de todos los esfuerzos de esta por empujarlos y volver a reunirlos. Al cabo del rato pueden terminar cada uno en una punta del campo y es posible que después, cuando vuelven a reunirse, ella se niegue a atender a alguno de los dos. Ocasionalmente varias ovejas paren en el mismo sitio y los corderos se separan de ellas y se escurren, amontonándose; entonces yo me devano los sesos para averiguar de cuál es cada uno.

El mejor modo de evitar que las ovejas que acaban de parir se confundan o intenten reclamar a corderos más mayores que no son suyos es limpiar de corderos los campos de cría cada año. Así que movemos con cuidado a las ovejas que tienen crías hasta unos prados nuevos con un poco de hierba que hemos dejado crecer para este fin. Así las ovejas tendrán un suplemento de hierba fresca cuando empiecen a amamantar. Generalmente a los gemelos los llevamos en el remolque del quad, a los hijos únicos podemos trasladarlos andando. Las ovejas con un instinto maternal fuerte serán fáciles de coger. Para moverlas explotamos ese instinto maternal, haciendo que nos sigan hasta un prado o a un parche de tierra seca, o al remolque. A otras las cogemos con el cayado o con ayuda de los perros, aunque solo a un perro experimentado se le permitiría acercarse a un campo de cría, pues el control es fundamental.

Entre la oveja y sus corderos hay un vínculo invisible; si te tomas libertades, o si le quitas los ojos de encima a la oveja durante un segundo, puedes perderlo, el vínculo se rompe. Hay ovejas que abandonan a su cordero si están estresadas, así que cuando las ayudamos siempre nos movemos en el filo de la navaja y en ocasiones tenemos que vérnoslas con alguna oveja que termina abandonando a su criatura o volviéndose contra ella. Todo se vuelve un frenesí de adrenalina y estrés, y aunque te deja hecho polvo también te provoca una emoción extraña.

Mi hija ha ido a por otra oveja al fondo del campo. Levanta a los corderos que estaban tumbados al sol, adormilados. La oveja es una madre orgullosa y se yergue sobre ellos, balando. Es una madre tan desafiante que empuja a mi hija con la cabeza, alejándola de sus corderos. Molly no se lo consiente y, con determinación, la espanta. Después la trae andando, con sus corderos detrás, cruzando el campo hasta donde yo estoy y los hago pasar por la puerta. Mi hija se ríe de la oveja mandona que no le tenía ni un poco de miedo.

A medida que los corderos van naciendo y enderezándose durante los primeros días, empezamos a vislumbrar el futuro de nuestro rebaño. Su aspecto nos da pequeñas pistas que nos indican si serán o no buenas ovejas. Cuando tuve la suerte de criar a mi mejor carnero, Darwin, supe que era especial desde muy poco después de que naciera. Era más listo, tenía mejor postura y se lucía más que los demás. Se alzaba sobre sus buenas patas, su gran cabeza de buena cuna y unas bonitas orejas blancas que estaban colocadas en el ángulo perfecto. Cuando veo uno así empiezo

a soñar con su futuro. Aún estoy esperando otro como él.

A veces parece que la época de cría empieza en pleno invierno y no acaba hasta el verano. A mitad de camino llega la primavera y todo resulta más fácil. La transición entre estaciones es espectacular. Los días se van alargando. El sol gana calidez y brilla cada día un poquito más alto en el cielo. Las ovejas empiezan de nuevo a desarrollarse y ganan peso. La tierra se seca paulatinamente. Puedo oír el agua filtrarse imperceptiblemente hasta desaparecer. A medida que la luz del sol comienza a caldear los campos cada mañana, el fondo del valle se cubre de niebla y los campos se vuelven húmedos del rocío. A veces las laderas de las colinas atrapan el calor que se escapa de la tierra más fría del valle. Este aire caldeado por el sol me da en la cara cuando subo a alimentar a las ovejas.

Esta mañana me he dado cuenta de que faltaba algo. Los zorzales que vagabundean en invierno han dejado los setos, se han ido de vuelta al lejano norte. No siempre lo descubro enseguida, de pronto un día me percató de que hace tiempo que no los veo. Te invade una leve tristeza, como si el valle estuviera más vacío, más silencioso, menos colorido y parlanchín. Los zorzales se han ido cruzando el mar a criar a otras tierras. Los campos están llenos de toperas nuevas, la rica tierra negra y margosa de unos campos que llevan décadas sin ararse, si es que se araron alguna vez. A los pocos topos que atrapamos los colgamos en las vallas de alambre de espino, pero no llegamos siquiera a hacer una pequeña mella en su número.

Y después mientras faenamos, vemos reaparecer a los migrantes del verano. De repente vuelven de África las tarabillas saltando arriba y abajo frenéticamente por los muros y la tierra yerma en la que las ovejas se han alimentado todo el invierno. Los ostreros se pavonean por los pastos y se suben a los mojones y los tocones. La canción de los zarapitos asciende y vuelve a bajar. Los gansos dan vueltas en círculo por la ladera de la colina antes de descender lentamente planeando sobre sus alas musculadas hacia los pastos que reverdecen más abajo. Los árboles albergan una pequeña orquesta formada por los silbidos y la cháchara de los estorninos. Pero en las colinas más altas aún hay nieve; en Dodd Scar la nieve a menudo se mantiene hasta bien entrado mayo. La colina parcheada de nieve se parece cada vez más al lomo de un poni moteado. Los gavilanes empiezan a encontrar columnas térmicas y recuperan su majestuosidad tras el invierno que han pasado encogidos en los fresnos y arañando gusanos de las toperas. Todo el entorno natural que me rodea cambia y yo estoy en el exterior para verlo y sentirlo. Nuestro ánimo vuelve a levantarse.

Me quito las mallas impermeables y las botas de agua y las dejo en una esquina. Me ato los cordones de las botas de caminar. Vuelvo a pisar con firmeza sobre la tierra en vez de tener que vadearla. La nueva hierba que brota significa que dejaremos de darles heno a las ovejas y de

comprar alimentación suplementaria. La hierba quiere decir que nuestra carga de trabajo disminuye, o al menos se transforma en tareas menos cruciales a vida o muerte. Los días más largos implican que podemos llevar a cabo al aire libre otras tareas que han estado esperando durante todos los meses de oscuridad. Siempre hay un momento cada primavera en que sé que ya no hay vuelta atrás, lo hemos pasado. Veo los brotes de los robles engordando poco a poco. Aparecen los amentos en el sauce del arroyo. Y cuando estamos en época de cría, los grajos comienzan sus cortejos y construyen sus nidos, yendo de acá para allá con palos o tirando de la lana de los lomos de nuestras ovejas para forrar sus refugios, dejando pequeñas marcas circulares donde han tenido lugar sus hurtos. Bajan desde las laderas boscosas de las colinas hasta donde estamos alimentando a las ovejas, planeando sin siquiera un aleteo de esas alas suyas que parece que tuvieran dedos, y forman una rueda sobre nosotros, aparentemente inmóviles y tan cerca que podemos tocarlos. Con la primavera llega una especie de exaltación. Todo el valle resuena con los ecos de las ovejas que llaman a sus crías, y las de más edad empiezan a echarse carreras unas a otras por las laderas. Nuestras labores cambian de la supervisión de los partos a la atención de cientos de corderos jóvenes, para mantenerlos con vida y a salvo de cualquier problema. Hay días en los que todo fluye como en un sueño. Las ovejas paren solas, amamantan a sus corderos y los arropan bien resguardados detrás de los juncos. Los corderos mayores siguen obedientemente a sus madres a resguardo. A veces algún cordero me hace reír al perseguir o intentar darle un testarazo a alguno de los cuervos que se pavonean entre ellos, con sus colores morado, bronce y negro azabache brillando al sol. Veo huevos de rana en los parches húmedos de tierra por los que paso cada mañana. Las garzas cortan el viento en dirección río abajo.

A mediados de abril recojo a las borregas (las hembras del año anterior que no van a criar) y las llevo de vuelta a la colina. Han pasado el invierno fuera, en la granja lechera de un amigo en tierras más bajas. Están gordas y brincan saludables por los campos. Llevan un mes cada vez más inquietas, emprendiéndola contra los muros y las vallas de mi amigo. Son adolescentes aburridas. Justo cuando menos necesito otro follón, porque estoy ayudando a parir a las ovejas, empiezo a recibir llamadas que me informan de que se han escapado y han entrado en un jardín o en el prado de otra persona. Debería tardar como mucho diez minutos en meterlas en el corral y ponerles sus vacunas antes de irnos para la colina, pero me lleva medio día porque han conseguido desperdigarse por toda su parroquia. Salen galopando como a 160 kilómetros por hora y llevan a los perros hasta su límite. Dos de ellas están cojas y deciden enfurruñarse y tumbarse en un lodazal. Me las llevo a hombros. Es un gran alivio devolverlas a casa en el remolque y empujarlas de vuelta colina arriba donde no pueden hacer daño alguno y son libres de portarse tan salvajemente como quieran.

Cuando yo era pequeño, hacia finales de la época de cría los hombres recorrían los bosques cazando cuervos, dando gritos excitados como críos, sociables de nuevo después de unas semanas difíciles. Todo el valle resonaba con los ecos de los graznidos y el ruido seco de los cartuchos, una venganza de calibre 12 por todos los corderos tuertos y los cadáveres mutilados. Ramitas desmenuzadas salían volando hacia el cielo al caer los nidos al suelo crujiendo entre las ramas. Cuervos, grajos, cornejas negras, urracas, grajillas... todos tenían precio puesto a su cabeza acusados de delitos de lesiones graves. Cualquier cosa que tuviera plumas negras era «carroña»: un bicho ladrón, asesino y tramposo. En un valle donde los hombres vivían por y para sus ovejas, estas sombras que se extendían sobre los campos de cría eran directamente culpables. La mañana siguiente encontrabas motitas negras en los juncos del lindero del bosque: alas rotas, plumas de cola perforadas, manchitas de sangre, patas de porcelana retorcidas y rotas como palillos de cóctel. Los furiosos graznidos de los supervivientes retaban al valle y sus pastores.

La carroña se elevaba y retorció como una cometa rota antes de desplomarse en el suelo semejando un biplano con la tela de las alas rasgada. «Mira cómo salta ese cabrón asesino», decía el abuelo. Ahí estaba, a un tiro de avellana, con la piel resplandeciente y suave al tacto, posado tranquilamente sobre la palanca de cambios del Land Rover. Era mío. Era mi oportunidad. Intercambiamos una sonrisa y ambos entendimos. «Te vas a empapar», me advirtió. Pero lo decía como estímulo. Eché a andar por los pastos metiéndome en un laguito de charcos dispersos y corriendo con las nubes que se reflejaban a mis pies. El cuervo subía y bajaba hacia el cielo dando saltos desesperados. Gimiendo, con las alas rotas, solo una de ellas podía contener el aire, la otra fallaba. Era una fuerza oscura y profunda como la ira de Dios, y con solo un ala aún me vencía. No obstante, con las piernas bombeando como pistones, llegué a acercarme hasta él casi a la distancia de una rama. Golpeé al cuervo con mi vara en algún punto por encima de sus alas fallidas y cayó en el agua como un juguete, de pronto pequeño y acabado. Lo cogí con la mano como un trofeo y regresé a la puerta con el palo en alto. Al viejo no le importó en absoluto que me hubiera puesto hecho una sopa.

A medida que va acabando la época de cría, y al disfrutar ya de abundancia de hierba y de un tiempo más templado, nuestra atención se centra en llevar a las ovejas y los corderos a las tierras más altas, de forma que los prados de abajo queden despejados para que pueda crecer en ellos el heno. Las borregas del año pasado regresan de sus refugios invernales y son conducidas hasta su hogar en las colinas. Permanecen allí porque se lo enseñó su madre. En la granja del fondo del valle tenemos cientos de ovejas, y cada una de las ovejas que está criando ha tenido o bien un

cordero o bien gemelos. Tenemos que empezar el trabajo de seleccionarlos.

A los corderos mestizos, que serán criados y engordados para carne, se les castra y se les recorta la cola. Cuando yo era crío las colas y los testículos se cercenaban con un cuchillo o bien retorciéndose y salía un montón de sangre, pero ahora el procedimiento consiste en un anillo naranja de goma que les va cortando la circulación paulatinamente y hace que se caigan por sí solos. A las ovejas de las tierras bajas hay que recortarles la cola para que no cojan bichera (larvas) debido a la humedad y la suciedad que se les acumula en ellas. Los corderos castrados yacen dolientes durante unos minutos y después se van a buscar a sus madres y parece que la cosa se les olvida pronto.

Las ovejas de las colinas mantienen sus colas porque aquellas que viven en las montañas las necesitan cuando llega el mal tiempo, y además no se restriegan contra la hierba de la colina ni tienen esos culos sucios que atraen a las moscas. Todos los corderos tienen que ser «manipulados», se les ponen las vacunas para la prevención de enfermedades, se les desparasita empleando una pistola oral (porque los parásitos vuelven a la vida de nuevo con el calor), se les marca y etiqueta con sus dos microchips de 14 dígitos (requerimiento legal), y se les colocan las marcas auriculares para que se vea que pertenecen a nuestra granja. Con el fin de evitar que las moscardas pongan huevos en las ovejas usamos un espray, porque sin él durante junio y julio algunas pueden resultar «infestadas» y, al final, morir de una muerte horrible.

Así que a principios de mayo reunimos a las ovejas en los rediles o los graneros. Es una labor que siempre hemos desarrollado en familia, porque muchas manos aligeran el trabajo, aunque existe un escalafón muy claro entre nosotros.

Los miembros de más edad de la familia reclaman siempre un tipo de autoridad basado en su experiencia, como haré yo cuando sea mi turno. Así que mi padre da por hecho que es el jefe, aunque esté más débil después de meses de quimioterapia. Los que estamos en nuestra mejor forma cogemos a las ovejas, realizamos las tareas más duras y dirigimos a los perros para meter y sacar a las ovejas de los rediles. Mi madre se encarga de escribir en el viejo cuaderno confuso los números de las etiquetas de cada uno de los corderos para que de ese modo siempre podamos trazar su genealogía. Los niños sostienen los anillos naranja de castrar o las etiquetas auriculares y nos los van pasando, encantados de tener una tarea. En este día se trata de no olvidar lo que necesita cada oveja o cada cordero, y cada uno tiene una tarea. Pero también es el momento de identificar las decisiones de cría que han salido bien y las que no, así que hay mucho de que hablar. Ahora podemos comprobar la calidad de nuestros corderos y ver qué ovejas han criado bien y cuáles no. Nos pasamos el día sacando conclusiones. Todo el mundo tiene una opinión. Los carneros de cría que se trajeron el año anterior ahora se condenan alegremente.

—Ese ha salido demasiado blanco, es de aquella vieja oveja.

—No, saldrá bien... Espera y verás.

Mi abuelo sabía decirte dónde había nacido cada cordero o cómo había sido criado: «Este nació bajo aquel pino rojo en la cima, donde los pastos de los caballos... Creí que estaba muerto... Y míralo ahora».

Estos días de conversaciones y anécdotas tu atención siempre amenaza con desviarse del confuso número de tareas que necesita el cuidado de cada oveja. Mi padre grita periódicamente: «¡Carajo!... Más vale que dejemos la cháchara, se me ha pasado marcar a aquel cabrón». El error se corrige, se coge al cordero y se le marca. Después dedicamos diez minutos al trabajo muy concentrados, hasta que empieza de nuevo el ciclo de charla otra vez.

Esos días tenemos unas broncas familiares tremendas, pero las olvidamos. Al fin y al cabo, trabajamos en familia y eso es algo especial. Ahora mis hijas también tienen sus propias opiniones y quieren contarle a todo el mundo cómo se están criando sus ovejas y cómo, cuando crezca su carnero, van a superar con él a los de su padre. Mi hijo tiene dos años y se cuelga de las barras de las puertas, blandiendo un cayado en el aire, gritando instrucciones y dando consejos que nadie necesita. Mi padre sonríe como diciendo: «Ya estamos otra vez». No cambia nada. Abuelos. Padres. Hijos.

Una vez que las ovejas y los corderos están «manipulados», ya se pueden trasladar a las zonas más altas. Cuando los empujamos colina arriba, el valle resuena con los ecos de las ovejas y los corderos llamándose unos a otros. Todos llevan nuestras marcas azules y rojas sobre los hombros, como dicta desde tiempos inmemoriales el libro de registro del Distrito de los Lagos.

Beatrix Potter escribió acerca de las marcas de las ovejas en *El cuento de la señora Bigarilla*. En él una niña pregunta a la lavandera erizo por las pieles de oveja que está lavando y esta le cuenta:

—Oh, sí, por favor. Mire las marcas de los hombros. Aquí hay una con la marca de Gatesgarth y tres que vienen de Pequeña Ciudad. ¡Siempre se marcan antes de hacer la colada! —dijo la señora Bigarilla.^[14]

Beatrix Potter conocía las tres granjas del valle de Newlands donde transcurre el cuento: Skelghyl, Littletown y Gatesgarth. Conocía a sus rebaños y sus marcas, y hubiera sabido cuáles eran sus pastores. Más de un siglo después de que escribiera esas palabras nosotros aún conocemos estos rebaños, pero Dios sabe lo que piensan de estas referencias en Japón, donde tan bien se venden sus libros.

El día que llevamos de vuelta a su colina a aquel rebaño que compré a Jean, después de que pasaran su primer invierno en nuestra granja, se acordaban perfectamente del lugar al que

estaban yendo y salieron trotando como un torrente hacia su hogar veraniego. Toda la ladera pareció suspirar de alivio por tenerlas de regreso en casa. El invierno siguiente estuvieron también bien en nuestra granja, como si se hubieran ajustado al cambio.

Quizá Wordsworth «erraba solitario como una nube», pero los pastores se convierten en animales sociales en cuanto el invierno queda atrás. En mayo nos juntamos en los concursos de ovejas de primavera, donde exhibimos a nuestros mejores carneros (y también ovejas en los concursos de swaledales).

En un páramo ventoso próximo a Tan Hill Inn se congregan cientos de pastores de ovejas swaledale. La pequeña carretera que serpentea por el páramo queda casi oculta bajo los coches aparcados a lo largo de casi un kilómetro a cada lado del prado de exhibición, una zona cercada por vallas de madera que aparece durante la noche y se desvanece después igual de rápido. Una de las grandes hazañas que puede acometer esa raza es «ganar Tan Hill». Pero, la verdad, se trata también de una reunión a la antigua usanza. Tengo entendido que, en los viejos tiempos, el gobierno de lugares como el nuestro se decidía en este tipo de reuniones, las grandes ferias en las que la gente se juntaba y exhibía o intercambiaba ganado, se hacían carreras de caballos, se emborrachaban y granjeaban amistades o encontraban mujer o marido. En Tan Hill los pastores charlan con los amigos procedentes del otro lado de las tierras de las swaledale a quienes llevan sin ver desde las subastas de otoño, y comparan sus observaciones sobre la época de cría y sobre lo buenos que han salido los carneros. Por todas las tierras de las colinas hay otras ferias de primavera como esta pero más pequeñas. Sin estas reuniones nos iríamos distanciando hasta convertirnos en extraños que viven separados en los distintos valles, y nuestras comunidades de cría se dispersarían.

Los pastores de ovejas herdwick tienen asimismo sus propias ferias de primavera de carneros sementales. La feria de carneros de Keswick se celebra el «jueves después del tercer miércoles de mayo» (entiéndelo tú) en el prado público de Keswick. Otra feria de carneros tiene lugar una semana antes en Eskdale, en el prado que hay junto a la Woolpack Inn. Cada primavera se reúne gente procedente de todo el Distrito de los Lagos, que regresa para devolver los sementales alquilados y para competir en las exhibiciones con sus mejores carneros, como lo han hecho durante siglos. El campo se cerca con vallas de madera o metálicas formando un gran círculo lleno de pequeños corrales armados con balas de heno atadas con cuerdas y dispuestos en torno a un corral de exhibición improvisado en el centro. Las ovejas se descargan de los remolques de aluminio enganchados a los Land Rover y se las conduce a los rediles que cada granjero tiene reservados. Los carneros parpadean al salir a la luz del día y, al percatarse de que están entre extraños, empiezan a pavonearse y se dan algún testarazo ocasional con la cabeza y los cuernos.

La lana de los animales está en su máximo desarrollo, como corresponde a la época del año; y en algunos casos puede estar un poco desigual, al haber perdido o haberse rascado el animal parte del vellón, pero este es un detalle irrelevante que se ignora. En la esquina oeste del campo hay un redil enorme donde se meten juntos todos los borregos macho, con sus oscuros vellones color chocolate en contraste con sus caras. Se los mete a todos en el mismo redil porque una de las partes más divertidas del día es la competición popular en la que todo el mundo intenta seleccionar de entre la masa de treinta o cuarenta aspirantes a las verdaderas estrellas. Estos jóvenes tienen ya un año, pero en términos herdwick son meros bebés, están aún por probar y no valdrán mucho hasta que se compruebe que maduran sin faltas. Los mejores serán seleccionados para que se conviertan en carneros de cría y dejarán su influencia sobre toda la raza en los años venideros. Es como revolver entre las baratijas de un mercadillo en busca de un Rembrandt. Después de haber pasado el invierno en las tierras bajas están en forma y son poderosos. Se los palpa en busca de cualquier fallo: una pata «trenzada» (ligeramente torcida); «malos dientes» (retorcidos o separados o que sobresalgan por fuera de la mandíbula superior en lugar de recogerse dentro de ella); un pellejo malo o «plano» (un vellón que esté demasiado abierto o que sea demasiado suave para estas tierras)... Algunos pueden tener los hombros hundidos o verse en el vellón indicios de que blanqueará y perderá el color al año siguiente. La línea entre héroe y escoria es mínima. Una persona puede tardar diez años en aprender a ver todas estas cosas e incluso entonces no ser más que un aficionado a medio aprender.

Cuando visito a mis amigos pastores, tienen las paredes y los tapetes de sus casas como altares dedicados a los mejores carneros que han criado. El rebaño de raza herdwick más renombrado de los últimos años ha sido el de Turner Hall, en el valle de Duddon. Turner Hall fue levantado por gente que tenía la firme intención de no moverse de allí, está construido para que dure. Las alquerías y los graneros de piedra están encajados entre las rocas y los árboles del accidentado y pedregoso valle. Sin embargo, todos los otoños salen algunas de las mejores ovejas herdwick de esos campos humildes. El granjero, Anthony Hartley, sabe más de lo que yo nunca sabré sobre estas ovejas. Si miras fotos antiguas en blanco y negro siempre suele haber en ellas algún Hartley, a menudo con una expresión pensativa en el rostro, como si estuvieran meditando algo.

En los viejos graneros de Gatesgarth, donde trabaja otro de nuestros amigos, Willie Richardson, las vigas están adornadas con un siglo de escarapelas y certificados de premios obtenidos por grandes herdicks, algunos de ellos tan hechos jirones que parecen a punto de desintegrarse con todos los colores desvaídos, y otros más recientes. Algunos de esos premios datan de la época en la que la señora Heelis habría estado compitiendo contra Gatesgarth con sus ovejas. La verdadera historia y la cultura del Distrito de los Lagos está en lugares como esos viejos graneros de piedra.

Pero únicamente quienes faenan con las ovejas lo ven alguna vez; los miles de visitantes que pasan junto a los graneros en sus paseos nunca descubren que existe.

El campo público de Keswick y sus ilustres ferias de carneros herdwick no se mencionan en la mayoría de los libros sobre el Distrito de los Lagos, pero esa extensión de hierba modesta y anónima junto al río Greta es tierra sagrada, el escenario de las ambiciones de los pastores y quizá el punto de encuentro más importante para la raza herdwick. La función histórica de la feria es la de permitir que los carneros que se alquilaron el invierno anterior sean devueltos a sus dueños: es una manera de diseminar los linajes por los valles y de conseguir que tus carneros jóvenes se críen sin coste alguno mandándoles a ganarse el sustento en otro lado. Pero ahora que es primavera deberían estar de vuelta en sus granjas para que puedan ser trasladados a los *intakes* de hierba nueva y, avanzado el año, estar a punto para las subastas. Nunca he estado ni cerca de ganar la feria de carneros de Keswick ni la copa Edmonson, pero algún día la ganaré, o moriré intentándolo.

Mi madre dice que nos entra «carneritis». Se apodera de nosotros un tipo de demencia que arranca en primavera, va en aumento y nos vuelve totalmente locos en otoño, hasta el punto de que en lo único que pensamos es en las ferias y las subastas. Y quizá tenga razón. Inesperadamente, cualquier tarde de finales de primavera o principios del verano aparecen por casa algunos amigos criadores de ovejas y aseguran que han salido solo a «dar una vuelta». Pero en realidad no han venido a socializar. Vienen a echar un primer vistazo a los carneros y a comprobar si nuestras ovejas tienen pinta de que les va a ir bien en los concursos. Un pastor con orgullo no quiere que nadie vea a sus ovejas cuando no están en su máximo esplendor. Sufrimos la intromisión unos de otros y escenificamos toda clase de jueguecitos, escondiendo a los mejores en los campos que están lejos de la carretera y de los ojos de los fisgones, y haciendo como si enseñáramos a la gente nuestros mejores animales pero manteniendo escondidas a las estrellas hasta el momento que importa.

La preparación de estas ovejas especiales para los concursos y las subastas requiere mucha pericia. Los carneros herdwick (y las mejores ovejas) no se venden con los vellones en su color natural azul grisáceo como de pizarra, sino que, como se ha hecho desde tiempos inmemoriales, se «enrojecen». Nadie sabe con seguridad por qué se hace o cuándo empezó esta costumbre. Simplemente se hace así y siempre fue así. Hay dos teorías: la primera, que siglos atrás los pastores querían distinguir con facilidad a sus ovejas más valiosas en las laderas y por ello colorearon a los carneros con el color natural más fuerte que pudieron encontrar; y la segunda, que se trata de una antigua forma de animismo, que la gente de aquí habría adorado a las ovejas desde los tiempos de los celtas y las teñía como ritual. Conociendo el modo en el que la gente de

aquí piensa en las ovejas aún hoy, encuentro que la segunda explicación es bastante plausible.

Tengo las palmas de las manos rojas como si las hubiera metido en la sangre de una montaña. El tinte tiene un matiz como de mineral de hierro. En tiempos, este colorante se habría extraído de la herrumbre de las paredes de roca, el color natural más luminoso que se podría encontrar. Ante mí tengo a un carnero herdwick, con el pelaje azul grisáceo erizado. Lo sujeta mi padre. Lo refrena cuando me acerco a él y veo que se le ponen blancos los nudillos al redoblar la fuerza con que lo agarra. Coloco mis manos enrojecidas en la base del pescuezo del carnero, donde empieza el gris de su melena. Deslizo mis manos enrojecidas hacia atrás sobre la lana de su lomo. Desplazo mis palmas hacia delante y hacia atrás sobre el lomo hasta que queda cubierto por una capa de dos manos de ocre.

Con todas las razas tradicionales de ovejas se celebran estas extrañas ceremonias. El rojo transforma a una oveja herdwick, ayuda a aumentar el contraste entre el vellón oscuro y su cabeza y sus patas blancas como la nieve. Cuando el día antes de un concurso o una subasta les lavamos la cara y las patas, las ovejas salen de un blanco luminoso y adquieren una apariencia noble y hermosa. Pasan de llevar su ropa de trabajo a vestir sus mejores galas dominicales. Ahora el polvo oscuro color herrumbre «rojo herdwick de exhibición» se compra por cubos. En el caso de las swaledale lo que se hace es teñir el vellón de los carneros y las ovejas que se van a vender con turba, normalmente extraída de algún lugar secreto del páramo que ha demostrado tener justo el matiz turboso perfecto para garantizar el ideal de belleza que se desea alcanzar.

Todos los pensamientos de la primavera y el verano conducen al otoño, el momento en el que todo lo que sabe un pastor se pone a prueba en los concursos y las subastas, a plena vista del escrutinio y juicio de sus colegas. No se trata solo de una cuestión de vanidad, aunque sí hay algo de vanidad en ello, y no se trata solo de orgullo, aunque no podrías encontrar gente más orgullosa. Es el momento en el que confluye todo, el final de las historias antiguas y el comienzo de las nuevas. Los grandes rebaños de ovejas acumulan incontables logros en estos concursos y subastas a lo largo de muchos años. Los éxitos y los fracasos de cada año se superponen como capítulos de una narración épica. La historia de estos rebaños es conocida y se crea cada vez que alguien vuelve a contarla. No es únicamente que las ovejas se vendan o no, son juzgadas y se almacenan en la memoria, como piezas de un puzzle de la cría de ovejas que con el tiempo se demostrará buena o mala. Nuestra posición, nuestro estatus y nuestra valía como hombres y mujeres quedan en gran medida determinados por nuestra habilidad para exhibir a nuestras ovejas en su plenitud, como grandes ejemplares de la raza.

Una vez, en la subasta de Cockermouth, le compré un pequeño borrego herdwick (que estaba en su segundo otoño) a Willie Richardson, de Gatesgarth. Por aclamación popular se acordó que era una oveja bonita y con presencia, de un blanco perfecto en su cabeza y sus patas, y en el lugar donde las patas se unen con el cuerpo. Solo tenía un pequeño fallo: probablemente era un poquito más pequeño de la cuenta. Me costó 700 libras; si hubiera sido unos milímetros más grande podría haberme costado hasta otras 1.000 libras. Compartí la compra con otro joven pastor, pero tres semanas después de la subasta decidió que habíamos cometido un error, que el carnero era demasiado pequeño y no lo cruzó nunca con ninguna oveja. Al poco tiempo todo el mundo me tomaba el pelo por el pequeño carnero, y la opinión general era que me había equivocado y que daría crías muy pequeñas. Estuve a punto de hacer caso a todo el mundo, pero algo me decía que no debía, así que el primer otoño le eché a mis mejores ovejas. Una apuesta. Esto fue hace seis o siete años y ahora sus hijas son, a mi juicio, algunas de las ovejas con mejor presencia y mejor crianza del Distrito de los Lagos. El carnerito resultó uno de los mejores que hayamos tenido. El otoño pasado se apareó con diez ovejas y después lo encontramos tendido, viejo, exhausto y muerto, en mitad del campo. Algunos de los mejores pastores, que una vez lo despreciaron, ahora admiten, cuando se lo recuerdo, que se equivocaron con él.

A veces estas cosas funcionan y otras no.

Bea trepa por los rediles y, en silencio pero con determinación, coge la oveja de exhibición de mis manos. Estamos en una de las ferias que intentamos ganar todos los años. El juez, Stanley Jackson, recorre la fila y sonríe cuando observa cómo lo sujeta con firmeza por el pescuezo. Es muy mona, así que los otros pastores me pinchan y me dicen que es solo una forma que me he buscado para influir en el juez. Les respondo que cierran el pico, que hay pastora nueva en la oficina y que más vale que estén al quite. Más allá, en la siguiente fila de rediles, mi padre exhibe sus ovejas swaledale. Mi otra hija, Molly, está sujetando a una de las suyas, que resulta ganadora en su categoría. Hay tres generaciones de nuestra familia haciendo lo que sabemos hacer. Otras familias están desperdigadas exactamente igual a nuestro alrededor. La oveja que retiene Molly fue engendrada por el carnero que compramos mi padre y yo el año pasado, el que él se había quedado admirando a través de la ventana el día de Navidad, cuando yo creía que se iba a morir. Ha visto hacerse realidad su pequeño sueño. Tiene un aspecto bronceado y feliz. Puede que el cáncer siga dentro de él y que quizá un día tenga la última palabra, pero por ahora está vivo, viviendo una vida que no cambiaría por todas las riquezas del mundo.

El verano empieza cuando ya han parido las últimas ovejas, y todo el rebaño, una vez marcado y

vacunado, se lleva caminando por las laderas del valle hacia arriba, bien a las parcelas de los *intakes* si tienen gemelos, o a las colinas si tienen solo una cría.

Muchas de las granjas de las colinas están ubicadas al pie de la misma colina en la que ejercen sus derechos de pastoreo, así que la cosa es tan sencilla como abrir una puerta y dejar que las ovejas conduzcan a sus corderos hasta la colina que empieza al otro lado de la valla o del muro. En el caso de otros rebaños, como los míos, hay que andar kilómetros hasta su territorio. Un goteo de ovejas y corderos sube por los pequeños senderos que las ovejas han hollado a lo largo de siglos, y se desperdiga tranquilamente por la montaña hasta que llegan al lugar al que pertenecen. Su sentido del arraigo es tan fuerte que se sabe que algunas han regresado directamente al lugar donde sus madres las asentaron, con un irresistible impulso de dirigirse a casa, incluso después de llevar tres o cuatro años sin volver a la montaña.

Semanas después nos encontramos esquilando a un grupo de ovejas en nuestro granero. Son unas ovejas herdwick que bajamos de las colinas hace pocos días. Ahora soy mucho más rápido que mi padre. Puedo terminar casi dos ovejas por cada una que acaba él. Es así como debe ser, porque él ha alcanzado la edad de la jubilación y yo estoy en mi plenitud esquiladora.

Mi padre sabe que aún no estoy tan curtido para el trabajo como él y que si siguiéramos haciendo esto durante horas terminaría por bajar el ritmo. Es consciente de que no estoy tan en forma como lo estaba él a mi edad. Es posible sentir a la persona que está esquilando junto a ti y saber cuándo está haciendo un sobreesfuerzo y cuándo todo fluye fácilmente.

Él sabe que estoy esquilando mejor que nunca. Durante años me esforcé por mantener su ritmo, y me frustraba o me enfadaba por mi falta de vigor o de técnica, así que hay parte de mí que se alegra al entender que ahora, finalmente, puedo superarle como él me superó a mí en tiempos. De tanto en tanto le dirijo una sonrisa ufana, como si dijera: «Antes me torturabas así, ahora te toca». Sonríe torpemente como se hace cuando uno no puede subir el ritmo y está vencido.

Entonces me doy cuenta de que ha terminado una oveja y se ha levantado. Se aleja en silencio y sé que le pasa algo. Le pregunto si se encuentra bien. Sonríe como diciendo que todo perfecto, pero yo sé que no es así. Siente dolor, algo que le está privando de sus fuerzas. Me deja esquilar a las pocas ovejas que quedan.

Tengo cuarenta años y nunca he visto a mi padre dar un paso atrás ante el trabajo. Ni una sola vez. Mi padre es uno de los hombres más duros que he conocido jamás. Ha habido días en los que hemos trabajado como perros y yo he terminado la jornada de trabajo soñando con un baño de agua caliente o con tirarme a ver la televisión, pero entonces él se daba cuenta de que algún vecino aún seguía trabajando y que quizá necesitaba una mano y se iba a ayudarlo, obligándome

a mí a ir de voluntario, sin intención de que eso pudiera beneficiarnos de forma alguna. Yo le preguntaba qué estábamos haciendo, cuando nosotros teníamos trabajo propio más que de sobra, pero él hacía como que no había escuchado la pregunta. Y después, una vez terminado el trabajo, me sacaba de mis casillas ignorando todas mis insinuaciones para pedirle al vecino que nos pagara.

Era su código de honor. Las tareas que están por hacer hay que hacerlas. El trabajo lleva en sí su propia recompensa. No te escaquees del trabajo si no quieres quedar mal.

Pero de pronto algo ha cambiado. Mi padre acaba de abandonar el trabajo. Es la cosa menos propia de él que le he visto hacer. Endereza la espalda y se aleja caminando... y ambos sabemos que AQUELLO está dentro de él otra vez.

Esos días en los que vamos caminando con las ovejas de vuelta a las colinas son para mí los mejores momentos del año. No hay nada como la sensación de libertad y de espacio que sientes cuando estás trajinando con el rebaño y los perros en la tierra comunal. Allí consigo escapar de todas las tonterías que intentan consumirme cuando estoy abajo, y mi vida adquiere un propósito, un sentido terrenal y razonable.

Gavin Bland, un amigo nuestro que procede de una de las granjas más grandes de ovejas herdwick (y por ello quizá también una de las más importantes de todas), llamada West Head, me resumió esta sensación un día en el que me estaba contando que él ya no se veía capaz de trabajar en una granja de las tierras bajas, entre los campos pequeños con vallas por todas partes: «Cuando estás acostumbrado a los grandes espacios y a no tener a nadie a tu alrededor, te habitúas. Ahora no sería capaz de estar encerrado entre vallas con mucha más gente».

La nuestra no es una granja tan grande ni tan difícil como West Head. En comparación es solo un «huerto de coles», pero cuando voy a la colina entiendo a lo que se refiere. Una vez que lo pruebas, es difícil renunciar a ello.

Se trata de un tipo de libertad ancestral, bien merecida, arraigada, de la que se ha privado a la gente en otros lugares. Es el tipo de libertad de la que habló el «poeta campesino» John Clare, que se lamentó al ver cómo el paisaje de Northamptonshire que amaba cambiaba a causa de los cercamientos. Clare vio la desconexión que se estaba creando entre la gente y la tierra, algo que desde entonces solo ha empeorado año tras año. Por toda Inglaterra, a lo largo de los dos últimos siglos, las tierras comunales se han ido cercando hasta que únicamente restan de ellas algunos islotes en lugares pobres o montañosos como el nuestro, en los que aún pervive algo ancestral. La libertad que disfrutamos es un tipo de libertad local y arraigada que está vinculada al trabajo en la tierra comunal: es la libertad del comunero, una relación con la tierra basada en la

comunidad. Al permanecer en un lugar, trabajar en él y pagar mis cuotas, tengo derecho a parte de la riqueza común.

No hay nada mejor que trabajar en estas montañas. Al menos cuando no estás empapado o helándote, pero incluso entonces te hace sentir vivo de una forma que yo no consigo sentirme en la vida moderna tras la vitrina. Aquí arriba sientes la emoción de lo intemporal. Siempre me ha gustado la sensación de estar perpetuando algo más grande que yo, algo que se remonta, a través de otras manos y de otros ojos, hasta las profundidades del tiempo. Trabajar aquí es un ejercicio de humildad. Es en cierto modo todo lo contrario de conquistar la cima de una montaña; te libera de cualquier ilusión de importancia personal. Yo soy tan solo uno de los ganaderos que hoy habitan nuestra colina (y, encima, uno de los más pequeños y recientes), un pequeño eslabón en una cadena muy larga. Quizá dentro de cien años a nadie le importe que parte de las ovejas que hoy pastan en estas montañas fueran mías. No conocerán mi nombre. Pero eso no importa. Si suben esta colina y siguen haciendo lo mismo que hacemos nosotros, tendrán una pequeñísima deuda tácita conmigo por haber contribuido a su continuidad, igual que yo estoy en deuda con todos los que vinieron antes de mí por haberlo mantenido hasta ahora.

Cuando dejo mi rebaño en las colinas rodeado de hierba y bajo de vuelta a casa, también dejo allí arriba algo de mí mismo con las ovejas. Así que varias veces al día miro al horizonte hacia donde pastan. A veces no puedo resistirme y subo la colina solo para comprobar que todo sigue bien. Las alondras levantan el vuelo cantando, sobresaltadas por las pisadas de mis botas y por los perros pastores.



La evidente satisfacción de las ovejas por haber vuelto al que sienten como su hogar indica que el invierno y la primavera se están quedando atrás con rapidez. Durante las semanas siguientes las ovejas de las colinas podrán cuidarse solas sin problemas. Así que me tumbo junto al arroyo y cojo un poco de agua con la mano. Doy un sorbo. No hay agua en el mundo que sepa tan pura ni tan agradable.

Me tumbo de espaldas y contemplo las nubes pasar a toda prisa. Floss se ha metido en el arroyo para refrescarse y Tan me da con el hocico en el costado porque nunca antes me ha visto vagar. Nunca me ha visto así, sin hacer nada. Nunca ha visto un verano antes.

Respiro el aire fresco de la montaña. Veo un avión que deja un rastro de tiza en el azul del cielo.

Las ovejas llaman a los corderos y van detrás de ellos subiendo por los peñascos.

Esta es mi vida. No quiero otra.

Agradecimientos

Cuando escribes tu primer libro resulta toda una cura de humildad descubrir cuánta gente trabaja duro para que este salga. Las palabras y las fotos son mías, pero hay muchas otras personas que son responsables del libro que tienes entre las manos. Gracias a todos, me ha encantado escribirlo.

Gracias a mi agente Jim Gill, de United Agents, que consiguió vender el libro antes de que le hubiera conocido siquiera. Jim creyó en él y me ayudó a encontrar la editorial adecuada. Al tener una familia joven y otros compromisos, necesitaba un anticipo para poder escribir este libro y Jim me lo consiguió. Yo no sabía nada del mundo editorial, así que ahí también me guió. Gracias.

Gracias a los demás editores que intentaron comprar los derechos del libro; vuestro interés y vuestras amables palabras me alentaron y ratificaron mi sensación de que esto importaba y podía funcionar.

Gracias inmensas a Helen Conford, mi editora en Penguin. Helen estuvo dispuesta a apostar por mí para que escribiera un libro que en gran parte estaba aún en mi cabeza. Helen creyó en él y desde nuestra primera conversación supe que era valiente y que respetaba lo que estaba intentando hacer. Necesitaba una gran editora y tuve una. Gracias también a Casiana Ionita, Stefan McGrath y el resto del brillante equipo de Penguin.

Gracias a Colin Dickerman, James Melia, Marth Schwartz y el resto del equipo de Flatiron Books.

Gracias a Julie Spencer por darme oportunidades para escribir y empujarme a hacerlo mejor.

Gracias a Alexis Madrigal y Robinson Meyers del *Atlantic Monthly*, que contribuyeron a que este libro existiera publicando un artículo en noviembre de 2013.

Gracias a Richard Eccles de la revista *Cumbria Life* por publicar mi columna mensual y por darme la libertad de hacer cosas que me ayudaron a escribir este libro.

Gracias a las más de 30.000 personas que siguen a nuestra granja en Twitter (@herdysheperd1) y que se han mostrado enormemente alentadores y me han dado ánimo. He aprendido un montón de vosotros. Quizá os sorprenda que mi nombre aparezca en el libro... ¡Me mantuve en el anonimato tanto como pude! No tengo interés en la fama personal, nuestro modo de vida es mucho más importante que yo.

Mucha gente me ha ayudado a intentar entender la historia artística y literaria del Distrito de

los Lagos, les doy las gracias a todos ellos. Debo un agradecimiento en especial a las personas que menciono a continuación. El profesor Angus Winchester, de la Universidad de Lancaster, un gran historiador que, tanto en persona como en sus libros, me ha enseñado mucho acerca de nuestra tierra y su pasado. John Hodgson, de la Lake District National Park Authority, que ha sido infinitamente servicial y paciente, y ha intentado ayudarme a entender el rastro de la historia humana del Distrito de los Lagos. La excelente biografía de Linda Lear sobre Beatrix Potter fue un recurso de valor incalculable que me ayudó a escribir sobre ella y sobre sus pastores. He aprendido mucho asimismo del desarrollo del proceso de la candidatura del Distrito de los Lagos como Patrimonio de la Humanidad a lo largo de varios años: debo un agradecimiento a los miembros del Grupo de Asesoría Técnica 2. Aun las veces que no estaba de acuerdo con vosotros, aprendía cosas. Mis debates con Ian Brodie en la Universidad de Lancaster me ayudaron a perfilar mis ideas y comprender mejor las distintas perspectivas sobre el Distrito de los Lagos. Gracias también a Julia Aglionby, que sabe mucho más que yo acerca de las complejidades legales de las tierras comunales y que intentó muy amablemente compartir su sabiduría. Gracias a Michael McGregor, Geoff Cowton y el difunto Robert Woof de la Fundación Wordsworth, todos ellos me ayudaron a entender mejor a Wordsworth. La ayuda de mi amigo Terry McCormick fue crucial para ayudarme a entender los escritos de Wordsworth sobre los pastores y su trabajo. Eric Robson ha sido un gran apoyo y compartió conmigo sus ideas y anécdotas sobre Wainwright (me contó que Wainwright estaba fascinado con los pastores de las colinas cuando se conocieron).

Gracias también a William Humphries, Rose Dowling, Mike Clarke y Emma Redfern por leer el manuscrito final y hacerme sus comentarios.

Todos los errores e inexactitudes que aún queden son exclusivamente míos.

Gracias a toda la gente excelente que he tenido la suerte de conocer por todo el mundo en los lugares Patrimonio de la Humanidad y a través de la UNESCO, que me han ayudado a entender por qué las historias y las identidades de arraigo local tienen importancia, y lo que realmente significa «paisaje cultural».

Gracias de todo corazón a la señorita Judith Craig de la escuela primaria de Morland, que me ayudó a amar los libros y el conocimiento y que después me dio ánimos desde la distancia.

Este libro cuenta mi historia, la de mi padre y mi abuelo; pero, la verdad sea dicha, no puedo darles crédito por el propio libro. Ellos no eran gente de libros. Sin embargo, las mujeres de nuestra familia merecen un reconocimiento...

Gracias por todo, mamá. Me ayudaste a amar los libros. Y gracias por escuchar mis divagaciones sobre libros e ideas cuando trabajábamos en la granja o cuando tú estabas

planchando, cocinando, etcétera. Siento haberte hecho pasarlo mal a veces. Sé que tienes en gran valor tu privacidad, así que siento si este libro te avergüenza. Creí que debía ser honesto y abierto, y que de otro modo no funcionaría.

Gracias a mis hijos, Molly, Bea e Isaac, simplemente por ser como sois y por estar ahí (incluso cuando yo necesitaba silencio y paz, y no lo conseguí...). No me importa si de mayores os hacéis granjeros o no; solo espero que este libro os ayude a entendernos y a salir al mundo sabiendo quiénes sois: orgullosos. No pueden quitarnos lo que tenéis en la cabeza y en el corazón. Manteneos fieles a ello.

Gracias a mi mujer, Helen, por todo. Siempre has sido mi mejor amiga. Has trabajado muy duramente conmigo en este libro y en todo lo demás que hacemos. Ha sido una locura, una montaña rusa. Mucha gente termina derrotada por la vida, pero tu apoyo me ha ayudado a mantenerme tercamente fiel a los sueños que tenía. Y alguien tiene que recoger los pedazos cuando he desertado mentalmente. Cuando te conocí apenas podía sostener un lápiz y no entendía la gramática ni las reglas, gracias por ser paciente y aguantarme.

Gracias a la gente de las granjas con la que crecí y a la que estoy orgulloso de poder llamar amigos. Sois demasiados como para que pueda mencionaros individualmente, pero gracias a todos y cada uno de vosotros. Esta es mi versión de la historia de mi familia, pero no hay nada excepcional en nosotros, somos tan solo una de otras cientos de familias iguales. Esta es solo una historia, una perspectiva entre muchas. Espero que el libro permita a los demás ver lo que hacemos y puedan mostrarle mayor respeto en el futuro. No quiero perder el increíble puzle de granjas familiares que hacen de este paisaje lo que es, y creo que mucha otra gente tampoco. Seguid así.

Finalmente, gracias a mi padre por todo. Espero que este libro deje claro cuánto te quiero y te respeto. No dejes de luchar.

Hay personas que crean sus propias vidas. No es el caso de James Rebanks. Hijo mayor de un pastor que era a su vez el hijo mayor de otro pastor, su familia lleva generaciones viviendo y trabajando en el Distrito de los Lagos, una de las zonas más hermosas de Inglaterra. Su modo de vida se ajusta a las estaciones y a las labores que estas exigen, como ha ocurrido desde hace siglos. Hasta un vikingo entendería un trabajo como el suyo: en verano, llevar las ovejas a los prados y recoger el heno; acudir a las ferias de otoño donde se completan los rebaños; conseguir que los animales sobrevivan al invierno, y ayudar en el nacimiento de los corderos en primavera, cuando las ovejas se preparan para volver a los prados.

La vida del pastor es un cautivador relato sobre un oficio ancestral, pero sobre todo es un libro que nos habla de la tradición, las raíces y el sentimiento de pertenencia, tan denostado en esta era de innovación y movilidad constante, donde el cambio permanente parece imprescindible y siempre es bienvenido.

James Rebanks es un pastor de ovejas que trabaja en el Distrito de los Lagos, una zona del centro de Inglaterra. *La vida del pastor* obtuvo el premio Lakeland al mejor libro del año y fue un éxito arrollador en Reino Unido. El autor es conocido en Twitter como Herdwick Shepherd y tiene miles de seguidores. Hace seiscientos años, sus antepasados ya eran pastores en la misma zona.

Título original: *The Shepherd's Life. A Tale of the Lake District*

Edición en formato digital: septiembre de 2016

© 2015, James Rebanks

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, María Serrano Giménez, por la traducción

Agradecemos a las siguientes entidades por permitir la reproducción del material sujeto a derechos de autor: *The Poetry of Robert Frost* de Robert Frost, publicado por Jonathan Cape y reproducido con el permiso de The Random House Group Ltd; págs. *Young and Old* de R. S. Thomas, publicado por Chatto & Windus y reproducido con el permiso de The Random House Group Ltd; «The Past» de Kath Walker (Oodgeroo Noonuccal), en *The Dawn is at Hand*, publicado por Marion Boyars, 1992 (Londres y Nueva York); Beatrix Potter y Tom Storey con su galardonada oveja, ca. 1930, © National Trust.

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los poseedores de los derechos de autor. El autor y la editorial estarán encantados de subsanar en futuras ediciones cualquier error u omisión.

Imagen de portada: cortesía de James Rebanks

Adaptación del diseño de portada de Penguin UK: PRHGE

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-678-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] No doubt if you in terms direct had ask'd / Whether he lov'd the mountains, true it is / That with blunt repetition of your words / He might have stared at you, and said that they / Were frightful to behold, but had you then / Discours'd with him in some particular sort / Of his own business, and the goings on / Of earth and sky, then truly had you seen / That in his thoughts were obscurities, / Wonders and admirations, things that wrought / Not less than a religion in his heart.

[2] El sistema de cercamiento de los campos en *intakes* (campos cercados de terreno montañoso ganados a la ladera de las colinas) e *in-byes* (prados de hierba cercados en zonas más bajas del valle) es uno de los elementos constitutivos del característico paisaje del Distrito de los Lagos. Ambos términos se usan casi exclusivamente en las tierras del entorno de los Peninos, en el norte de Inglaterra. (*N. de la T.*)

[3] Swaledale es el nombre de un valle situado en la vertiente oriental de los Peninos. (*N. de la T.*)

[4] Traducción de Pedro Poitevin a partir de una versión de Rhina Espaillat, *Letras Libres*, 27 de octubre de 2014.

[5] *Jimmy-riddle* es una de las expresiones de la jerga rimada *cockney*, de uso habitual sobre todo entre las clases populares. Juega con la rima entre *riddle* y *piddle*, «pipí». (*N. de la T.*)

[6] *Swallows and Amazons* (*Las Andorinas y las Amazonas*) es el título de una serie de libros infantiles del autor Arthur Ransome, publicados entre las décadas de los treinta y los cuarenta, que cuentan las aventuras de las vacaciones de unos niños en el Distrito de los Lagos. (*N. de la T.*)

[7] Traducción de Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1976.

[8] Pasta para untar muy popular en el Reino Unido, cuyo fuerte olor divide a los consumidores hasta el punto de que su eslogan es «Love it or hate it» («La amas o la odias»). (*N. de la T.*)

[9] About living in the country? / I yawn; that step, for instance – / No need to look up – Evans / On his way to the fields, where he hoes / Up one row of mangolds and down / The next one. You needn't wonder / What goes on in his mind, there is nothing / Going on there; the unemployment / Of the lobes is established. His small dole / Is kindness of the passers-by / Who mister him, who read an answer / To problems in the way his speech / Comes haltingly, and his eyes reflect / Stillness. I would say to them / About living in the country, peace / Can deafen one, beauty surprise / No longer. There is only the thud / Of the slow foot up the long lane / At morning and back at night.

[10] El término *home counties* se utiliza para referirse de forma laxa a los condados ingleses que se sitúan en torno a Londres, sin incluir la propia capital, y que en términos generales se asocian con el modo de vida de la clase media conservadora de Inglaterra. (*N. de la T.*)

[11] En referencia al personaje antropomórfico del astuto zorro que protagoniza diversas fábulas paródicas medievales europeas. En cada país adopta nombres distintos, entre ellos: Reynard, Renart, Reinhardus, Renard y Reinaert. (*N. de la T.*)

[12] En alusión al villancico popular inglés *The Twelve Days of Christmas* (*Los doce días de Navidad*), en una de cuyas imágenes recurrentes figura una perdiz en un peral (*a partridge in a pear tree*). (*N. de la T.*)

[13] Let no one say the past is dead. / The past is all about us and within. / Haunted by tribal memories, I know / This little now, this accidental present / Is not the all of me, whose long making / Is so much of the past. / ... / Let none tell me the past is wholly gone. / Now is so small a part of time, so small a part / Of all the race years that have moulded me.

[14] Traducción de Fabián Chueca y Ramón Buckley, Penguin Random House, Barcelona, 2014.

Índice

La vida del pastor

Hefted

Verano

Otoño

Invierno

Primavera

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre James Rebanks

Créditos

Notas